

The background of the cover is a soft-focus landscape featuring a calm lake, a dense forest of green trees, and distant mountains under a blue sky with white clouds. Numerous pink cherry blossom petals are scattered throughout the scene, some in sharp focus in the foreground and others blurred in the background. In the bottom left corner, there are clusters of pink cherry blossoms with green leaves.

SUSAN ELIZABETH PHILLIPS BAILA CONMIGO

VERSÁTIL
romântica

Índice de contenido

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Epílogo](#)

[Carta a las lectoras](#)

Título original: *Dance Away with Me*
© 2020 by Susan E. Phillips, LLC

An Imprint of HarperCollinsPublishers

Traducción: María José Losada

Corrección: Xavier Beltrán

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

1.^a edición: mayo 2021

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2021: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A los amores «extra» de mi vida: primero apareció Nickie, la reina del baile. Luego Leah, Andy y más tarde llegó Anya. Sin duda, las familias surgen de las maneras más inesperadas.

Prólogo

El chico sostuvo el bote de espray totalmente derecho. Lo mantuvo lo más cerca posible de la superficie de acero inoxidable. Apretó la boquilla y se recreó en la forma en que el brillante chorro de pintura roja formaba la letra «I».

Lo había hecho. Y en un tren. Cualquiera podía marcar una fachada o la puerta de seguridad de una maldita casa de empeños, pero solo los verdaderos delincuentes, solo los mejores grafiteros pintaban un vagón del metro de Nueva York. Y él tan solo tenía diez años.

Llegar allí desde el Upper East Side había sido tan peligroso como transitar por la Bosnia o el Irak de los cojones, o algún lugar similar: primero había atravesado Central Park en la oscuridad; luego había cogido la línea 1 en dirección norte con cuatro botes de espray Krylon dentro de la mochila. Lo había hecho cubierto con la capucha de su sudadera negra, para tratar de pasar desapercibido entre los borrachos y los yonquis que lo acompañaron en el trayecto hasta la calle 207. Así había llegado al puto Inwood, uno de los lugares más peligrosos de Manhattan, donde era fácil acabar asesinado, asaltado o siendo víctima de cualquier otro delito.

Y más tarde se ocultó en las sombras; así fue como se las arregló para pasar por delante de las narices de los guardias de seguridad de la estación de trenes de la calle 207, agachándose y abriéndose camino por la jungla nocturna de raíles y metales para decorar su primer vagón de metro.

Había rociado algunas briznas de hierba naranja y púrpura en la parte baja del vagón. Luego, había añadido unas frías criaturas demoníacas asomando entre ellas. Y para terminar, antes de que lo descubrieran, había rematado el grafiti con su firma: IHN4.

No era una firma inventada como las que usaban los demás. Eso no iba con él. Eran sus verdaderas iniciales; las tres primeras letras eran las mismas que las de su viejo, las de su abuelo y las de su bisabuelo. Solo la cuarta le pertenecía únicamente a él.

Pintar todas las letras del mismo tamaño era para aficionados, así que había hecho el cuatro más grande. El año anterior —no recordaba exactamente cuándo— había marcado por primera vez un edificio: el premio le tocó al inmueble de Central Park West donde vivía. Aquello había desatado una tormenta de la hostia en la junta directiva. Nadie había llegado a sospechar que había sido cosa suya.

O casi nadie.

Sin embargo, si no salía pronto de allí, acabarían descubriéndolo. Añadió grietas negras en las letras, como si se estuvieran resquebrajando. Ojalá tuviera un pincel y tiempo para hacerlo bien, pero no disponía de ninguna de las dos cosas.

Por fin, lo único que le faltó fue hacer la puta foto.

Desde hacía un tiempo, la autoridad metropolitana del transporte de Nueva York había puesto en marcha una nueva política: cualquier vagón con pintadas quedaba fuera de servicio hasta que limpiaran el grafiti. Así que la única manera que tenía un artista para demostrar que había dejado su marca era con una foto. Si no lograbas hacerla, la hazaña no existía.

Buscó a tientas en la mochila y sacó la Olympus Stylus que el ama de llaves le había regalado por su cumpleaños. Se alejó del vagón y enfocó, tratando de encuadrar la mayor parte posible de su obra. El *flash* quizá lo delataba, pero tenía que arriesgarse. Sin la foto, no podría presumir de su logro.

—¡Alto ahí!

Presionó el obturador. El *flash* se disparó al mismo tiempo que el guardia lo agarraba por el brazo, echando a perder la imagen.

Su padre fue a buscarlo a comisaría. Su viejo era un pez gordo de la ciudad, de esos capaces de decirle a la poli: «Vamos a hablarlo en privado». Pero, cuando hubieron salido de la comisaría y atravesado el desvencijado aparcamiento, le dio tal bofetada que lo envió contra el lateral de su nuevo Porsche 911.

—¡Serás gilipollas! —Llevó el brazo hacia atrás una vez más y le propinó otro violento golpe en el lado derecho de la cabeza, y un puñetazo en el izquierdo.

Ya dentro del coche, los diamantes que su madre lucía en los lóbulos de las orejas brillaron cuando ella giró la cabeza para mirar hacia otro lado.

Su padre lo empujó para que entrara en el diminuto asiento trasero. Sin embargo, mientras Ian se limpiaba la sangre de la nariz con la manga de la sudadera, lo único que pensaba era que no había conseguido hacer la foto. Ya estaba acostumbrado a la violencia de su padre. La asumiría, como siempre había hecho. Pero la foto...

La foto lo habría convertido en un dios.

1

Tess bailaba bajo la lluvia. Solo llevaba puestas las bragas y una vieja camiseta de tirantes, y en los pies un triste par de bailarinas que un día fueron plateadas. Pisoteaba las resbaladizas losas cubiertas de musgo bajo el nogal que había protegido la cabaña de la montaña durante años. Bailaba *hip-hop*. El día anterior había sido *reggae*; el anterior, quizá *grunge*... o no. Siempre bailaba con la música muy alta, con un volumen suficiente como para convertir el sonido en cómplice de su ira, para que la ayudara a neutralizar el dolor que nunca nunca desaparecía. Aquello no hubiera sido posible en Milwaukee, pero allí, en Runaway Mountain, donde sus vecinos más próximos eran los ciervos y los mapaches, podía poner la música tan elevada como quisiera.

El viento frío y húmedo del mes de febrero del este de Tennessee llenaba el ambiente de olor a hojas en descomposición y de tristeza. No era el clima adecuado para estar al aire libre en camiseta de tirantes y bragas, pero acabar calada por la lluvia y pasar frío era algo a lo que Tess sí que podía poner remedio, a diferencia de la muerte de su marido.

Una losa rota se apoderó de la puntera de una de sus bailarinas y la hizo volar hacia la maleza. Se quedó con solo una de las zapatillas puesta, sintiendo un torrente de emociones en los pies. Una piedra afilada se le clavó en el talón, pero si se detenía, su ira la haría arder. Se obligó a seguir moviendo las caderas y sacudió la cabeza para que el pelo mojado y enmarañado flotara a su alrededor. Cada vez más rápido.

«No te detengas. No te detengas nunca. Porque si te detienes...».

—¿Estás sorda o qué?

Se quedó quieta cuando un hombre cruzó el viejo puente de madera que atravesaba el arroyo Poorhouse. Se trataba de un montañero, con el pelo oscuro y revuelto, nariz pronunciada y mandíbula fuerte. Un hombre grande como un oso, alto como un sicomoro americano e indiferente a la lluvia. Iba vestido con una camisa de franela a cuadros rojos y negros, tenía las botas salpicadas de

pintura y llevaba unos vaqueros diseñados para el trabajo duro. Había leído sobre los montaraces, ermitaños que se refugiaban en los bosques salvajes con una jauría de perros y un arsenal de rifles militares. Hombres que no disfrutaban del contacto humano durante meses, durante años, y que llegaban a olvidar sus orígenes.

Se quedó petrificada, con las viejas bragas y la mojada camiseta blanca de algodón cubriéndole los pechos. Sin sujetador, furiosa, medio salvaje y muy sola.

Él corrió hacia ella ignorando la lluvia, y el tambaleante puente de madera se balanceó bajo cada uno de sus pasos.

—¡Ayer por la tarde..., y ayer por la noche..., y a las dos de la mañana...! ¡He aguantado demasiado, pero ya no lo soporto más!

Ella lo analizó en busca de una primera impresión; el pelo rebelde con ondas desafiantes y demasiado largo se rizaba, mojado, a la altura de la nuca; la ropa de trabajo arrugada y las botas de cuero agrietadas, salpicadas de pintura de una docena de colores diferentes; su barba no era lo suficientemente larga como para pertenecer a un ermitaño loco, pero aun así debía de estar chalado.

No se disculparía. Cuando estaba en casa, ya había pedido perdón demasiadas veces por la carga de dolor que había volcado sobre sus amigos y compañeros de trabajo, y no pensaba hacerlo allí también. Había elegido Runaway^[1] Mountain no solo por su nombre, sino también por lo aislado que estaba: un lugar en el que podía ser descortés, estar triste y sentirse tan cabreada con el universo como quisiera.

—¡Deja de gritarme!

—¿De qué otra forma me vas a oír? —Él recogió el altavoz *bluetooth* de debajo de los restos astillados de una mesa de pícnic—. ¡Baja el volumen, joder! —Apretó el interruptor de apagado con un dedo largo de una mano enorme y detuvo la música—. ¿Y qué tal un poco de cortesía y educación?

—¿Cortesía? —le respondió ella con ironía, cabreada por las injusticias de la vida—. ¿Llamas cortesía a irrumpir como un salvaje?

—Si tuvieras algún respeto por todo esto... —Hizo un gesto hacia los árboles y el arroyo Poorhouse; las duras líneas de su rostro eran tan toscas que

podrían haber sido talladas con una motosierra—. ¡Si tuvieras algún respeto, no habría tenido que irrumpir!

Y entonces ella lo notó. Percibió el momento exacto en que él se percató de su vestimenta o, mejor dicho, de su semidesnudez. Sus ojos, del color de la pizarra, la estudiaron de forma despectiva. Pero ¿por qué ese desprecio? ¿Por el pelo mojado y enredado? ¿Por su cuerpo, más voluminoso de lo que debería por tratar de ahogar sus penas con comida? ¿Por las piernas desnudas? ¿Por la ropa interior andrajosa? ¿O tal vez solo por la audacia de ocupar un lugar en lo que él creía su universo?

¿A quién quería engañar? Con los pechos marcados contra la camiseta mojada, debía de parecer el trillado estereotipo de una universitaria borracha que pasa las vacaciones de Pascua en Cancún.

—¡Lo único que tenías que hacer era pedirlo con educación! —La cabeza le daba vueltas por lo furiosa que estaba.

—Sí, estoy seguro de que eso habría funcionado. —Su mirada la atravesó mientras su voz sonaba como un ronco y profundo gruñido.

—¿Quién eres? —Estaba confundida, pero le daba igual.

—Alguien a quien le gustaría disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. Dos palabras que, por lo visto, no comprendes.

Nadie la había reprendido desde que su marido había muerto. Por el contrario, todos habían actuado como si estuvieran todavía de pie en el tanatorio, frente a aquellas butacas tapizadas y envueltos en el nauseabundo olor a lirios *stargazer*. Tener un objetivo contra el que canalizar su ira le pareció irresistible hasta decir basta.

—¿Eres así de borde con todo el mundo? —indagó—. Porque si lo eres...

Justo entonces, un duende de los bosques cruzó levitando el estrecho puente del arroyo, saltando sin esfuerzo de un tablón a otro para sortear los que faltaban, con pasos tan ligeros que la estructura apenas se movió.

—¡Ian! —El largo pelo rubio de la criatura flotaba a su espalda bajo un gran paraguas rojo. Un vestido de gasa hasta el tobillo, más adecuado para julio que para principios de febrero, se arremolinaba alrededor de las pantorrillas de la joven. Era una chica alta y flexible, salvo por lo avanzado de su embarazo—.

¡Ian, deja de gritarle! —ordenó la etérea criatura—. Te he oído desde la escuela.

Así que de allí era de donde venía, de la vieja escuela de madera blanca que habían rehabilitado en lo alto del cerro, más arriba de la cabaña. En enero, cuando Tess se mudó, había subido por el sendero para ver lo que había. Cuando miró por las ventanas, había comprobado que la habían transformado en una vivienda, pero no parecía estar habitada. Hasta ese momento.

—No le hagas ni caso —dijo el duende. Era como un hada de cuento de Disney, con los ojos azules; le calculó unos treinta años, como ella. Pero ya estaba bien de cuentos... La miró mientras atravesaba la maleza que bordeaba la cabaña sin prestar atención a la hierba húmeda que le rozaba las pantorrillas—. Siempre se pone así cuando tiene problemas con un cuadro.

Un cuadro. No con la pintura en general. El hombre debía de ser un artista y no un montaraz. Un artista muy temperamental.

El hada se rio, una risa que no llegó a verse reflejada en esos ojos azules de cuento. Algo en ella le resultaba familiar, aunque Tess tenía la certeza de que no la conocía.

—Ladra más que muerde —continuó el hada—. Aunque también es cierto que muerde. —Extendió una delgada y cálida mano desde debajo del paraguas rojo—. Soy Bianca.

—Tess Hartsong.

—Tienes las manos congeladas —comentó la mujer—. Qué gusto, yo estoy pasando mucho calor.

El ojo de comadrona profesional de Tess se hizo cargo de su estado. A Bianca le faltaba el aliento, como a muchas mujeres cuando estaban en el tercer trimestre. Calculó que debía de llevar siete meses de embarazo. Tenía la barriga alta y firme. Su tez era pálida, aunque no lo suficiente como para ser preocupante.

—Ian, ya has hecho suficiente —dijo el duende—. Vete a casa.

Él sostenía el altavoz *bluetooth* de Tess como si tuviera la intención de llevárselo al marcharse; sin embargo, le regaló otro gruñido y lo dejó caer con fuerza en el banco de pícnic.

—No me hagas bajar aquí otra vez.

—¡Ian!

Ignorando al duende, el montañés cruzó el estrecho puente; sus pasos golpearon los húmedos tablones de madera con tanta ferocidad que Tess estuvo segura de que todo el arroyo Pookhouse saltaría por los aires.

—Tú, ni caso —dijo Bianca—. Es un imbécil.

Comparado con el atormentado hombre de montaña, el duende que había bajo el paraguas rojo era como un arcoíris cubierto de rocío. Tess cerró el candado de su caja de Pandora interna, el lugar donde guardaba sus emociones cuando necesitaba sobrevivir a cualquier día.

—Ha sido por mi culpa —confesó—. No sabía que viviera alguien ahí arriba.

—Nos mudamos hace tres días. No era lo que yo quería, pero mi marido piensa que el aire de la montaña es lo mejor para mí. Al menos, eso fue lo que dijo. —Bianca le entregó a Tess el paraguas y se quitó el vestido de gasa por la cabeza. Iba desnuda, salvo por un pequeño tanga color champán—. ¡Oh, Dios, llevo queriendo hacerlo toda la mañana! Es como si tuviera un horno a pleno funcionamiento dentro de mí.

La lluvia se había convertido en una ligera llovizna, y Bianca miraba hacia los árboles, que goteaban. Era delgada, de muslos finos y venas celestes que dibujaban sus pequeños pechos de porcelana. Cómoda con su desnudez, se estiró para ponerse de puntillas sobre las sandalias y dejó que el largo cabello le cayera por la espalda en una sedosa cascada.

—Este sitio es muy tranquilo, pero aburrido. —Bianca miró hacia la cabaña—. ¿Tienes café? Ian se enfada si miro siquiera una taza de café, y aún me quedan otros dos meses.

Tess había ido a las montañas de Tennessee para alejarse de la gente; sin embargo, la atraía la novedad de hablar con alguien que no la viera como una trágica viuda. Además, no tenía nada mejor que hacer que chapotear bajo la lluvia o mirar por la ventana.

—Claro. —Recogió la zapatilla de *ballet* que había perdido—. Eso sí, te aviso de antemano: la casa está hecha un desastre.

Bianca se encogió de hombros y cerró el paraguas.

—La gente organizada me acojona.

Tess esbozó una de esas sonrisas que fingía para convencer a todos de que estaba bien.

—Pues no te preocupes por eso.

En otros tiempos, había sido diferente. Había sido organizada. Creía en el orden, la lógica, la previsibilidad. En el pasado, pensaba que debía seguir las reglas, que si una cumplía con sus obligaciones..., se detenía en las señales de *stop*..., pagaba impuestos..., todo iría bien.

El exterior de la cabaña era sólido, pero feo. En el techo crecía musgo, y dos finos troncos de árbol, que se habían visto despojados de la corteza hacía mucho tiempo, sostenían el voladizo que había sobre la puerta trasera. Las ramas aún desnudas de un nogal americano, de un arce y de un nogal negro flotaban sobre la vieja casa y arañaban el techo como las uñas de unas brujas.

En la estancia principal se hallaban la cocina y el salón y una escalera de madera que conducía a los dos dormitorios. Las paredes eran literalmente de pino encalado, pero la cal se había amarilleado con el tiempo. Las polvorientas cortinas se habían rasgado cuando Tess intentó descolgarlas para lavarlas, así que se había visto obligada a reemplazarlas por unas blancas. Una gran ventana frontal ofrecía vistas del valle y del pequeño pueblo de Tempest, Tennessee, mientras que las ventanas traseras daban al arroyo Poorhouse.

Bianca lanzó el vestido de gasa sobre el sillón y usó el respaldo para apoyarse al tiempo que se quitaba las sandalias. Cuando se enderezó, echó un vistazo de trescientos sesenta grados desde la chimenea de piedra ennegrecida por el hollín, que ocupaba un extremo de la cabaña, hasta la cocina antigua que había en el otro.

El fregadero de hierro fundido era de la granja original, al igual que la estufa de gas de los años 50. Los armarios abiertos, ahora despojados del papel que los había forrado, contenían la escasa colección de platos y conservas que Tess se había llevado de Milwaukee.

—Este lugar es el sueño de cualquier manitas —comentó Bianca.

Solo cuando empezaron a castañearle los dientes Tess se dio cuenta del frío que hacía. Metió las húmedas piernas en los vaqueros que había abandonado junto a la puerta trasera y se puso una vieja sudadera de la universidad de

Wisconsin por encima de la camiseta mojada.

—No se me da bien reparar nada.

Tampoco era una de las habilidades de Trav. Él era el que sostenía la linterna mientras ella se arrastraba por debajo del fregadero para arreglar una tubería que goteaba.

—¿Alguna vez te he dicho lo *sexy* que me pareces con una llave inglesa en la mano? —le había dicho.

—Repítelo.

Tess se frotó el dedo en el que una vez llevó su alianza. Quitárselo le había arrancado el corazón, pero si hubiera seguido luciéndolo, habría tenido que soportar demasiadas preguntas. Y lo que era peor, habría tenido que escuchar las historias sobre las pérdidas de otras personas: «Sé cómo te sientes. Perdí a mi abuela el año pasado», «... a mi tío», «... a mi gato».

«¡No, no sabéis cómo me siento!», había querido gritar Tess a todos sus bienintencionados amigos y compañeros de trabajo. «¡Solo sabéis cómo os sentís vosotros!».

Dejó de frotarse el dedo.

—Lo mejor que puedo decir es que el lugar está limpio.

Había fregado la cocina de arriba abajo, había frotado los fogones con el estropajo de acero y el fregadero con polvo de fregar. Había pulido los viejos suelos de pino, arrastrado la alfombra turca raída al exterior para sacudirla y quitarle hasta la última mota de polvo, y había sufrido un ataque de estornudos cuando hizo lo mismo con los cojines del sofá, estampados con monumentales e inapropiadas escenas de la caza inglesa del zorro. Su única compra significativa había sido un colchón para la cama de matrimonio que presidía el dormitorio.

Bianca miró por encima del hombro y arrugó su pequeña y perfecta nariz.

—¿Tienes que usar un retrete exterior?

—Dios fue misericordioso conmigo. Hay un cuarto de baño en el piso de arriba. —Se subió la cremallera de la sudadera de Trav. La había usado durante meses después de su muerte, hasta que estuvo tan sucia que había tenido que lavarla. Ahora ya no apreciaba en la prenda el olor familiar de él, la combinación de piel caliente, jabón y desodorante Right Guard.

«¡Hostia puta, Trav! ¿Cuántas personas de treinta y cinco años mueren de neumonía neumocócica hoy en día?».

Se sacó la larga y enredada melena por el cuello de la sudadera.

—Compré la cabaña sin verla. El precio era atractivo, pero las fotos resultaron engañosas.

Bianca se tambaleó hacia la mesa de la cocina.

—Quedaría muy bonita con una mano de pintura y muebles nuevos.

La Tess de antes habría aceptado el desafío, pero la nueva Tess no. No solo no podía permitirse muebles nuevos, sino que tampoco le importaba lo suficiente como para comprarlos.

—Algún día.

Mientras Tess preparaba el café, Bianca habló sobre la biografía de una de las amantes de Picasso que acababa de leer y sobre cuánto echaba de menos la comida tailandesa. Así fue como Tess se enteró de que Bianca y su marido vivían en Manhattan, donde ella trabajaba como escaparatista y diseñadora en la industria de la moda.

—Diseño escaparates y tiendas *pop-up* —explicó—. Es más divertido que cuando era modelo, aunque no tan lucrativo.

—¿Has sido modelo? —Tess se giró desde los fogones para mirarla, y entonces lo comprendió.—. Por eso me resultas tan familiar. ¡Bianca Jensen! Todas queríamos ser tú. —No había relacionado el nombre de Bianca con sus días de universidad. En ese tiempo, aquel rostro de hada había sido portada de todas las revistas de moda.

—Tuve una buena carrera —afirmó Bianca con modestia.

—Más que buena. Estabas en todas partes. —Mientras Tess servía dos tazas de café y las llevaba a la mesa, recordó lo imperfecta que la habían hecho sentir todas esas portadas de revistas al tener ella pechos grandes, un pelo indomable y la tez aceitunada.

—Qué rico... Por la forma en la que actúa Ian, cualquiera diría que es heroína. —Bianca tomó un sorbo de su taza y soltó un largo y delicioso suspiro.

Como matrona, esa no era la primera vez que Tess se sentaba a la mesa de la cocina frente a una mujer casi desnuda, pero, a diferencia de Bianca, esas

mujeres estaban de parto. Bianca enroscó la mano libre alrededor del vientre de una forma protectora y orgullosa, típica de las mujeres embarazadas.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Tempest?

—Exactamente veinticuatro días. —Ser demasiado evasiva hacía que la gente sintiera curiosidad, y era mejor ofrecer un poco de información para que no pareciera que tenía algo que ocultar porque, cuando la gente supiera que era viuda, todo cambiaría. Apoyó los talones en el reposapiés de la silla—. Me cansé de vivir en Milwaukee.

—Pero ¿por qué elegiste venir aquí?

Porque había visto el nombre de Runaway Mountain en un mapa.

—Soy un culo inquieto.

No era cierto. Trav era el inquieto. En los once años que habían estado casados, habían vivido en California, Colorado y Arizona antes de volver a Milwaukee, donde ambos habían crecido. Él estaba dispuesto a mudarse de nuevo cuando murió.

Tess pasó el pulgar por el asa de la taza.

—¿Y tú? ¿Cómo has acabado en estas montañas?

—No ha sido por elección propia. No debe de haber más de ochocientas personas viviendo en este lugar olvidado de Dios.

Novecientas sesenta y ocho, según el cartel de la autopista.

—Todo es culpa de Ian —continuó Bianca—. Decía que la ciudad lo irritaba; demasiada gente, marchantes, prensa, aspirantes a artistas... Por eso decidió que nos mudáramos aquí.

—¿Marchantes? ¿Prensa?

—El hombre que te estaba gritando es Ian Hamilton North IV. El artista.

Aunque a Tess no le encantaran los museos, habría reconocido el nombre. Ian Hamilton North IV era uno de los artistas callejeros más famosos del mundo, después del misterioso Banksy. También era, según creía recordar, la oveja negra de la dinastía financiera de los North, algo así como la sangre azul de los negocios del país. Si bien no sabía mucho sobre artistas callejeros —o grafiteros de mierda, como los llamaba Trav—, ella siempre se había sentido fascinada por el trabajo de North.

—Dame un spray de pintura y yo mismo lo haré —le había asegurado Trav. Pero los críticos no compartían la opinión de su marido.

Recordó lo que había leído sobre North. Su fama había crecido desde que dejó de ser aquel niño que firmaba las calles de Manhattan, cuando sus grafitis decoraban las paradas de autobús y todo tipo de mobiliario urbano. A partir de entonces, había empezado a producir piezas más grandes, que aparecieron en las medianeras de edificios de todo el mundo; ilegales al principio y, al final, murales hechos por encargo y, por tanto, retribuidos. En la actualidad, las galerías y los museos, como la exposición que ella había visto, mostraban sus carteles y pinturas, todos con la firma que había adoptado de niño: IHN4.

Por naturaleza, los artistas callejeros sentían poco respeto por la ley y el orden, así que no debería sorprenderle que este artista en particular, por muy brillante que fuera, careciese del gen del altruismo. Como muestra, el hecho de haber arrastrado a su esposa embarazada lejos de su casa, en medio de la nada, dos meses antes de la fecha del parto.

—Vi la exposición del MoMA. —Había ido con Trav a Manhattan no mucho antes de que él enfermara. En aquel momento le habían encantado las imágenes explosivas que había visto en las paredes del museo, pero ahora que había conocido al artista, ya no la atraían tanto.

—Soy su musa. —Bianca se tocó la clavícula—. Lo vuelvo loco, pero me necesita. Cuando rompimos hace dos años, estuvo bloqueado durante casi tres meses. No podía pintar nada. —Sonrió, sin molestarse en ocultar su satisfacción.

Tess no estaba segura de que una criatura etérea como Bianca pudiera inspirar un trabajo tan mítico. En la exposición que había visto, las criaturas parecidas a los videojuegos de los primeros trabajos de North se habían transformado en seres grotescos y mitológicos que colocaba en un entorno cotidiano: la mesa de desayuno familiar, una barbacoa en el patio trasero, un *box* de oficina. La caligrafía de sus pinturas se había vuelto también más intrincada, hasta que, finalmente, las letras se imbricaron en el diseño abstracto.

La sonrisa de Bianca se volvió soñadora mientras posaba las manos sobre su vientre.

—Ya voy a un médico de Knoxville y nos mudaremos a un hotel cerca del

hospital un par de semanas antes de la fecha del parto. Estoy deseando que llegue el momento.

No daba la sensación de que no pudiera esperar. Daba la sensación de que estaba disfrutando de cada instante de su embarazo. Tess sintió un ramalazo de dolor.

«Deberías haberme dejado un bebé, Trav. Era lo menos que podías haber hecho».

—Hacía mucho tiempo que yo quería tener hijos, pero Ian... —Plantó ambas manos en la mesa y se levantó de la silla—. Será mejor que vuelva antes de que venga a buscarme. Es demasiado protector. —Cruzó la estancia para recuperar su vestido y las sandalias—. Ser modelo me ha convertido en una nudista convencida. Espero no haberte asustado. —Intentó ponerse las sandalias—. No debería habérmelas quitado. Ahora ya no voy a poder ponérmelas de nuevo.

La hinchazón en los pies no parecía alarmante, pero debía de resultarle incómoda.

—Intenta beber más agua —dijo Tess—. Sé que parece una contradicción, pero ayudará a que tu cuerpo retenga menos líquido. Y mantén los pies en alto tan a menudo como puedas.

—Parece que tienes experiencia. ¿Cuántos hijos tienes?

—No tengo hijos. Trabajaba como comadrona. —Solo era una parte de la verdad. Era una comadrona titulada a la que le habían robado la alegría de ayudar a dar a luz a bebés, junto con todo lo demás.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Bianca—. He oído lo difícil que es conseguir una buena atención médica aquí, en el quinto pino.

—Me estoy... tomando un período sabático. —Si era cuidadosa con el dinero que había recibido por la venta de su piso, lograría mantenerse durante unos meses más antes de tener que montar una consulta y volver a trabajar.

—Ven a casa mañana —dijo Bianca—. Ian estará fuera haciendo senderismo o encerrado en su estudio; está en plena crisis artística, y así podré enseñarte la casa. Estoy deseando disfrutar de una compañía que no me gruñe.

Y Tess sentía la necesidad de estar con alguien que no supiera de la muerte de Trav, que no la viera como la mujer rota que era.

Cuando Bianca se fue, Tess llevó las tazas al fregadero *vintage*, con su anticuado tablero de drenaje incorporado. El acabado de porcelana astillada y las manchas de óxido se negaban a rendirse al fregado. Mientras se secaba las manos, vio que tenía las cutículas hechas polvo y las uñas rotas. A diferencia de Bianca, ella nunca sería la musa de nadie, a menos que el artista tuviera pasión por las morenas desaliñadas de ojos rasgados, con el pelo salvajemente rizado y diez kilos de más.

Trav decía que sus ojos oscuros, entre azulados y morados, su tez aceitunada y su pelo casi negro le daban un aspecto terrenal y exótico, como si fuera una actriz de una de esas películas italianas de los años sesenta que tanto le gustaban. Ella le había recordado más de una vez que su pelo, casi negro, provenía de algún antepasado griego que nunca se había paseado por las calles de Nápoles con un vestido de algodón ajustado, como Sophia Loren cuando la perseguía Marcello Mastroianni, pero eso no lo había disuadido de burlarse de ella con palabras italianas inventadas.

De hecho, Tess acostumbraba a ser una persona divertida. Era capaz de hacer reír hasta a la parturienta más nerviosa. Sin embargo, en ese momento no podía recordar la sensación de reírse.

Se acercó al gran ventanal tratando de decidir cómo ocupar el resto del día. Un camino de grava serpenteaba a un lado de Runaway Mountain desde el pueblo, pasando por la cabaña, por la escuela, y terminando en lo que quedaba de una vieja iglesia pentecostal. A su lado, sobre una mesa desvencijada, había una copia de bolsillo de *Sobre la muerte y los moribundos*, de Elisabeth Kübler-Ross. Mientras Tess la miraba, una furia ardiente la invadió. Cogió el libro y lo lanzó al otro lado de la habitación.

«¡A la mierda, Liz, tú y tus cinco etapas de dolor! ¿Qué tal ciento cinco etapas? ¿Mil cinco?».

Pero claro, Elisabeth Kübler-Ross no había conocido nunca a Travis Hartson, de pelo castaño y ojos risueños, de manos preciosas y optimismo inagotable. Elisabeth Kübler-Ross nunca había comido *pizza* en la cama con él ni él la había perseguido por toda la casa con una máscara de Chewbacca. Y, por eso, Tess vivía en ese instante en una cabaña desvencijada, en una montaña con

el nombre más apropiado posible, en medio de la nada. Pero en lugar de estar dispuesta a apretar el botón de reiniciar de su vida, solo sentía ira, desesperación y vergüenza por su debilidad. Habían pasado casi dos años. Otras personas ya se habrían recuperado de la tragedia. ¿Por qué ella era incapaz?

Ian Hamilton North IV estaba teniendo un mal día. Un día particularmente malo en una larga serie de días malos. De semanas malas. ¿A quién cojones pretendía engañar? Nada iba bien desde hacía meses.

Había comprado la casa en Tempest, Tennessee, para aislarse. La calle principal estaba situada en una traicionera avenida de dos carriles donde había una gasolinera, un bar llamado El Gallo, un restaurante de barbacoa, una tienda Dollar General y un edificio de ladrillo rojo que albergaba el ayuntamiento, la comisaría de policía y la oficina de correos. En el pueblo había tres iglesias, un establecimiento de aspecto sospechoso que llamaban cafetería y más iglesias escondidas en las colinas. Y, al final de la avenida, un edificio de una sola planta llamado Centro Recreativo Brad Winchester.

Ian ya se había enterado de que el senador estatal, Brad Winchester, era el ciudadano más rico y poderoso de la ciudad. En otros tiempos, Ian habría dejado su impronta en ese edificio a la primera oportunidad que le hubiese surgido: IHN4. Lo habría marcado con pintura amarilla de Krylon en espray, con una gárgola entrando y saliendo de las letras. Probablemente lo habrían arrestado por ello. Ese pueblo tenía el gusto un poco limitado en lo que a arte callejero se refería; era lo que sucedía en los núcleos pequeños. Todos querían sus murales, pero odiaban su firma, sin entender que no se podía tener una cosa sin la otra. Pero la línea que dividía el vandalismo y la genialidad estaba abierta a la interpretación, y hacía tiempo que él había abandonado el papel de artista incomprendido.

El pueblo era demasiado pequeño para perturbar la belleza natural de la región: las colinas y las montañas que parecían pintadas con acuarelas, las brumas matinales, las extraordinarias puestas de sol y el aire limpio. Por desgracia, también había gente. Algunos provenían de familias que llevaban generaciones allí, pero también se habían establecido en esas montañas

jubilados, artesanos, colonos y supervivientes.

Ian tenía la intención de minimizar todo lo posible el contacto con ellos, y solo había ido al pueblo con la esperanza de poder encontrar en la Dollar General los panecillos ingleses que se le habían antojado a Bianca. Habían desaparecido del pedido semanal, por el que pagaba una fortuna, y que le enviaban desde la tienda de comestibles más cercana y decente, a unos cuarenta kilómetros de distancia. Los panecillos ingleses tal vez fueran algo demasiado exótico para la Dollar General, pero él no estaba de humor para ir más lejos para conseguirlos.

Cuando llegó a su coche, se detuvo.

La bailarina endemoniada...

La vio por la ventana de lo que en ese pueblo consideraban una cafetería, La Chimenea Rota, un lugar donde también vendían helados, libros, cigarrillos y quién sabía qué más.

La bailarina era una mujer rara. A pesar de lo furiosa que le había parecido, había notado la completa ausencia de alegría en su baile. Sus feroces y bruscos movimientos habían sido tribales, más propios de un combate que de una danza. Pero estaba allí, quieta, suspendida en un rayo de sol, y así, sin más, quiso pintarla.

Ya la visualizaba en el lienzo. Sería una explosión de color con cada pincelada, con cada pulsación de la boquilla. Azul cobalto en ese feroz pelo gitano, con un toque de verde viridiana cerca de las sienes. Rojo cadmio rozando la piel oliva de los pómulos, un toque de amarillo cromo en su punto más prominente. Una raya de ocre ensombreciendo aquella nariz larga. Todo en una completa sinfonía de colores. Y sus ojos. Del color de las ciruelas maduras de agosto. ¿Cómo conseguir capturar la oscuridad en ellos?

¿Cómo iba a captar algo aquellos días? Se sentía atrapado. Encarcelado en su reputación, como si hubiera sido fosilizado en ámbar. Su padre no había sido capaz de «sacarle al artista de dentro», como solía decir, y ahora él se estaba abriendo camino por sí mismo. Los artistas callejeros, como Banksy, podían continuar con sus carreras hasta mediana edad, pero a él no le pasaba lo mismo. El arte callejero era el arte de la rebelión, y con su padre muerto y más dinero en

su cuenta bancaria del que jamás gastaría, ¿contra qué coño iba a rebelarse? Podía cortar más plantillas, hacer más carteles, pintar más lienzos, pero todo resultaría falso. Porque lo sería.

Pero si no le quedaba rebeldía que plasmar, ¿entonces, qué?

Era una pregunta que no sabía responder, así que volvió a concentrarse en la bailarina. Llevaba unos vaqueros anodinos y una voluminosa sudadera granate, pero él tenía una excelente memoria visual. Y había visto su cuerpo mientras bailaba aquella primitiva danza; estaba demasiado delgada, pero con algunos kilos más estaría magnífica. Pensó en la exquisita *Betsabé* de Rembrandt relajada en su baño, en *La maja desnuda* de Goya, en la sensual *Venus de Urbino* de Tiziano. La bailarina tendría que comer para que él lograra igualar a esos pintores inmortales, y entonces querría pintarla. Era el primer impulso creativo que había experimentado desde hacía meses.

Se quitó la idea de la cabeza. Lo que tenía que hacer era deshacerse de ella. Y con rapidez. Antes de que llamara la atención de Bianca más de lo que ya lo había hecho.

Así que se dirigió hacia la cafetería.

[1]. En inglés, «runaway» significa «fugitivo».. (N. del C.)

2

Tess sabía que él estaba cerca incluso antes de verlo. Fue por un remolino en el aire. Un aroma. Una vibración. Y luego el gruñido hosco que tan bien recordaba.

—Bianca me ha dicho que esta mañana he sido muy maleducado.

—¿Y ha tenido que señalártelo ella? —Tess estaba mirando un anuncio en el escaparate de La Chimenea Rota cuando él se acercó.

De cerca era aún más formidable, todo lo opuesto al estereotipo de un artista con perilla, dedos manchados de nicotina y ojos muy abiertos. Poseía hombros anchos y una mandíbula sólida como una roca. Una larga cicatriz le recorría un lateral del cuello y los pequeños agujeros en los lóbulos de sus orejas sugerían que en algún momento había lucido pendientes (que serían, con toda seguridad, una calavera con dos tibias cruzadas). Era un forajido, la versión adulta del *punk* adolescente que había usado bote de pintura en spray en lugar de un arma, de un joven matón que se había pasado años entrando y saliendo de la cárcel por allanamiento y vandalismo. A pesar de los vaqueros usados y de la camisa de franela, era un hombre en la cima de su carrera y estaba acostumbrado a que todo el mundo se inclinara ante él. Sí, se sentía intimidada, tanto por el hombre en sí como por su fama. Y no, no pensaba permitir que se diera cuenta.

—Tiendo a estar absorto en mí mismo... —dijo, aclarando algo obvio—, salvo en lo que afecta a Bianca. —Hablabla de manera pausada, de modo que cada palabra sonaba más contundente que la anterior.

—¿En serio? —No era asunto suyo, pero desde el momento en que irrumpió en su jardín, él la había estado incordiando. Aunque estaba disfrutando de la libertad que le proporcionaba que alguien la riñera en lugar de mirarla con lástima—. ¿Por eso has arrastrado a una mujer embarazada lejos de su casa, a un pueblo que ni siquiera cuenta con un médico?

Como él tenía un ego demasiado grande para ponerse a la defensiva, lo dejó pasar.

—La niña no llegará hasta dentro de dos meses y dispondrá de los mejores cuidados. Lo que más necesita Bianca ahora es descanso y tranquilidad. —Sus ojos, del gris hostil de un cielo invernal justo antes de una tormenta de nieve, se encontraron con los de ella—. Sé que Bianca te ha invitado a nuestra casa, pero yo retiro la invitación.

En lugar de retroceder, como haría cualquier persona normal, lo presionó.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Necesita descansar.

—Hoy en día se aconseja que las mujeres embarazadas sanas se mantengan activas. ¿Acaso no se lo recomendó su médico?

Su ligera vacilación quizá hubiera pasado desapercibida para alguien que no estuviera entrenado para observar, pero no para ella.

—El médico de Bianca quiere lo mejor para ella, y me estoy asegurando de que lo tenga. —Él se alejó con un gesto de cabeza.

Su fuerte musculatura y su paso decidido le daban la apariencia de un hombre que había sido diseñado por Dios para soldar vigas o bombear petróleo en lugar de crear algunas de las obras de arte más memorables del siglo XXI.

Bianca había dicho que era «muy protector», pero la situación parecía más bien asfixiante. Algo no iba bien entre esos dos.

Una camioneta destartalada pasó a toda velocidad con el tubo de escape petardeando. Ella había ido al pueblo a por donuts, no para involucrarse en la vida de otras personas, y volvió a prestar atención al letrero del escaparate: «Se busca ayuda».

Era comadrona. Cualquier día de estos, la ira y la desesperación se convertirían en resignación. Tenía que ser así. Y en cuanto eso ocurriera, debería ponerse a buscar trabajo en su campo. Algo que le permitiera recobrar la satisfacción de ayudar a madres vulnerables a dar a luz.

«Se busca ayuda».

No necesitaba volver a trabajar todavía, así que ¿por qué estaba mirando el cartel como si todo su desordenado mundo se hubiera reducido a lo que había dentro de esa cafetería de mala muerte?

Porque estaba asustada. La soledad de Runaway Mountain, que ella había

pensado que la curaría, no estaba funcionando. La idea de pasarse el día en la cama, comer donuts y bailar bajo la lluvia se había vuelto demasiado tentadora. La semana anterior no se había duchado en cuatro días.

La amarga oleada de autodesprecio que la recorrió al recordarlo la obligó a atravesar la puerta. Podía preguntar por el trabajo o comprar un donut y marcharse, debía tomar una decisión.

En el mostrador de la derecha había galletas y donuts, pero no como en una cafetería de ciudad. Un congelador compacto mostraba ocho cubetas de helado. En las estanterías vio cigarrillos, barras de caramelo, pilas y otras rarezas que no solían encontrarse normalmente en una pastelería, en una heladería o en una cafetería. En un rincón había un par de estantes metálicos con libros de bolsillo, y sonaba de fondo una canción de *rock*, que reconoció vagamente pero cuyo título no recordaba.

El siseo de una cafetera exprés flotó en el aire. Vio su reflejo en el espejo detrás del mostrador. Casi no reconoció su cara hinchada, las sombras púrpuras que lucía bajo los ojos, la espesa maraña de pelo que no había visto un cepillo desde... quizá el día anterior, quizá el anterior al anterior, y la sudadera granate de Trav de la Universidad de Wisconsin.

El hombre que atendía la máquina de café pasó una bebida recién hecha por encima del mostrador a un anciano con un bastón. El viejo cojeó con el vaso hasta una mesa y el hombre de la cafetera centró su atención en ella. Por la espalda le colgaba una fina y gris cola de caballo. El hombre la miró con unos ojos pequeños y rodeados de arrugas.

—¿Donuts o pasteles?

—¿Cómo sabes que quiero una de las dos cosas?

Él colgó los pulgares en el cordón del delantal rojo.

—Me gano la vida leyendo la mente de la gente. Tú eres nueva por aquí. Me llamo Phish. Con «Ph».

—Soy Tess. Debes de ser su mayor fan.

—¿Del grupo Phish? Joder, no. Soy un *deadhead*, un admirador de los Grateful Dead. El mejor grupo que jamás haya existido. Ahora mismo está sonando *Ripple*... Es la única canción suya que conoce la gente. —Hizo una

mueca que reveló su opinión sobre la inexplicable ignorancia humana—. Soy Phish porque me apellido Phisher.

—¿Y cómo te llamas?

—Elwood. Y olvida que te lo he dicho. —Señaló con la cabeza la vitrina de tres estantes que había detrás del mostrador. A su lado, en una pequeña pizarra, estaba anotado el pastel del día—. Manzana holandesa —dijo—. Es mi especialidad.

—Me gustan más los donuts. —Aunque allí no había mucha variedad, solo glaseados o con azúcar espolvoreado; y no parecían de verdad, más bien eran una especie de pastel disfrazado de donut. Hizo un gesto señalando la puerta—. Este lugar tiene un nombre extraño, La Chimenea Rota.

—Deberías haberlo visto cuando lo compré. Arreglarlo me costó veinte mil dólares.

—Me he dado cuenta de que no has arreglado la chimenea.

—La chimenea está tapiada, así que no tenía mucho sentido. Es una buena manera de que la gente nos conozca.

—He visto el anuncio en el escaparate. ¿Buscas ayuda? —Se raspó la costura lateral de los vaqueros con la uña.

—¿Quieres el trabajo? Es tuyo.

—¿Así de simple? Por lo que sabes de mí, quizá sea una delincuente fugitiva. —Parpadeó.

—¡Oye, Orland! ¿Tess te parece una delincuente fugitiva? —Le gritó al viejo de la mesa.

—Me parece *taliana*, así que nunca se sabe. Aunque tiene algo de carne en los huesos, me gusta. No me importaría mirarla cuando entre por la puerta. —El anciano dejó de prestar atención al periódico.

—Pues ya ves... —La sonrisa de Phish reveló un conjunto de dientes torcidos—. Si le gustas a Orland, es suficiente para mí.

—No soy italiana. —Ignoró lo de «algo de carne en los huesos».

—Mientras estés dispuesta a trabajar por el salario mínimo y a hacer los turnos que nadie más quiere, además de soportar a mi sobrina y a mi cuñada, no me importa mucho lo que seas.

—Solo he venido a por un par de donuts.

—Entonces, ¿por qué has preguntado por el trabajo?

—Porque... —Se llevó los dedos al pelo y los enredó en él—. No lo sé. Olvídalo.

—¿Sabes hacer un expreso?

—No.

—¿Tienes alguna experiencia con cajas registradoras?

—No.

—¿Tienes algo mejor que hacer ahora mismo?

—¿Mejor que...?

—Ponerte un delantal.

—En realidad, no. —Y eso pensaba en realidad.

—Entonces, vamos a ello.

Durante las siguientes horas, Phish le mostró todos los trucos mientras atendía a los clientes. Ella le siguió la corriente, sin estar segura de cómo había llegado a esa situación, pero sin intención de hacer nada al respecto. Al poco tiempo, tuvo la impresión de que ya le habían presentado a la mitad del pueblo, incluyendo al «señor de la cerveza» del pueblo, algunos jubilados del norte, la jefa de la Alianza Local de Mujeres y dos miembros del consejo escolar. Todo el mundo sentía curiosidad por ella —justo lo que ella no quería—, pero era la curiosidad normal de la gente por conocer a alguien nuevo, y las respuestas evasivas que ya había dado a Bianca parecían satisfacerlos.

A las cuatro en punto, atendió al primer cliente. Dos cucharadas de helado de mantequilla y nueces, y una copia del *National Enquirer*. A las cinco, mientras los Grateful Dead terminaban el coro final de *Bertha*, Phish se quitó el delantal y se dirigió a la puerta.

—Savannah vendrá a las siete para hacerse cargo.

—¡Espera! Yo no...

—Si tienes preguntas, déjalas para mañana. O pídele a uno de los clientes que te ayude. No recibimos a muchos extraños por aquí.

Y, sin más, se quedó sola. Se convirtió en camarera, heladera, pastelera, proveedora de dulces y vendedora de cigarrillos.

Vendió dos porciones de tarta, una con helado; un paquete de pilas AA; una taza de chocolate caliente y algunos caramelos de menta para el aliento. E hizo su primer capuchino, solo para tener que rehacerlo porque no cumplía con las proporciones correctas. La cafetería estaba llena de clientes habituales cuando entró un hombre; llevaba una gorra de camionero que le cubría la cabeza y barba pelirroja de varios días. El tipo se tomó un tiempo para mirar atentamente la forma de sus pechos bajo el delantal.

—Un paquete de Marlboro.

Debería haberlo previsto, pero en esos días no podía prever nada de nada.

—¿Te haces una idea de lo que el tabaco le provoca a tu cuerpo? —Se demoró un rato reacomodando los plátanos en el frutero del mostrador.

—¿Lo dices en serio? —preguntó él, rascándose el torso.

—Fumar aumenta el riesgo de padecer enfermedades coronarias, cáncer de pulmón, accidentes cerebrovasculares... También provoca mal aliento.

—Véndeme los cigarrillos, joder.

—Es que... no puedo.

—¿Qué?

—Soy una especie de... objetora de conciencia.

—¿Una qué?

—Mi conciencia se opone a vender algo que sé que es tóxico para el cuerpo humano.

—¿Lo dices en serio?

«Excelente pregunta».

—Supongo...

—¡Voy a quejarme a Phish!

—Lo entiendo. —No era que esta nueva ocupación fuera la profesión de su vida, y si la despedían tampoco pasaba nada.

Él se quedó justo al lado del mostrador mientras llamaba, mirándola con desprecio.

—Phish, soy Artie. La nueva no me vende una cajetilla de Marlboro... Mmm... Mmm. Mmm... Vale. —Le alargó el móvil—. Phish quiere hablar contigo.

—Hola. —El teléfono apestaba a tabaco. Lo mantuvo ligeramente alejado de la cara.

—¡Qué cojones te pasa, Tess! —exclamó Phish—. Artie dice que no le quieres vender tabaco.

—Va... en contra de mis principios.

—Es parte de tu trabajo, coño.

—Y lo entiendo. Pero no puedo hacerlo.

—Es tu trabajo —repitió él.

—Sí, lo sé. Tendría que haberlo pensado antes, pero no ha sido así.

—Bueno, vale. Pásame a Artie otra vez. —El gruñido retumbó a través de aquel teléfono apestoso.

Aturdida, le devolvió el teléfono. Artie se lo arrebató.

—Sí... Sí... ¿Me estás tomando el pelo, Phish? Te voy a mandar al infierno. —Se metió el teléfono en el bolsillo y la miró fijamente—. Eres tan arpía como mi novia.

—Debe de estar preocupada por ti. —Estudió su camiseta. La frase estampada en el pecho decía: «Compraré bebidas para mi...» seguida de la foto de una conejita. Le llevó unos momentos entenderla—. ¿Qué piensa ella de tu camiseta?

—¿No te gusta?

—No mucho.

—Eso demuestra que no entiendes nada. Fue mi novia la que me la regaló.

—Supongo que nadie es perfecto.

—Ella lo es. Y no pienso volver aquí cuando estés trabajando tú.

—Lo entiendo.

—Estás loca, ¿sabes? —Y salió a grandes zancadas por la puerta.

Había ganado, era una victoria, y pensó en lo mucho que le hubiera gustado a Trav esa historia. Pero no había ningún Trav esperándola. Ningún Trav que echara la cabeza hacia atrás y se riera a carcajadas con ella. Estaba en un lugar nuevo, con una casa nueva, una montaña nueva y un trabajo nuevo, pero nada de eso importaba. Había perdido al amor de su vida y nunca lo superaría.

Cuando llegó la sobrina de Phish, Savannah, se cabreó inmediatamente con

ella. Era una chica beligerante, de diecinueve años, con el pelo color remolacha, gafas en forma de ojo de gato, dilatadores en las orejas y un montón de tatuajes. Además, estaba embarazada, aunque Tess no tuvo la oportunidad de preguntarle de cuánto porque Savannah insistió inmediatamente en que limpiara el baño.

—Phish lo limpió hace un par de horas —dijo Tess, sin añadir que Savannah había llegado tarde, y que su turno había terminado hacía más de media hora.

—Pues límpialo de nuevo. Cuando él no está aquí, mando yo.

A diferencia de la de los cigarrillos, esa no era una pelea que valiera la pena, al menos no en su primer día. Buscó los artículos de limpieza, revisó el baño y se fue por la puerta trasera antes de que su desagradable compañera de trabajo pudiera impedirselo.

Cuando estuvo de vuelta en la cabaña, se quitó la sudadera, se puso unos auriculares y salió a bailar. Bailó de puntillas, bajo las primeras gotas de lluvia, en el frío de la noche. Bailó y bailó. Pero no importaba lo rápido que se moviera, lo alto que levantara los pies: bailando no podía llegar a donde quería.

La espadaña de la escuela todavía conservaba una campana de hierro, pero los tres escalones que llevaban a las brillantes puertas dobles de color negro eran nuevos. Recordó la advertencia que Ian North le había hecho el día anterior, pero llamó al timbre de todos modos. La puerta se abrió casi de inmediato y vio a una radiante Bianca al otro lado, con una sola trenza rubia cayéndole por encima del hombro, como Elsa en *Frozen*.

—¡Sabía que vendrías! —La cogió por la muñeca y la arrastró al pasillo donde, hacía tiempo, los alumnos se despojaban de sus abrigo y se quitaban las botas llenas de barro. Bianca iba descalza con un vestido de verano de gasa que le acariciaba el abdomen—. Prepárate para ver todo esto. —Arrojó la chaqueta de Tess a uno de los viejos ganchos de latón y la guio al salón—. Ian se la compró a unos amigos míos, Ben y Mark. Los dos son decoradores y ellos la rehabilitaron. Planeaban usarla como estudio y casa de vacaciones, pero se aburririeron después del primer año.

El débil sol de la mañana entraba por las grandes ventanas de la escuela. Los

techos eran altos, tal vez de unos cinco metros; las paredes lucían un color blanco tiza en la parte inferior y pintura de color azul aciano en la parte superior. Del techo colgaban unos globos de vidrio blanco y se habían conservado los suelos originales, con sus cicatrices y desperfectos, que habían sido restaurados con un brillante barniz oscuro.

El mobiliario de aquel enorme espacio vital era bajo y cómodo. Sofás tapizados en lona blanca, una larga mesa de comedor de madera de estilo industrial con patas metálicas, y otra de café del mismo estilo, pero con ruedas. Junto al ventanal, las estanterías exhibían rocas, huesos de animales, algunas raíces de árboles retorcidos y una generosa colección de libros de lujosa encuadernación. Un globo terráqueo que había pertenecido a la escuela adornaba la tapa de un viejo piano de pie. Un reloj de péndulo estilo Seth Thomas estaba cerca de una vieja estufa, y la cuerda de la campana colgaba de la abertura rectangular que había en el techo.

Bianca señaló la escalera de madera con peldaños al aire y barandillas hechas con pedazos de hierro pintados de gris.

—El estudio de Ian está arriba, pero no podemos entrar. Aunque no es que esté trabajando en algo, está bloqueado. El dormitorio principal está también en el primer piso. Hay uno más pequeño en esta planta. A Ben y Mark les encantaba cocinar, así que la cocina es espectacular, pero ninguno de nosotros dos es buen cocinero. ¿A ti cómo se te da?

Tess solía cocinar, pero no lo hacía desde hacía mucho tiempo. Lomo de cerdo asado, espárragos, albóndigas de *ricotta* con panceta y salvia crujiente... Esa fue la última gran comida que preparó. Las albóndigas estaban perfectas, pero Trav no comió mucho.

«Lo siento, cariño. No tengo hambre. Es este maldito frío. Parece que no puedo librarme de él».

No había sido un resfriado. Había tenido neumonía neumocócica, una enfermedad que debería haber respondido al tratamiento, pero no fue así. Diez días después, había muerto.

—¿Te encuentras bien? —Bianca la miraba con preocupación.

—Sí. Estoy bien. Estaba... Me gusta, aunque no he cocinado mucho

últimamente. —Tess se acordó de sonreír—. Pero me gusta comer. Tal vez tú puedas darme algunas ideas.

Bianca le mostró la cocina: azulejos blancos como los de las estaciones de metro detrás del fregadero, la larga ventana de la escuela en el extremo estrecho, un tablero de cuentas blancas, armarios pintados en un tono más claro que el azul del resto de la planta baja. Una puerta exterior conducía a la parte trasera de la casa. En la encimera de esteatita había una berenjena junto a un par de tomates maduros y media barra de pan francés.

Bianca se sentó en el alféizar de la ventana con las manos apoyadas en el vientre y enumeró alegremente algunos de sus platos favoritos, los restaurantes que adoraba y odiaba, los artículos que echaba en falta en la entrega semanal de víveres y los antojos que estaba notando en el embarazo. La conversación, como estaba descubriendo Tess, tendía a girar a su alrededor, lo que a ella le venía muy bien.

—¡Cocina algo! —exigió Bianca con entusiasmo infantil—. Algo saludable y delicioso que ninguna de las dos haya comido jamás. Algo que esté rico y alimente a mi bebé.

Tess no tenía apetito, pero sacó de la nevera un montón de acelgas marchitas, una cabeza de ajo y una botella de vinagre balsámico para una *bruschetta* improvisada.

—Es como ver a la suprema Madre Tierra trabajando. —Bianca no paraba de asombrarse de todo lo que hacía Tess, como si nunca hubiera visto una berenjena cortada en daditos o un diente de ajo pelado.

—No sé de qué hablas.

—Mírate. Tu cabello, tu cuerpo. A tu lado, soy pálida y débil.

—Las hormonas del embarazo han hecho mella en tu ánimo. Eres una de las mujeres más guapas que he visto en mi vida.

Bianca suspiró, como si su apariencia fuera una carga que tuviera que soportar.

—Eso es lo que dice todo el mundo. —Se dio la vuelta para mirar por la ventana hacia los pastos secos de invierno en el claro que se extendía más allá de la escuela—. No te imaginas lo mucho que quiero a este bebé. Es algo que me

pertenece.

—Tu marido quizá tenga algo que decir sobre eso. —Tess lanzó la piel de la berenjena a la basura.

—Perdí a mis padres cuando tenía seis años. Me crio mi abuela. —Bianca siguió hablando como si no la hubiera oído.

Tess había perdido a su madre hacía casi una década. Su padre las había abandonado cuando ella tenía cinco años y guardaba pocos recuerdos de él.

—Durante mucho tiempo ni siquiera me planteaba tener hijos —dijo Bianca—. Pero luego me obsesioné con la idea de quedarme embarazada.

Tess se preguntó cómo se sentiría el marido de Bianca al respecto. A pesar de su charla, no había dicho demasiado sobre su matrimonio.

Un olor delicioso comenzaba a inundar la cocina cuando Tess picó la acelga y salteó el ajo en aceite de oliva, donde añadió también un poco de mantequilla para reducir el amargor de la verdura. Tostó el pan francés y cortó los tomates maduros en daditos junto con algunas aceitunas finamente picadas. Después de mezclarlo todo, salpimentó, echó un poco más de aceite de oliva y lo puso con una cuchara sobre el pan tostado. Con la comida terminada, colocada en un par de platos de porcelana, Bianca y ella se acomodaron en la larga mesa del comedor.

La *bruschetta* era perfecta, el pan crujiente, la cubierta carnosa y llena de sabor.

Había algo reconstituyente en estar en esa hermosa habitación bañada por el sol con una mujer tan vital. Tess se sorprendió al darse cuenta de que tenía hambre de verdad. Por primera vez en mucho tiempo, fue capaz de saborear la comida.

La puerta principal se abrió, y North entró con una mochila colgada al hombro, sobre la chaqueta. Se detuvo en la puerta y miró a Tess sin decir nada, sin necesidad de hacerlo.

«Te dije que te mantuvieras alejada, y aun así, aquí estás».

El último bocado de *bruschetta* perdió todo rastro de sabor.

—Me han invitado —dijo.

—¡Y nos lo hemos pasado muy bien! —El grito animado de Bianca sonó

como una nota aguda.

—Me alegra oírlo. —No parecía contento.

—Tienes que probar esto —dijo Bianca.

—No tengo hambre. —Se deshizo de la mochila y la dejó sobre un largo banco de madera.

—No seas tan gruñón. No hemos comido nada tan bueno desde que llegamos aquí.

Se quitó la chaqueta y avanzó hacia ellas. Cuanto más se acercaba, más fuerte era el deseo de Tess de proteger a Bianca.

—Te serviré un poco. —Bianca se levantó y fue a la cocina.

—Esto no es bueno para ella. —North se detuvo en la cabecera de la mesa, el lugar donde Bianca había estado sentada, y miró a Tess. La luz de febrero que entraba por las ventanas caía sobre la larga cicatriz que le recorría el cuello.

—Las verduras y las aceitunas son muy nutritivas. —Tess eligió malinterpretar sus palabras a propósito.

—Necesitas descansar, Bianca. —Su esposa reapareció con un plato. Él lo aceptó, pero no se sentó.

—Necesito caminar —dijo ella, más desafiante que nunca—. Vamos, Tess. Me prometiste que pasearías conmigo.

Tess no le había prometido tal cosa, pero se sintió feliz de poder escapar. Con lo que no había contado fue con la insistencia de Ian North en acompañarlas.

Bianca centró toda la conversación en Tess, un proceso incómodo, ya que North se había puesto al lado de su esposa en el estrecho sendero, lo que obligaba a Tess a quedarse atrás. Siempre que el terreno era desigual, él agarraba el brazo de Bianca y solo lo soltaba cuando alcanzaban una posición más estable. En cuanto pudo, Tess puso una excusa para irse.

—Nos vemos mañana. —Bianca se detuvo.

—No va a poder ser —intervino North—. Tenemos planes.

—Podemos cambiarlos.

—No, no podemos.

—Ya lo solucionaremos. Sé que las dos vamos a ser buenas amigas. —Bianca se encogió de hombros, luego apoyó la cabeza contra el brazo de su

marido y le sonrió.

Tess no estaba segura de eso. Lo último que necesitaba era verse envuelta en la extraña dinámica que reinaba entre esos dos.

Pasó una semana. Tess bailaba a medianoche cuando no podía dormir, o a las tres de la mañana, cuando una pesadilla la despertaba. Bailaba al amanecer, al atardecer y siempre que tenía problemas para respirar.

Bianca aparecía sin avisar, a veces varias veces al día. A Tess no le importaban las visitas, a pesar de la naturaleza unilateral de la conversación de Bianca. Mucho más molestas eran las intrusiones de Ian North. Invariablemente, aparecía con una u otra excusa para alejar a su esposa de ella.

«No encuentro mi cartera... », «Tenemos que hacer un pedido...», «Nos vamos a Knoxville...».

Actuaba como si Tess fuera una amenaza.

Pasó una semana. Luego otra. Tess se puso en contacto con los padres de Trav, que se estaban recuperando de la pérdida mejor que ella. Envío a sus amigos mensajes de texto con mentiras convincentes: «Estoy genial. Las montañas son preciosas».

El hecho de tener un empleo la obligaba a salir de la cama y le recordaba que debía ducharse y peinarse. No le gustaba su trabajo, pero tampoco lo odiaba. Atender en La Chimenea Rota la ayudaba a llenar las horas, y la personalidad relajada de Phish, combinada con su afición a la marihuana, lo convertían en un jefe genial.

Un día en que había poca clientela, Tess se conectó al wifi intermitente de la cafetería para investigar al marido de Bianca.

«Ian Hamilton North IV, conocido por su firma callejera, IHN4, es el grafitero americano más reconocido. Último miembro de la poderosa familia North, es el único hijo del fallecido financiero Ian Hamilton North III y de la célebre Celeste Brinkman North. Aunque los artistas callejeros tienden a ocultar su identidad, North ha hecho alarde de la suya usando sus verdaderas iniciales en su firma, una práctica que se suele atribuir a la problemática relación con sus padres. Ganó notoriedad al abandonar el grafiti callejero por un trabajo más

reflexivo...».

Cerró el ordenador cuando el señor Felter golpeó el mostrador exigiendo una ración extra de sirope de avellana en el café.

La sobrina embarazada de Phish, Savannah, era un poco menos grosera con los clientes que con Tess, y a esta comenzaba a resultarle evidente que Phish solo la mantenía allí por compromiso con el padre de la muchacha, su hermano Dave.

—Savannah antes no era tan mala —le confió Phish un día—, pero su exnovio la dejó preñada y se fue de la ciudad. Yo supe que era un capullo la primera vez que lo vi. ¡No había oído hablar de los Grateful Dead!

A ojos de Phish, no había pecado mayor que la falta de adoración por los Grateful Dead.

La otra empleada de Phish era la madre de Savannah, Michelle, una rubia de gran belleza que, a los cuarenta y dos años, también estaba embarazada.

—Creí que era la premenopausia —decía a cualquiera que la escuchara—. ¡Ja!

Era tan difícil trabajar con Michelle como con su hija. El rencor que sentía hacia Tess se debía a que Phish la había contratado a ella en vez de a la hermana menor de Michelle.

—Tanto dinero invertido en la universidad y terminas trabajando para Phish. —Michelle sonrió la primera vez que vio a Tess con la sudadera de Trav de la Universidad de Wisconsin.

Savannah y Michelle tenían sus propios problemas y, pasadas tres semanas, Tess había aprendido a no meterse en medio.

—Es como si lo hubiera hecho para vengarse de mí —le siseó Savannah a Tess—. Estar embarazadas al mismo tiempo me hace sentir un bicho raro. —Mientras limpiaba la varilla de vapor para la leche, le dio un golpe al café que acababa de preparar—. Siempre hace cosas como esa.

—¿Quedarse embarazada? —Tess tiró a la basura los posos de café.

—No. Es como si tratara de imitarme.

Tess se alegró cuando dos de los camareros de El Gallo se detuvieron delante del mostrador. Charlaron con ella más tiempo del necesario, pero era más

agradable hablar con ellos que con sus compañeras de trabajo.

Por fin, Tess se dirigió a la trastienda, donde pudo continuar la discusión que había iniciado con Phish la semana anterior. Ella tenía razón. Sabía que tenía razón.

—Solo una pequeña muestra camuflada entre las estanterías —dijo—. Para que los clientes sepan que están ahí.

—Oye, Tess, ¿cuántas veces tengo que decirte que no pienso poner las gomitas a la vista del público? La gente que las necesita sabe que las guardo en la trastienda. —Cogió un saco de arpillera con granos de café de la estantería.

—Los hombres maduros igual lo saben, pero ¿qué pasa con las mujeres que vengan aquí buscando condones? ¿Qué hay de los adolescentes que realmente los necesitan? —insistió. Le sentaba bien tratar de hacer algo positivo, en lugar de ser una carga para la humanidad.

—¿Qué dices? Si vendo gomitas a los adolescentes, en el pueblo se montará la madre de todos los escándalos.

—Confía un poco en la gente.

—Eres una forastera, Tess. Las gomitas se quedan en la trastienda, y no hay más que hablar.

En vez de seguir discutiendo, esperó a que Phish no estuviera y metió una pequeña muestra de condones en un lugar cerca del baño unisex. Los puso entre una pila de jabón hecho a mano, tablas de esmeril con versículos de la Biblia y un folleto de dos páginas dirigido a las adolescentes que tenían que conducir más de veinte kilómetros para poder informarse de algo. Cuando acabó su turno, escondió los condones y los folletos en el almacén. Tomar medidas, por pequeñas que fueran, era un pequeño paso adelante, y lo que Phish no supiera no iba a hacerle daño.

Ian no había pisado el pueblo desde que Tess Hartsong empezó a trabajar en La Chimenea Rota. Y en ese momento no estaría allí si no se hubieran quedado sin café. Cuando entró, vio a Tess detrás del mostrador. Llevaba un delantal rojo atado alrededor de la cintura y se había recogido el pelo en una coleta, pero algunos mechones rebeldes se rizaban alrededor de su cara y en la nuca.

Delante del mostrador había un hombre en vaqueros con una chaqueta de paño. Ian sabía que el tipo era el dueño de una pequeña productora de cerveza local cercana, y un solo vistazo le bastó para darse cuenta de que el señor Ipa estaba más interesado en las curvas de Tess Hartsong que en el pastel que había pedido.

—Déjame llevarte a una barbacoa después del trabajo.

—Gracias, pero soy vegetariana.

¡Ja! Había hecho una *bruschetta* para Bianca y se había comido una ella misma.

—¿Qué tal si tomamos unas copas en El Gallo?

—Es muy amable por tu parte, pero tengo novio.

Sabía que también mentía sobre eso. La había observado lo suficiente como para saber que Tess era una solitaria.

—Si cambias de opinión, házmelo saber. —El tipo llevó su pastel y una taza de café a la mesa, pero siguió mirándola por el rabillo del ojo. A Ian no le sorprendía que se sintiera tan atraído por sus caderas.

La tienda estaba ocupada por una heterogénea colección de lugareños de los que Bianca le había hablado demasiado.

«Tess está conociendo a todo el mundo. Dice que mucha gente del pueblo le debe su trabajo a Brad Winchester. Es el pez gordo de por aquí».

«Tess dice que los pueblerinos recelan de los jubilados que se han mudado desde otros estados, pero no lo demuestran por el dinero que traen...».

«Tess dice que ha conocido a algunos artistas: un tipo que trabaja con hierro, y dice que hay una mujer que hace mandolinas. Deberíamos hacer una fiesta».

Por encima de su cadáver. Y ya se estaba cansando de oír eso de: «Tess dice...». Al parecer, Tess no había mencionado a ninguno de los ermitaños y preparacionistas que andaban por las montañas. Había conocido a varios cuando había ido de excursión, incluyendo a algunos con hijos. Eran un interesante grupo de ecologistas que querían reducir su huella de carbono, teóricos de la conspiración que se escondían del apocalipsis y un par de fanáticos religiosos.

Ian se acercó al mostrador. Tess tenía el delantal lleno del azúcar glas de las rosquillas. Nunca entendería por qué esas densas y polvorientas rosquillas se

consideraban donuts. Salvo por su forma, no tenían nada en común con un donut glaseado y ligero.

—Una taza de mezcla de café de la casa, más una ración de tostadas y un par de rosquillas. Glaseadas. —Sabía lo que quería, pero, de todas formas, miró la pizarra del menú.

—¿Vas a dejar que Bianca beba algo? —Sin preguntar si las rosquillas eran para tomar o para llevar, Tess las metió en una bolsa de papel blanco, con el resto del pedido, y le dio el café en una taza de papel en lugar de en una de porcelana.

—Supongo que eso depende de ella.

—¿En serio? —Sus manos se quedaron quietas en la caja registradora mientras lo miraba.

—¿Adónde quieres ir a parar? —No le gustaba andarse con sutilezas.

—Una taza de café no le hará ningún daño.

—Lo recordaré.

—¿Dónde te hiciste esa cicatriz del cuello?

—Tratando de meterme bajo una cerca de alambre de espino, huyendo de la policía cuando tenía dieciocho años. ¿Quieres saber cómo me hice las demás? —La mayoría de la gente era demasiado educada para preguntar, pero a ella no parecía importarle la cortesía.

A él tampoco.

Tenía una marca en el brazo, consecuencia de un desagradable encuentro con un perro guardián en Nueva Orleans. Otra, en la pierna, que se había hecho al caerse del tejado de un edificio de apartamentos en Berlín. Cuando uno se había pasado tanto tiempo de su vida subiendo escaleras y caminando a escondidas por las oscuras calles de una ciudad, estaba destinado a encontrarse con esas mierdas.

La que más apreciaba era la marca dentada del dorso de la mano. Su trofeo por marcar el Porsche de su padre. Era el recordatorio de una paliza que nunca olvidaría, junto con la evidencia de que se había defendido.

—No. No es necesario. —Desdeñó su pregunta y también lo desdeñó a él.

Ian cogió el café y el cambio. En lugar de irse, como ella parecía esperar, se

sentó en el extremo opuesto de la barra y abrió la bolsa de donuts.

Entró una mujer. Él no sabía si era una reina local que regresaba a casa, pero su rostro en forma de diamante y su rubia belleza descolorida parecían confirmar que así era. Sin embargo, el corte de pelo estilo *bob* había perdido su encanto y los huesos faciales se habían afilado. Veinte años antes, tal vez hubieran sido unas facciones turgentes, pero ahora solo eran huesos.

—Tess, ¿puedo hablar contigo?

—Hola, señora Winchester.

«Winchester».

Incluso él había oído hablar del chico del pueblo que montó una empresa de dominios de internet y luego vendió el negocio por una fortuna que usó para financiar su carrera política.

—Hola, Ava. —Tess hizo un gesto con la cabeza a la adolescente que acompañaba a la mujer.

Y allí estaba la actual reina de la belleza. Rubia como su madre, pero con carne sobre los huesos. Mejillas redondas, labios rosados, en pleno florecimiento. Sonrió a Tess y luego dejó a su madre para unirse a otros dos adolescentes en una mesa junto a la ventana.

—¿Podemos hablar en privado? —La señora Winchester señaló con la cabeza hacia la parte de atrás de la tienda.

Tess era la única camarera en esos momentos, pero se dirigió hacia el minúsculo pasillo junto al baño. Ian las veía, pero no oía lo que decían.

La señora Winchester fue la que más habló e hizo gestos tan cortantes como su propia fisionomía. Cuando Tess por fin le respondió, parecía tranquila ante el ataque. La señora Winchester sacudió la cabeza y rechazó lo que quiera que Tess hubiera dicho. Mientras tanto, su hija, Ava, se esforzaba por no mirar a su madre.

Su curiosidad le estaba incordiando. No quería tener nada que ver con ningún drama humano que ocurriera a su alrededor. Recogió el donut que le quedaba junto con el café y dejó una propina de un dólar en la mesa. No le gustaba que Bianca se quedara sola mucho tiempo.

3

La tormenta comenzó un viernes, el primer día de marzo, un mes después de que Tess empezara a trabajar en La Chimenea Rota. Llovió todo el día y también el siguiente. El domingo por la mañana, la temperatura había descendido por debajo de cero, la lluvia se había convertido en aguanieve y el arroyo Poorhouse parecía un río. En lugar de ir a trabajar, Tess quería acurrucarse bajo una manta junto a las ventanas y ver cómo el agua del arroyo se acercaba a la puerta trasera.

La noche anterior, su Honda CR-V había logrado avanzar a duras penas por la carretera, porque los márgenes estaban inundados. Pero era imposible que el coche pudiera llegar al pueblo con el agua invadiendo la calzada. Tendría que ir al trabajo andando más de un kilómetro por la montaña, aunque la caminata de vuelta sería todavía peor. Todo por un trabajo que había aceptado por capricho.

La cobertura del móvil era irregular, pero tenía suficiente señal para llamar a Phish, que estaba en Nashville, resacoso después de un concierto de *rock*.

Cuando le dijo que no podía ir a trabajar, él olvidó la resaca.

—... Bajar allí... —La voz se entrecortaba por la mala conexión— ... Cuenta con... Alianza de Mujeres... Reunión mensual...

—El camino está inundado. No puedo ir en coche.

—... Has ido andando al trabajo otras veces. Dijiste... Ejercicio.

—He ido andando cuando el clima era apropiado.

—... Una chica de montaña ahora, no una gatita de ciudad...

—¿Quién eres tú? Vete y pon al jefe que mola al teléfono —refunfuñó Tess.

Pero la conexión se había cortado.

Murmurando para sus adentros, Tess metió unos vaqueros secos, un par de zapatos planos y una linterna en una bolsa de plástico que guardó en la mochila. Calzándose las zapatillas deportivas más viejas que tenía, se ajustó la capucha del impermeable y se dejó envolver por el aguanieve y la oscuridad.

El descenso de la montaña fue frío y horrible, pero no tanto como lo sería el ascenso. Con el camino cubierto por casi un metro de agua, se pegó a los

estrechos laterales que hacían las veces de arcén.

Cuando finalmente llegó al pueblo, la acera era una pista de hielo y casi se cayó al acercarse a La Chimenea Rota. La luz asomaba brillante por los empañados ventanales delanteros. A pesar del clima, o tal vez debido a él, había al menos diez personas en el establecimiento.

—Llegas tarde. —Savannah, con mallas y una camiseta demasiado grande, la esperaba impaciente tras el mostrador.

—Y buenas tardes para ti también. —Tess colgó el impermeable en el cuarto de atrás y se cambió las zapatillas empapadas y los vaqueros mojados por la ropa seca que había llevado consigo. Un viejo espejo publicitario de Campari le mostró su pelo enredado, tan alterado como el clima. Se lo recogió en una coleta y recuperó el expositor de condones de detrás de una mesa rota para ponerlo ante el público.

—Te vas a meter en problemas si Phish lo ve —comentó Savannah mientras recogía su abrigo para irse.

—¿Vas a decírselo?

—Tal vez... —Se rascó distraídamente la tripa de embarazada—. A los chicos no les gustan los condones.

Tess reprimió media docena de respuestas sarcásticas. Llevaba una semana exponiendo los condones, y la única persona que había protestado había sido Kelly Winchester. Había sucedido el día que Ian North había entrado en la tienda. Kelly era la líder social del pueblo y estaba casada con Brad Winchester, el senador estatal de la zona. Phish aún no le había dicho nada a Tess sobre los condones, así que suponía que la señora Winchester no debía de haber hablado con él; pero, por lo que Tess había aprendido sobre el poder de la familia Winchester, en cuanto la señora Winchester hablara con Phish, los condones desaparecerían.

Por ahora, consideraba la venta que había hecho el día anterior a un adolescente —un chico que luego había descubierto que era el hermano menor de Savannah— como una gran victoria.

Phish tenía razón sobre sus clientes. Entraba un flujo constante que iba dando partes sobre el empeoramiento del tiempo, noticias de que la autopista se

había inundado y que el pueblo estaba oficialmente aislado. Todos parecían resignados.

—Pasa un par de veces al año —comentó Artie, el cliente al que se había negado a vender tabaco—. Normalmente en primavera, pero no siempre. —A pesar de su promesa de no volver a La Chimenea Rota cuando ella estuviera trabajando, había seguido apareciendo por allí.

—¿Recuerdas cuando tuvimos ese gran desprendimiento de rocas en la granja Ledbedder? —apuntó Fiona Lester, la dueña del hostel La Violeta Púrpura, mientras sacudía su abrigo de plumas.

—La peor fue aquella tormenta de nieve en 2015.

Otros clientes se unieron a la conversación.

—Las excavadoras tardaron dos días en despejar las carreteras. Y habrían tardado más si no llega a ser por Brad.

Tess aún no conocía al señor Winchester, pero sabía que el pueblo estaba orgulloso de tener a uno de los suyos en un escalafón tan elevado a nivel estatal. También había oído algunos comentarios de Phish sobre el control que Winchester ejercía sobre el presupuesto y los puestos de trabajos en la ciudad.

Incluso Courtney Hoover fue a La Chimenea Rota esa tarde. Courtney era la clienta que a Tess le caía peor. La joven, de veinte años, vivía en Tempest con su familia, pero trabajaba como recepcionista en un motel a unos cincuenta kilómetros. Su mayor ambición era convertirse en una *influencer* de Instagram, así que se pasaba todo el tiempo haciéndose selfis en posturas provocativas.

—Hola, Tess —dijo con su acento cálido y sensual.

—Hola, Courtney.

Ese día Courtney había embutido su envidiable figura en un vestido corto de falda de tubo y escote en V, y llevaba botas hasta los muslos. Se había maquillado con unos polvos brillantes que daban a su tez un extraño brillo iridiscente. Tess la miró mientras ella estudiaba el menú que estaba escrito en el espejo detrás del mostrador, aunque acabaría pidiendo un moka mediano, como siempre.

Tess se limpió las manos en el delantal.

—¿Qué te pongo? —Tess le hacía siempre el moka a Courtney exactamente

como lo hacían Phish, Michelle y Savannah, pero Courtney se quejaba constantemente de que le echaba demasiado expreso, no tenía suficiente crema batida, el chocolate estaba rancio o lo que fuera.

—Tomaré un moka mediano. —El brillo de labios color caramelo de Courtney parecía tan resistente como el barniz marino—. ¿Has estado enferma, Tess? No tienes buen aspecto —añadió mirándola de forma crítica.

—Estoy fuerte como un roble —dijo ella—. Es solo que no soy guapa. —Mientras Courtney trataba de averiguar si lo había dicho en serio o no, Tess buscó la leche—. ¿Cuántos seguidores tienes ya? —A Courtney le gustaba que se lo preguntaran, y tal vez eso evitaría que se quejase del moka.

—Casi trescientos. Empezaron a seguirme cuatro más la semana pasada.

—Es impresionante.

—Es un trabajo más duro de lo que crees. —Se había puesto extensiones de pelo rubio—. Mueve el bol de los plátanos. Vamos a hacernos un selfi.

La única razón por la que Courtney quería un selfi con ella era para poder usar la etiqueta #LaBellaYLaBestia, pero Tess apoyó el codo en el mostrador mientras Courtney ensayaba su propia pose media docena de veces. Sin embargo, ninguna foto la satisfizo.

—Pues nada... Lo volveré a intentar cuando te hayas arreglado el pelo.

—Buena idea. —Tess le dio el moka. Courtney tomó un delicado sorbo y se quejó porque estaba demasiado salado—. Los ingredientes son los mismos —dijo Tess.

—Has cambiado algo. Está salado.

—¿Qué te parece si te lo cambio por un capuchino?

—Da igual. —Se dio la vuelta con un resoplido.

A las tres, se canceló la reunión de la Alianza de Mujeres de Tempest y el establecimiento empezó a vaciarse. A las cuatro, el aguanieve que arreciaba contra las ventanas se había convertido en una tormenta de hielo en toda regla. Se suponía que Tess debía mantener el local abierto hasta las cinco, pero al acercarse las cuatro y media y no aparecer clientes, giró el cartel para cerrar.

Tess pensó brevemente en la posibilidad de pasar la noche en la trastienda en lugar de enfrentarse a la montaña azotada por la tormenta, pero la perspectiva de

hacerse una cama con cajas de cartón rotas y la colcha apolillada en la que había muerto el viejo labrador de Phish era aún menos atractiva que aventurarse a salir. Tenía una linterna, ropa relativamente abrigada y sentido común. Lo conseguiría.

Había echado sal en la acera frente a la tienda, pero un poco más allá era puro hielo, y tuvo que caminar apoyándose en las paredes de los edificios. La autopista estaba inquietantemente tranquila. No había camiones, motos ni coches con el tubo de escape trucado. La acera terminaba en El Gallo. Apenas veía el camino de grava inundado y, mucho menos, el sendero que llevaba a la montaña, pero, con la ayuda de su linterna, finalmente lo encontró y comenzó el ascenso. El hielo lo cubría todo y era difícil mantener el equilibrio.

El viento hizo volar la capucha del impermeable. La nieve se le deslizó por el cuello y unas astillas heladas le cortaron las mejillas. Los lugareños le habían asegurado que el temporal no duraría mucho, pero en ese momento eso no la ayudaba.

Sus zapatillas resbalaron en la maleza y se cayó por tercera vez, lo que la dejó aún más fría y mojada. Todo por un trabajo con salario mínimo en una cafetería que en realidad no era una cafetería, en un pueblo en medio de la nada. Le palpitaban las manos y notaba los dedos entumecidos. Cuando llegó a casa, estaba hecha un desastre, temblorosa y empapada.

Naturalmente, la estufa de propano estaba apagada, así que se envolvió en mantas hasta que dejó de temblar. ¿Por qué había pensado que vivir allí sería una buena idea?

«¡Es culpa tuya, Trav! Tú eras el que quería mudarse a Tennessee, no yo».

Estaba demasiado cansada para llorar y tenía demasiado frío para ponerse a bailar.

Algo la despertó en mitad de la noche. La tormenta aún azotaba la cabaña, pero se trataba de otro sonido, uno lo suficientemente fuerte como para oírse por encima de la lluvia y el aguanieve.

Una campana de iglesia. Se oía sin cesar. Profundos y ruidosos *dongs*. Se dio la vuelta intentando orientarse en la fea habitación de paredes empapeladas con estampado de flores, que se despegaba en las juntas, en lugar de en la alegre

habitación amarilla que ella y Trav habían pintado juntos.

Cerró los ojos. La campana siguió sonando. Fuerte. Persistente.

Se acurrucó más profundamente entre las mantas. La iglesia que estaba en lo alto de la montaña llevaba en ruinas desde hacía mucho tiempo. Debía de ser la campana de la escuela. Y eso que Ian North le había montado un buen escándalo por poner la música alta. Era la una de la mañana, y él debía de pensar que era perfectamente aceptable...

Abrió los ojos de golpe. Con un gemido, se levantó de la cama y agarró la ropa seca que tenía más mano. Minutos después, salió por la puerta.

La luz que brillaba a través de los ventanales indicaba que el generador de la escuela estaba en funcionamiento.

—¡Bianca! ¿Dónde estás? —Tess entró sin llamar y se quitó el impermeable.

—Aquí atrás. ¡Deprisa! —respondió North desde el dormitorio de abajo.

«Que sea una falsa alarma».

Bianca solo estaba de treinta y cuatro semanas. Tess había asistido a partos de bebés prematuros antes, pero con acceso a monitores fetales y a una unidad de cuidados intensivos neonatales. Allí, en la montaña, no tenía equipo: ni estetoscopio ni instrumental ni jeringas ni kits de sutura. Y, por encima de todo, no tenía corazón para ello. Y, sin embargo, ahí estaba.

Se obligó a bajar las escaleras que iban a la habitación del piso inferior y cruzó el umbral.

La habitación estaba decorada con una amalgama de suaves tonos grises en las paredes, lámparas mates de níquel y vaporosas cortinas blancas. Bianca yacía al descubierto en una cama tipo futón; el camisón, de color plateado, se enredaba alrededor de su cuerpo, y su cara se retorció de pánico.

—¡Tess! ¡Es demasiado pronto! He roto aguas y tengo contracciones. Se suponía que eso no tenía que pasar aún.

A Tess le dio un vuelco el corazón. No parecía una falsa alarma, y en Tempest no había médico. Incluso si se plantearan llegar al hospital más cercano en medio de la tormenta, estaba a ochenta kilómetros.

—Los bebés son enanos tontitos. Tienen voluntad propia. —Buscó en el

bolsillo de sus vaqueros una goma para sujetarse el pelo.

Su irreverencia hizo que Bianca esbozara una sonrisa. Tess se recogió la melena y fue hacia la cama.

—Tengo miedo. —Bianca le agarró la mano con un fuerte apretón.

—Todo irá bien —dijo Tess sin creérselo—. He traído al mundo más bebés de los que soy capaz de recordar, y aquí estamos. ¿Cada cuánto tiempo son las contracciones?

—Cada seis minutos —dijo North por detrás de ella.

—Voy a ir a lavarme. —Se soltó suavemente de las manos de Bianca.

—¡Deprisa! —Bianca cerró los puños.

North la llevó al baño contiguo, pero, en lugar de dejarla allí, la siguió dentro. Mientras ella estaba de pie en el lavabo, el espejo reflejaba su dura mandíbula y su pelo demasiado largo.

—Bianca me ha dicho que eras comadrona. ¿Es verdad? —Su intensidad hizo que la pequeña habitación se volviera claustrofóbica.

—Así es. —Se subió las mangas por encima de los codos y abrió el grifo.

—Y ¿qué significa eso exactamente? ¿Alguna vez has asistido a un parto por tu cuenta?

¿Qué haría si ella le dijera que no? Cogió el jabón y empezó a lavarse las manos. No le importaba lo famoso y rico que fuera, no le importaba el talento que tuviera; no le caía bien. No le gustaba la tensión que detectaba entre su esposa y él. Y tampoco le gustaba ver a Bianca aferrarse a él en un momento dado y atacarlo en el siguiente.

—Soy enfermera y comadrona titulada. He asistido antes en partos prematuros.

«Pero no sin refuerzos».

Miró su reflejo en el espejo y notó que Ian tenía los hombros hundidos; ya no parecía tan agresivo.

—Los móviles no tienen cobertura —dijo—. Pensé que tal vez podría recogernos un helicóptero. Íbamos a trasladarnos a Knoxville dentro de un par de días. Tendría que haber habido tiempo de sobra.

—Al bebé no le deben de haber llegado las instrucciones.

Él hizo una mueca de dolor y Tess se arrepintió de su respuesta. Había tratado con muchos padres difíciles, y sabía qué era lo mejor.

—Necesito que consigas algunas cosas. —Hizo una lista: toallas limpias, desinfectante de manos, tijeras esterilizadas, hilo, cualquier gasa que pudiera encontrar, una gran jarra de agua helada—. ¿Tienes mantas para el recién nacido? ¿Algo para el bebé?

—No. Bianca iba a hacer que le enviaran todo desde Manhattan.

—Corta unas cuantas tiras del tejido más suave y limpio que encuentres. Necesitaré dos o tres.

No le pidió que repitiera la lista y se puso en marcha.

—Va a tardar un poco. ¿Te gustaría dar un paseo por ahí? —Tess apoyó a Bianca en las almohadas y le tocó el abdomen mientras cronometraba las contracciones.

—¿Puedo? —Bianca levantó la vista de la cama, sus ojos azules tan grandes e inquisitivos como los de un niño.

—Claro. Andar te irá bien. Puedes ducharte o ponerte en posición fetal. Lo que te parezca mejor. No hay ninguna regla.

Lo que le apetecía resultó ser un baño.

Ian reapareció mientras Tess ayudaba a Bianca, todavía en camisón, a entrar en el agua caliente. Dejó caer las provisiones en la encimera del baño con un golpe sordo.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Debería estar en la cama!

—Ahora las mujeres paren de forma diferente que en los años 50. —Tess ya estaba más que harta del doctor North, un doctor que, por cierto, no tenía título.

—Pero...

—Si se queda en la cama, tardará más en dilatar, pero ponle sábanas limpias por si decide dar a luz allí.

—¿Por si...?

Tess había traído al mundo a bebés en partos de madres en cuclillas o acurrucadas en espacios estrechos. Un sorprendente número de mujeres querían meterse entre la cama y la pared.

—Si tienes un plástico limpio, ponlo debajo de la sábana para evitar que el

colchón se manche.

—¡A la mierda con el colchón! —Salió corriendo.

La suave gasa del camisón de Bianca flotaba como una nube de humo alrededor de su cuerpo. Tess le frotaba los hombros, mantenía el agua caliente y respiraba con ella durante las contracciones. Afortunadamente, la naturaleza egocéntrica de Bianca le impidió captar la tensión de Tess.

—¡Quiero la epidural! —Bianca lloró al final de una fuerte contracción.

Pero en aquel parto no era una opción.

—La epidural está sobrevalorada —aseguró Tess dándole un suave masaje en la cabeza—. Tu cuerpo sabrá exactamente qué hacer. —Rezó para que eso fuera cierto.

—¿Dónde está Ian? ¡Quiero a Ian!

—Estoy aquí.

Apareció en la puerta del baño, pero no la miró.

—¡El bebé no te importa! —gritó Bianca—¡Ni siquiera fuiste capaz de fingir felicidad cuando me quedé embarazada!

—Tú estabas feliz por los dos —dijo él en voz baja.

—El agua se está enfriando. Déjame calentarla. —Tess había visto a más de una mujer ponerse en contra de su marido en el parto, y se concentró en los grifos.

—Quiero andar un poco. —Al final Bianca quiso salir de la bañera. Tess le quitó el camisón mojado y le dio una bata.

Fueron hacia la zona principal de la vivienda. North estaba de pie junto a las ventanas, mirando la noche. En ese momento, cuando ya había reunido todos los elementos de la lista de Tess para el parto, no parecía saber qué hacer, pero Tess creía que los padres debían participar activamente, en especial cuando había tanta tensión marital.

—Pasea con ella —ordenó—. Deja que se apoye en ti cuando tenga una contracción.

—¡No! —exclamó Bianca—. ¡Te quiero a ti! Quiero que tú pasees conmigo, Tess.

North parecía aliviado, otro punto negativo en su contra.

Tess anduvo con ella. Cuando las contracciones empezaban, Bianca se apoyaba en ella. Pasaron veinte minutos, treinta... Las contracciones eran cada vez mas seguidas y duraban más.

—Sabes que te quiero... —le gritó Bianca a Ian, que la sujetó como había hecho Tess. La vio apoyarse en él.

—Lo sé —dijo.

Bianca empezó a sentirse cansada y, finalmente, quiso acostarse. Tess la ayudó a ponerse tan cómoda como era posible, pero las contracciones eran más dolorosas. Bianca se agarraba a la mano de su marido, la estrujaba y, luego, la soltaba con brusquedad. Cuando las contracciones alcanzaron el punto álgido, los gemidos guturales se hicieron más fuertes. En ese instante, North se colocó en la cabecera de la cama, fuera del campo de acción. Tess deslizó entonces una toalla limpia por debajo de las caderas de Bianca.

La joven echó la cabeza hacia atrás y gritó al notar que la siguiente contracción se aceleraba.

—¡Cuida de mi bebé! —Clavó las uñas en las sábanas—. Si me pasa algo..., prométeme, Tess... ¡A él no le importa! Prométeme que cuidarás de mi bebé.

—Eres fuerte y estás sana. Tú misma cuidarás de tu bebé. —Tess le acarició la pierna.

La contracción había disminuido, pero la mirada de Bianca parecía frenética. Se agarró a la mano de Tess con una fuerza sobrenatural, haciendo que esta esbozara una mueca de dolor.

—¡Te quiero! —Bianca lloró—. ¡Prométemelo!

Tess miró a Ian, que se quedó de pie con los labios apretados y la mirada sombría.

—Prométeme que cuidarás de mi bebé si me pasa algo. —Los dedos de Bianca se clavaron en la mano de Tess.

—Ay, cielo... No puedo prometerte eso. Yo...

Otra contracción. Otro grito que salió del fondo de su garganta.

—Tienes que hacerlo. ¡Prométemelo!

—¡Por el amor de Dios, prométeselo! —exclamó North.

Apareció la parte superior de una pequeña cabeza, arrugada como una ciruela

pasa por la presión.

—El bebé está coronando —dijo Tess con tranquilidad—. Lo estás haciendo muy bien. Ahora gírate de lado. Así. Deja que te ayude.

Esa postura proporcionaría más oxígeno al bebé y podría reducir el desgarro.

Ordenó a North que sujetara la pierna de Bianca. Por su reacción, fue como si le hubiera pedido que sostuviera una cobra, pero acató la orden.

—Eso es, venga. Perfecto. —North miraba a todas partes excepto al lugar por donde emergería su vástago.

Tess desenrolló el cordón umbilical de alrededor del cuello del bebé y lo colocó por encima de la cabeza sin dificultad.

Con la siguiente contracción, surgió un hombro diminuto. Tess lo levantó con suavidad y esperó, murmurando palabras de aliento.

Apareció el otro hombro y, con la siguiente contracción, el bebé se deslizó en sus manos.

—Es una niña. —Tess respiró aliviada. Puso al bebé boca abajo para drenar los fluidos y luego lo colocó sobre el pecho desnudo de Bianca. El bebé estaba completamente indefenso. Una criatura marina que llegaba de pronto a tierra.

—Una niña —dijo Bianca débilmente—. Ian... Una niña.

—Ya lo veo —contestó él con voz ronca.

—Respira, pequeña. —Tess frotó suavemente el pequeño cuerpo con una toalla. Acarició las aletas de su minúscula nariz para que evacuara el líquido atrapado en las cavidades—. Sé que esos frágiles y pequeños pulmones no quieren funcionar todavía, pero van a tener que hacerlo.

—No está llorando. ¿No se supone que debe llorar? —La voz de Bianca sonaba como si viniera de la habitación de al lado.

—Dale tiempo. Es un gran cambio. La placenta todavía está adherida, así que está recibiendo oxígeno.

Pasaron los segundos. Y, entonces, el pequeño bebé respiró hondo... Otra vez... Y soltó un pequeño gemido, como un pajarillo...

—Así se hace, cariño. —Tess sonrió.

Bianca arrulló a su hija mientras le acariciaba la espalda. Tess liberó la placenta. El cordón dejó de palpar, ya no era un salvavidas. Lo ató. Lo cortó.

Y en ese preciso instante, llegó el infierno.

—Tengo frío. Tengo mucho frío.

El cerebro de Tess se disparó. La tez de Bianca se estaba poniendo azul. A Tess le comenzó a picar su propia piel.

—Quítate la camisa —le ordenó a Ian.

La miró fijamente y con cara de bobo.

—¡Quítate la camisa! —ordenó, recogiendo a la pequeña de los brazos de Bianca y entregándosela a Ian—. Sujétala contra tu piel. ¡Mantenla caliente!

Bianca se atragantó y luego vomitó.

Un chorro de sangre surgió de entre sus piernas...

Estaba teniendo un ataque.

—¿Qué pasa? —gimió North—. ¿Qué le está pasando? ¿Por qué se está ahogando?

Tess luchó por comprender lo que estaba pasando. Nunca había visto nada como eso, pero sabía lo que era.

«Embolia de líquido amniótico».

Con una claridad aterradora, las palabras que había escuchado en una conferencia mucho tiempo atrás pasaron por su cabeza como si las hubiera presenciado ayer.

«... Es una de las complicaciones más raras del embarazo... Las células entran en el torrente sanguíneo de la madre y desencadenan una reacción alérgica... Líquido amniótico, la piel del feto o incluso un fragmento de la uña del bebé... Los tubos bronquiales se estrechan. Las vías respiratorias se cierran...».

La última parte la recordaba palabra por palabra:

«... A menudo, tiene como resultado la muerte de la madre».

Era una complicación grave, pero muy poco frecuente, y era tan rara que la mayoría de las comadronas se jubilaban sin haber tenido que enfrentarse a ella. Una complicación con una tasa de mortalidad del ochenta por ciento...

Tess agarró una toalla y la apretó contra el torrente de sangre. Su mente se aceleró mientras luchaba por encontrar algo, cualquier cosa, que pudiera hacer para detener lo inevitable. Se sentía mareada, con náuseas.

—¿Qué le pasa?

—*Shock* anafiláctico. —El dulce y empalagoso aroma de la sangre invadió sus fosas nasales, pero se recompuso lo suficiente como para hablar—. Es una reacción alérgica a las células del bebé. —Una reacción alérgica mortal—. Es muy poco frecuente... e imprevisible. —Como si fuera un consuelo.

Bianca gritó de dolor borrando todo lo que sucedía alrededor. Incluso mientras Tess oprimía la hemorragia, la presión sanguínea de Bianca seguía cayendo. Pronto no sería capaz de respirar. Necesitaba catéteres arteriales, un tubo de respiración, un ventilador. E, incluso, con toda la intervención de la medicina moderna, las mujeres seguían muriendo por aquello.

Sin esa intervención quirúrgica... Tess luchó contra el pánico.

—¡No lo entiendo! —gritó él—. ¿Por qué no haces nada?

Porque no había nada que hacer.

«Tu esposa se está muriendo, y no puedo salvarla».

No podía decirlo en voz alta. No podía decirle que, al cabo de unos minutos, la vida de Bianca se iba a apagar por una complicación tan rara, tan catastrófica, que era casi incomprensible.

Se sentía indefensa. Tan indefensa como se había sentido cuando Trav se estaba muriendo. El corazón le latía tan fuerte que lo sentía en la garganta. Toda su experiencia, todos sus años de experiencia no servían para nada.

Bianca había empezado a gemir, asfixiándose. Su garganta se estaba cerrando. Tess tuvo que tomar una decisión imposible: podía hacer una traqueotomía sin anestesia, usando cualquier herramienta que hubiera en la casa. La más brutal y bárbara traqueotomía imaginable. El dolor sería insoportable. Y ¿con qué propósito? No la salvaría, solo haría su muerte más dolorosa.

—¡No puede respirar! ¡Haz algo!

Miró a Ian North. Vio su miedo y su perplejidad mientras el bebé yacía, olvidado, contra su pecho. En un momento, su esposa estaba arrullando a su hija y, en el siguiente, se estaba muriendo. Tess negó con la cabeza, sin decir nada, dándole a entender lo que no podía decir en voz alta.

—¡No puedes dejar que ocurra! —Ian torció la boca y su gruñido, tan primitivo que apenas era humano, la atravesó.

Tess se dio la vuelta, odiando su impotencia, odiándose a sí misma. Mientras Bianca jadeaba en busca de aire, Tess le acarició el pelo y luchó contra las lágrimas, tratando de calmarla, de consolarla.

Los ojos de Bianca recorrían frenéticamente la habitación buscando a su bebé, el bebé olvidado contra el pecho de su padre. Gritó de nuevo por el dolor. Su mirada se topó con la de Tess. Sus ojos estaban vacíos y, aun así, hablaban.

—Te lo prometo —susurró Tess mientras Bianca se desvanecía—. Te lo prometo.

Veinte minutos después, Bianca estaba muerta.

4

El cuerpo de Bianca estaba inmóvil y ensangrentado.

North estaba quieto como una estatua.

El bebé...

Tess se obligó a levantarse de la cama. Y cogió a la pequeña tragándose un grito. Era demasiado. Todo había sido demasiado. Eso no debería de haber pasado nunca.

Pero había muchas cosas en la vida que no deberían pasar y, sin embargo, pasaban.

North se movió. Unos segundos después, la puerta principal se cerró de golpe. Se había quedado sola. Sola con una muerta y una niña indefensa.

Moviéndose de forma automática, envolvió el torso del bebé en papel film y luego en el trozo de manta que North había cortado. Se abrió la sudadera y acunó el pequeño cuerpo contra su piel. En la oscuridad de la sala de estar, sentada en el sofá, se mantuvo de espaldas a la puerta cerrada de la habitación donde reposaba el cuerpo inmóvil y frío de Bianca, su amiga charlatana y egocéntrica. La amiga a la que no había podido salvar. Por primera vez en su carrera, Tess había perdido a una madre, y nada ni nadie iba a arreglarlo.

Las horas pasaron. No podía gritar. No podía llorar. La ira la mantenía muda. Se había dedicado a cauterizar la placenta mientras la sangre de Bianca manaba sin coagularse. Tess insufló su propio aliento al frágil bebé, no más grande que un pájaro. Había perdido a la madre. No podía perder a la hija.

Contó los segundos entre las inspiraciones de la criatura, escuchó los pequeños gemidos y observó los débiles aleteos que indicaban que aún vivía. La luz rosada comenzó a filtrarse a través de las ventanas. Terminaba la noche más larga de su vida. Cubrió los ojos del bebé para protegerlos.

Ya había amanecido por completo cuando oyó el vuelo de un helicóptero. El ausente padre de la criatura debía de haber encontrado la manera de hacer una llamada. Cuando se levantó, miles de agujas le atravesaron las piernas. La

pequeña, acurrucada contra ella, aún respiraba por sí misma. Todavía estaba viva.

A través de la ventana, vio cómo el helicóptero aterrizaba en la zona de césped entre la escuela y el barranco que se abría detrás. Donde antes solo había habido tranquilidad, en ese momento había una gran conmoción.

—Guardia Nacional, señora. —Dos médicos irrumpieron por la puerta principal, que estaba abierta.

—La madre está en el dormitorio. —Tess apenas podía hablar.

Uno de los médicos desapareció en esa dirección. El segundo, poco mayor que un adolescente, se acercó a ella. Tess sabía que debía de parecer una salvaje con la ropa manchada de sangre, así que intentó recomponerse y actuar como una profesional, aunque nunca más volvería a ejercer.

—Soy enfermera y matrona. El bebé se ha adelantado más de un mes. Está respirando por sí misma, pero necesita ir a un hospital. La madre... —Le costaba pronunciar las palabras—. Una embolia de líquido amniótico.

La respuesta era simple, aunque debería confirmarse con la autopsia. Sería la respuesta científica. Pero ella lo sabía, su propia ira había provocado todo eso.

Sacaron el cuerpo sin vida de Bianca en una camilla.

—Me llevaré al bebé —dijo el médico más joven acercándose.

—No. Tiene que llevarnos a las dos. —Tess no era la madre y esperaba que el médico se resistiera, pero él asintió con la cabeza.

Durante el viaje en helicóptero, no vio nada más que al bebé en la incubadora portátil y el cuerpo de Bianca, cubierto, frente a ella. Cuando llegaron al hospital, Ian North no estaba por ninguna parte.

A pesar del horrible aspecto de Tess, la enfermera jefa de la Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales le permitió quedarse mientras conectaban a la criatura a un monitor y le ponían una vía intravenosa.

—Ha tenido un comienzo difícil —confirmó la enfermera—, pero lo has hecho todo bien y la niña aguanta.

«No todo —pensó Tess—. He perdido a la madre».

El bebé pesaba dos kilos y medio, un peso muy decente para una niña prematura; aun así, la pulsera de identificación parecía un neumático alrededor

de su tobillo. Cuando la criatura estuvo a salvo en la incubadora de la UCI neonatal, la enfermera la miró.

—Ve a lavarte —le indicó con suavidad—. Nosotros la vigilarémos.

Tess se sentía sucia, exhausta, derrotada. Vio a Ian North desplomado en una de las sillas de vinilo de la sala de espera, con los antebrazos apoyados en los muslos y la cabeza hundida entre las manos. Una parka abandonada yacía en la silla, a su lado. El barro seco que le cubría las botas y los vaqueros sugería que había atravesado la tempestad; así es como debía de haber conseguido pedir ayuda. Se obligó a acercarse a él.

—Lo siento. —Su voz era plana, sin emoción; una disculpa inútil por algo que jamás había imaginado que pudiera ocurrirle.

Él la miró con los ojos carentes de vida. Tess no le explicó que no podría haber salvado a Bianca. ¿Cómo sabía que eso era cierto? Ninguna explicación le traería a su esposa de vuelta, y ella no merecía perdón alguno.

—¿Te ha hablado el médico sobre tu hija? —le preguntó.

Él asintió con cortesía.

—¿La has...? ¿La has visto?

—No.

—Deberías verla.

Ian cogió la parka y se puso de pie.

—Tú tomas las decisiones médicas. Yo firmo el papeleo. —Sacó un fajo de billetes del bolsillo, se lo tiró y se dirigió al ascensor—. No vayas a cagarla en esto también.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Ian se apoyó contra la pared. ¿Cuándo se había convertido en un capullo? ¿En un ser tan despiadado como su padre?

Bianca se había ido. Su hermosa y frágil Bianca... Su inspiración, su carga, su piedra angular, su castigo...

Se frotó los ojos. Trató de aflojar la tensión que le oprimía el pecho. Había caminado kilómetros en la oscuridad, arrastrándose entre los árboles y los matorrales congelados, esquivando como pudo los campos inundados mientras

intentaba encontrar cobertura para llamar. Tenía que pedir ayuda, tenía que conseguir un final diferente.

La pila de su linterna se acabó, pero había seguido moviéndose, unas veces había logrado evitar algunos troncos caídos y raíces enredadas, otras no. Cuando por fin alcanzó la carretera, intentó hacer autostop, pero no circulaban muchos coches por la autopista, y los que pasaban no se mostraron dispuestos a recoger a un vagabundo lleno de mugre.

Amaneció antes de que lograra llamar a alguien. La policía estatal lo recogió poco después y lo llevó al hospital, cuyo personal lo condujo a una pequeña sala de espera. Por fin, apareció una trabajadora social para decirle que su hija había llegado y que podía pasar a verla. Había mandado a la mierda a aquella mujer.

—No podemos estar seguros todavía, pero todas las señales apuntan a que su mujer sufrió una embolia de líquido amniótico. Es una complicación mortal sin la debida intervención quirúrgica —le explicó un médico tras presentarse.

Ponerle un nombre a lo que había sucedido no cambiaba el resultado. Bianca se había ido.

El ascensor no se había movido. Ian se había olvidado de pulsar el botón.

El médico le había hablado del bebé. No recordaba mucho de lo que le había dicho. No le importaba. Pero a Tess Hartsong sí le importaba esa niña y, como él no tenía corazón, le había echado toda la mierda encima a la infeliz bailarina endemoniada. Y así estaban.

Las puertas del ascensor se abrieron. La mujer que lo miró desde el otro lado retrocedió rápidamente. Le escocían los ojos. Sentía la garganta como si fuera papel de lija.

Bianca estaba muerta, y había sido culpa suya.

Tess miró el fajo de dinero que North le había lanzado antes de marcharse. Le quemaba la palma de la mano. No quería su dinero. Estaba mal que él hubiera abandonado a su hija, que hubiera confiado en alguien que apenas conocía para tomar decisiones de vida o muerte. Pero Tess conocía el dolor demasiado bien, y casi lo había entendido.

Una de las enfermeras le entregó un pijama sanitario y una bata. No

soportaría volver a ver su ropa ensangrentada y la tiró a la basura. Solo vaciló ante la sudadera de Trav, pero a partir de ese día olería a sangre y muerte. Así que se deshizo de ella junto con los vaqueros, luego se encerró en el cuarto de baño y vomitó.

Se quedó dormida en uno de los sillones de la UCI neonatal.

Vio la cara torturada de Bianca.

«¡Ayúdame! ¿Por qué no me ayudas?».

La sangre se acumulaba alrededor de sus tobillos. Un océano de sangre que la arrastraba a las profundidades. Le pesaban los brazos, no sentía las piernas...

Se despertó sobresaltada de aquella pesadilla. Tenía el escote bañado de sudor. Parpadeó e intentó orientarse.

Era de noche. El bebé yacía en la incubadora, acunada en un nido de mantas en forma de herradura con una vía intravenosa, una cánula pediátrica en las diminutas fosas nasales y algunos electrodos fijados al pecho. Como todos los bebés prematuros, parecía una rana.

—Démosle veinticuatro horas —había dicho la enfermera—, y entonces podrás sostenerla.

Pero Tess no quería abrazarla. No quería contaminarla más de lo que ya lo había hecho. Sin embargo, conocía el protocolo del hospital; todos los bebés necesitaban el contacto de la piel de sus madres, los prematuros todavía más. Pero es que Tess no era su madre. Esa pequeña no tenía madre y, ahora mismo, tampoco tenía padre. Su piel era la única con la que podía contar.

Huyó de la UCI. El pasillo estaba desierto. Se apoyó contra la pared y se obligó a respirar. Tenía que hacer lo correcto.

Los voluntarios del mostrador de información le facilitaron la dirección de un hostel que se encontraba a pocas manzanas de distancia. Cuando se registró, fue a la tienda más cercana y, con el dinero de Ian North, se compró un par de mudas de ropa y algunos artículos de higiene personal.

Puso el despertador del móvil para que sonara exactamente una hora más tarde, aunque no pudo dormirse por miedo a volver a tener la misma pesadilla. Finalmente, se levantó, se duchó y volvió al hospital, donde se instaló de nuevo

en un sillón cerca del bebé.

Por la mañana, una enfermera sacó a la pequeña de la incubadora y le pidió a Tess que se desabrochara la ropa para que pudiera sentir su piel. Tess había hecho la misma petición a docenas de madres primerizas, pero a ella le temblaron los dedos en los botones.

Colocó al bebé en la posición adecuada, sosteniéndola derecha contra su pecho, con la cabeza girada para que respirara. La enfermera las cubrió a ambas con una manta para darles calor.

Era Bianca quien debería estar sosteniendo al bebé. O North. Y estaba ella.

«Aquí no hay nada para ti, pequeña. No hay nada».

Los siguientes días pasaron como en una nebulosa. Tess supo por las enfermeras que North les había facilitado un teléfono, pero no había contactado con ella. Llamó a Phish. El radio macuto del pueblo había estado trabajando, y todos sabían de la existencia del bebé y de la muerte de Bianca. Tess no le preguntó lo que pensaba la gente, pero Phish no era de los que se andaban con sutilezas.

—Mira, Tess. Es lo único de lo que habla todo el mundo. Nadie sabía que eras comadrona, y ahora corren todo tipo de historias por el pueblo. La gente dice...

—Ya me imagino lo que dicen. ¿La carretera está transitable?

—Sí. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No. Es que... tengo que quedarme aquí un tiempo.

Tess comenzó a alimentar al bebé. Cada día la tenía en brazos más tiempo: el pajarito cubierto solo por un pañal mientras descansaba contra su piel desnuda, las dos bajo la calidez de una manta. El bebé tenía pelusa oscura bajo el gorrito de recién nacido. Tess siempre contaba las respiraciones de la criatura y escuchaba sus pequeñas protestas.

Debería contratar a un abogado. No tenía licencia para ejercer en Tennessee, y estaba segura de que Ian North la demandaría. Tal vez la protegería la ley del buen samaritano del estado. O tal vez no. De todos modos, los honorarios la

arruinarían, pero no tenía otra manera de protegerse.

Un día llevó a otro. Phish la llamó varias veces. Había obligado a Savannah y a Michelle a que la sustituyeran, lo que seguramente las cabrearía aún más con ella.

Había hablado con las enfermeras cuando sintió que lo necesitaba e intercambiado las palabras justas con la pareja que dirigía el hostel, al que solo iba a ducharse y a cambiarse de ropa. El resto del tiempo sostenía al bebé contra su pecho y pensaba en Bianca.

Una semana después de su llegada, el doctor la informó de que a la mañana siguiente le darían el alta a la niña. Tess se sintió aterrorizada. Todavía no había visto a North. ¿Se dignaría siquiera a aparecer? ¿Y qué le pasaría a aquel indefenso pajarito si no lo hiciera?

Los adornos, las plumas de pavo real y los cupidos de porcelana de aquel hostel victoriano lo asfixiaban. A Ian le gustaban los espacios grandes y diáfanos: altos muros de hormigón, grandes lienzos, horizontes vacíos.

Buscó en el bolsillo un pañuelo de papel. El frío que estaba pasando no le molestaba mucho. Un resfriado tenía principio y final, y tarde o temprano desaparecería, a diferencia de otros desastres.

Había pasado los últimos días en Manhattan. Bianca no tenía familia, pero sí muchos conocidos debido a su profesión. Él se las había arreglado para evitar sus preguntas sobre el bebé y había organizado un funeral conmemorativo.

Se abrió la puerta principal del hostel.

Tess se detuvo bajo el arco que llevaba al salón. Vestía vaqueros y un jersey blanco amplio; su pelo oscuro rizado flotaba libre alrededor de su cara. No llevaba maquillaje. Se la notaba cansada y demacrada. Pero viva. Funcional. A pesar de sus ojeras, su aspecto era sano y fuerte. Todo lo contrario que Bianca. Tess Hartsong era una criatura de la tierra, no del cielo. Dispuesta a desnudarse, a quedarse en ropa interior y a bailar llena de furia. Quería hacerla bailar para él, demostrar todas las emociones que no podía expresar. Sus ojos oscuros, de un intenso color violeta, lo atraían. Lo traspasaba con la mirada. Lo juzgaba. ¿Y por qué no debería hacerlo?

Un solo movimiento en falso en aquel cuarto atestado de adornos y figuritas desataría un efecto dominó de desorden victoriano; así pues, tenía que seguir adelante con todo. Salir de allí.

—Sobre lo que te dije en el hospital... —«No vayas a cagarla en esto también». Lo miró a la frente en vez de a los ojos. Tenía que perdonarla. Era lo más justo.

Pero si la perdonaba, perdería su ventaja.

¿De verdad iba a intentar usar la culpa contra ella? El doctor había confirmado lo que Tess le había dicho sobre la causa de la muerte de Bianca, pero era necesario hacer una autopsia para estar seguros al cien por cien. Eso significaría cortar el cuerpo perfecto de Bianca. E Ian era el responsable de su muerte. No Tess, sino él mismo. Sin embargo, necesitaba algo de ella. Y la culpa era una herramienta muy poderosa.

Miró la repisa de la chimenea, llena de relojes de cristal y cajitas esmaltadas, el espejo dorado y el reloj de mármol. Sus ojos se clavaron en un paisaje marino mal pintado de aguas turbulentas y cabos deformes.

No podía hacerlo.

—Lo que te dije en el hospital... fue injusto. Sé que no pudiste hacer más. — Se aclaró la garganta.

—¿Lo sabes?

North no podía lidiar con la culpa de Tess. Suficiente tenía con la suya. Nunca tuvo que haber cedido a las súplicas de Bianca para acompañarlo a Tempest. Debería haberse quedado con ella en la ciudad, pero su mujer se había mostrado tan inflexible...

—Y sobre la criatura... —Se interrumpió.

—Tu hija.

—Bueno, han surgido algunas complicaciones.

«¿Complicaciones?». Tess trató de calmarse, pero allí estaba él. Duro y distante. Ya no estaba demacrado, como antes. Parecía casi respetable con unos pantalones oscuros y una camisa azul. Se había afeitado y, aunque llevaba el pelo todavía largo, se lo había arreglado un poco.

—Sí, hay complicaciones. Los bebés prematuros son frágiles y necesitan cuidados especiales —dijo Tess, sobreponiéndose al pánico que le atenazaba el pecho.

—De eso es de lo que quiero hablarte. —Se acercó más—. Quiero contratarte para que la cuides.

—¿Contratarme? —Debía de haberse vuelto loco.

—Hasta que lo solucione todo. Serán un par de días. Una semana como mucho.

—Eso es imposible. —No había dormido ni comido. Vivía de la adrenalina y tenía que alejarse de esa niña y de su padre—. Hay niñeras específicamente formadas para cuidar a bebés prematuros.

—No quiero a una desconocida. Te pagaré lo que me pidas.

—No se trata de dinero. —Se había quedado con el bebé en el hospital, pero no podía correr más peligro emocional. Ese hombre y ese bebé eran recordatorios vivos de su propio fracaso—. Conseguiré información de las enfermeras disponibles y haré algunas llamadas.

—No quiero a otra persona. Eres inteligente. Eres competente. Y no eres ningún desastre de persona.

—Agradezco tu confianza después de lo que pasó, pero no quiero hacerlo.

—Supongo que lo has olvidado... —La miró con ojos firmes, como si estuviera preparado para asestar un golpe bajo.

—¿Olvidado el qué?

—La promesa que le hiciste a Bianca. Justo antes de que muriera.

El personal del hospital se aseguró de que sus vacunas estuvieran al día y le dio instrucciones sobre la reanimación cardiopulmonar infantil, que le provocaron sudores fríos. Le hablaron de las sillas de seguridad del coche y de algo llamado «método canguro». Intentó concentrarse en el certificado de nacimiento que le habían dado. La escritura era apenas legible.

—Quieren saber el nombre del bebé. —Tess estaba sentada al otro lado de la sala. No lo miraba. Él no habló, pero dejó de escribir.

Tess se levantó de la silla y caminó hacia él. Cogió el portapapeles y recogió

el bolígrafo. Escribió algo y, luego, se lo devolvió todo.

Wren Bianca North.

No estaba bien, pero bastaría.

La enfermera fue a buscarlos, pero él se quedó donde estaba mientras Tess la seguía. Pasaron unos minutos. Se removió en su asiento. Era un hombre duro; no pecaba de sentimental. Ponía todo su empeño en el trabajo. Solo en eso. Era su forma de vida. La forma en la que quería vivir. Y ahora tenía que lidiar con eso otro.

Tess apareció con el bebé. Él intentó no mirar a ninguna de las dos.

Permanecieron en silencio en el ascensor.

De golpe, se abrieron las puertas. Al atravesar el vestíbulo, la gente sonreía, los consideraban unos padres cariñosos que llevaban a su precioso recién nacido a casa. Pero él solo quería correr, alejarse de todos. Quería que las cosas fueran como antes, cuando podía bloquear al mundo con pinceles y aerosoles, con carteles, plantillas y murales. Cuando un nuevo encargo, una nueva exposición en una galería, un nuevo ejército de críticos alabando su trabajo significaba algo.

Cuando todavía sabía quién era y lo que significaba su trabajo.

Dejó a Tess sola el tiempo suficiente para acercar el coche de ella a la entrada del hospital. El día anterior había recuperado las llaves de la cabaña y había contratado a un chico que trabajaba en la gasolinera para que se encargara del resto; fue él quien instaló una silla de seguridad en el coche y quien condujo el vehículo de Tess desde Tempest hasta el hospital. Él tenía allí su propio coche y Tess llevaría al bebé con ella.

Cualquier otra cosa era impensable.

5

De camino a Tempest, Tess apretó el volante de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos. Nunca había sido una conductora que se dejara llevar por los nervios, pero tampoco había llevado jamás a una recién nacida en una silla de seguridad en el asiento trasero. Por fortuna, el bebé estaba dormido, aunque era una circunstancia que podía cambiar en cualquier momento.

Lo estaba haciendo porque se trataba de algo más que la promesa que le hizo a Bianca en su lecho de muerte. Se trataba más bien de una suerte de egoísmo que estaba empezando a entender. Como Wren necesitaría toda su atención, ella lograría estar una hora o más sin pensar en Trav. Ese frágil bebé le daría un poco de respiro.

Miró por el espejo retrovisor para observar a la niña. No vio nada. Entendía que era mejor que las sillas para bebés se colocaran en sentido contrario a la marcha, pero ya había abandonado la carretera dos veces para asegurarse de que Wren seguía respirando. Luchó contra la necesidad de parar una tercera vez.

Sobrepasó el maltrecho letrero de la Alianza de Mujeres de Tempest y condujo con cuidado por el accidentado camino de montaña hasta la cabaña. North había salido antes, y se suponía que se encontraría con ella allí, pero no había señales de su sucio Land Cruiser blanco.

El bebé se había inclinado hacia la esquina de la sillita de seguridad, y se le había torcido el gorrito de color lavanda del tamaño del de una muñeca. La criatura se despertó cuando Tess la sacó. No pareció gustarle la idea y, cuando Tess entró en la cabaña con ella en brazos, empezó a llorar; fue un sonido demasiado penetrante y antinatural para provenir de un cuerpo tan pequeño.

—Shh..., cielo. Dame una oportunidad, ¿vale?

La cabaña estaba fría. Fría y húmeda. Se suponía que North iba a encender la pequeña caldera y que llevaría allí todo lo que ella le había pedido que comprara, pero no lo había hecho. Por tanto, solo disponía del kit básico que el hospital le había entregado, así como de un canguro portabebés, de color verde oscuro,

hecho a mano, que le había regalado la que se había convertido en su enfermera favorita de la unidad de neonatología. Estaba cabreada con North por no haber llegado antes, y Wren, mientras tanto, lloraba con más intensidad.

Tess la soltó el tiempo necesario para quitarse la chaqueta, desabrocharse la blusa y ponerse el canguro para bebés prematuros. Colocó a la pequeña contra su piel desnuda, con la mejilla contra su pecho, y envolvió sus cuerpos con el chal que cogió del respaldo del sofá. Aún no era la hora del biberón, así que caminó por el interior de la cabaña hasta que el movimiento consiguió que el bebé se durmiera. Durante todo el rato echó humo por las orejas ante la ausencia de North. Solo después de que Wren se callara, fue al armario de detrás de la cocina para examinar la caldera.

No funcionaba, y ella no podía ponerse a gatear por el suelo para investigar por qué con un bebé atado a su cuerpo. La falta de calor en la cabaña le preocupaba mucho. ¿Cómo iba a mantener caliente a Wren? ¿Dónde estaba North? Se suponía que cuidar de Wren era algo que iban a hacer los dos juntos, pero de momento la pequeña solo la tenía a ella. No era posible que él tuviera la intención de dejar el bebé en sus manos y marcharse, ¿verdad?

Cuando Wren se despertó y comenzó a armar cierto alboroto, Tess sacó un biberón limpio. Mientras vertía una medida de leche de fórmula, pensó en sus propios pechos.

—Lo siento —susurró—. Tendrás que conformarte con esto.

Alimentarse era complicado para Wren, ya que tendía a quedarse dormida de nuevo después de chupar unas cuantas veces. Tess le dejó el tiempo que necesitó, la hizo eructar con suavidad y la mantuvo elevada. Cuando por fin terminó, las dos estaban exhaustas. Tess se irguió y se acomodó en el sofá colocando el chal con más firmeza a su alrededor.

Sintió el latido del corazón de Wren contra su piel. Percibió el temblor en sus pequeños párpados nacarados. Escuchó sus suaves y dulces respiraciones. Tal vez North había sufrido un pinchazo, pero lo más probable era que hubiera huido a Manhattan. Se quedó dormida.

La sangre tiraba de sus pantorrillas, subía hasta su cintura.

Bianca gritó.

Tess tenía que llegar a ella. Tenía que salvarla. Pero la sangre no la dejaba moverse. Luchó con todas sus fuerzas. Sus piernas habían desaparecido. Lo mismo que sus brazos. Bianca resbaló en la piscina roja...

Se despertó con un jadeo. Se frotó los ojos tratando de librarse de aquella fea pesadilla y oyó que un coche se detenía en el exterior. Miró el teléfono. Habían pasado dos horas.

Pero, en vez de North, fue Phish la persona que atravesó la puerta de la cabaña. Llevaba un antiguo jersey *boho hippie* y su raída coleta gris se balanceaba sobre su espalda. También tenía una bolsa de papel blanco en la mano.

—Hola, Tess. —Se limpió las zapatillas deportivas en el felpudo e hizo un gesto hacia el bebé—. Supongo que esto es incompatible con tu horario de trabajo. Michelle no para de decirme que contrate a su hermana.

—Le he dicho a Ian North que me ocuparía del bebé durante una semana, más o menos. Creo que es mejor que la contrates.

—Ni de coña. No la conoces. —Dejó la bolsa de pasteles y se acercó a mirar a la niña—. Qué pequeña es.

—Es mucho más fuerte de lo que parece. —Le había sonado a crítica y ella se había puesto a la defensiva. Esa certeza la hizo sentirse aturdida.

—Si tú lo dices...

—Lo es.

—Tranquilízate, ¿vale? —dijo él levantando las manos en señal de rendición.

—Necesito café. —Deslizó las piernas por el borde del sofá para no despertar a Wren—. ¿Son donuts?

—Tus favoritos.

—Eres un ángel. ¿Has visto a Ian North por el pueblo?

—No —respondió mientras iba a la cocina para hacer café.

—Menudo capullo... —Tess estiró las piernas—. ¿Te importaría echarle un vistazo a la caldera? No hay calefacción.

Él se encogió de hombros y fue a mirar. Reapareció al cabo de unos instantes.

—No funciona.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

—Tal vez te has quedado sin gasoil. —Phish era inmune a su sarcasmo.

—Acabo de comprar.

En el exterior, unos neumáticos hicieron crujir la grava. Acunando a la niña con un arrullo, fue a la ventana y vio cómo se detenía el maltrecho Land Cruiser. Se alejó para no exponer al bebé a la corriente de aire mientras North agachaba la cabeza para cruzar la puerta.

—¿Dónde te habías metido? —Los gritos asustarían a Wren, así que tuvo que conformarse con un tenso susurro.

—Tenía cosas que hacer. —Llenó el espacio con su cuerpo; de repente el techo era demasiado bajo y las paredes demasiado estrechas.

—Ya, bueno, pues yo también. Se suponía que ibas a venir hace horas. —Metió la mano debajo del chal para desabrochar el canguro portabebés—. Cógela mientras le echo un ojo a la caldera.

—Ya la he mirado yo. Por eso llego tarde. Necesitas una nueva. —Dio un paso atrás.

—¿Quieres un café? —lo invitó Phish desde la cocina.

—No, gracias. —North miró la bolsa de donuts.

—¿Qué quieres decir con que necesito una caldera nueva? —Tess retiró las manos de las correas del portabebés y bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro.

—La que tienes es más vieja que tú. Por lo que veo, no has recibido mi mensaje.

—¿Qué mensaje?

—El mensaje que te envié al móvil diciendo que iba a buscar a alguien que te sustituyera la caldera.

Se había olvidado que había silenciado el teléfono para no despertar a Wren, pero, teniendo en cuenta la actitud de él, ¿cómo iba a suponer que no las había abandonado?

—He pedido una nueva —siguió informando él—. Lo malo es que el modelo que necesitas es difícil de conseguir y llevará algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Algunas semanas.

—¿Semanas? ¡No puedo estar aquí con una recién nacida sin calefacción!

—Ya. Tendrás que quedarte en la escuela.

Se enfrentó a dos pensamientos a la vez. Al gasto de una nueva caldera y a la idea de quedarse en la escuela. De todas formas, lo primero era inevitable, pero en cuanto a la escuela... No pensaba mudarse allí con los recuerdos que tenía de aquel lugar.

—Es el último sitio al que pienso ir.

—No hay otra alternativa. Te proporcionaré lo que necesites y llevaré allí tus cosas; luego me iré a la ciudad. Tendrás la casa para ti sola.

—¿A la ciudad? ¿Estás loco? ¿De verdad crees que voy a dejar que te escapes a Manhattan y me dejes aquí sola con tu hija?

Phish, aún de pie junto a la cafetera, observaba la conversación con interés. Phish era impredecible. Era capaz de guardar un secreto o de cotorrear con cada cliente que entrara en La Chimenea Rota.

—No va a funcionar —dijo Tess.

—Pues así tendrá que ser. —North pareció decidir que el dueño de la cafetería había oído suficiente, porque cambió de tema y cogió la bolsa de dulces —. ¿Te importa si me como uno?

—A mí no me preguntes —dijo Phish.

—Son míos —respondió ella.

—Tengo más en el coche. —Phish se giró hacia North—. Cuesta un dólar cada uno. Ella es una empleada, y esa es la única razón por la que los consigue gratis.

—No le caigo bien, ¿verdad? —dijo North, mirándolo.

—No le caes bien a nadie. La gente cree que eres demasiado arrogante. —Apretó los dientes.

—Me parece lógico. —Asintió con la cabeza.

Phish, de repente, pareció avergonzado.

—Me había olvidado de tu reciente pérdida. No llegué a conocer a tu esposa, pero estoy seguro de que era una buena persona. —Se dirigió a toda prisa hacia la puerta principal—. Tengo más en el coche. Invita la casa.

Phish se fue poco después de entregarle otra bolsa de donuts del día. Ese pequeño respiro le había dado a Tess la oportunidad de poner en orden su cabeza y, tan pronto como Phish salió por la puerta, se giró hacia North.

—No vas a huir de tu hija. Es tu responsabilidad. Y aunque pienses abandonarla y...

—No voy a abandonarla. Tendrás todo lo que necesites.

—Lo que cuenta no es lo que yo necesito. Es lo que necesita ella.

Su expresión pétrea se lo dijo todo.

—Da igual. Lo dejo. —Tess sacó al bebé del canguro.

—No puedes. —Al final, había conseguido ponerlo nervioso.

—Cógela. No voy a formar parte de esto. —Alcanzó una manta para bebés con la mano libre.

—¡Está bien! Tú ganas. ¿Qué es lo que quieres? —Dio un paso atrás.

—Que no la abandones. —Tess quería que fuera un padre para ese pequeño esbozo de ser humano, pero eso llevaría un tiempo.

—¿Quieres que me quede en la escuela?

—Sí, donde ella esté es donde debes estar tú. —Eso era lo último que quería Tess. Porque ella también tendría que quedarse. Envolvió al bebé—. Como se te pase por la cabeza dejarla, me largo. ¿He sido lo bastante clara? —Tess estaba tan obsesionada con la importancia de mantener a padre e hija juntos que no había pensado en lo que supondría compartir el mismo espacio con él, pero no veía alternativa.

—Clarísima —repuso él sin apenas mover los labios.

—Necesito cambiarme de ropa, y no puedes seguir posponiéndolo eternamente. Tarde o temprano tendrás que cogerla en brazos. —Wren había empezado a moverse de nuevo.

—Más tarde. Recuerda que estoy resfriado.

—Creo que estás curado y... —Se interrumpió antes de añadir nada más. Si tenía que convivir con él, necesitaba negociar algún tipo de paz. Sabía de sobra detrás de cuántos disfraces podía esconderse la pena, e iba a hacer lo que había jurado que no haría cuando llegó a Tempest. Mantuvo la voz firme, los ojos secos—. Entiendo el luto mejor de lo que piensas. Perdí a mi marido. Era

demasiado joven y no debería haber muerto. —Sonó dura, como si hubiera ocurrido hacía mucho tiempo y ya se hubiera recuperado. Algo muy alejado de la verdad.

—Siento oírlo. —Una afirmación simple y directa que no contenía ni pizca de pesar.

—Solo te lo he contado para que no pienses que no soy empática, pero tú tienes una hija, y necesita a su padre. Ahora mismo puede no parecerte un gran consuelo tras perder a tu esposa, pero tal vez lo sea dentro de poco. —Las palabras sonaban huecas, pero a la vez quizá fueran ciertas. Si ella y Trav hubieran tenido un hijo... Pero su marido no había estado preparado.

—Todavía no te has enterado, ¿verdad? —North dejó un donut mordisqueado encima de la bolsa de papel.

—¿Enterarme de qué?

—Bianca no era mi esposa. —Se frotó la cicatriz del dorso de la mano.

Wren soltó un pequeño vagido de protesta. Tess miró a North fijamente.

—Pero... —Bianca se había referido repetidamente a él como su «marido», y no parecía una mujer a la que le preocupara el qué dirán, así que Tess no creía que se avergonzara de ser madre soltera—. ¿Por qué decía que eras su marido?

—Tengo que hacer algunas cosas en la casa. Volveré a por ti. —Cogió las llaves de su coche.

—¡Espera! No puedes irte así como...

Por lo visto, sí que podía.

Ya en la escuela, Ian se quitó la chaqueta y la tiró al respaldo del sofá. Tenía la camisa pegada al pecho por culpa del sudor. Había mentido sobre lo de que tenía cosas que hacer. Había mentido porque Tess querría una explicación y, cuando se trataba de Bianca y él, las explicaciones eran complicadas.

Miró el salón diáfano que se extendía a su alrededor. Aquella casa en la cima de Runaway Mountain debería haber sido un retiro perfecto. Allí no lo agobiaban galeristas adúladores ni había aspirantes a apóstoles llamando a su puerta. En Manhattan, todos los que se movían en el mundo del arte querían algo de él: su aprobación, su tutela, su dinero. Había pensado que podía escapar de

allí y descubrir quién era como artista a los treinta y seis años, dejar atrás la etapa de niño rebelde. Que encontraría un nuevo rumbo que tuviera sentido. Pero había cometido el fallo de rendirse a las súplicas de Bianca y dejar que lo acompañara. Por eso ella estaba muerta y él tenía que lidiar con las consecuencias, incluyendo la perturbación que suponía Tess Hartsong, que resultaba tan fuerte como la del bebé.

Miró al fondo de la sala, donde estaba la puerta cerrada de la habitación donde Bianca había muerto. Él había permitido que ella dijera que estaban casados.

Y a pesar de que Bianca ya no estaba, había seguido esperando a que sonara el teléfono, como había sonado tantas veces antes.

«¡Ian! He conseguido un nuevo trabajo. Una tienda *pop-up* para ese nuevo y fantástico diseñador de ropa de hombre. ¡Es increíble! Estoy deseando que lo conozcas».

«El fin de semana me voy a Aruba con Jake... Es alucinante. Ya lo verás. Nunca me había sentido así con nadie».

«Ethan quiere que me mude con él. ¡Madre de Dios! Es tan fabuloso. No me importa que sea actor. Es diferente».

«Ian, he tenido un día de mierda. ¿Te importa si me paso?».

«Ian, la vida es una mierda. Voy a llevar vino».

«Ian, ¿por qué la gente tiene que ser tan asquerosa? Ven a buscarme, *porfa*».

Y Bianca le había dejado un desastre más para que él lo limpiara. Y lo haría, como siempre.

En la escuela hacía calor, pero sin Bianca corriendo hacia la entrada para darle la bienvenida, a Tess le pareció fría. Ian fue hacia la escalera con su maleta en una mano y las cosas que ella le había pedido que llevara para el bebé en la otra.

—Vosotras dos podéis quedaros con mi habitación. Está arriba. —Sonaba tan poco acogedor como estar bajo una tormenta de granizo.

La escuela solo tenía dos dormitorios, lo que significaba que él se quedaría con el de abajo. La habitación donde...

La sombra de la muerte de Bianca vagaba por todas partes. Tess, instintivamente, abrazó a Wren con más fuerza. Vivir en la misma casa que él, aunque solo fuera durante unos días, le parecía misión imposible y, sin embargo, ¿cómo si no conseguiría que creara un vínculo con esa niña que había rechazado hasta el momento?

—No me verás mucho —añadió Ian mientras desaparecía por las escaleras—. Estaré en el estudio.

Tess miró a su alrededor; la habitación estaba llena de luz. Era como si Bianca nunca hubiera estado allí. No había chanclas abandonadas junto a la puerta principal. Nada de revistas de moda, botellas de agua medio vacías ni envoltorios de barritas energéticas esparcidos por todas partes. Su mirada se posó en la puerta cerrada del dormitorio.

Tarde o temprano tendría que entrar. Si no se enfrentaba a eso ya, no podría pensar en otra cosa. Mientras Wren dormitaba en el portabebés, Tess se acercó a la habitación. Respiró hondo y luego giró la manilla.

La cama había desaparecido; las cortinas, arrancadas de las ventanas. La alfombra había dejado paso a los suelos de madera desnudos. Y el resto... Era como si Ian hubiera trasladado sus sentimientos a esas paredes, antaño de un color gris claro.

Formas arremolinadas cubrían todas las superficies en una paleta que iba desde el tono blanco hollín y el gris fangoso hasta el marrón ahumado y el blanco hueso. Había pintado giros y espirales, lazos y arcos. Algunas de las formas se enroscaban en el techo. Otras cubrían los zócalos y se derramaban por el suelo. Era un paisaje mudo de dolor, con todas las trampas y enredos que ella conocía tan bien.

—Todo está aquí... —susurró las palabras para sí misma y para Wren—. Cada emoción... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Cada... sentimiento.

—Fuera. —Él habló desde detrás de ella con la voz ronca.

Tess se recompuso y se dio la vuelta.

A diferencia del caos de la habitación de abajo, en el dormitorio principal dominaba un ambiente tenue y ordenado, con paredes de un masculino color

carbón y zócalos blancos que contrastaban. El sencillo mobiliario incluía una alfombra gris y blanca a rayas, una cama enorme con un robusto cabecero, una cómoda y un juego de mesillas de noche. Una lámpara de lectura cromada con formas curvas se ubicaba junto a un sillón, que contaba con un reposapiés a juego.

Le había explicado a North en qué consistía el método canguro, lo importante que era el contacto piel con piel para los prematuros. Le había dicho que así se regulaba la temperatura corporal del bebé, se estabilizaba la respiración, se reducía la mortalidad infantil, etc., pero no estaba segura de que él la hubiera escuchado. Lo único que no le había mencionado era lo agotador que podía ser.

Afortunadamente, Wren no lloró cuando Tess la puso en la cuna de viaje que North había colocado al lado de la cama; un pequeño nido amarillo en que acurrucarse. La dejaría allí el tiempo suficiente para estirar la espalda y organizar un área para cambiarla encima de la cómoda.

Abrió los cajones esperando que North hubiera vaciado al menos uno para las cosas de Wren. En cambio, encontró calcetines de leñador y bóxer de color negro y azul marino; todo simple y masculino, sin la osadía de su arte. Camisetas sencillas, vaqueros, un par de suéteres prácticos. Solo el sutil aroma a musgo, madera y cedro sugerían algo más exótico.

Él había pedido de todo para Wren a una *boutique* carísima de Manhattan. Peluches de lujo, pañales caros, gorritos de bebé color pastel y unos calcetines más caros que cualquiera que Tess hubiera tenido nunca.

Dejó las cosas de Wren encima del vestidor, comprobó que el bebé seguía respirando y se acercó a la ventana doble de la habitación. La pena le resultaba familiar. También la ira. Ambas emociones la habían cambiado. Ahora, mirando ese paisaje desconocido, se preguntaba quién podría llegar a ser sin la carga pesada de esas dos emociones.

Le habían pasado tantas cosas últimamente que apenas había pensado en Trav. A pesar de la tensión de cuidar a Wren, a pesar de la culpa y el dolor que había asumido por la muerte de Bianca, estaba empezando a experimentar una extraña sensación de cierta calma. Y la novedad la hizo sentirse mareada.

Por la ventana se divisaba el pequeño jardín de abajo. Había un par de sillas de jardín de madera y un banco de hierro forjados. Estaban a mediados de marzo, y los árboles aún no tenían hojas, pero la primavera de Tennessee llegaría cualquier día. ¿Volvería el jardín a la vida o habría que plantar algo? ¿Germinaría también algo dentro de ella?

Los rayos de luz dorada del atardecer apalache se extendían por encima de los árboles, pintando el cielo de melocotón y púrpura. Se imbuyó de aquella belleza.

—Mira eso, Wren —susurró—. ¿Lo ves?

—Dudo que esté prestando atención —dijo North.

Su repentina e inquietante presencia ocupó toda la puerta. ¿Qué vería él cuando miraba al mundo? ¿La había visto a ella?

—Creía que se suponía que el bebé tenía que estar en el canguro portabebés —dijo en tono áspero.

Así que sí la había escuchado.

—Se ha aburrido. —Aquella respuesta le recordó que antes era una mujer divertida. Todos sus amigos lo pensaban. Y hacía reír tanto a Trav que a veces se atragantaba.

North no se rio. Echó un vistazo al cambiador y a los objetos para el bebé que había encima de la cómoda.

—Sacaré mis cosas de aquí.

Como el dormitorio de abajo no tenía muebles, se preguntó dónde lo pondría todo. El estudio ocupaba la mayor parte del espacio del segundo piso. Tal vez se mudara allí.

—¿Cuántos años tienes? —Lo vio cruzar hacia la cómoda.

—Treinta y seis. ¿Por qué quieres saberlo?

—Vi uno de tus grafitis en blanco y negro hace unos años, un autorretrato. Todavía lo recuerdo. No es que te halagaras a ti mismo, precisamente. —Era un año mayor que ella.

—No era necesario. —Abrió el cajón del medio. El de los calzoncillos monocromáticos.

—¿Por qué te retrataste de esa manera? —preguntó—. Más esqueleto que

carne.

—¿Tiene que haber una razón para todo? —Tomó el montón de ropa que había apilado en el cambiador y la dejó sola.

Ian dejó sus cosas en el largo sofá morado del estudio. La habitación olía a la madera fresca de los estantes abiertos que había montado. Los amigos de Bianca habían diseñado también aquel espacio, con sus grandes claraboyas y ladrillos a la vista, como un segundo estudio, un lugar al que acudir cuando necesitaban inspiración para su negocio de decoración. Pero el aislamiento había demostrado ser más romántico en su imaginación que en la realidad, mientras que Ian solo anhelaba estar solo.

Había añadido iluminación extra, estanterías y un gran sofá de terciopelo púrpura. Había instalado el equipo de ordenadores que utilizaba para proyectos de arte digital, que iban desde la creación de plantillas del tamaño de las paredes hasta el diseño de luces y puesta en escena de espectáculos gigantes, con los que había salpicado los rascacielos. Sin embargo, la manipulación gráfica que lo absorbía había perdido su encanto. Necesitaba hacer algo más. Algo...

¿Cómo coño se suponía que iba a descubrirlo con todo ese caos? Viendo lo que había allí, podría haber vuelto a Manhattan.

Pensó en el dormitorio de Bianca en el piso de abajo. La viuda Hartsong no lo había tratado como a una persona extravagante, incluso parecía que lo entendía. Pero no estaba seguro de que eso le gustara. No, estaba seguro de que no le gustaba.

No le gustaba nada.

La mañana llegó demasiado pronto. Tess casi tropezó bajando la escalera con Wren sujeta en sus brazos. Ian salió de la habitación de atrás mientras ella terminaba de darle el biberón a la niña. Con una arrugada camisa de franela y los vaqueros, parecía que perteneciera a aquellas montañas, tan grande y escabroso como el paisaje que los rodeaba.

—Café —dijo ella, antes de que él pronunciara una sola palabra—. Y no me hables. Le he dado tres tomas esta noche. La odio.

—Eso explica por qué le das un beso en la coronilla.

—Síndrome de Estocolmo. He caído bajo el hechizo de mi captora. Es una estrategia de supervivencia.

El gruñido que emitió parecía dejar entrever lo que entendía él por diversión, pero ella lo dudaba.

—Siéntate —dijo—. Prepararé café.

Ella nunca había oído una oferta menos entusiasta.

—Y también te odio a ti. Has dormido toda la noche, no son ni las siete y ya has estado fuera.

—Alguien tiene que levantar el país.

¿Había soltado una broma? Como había desaparecido en la cocina, no lo supo.

La larga mesa del comedor ocupaba el lado norte del diáfano salón. El pesado y tosco tablero había sido barnizado para protegerlo de los humos de la cocina. El contraste entre los tableros de contrachapado blanco de las paredes y toda aquella madera oscura —la mesa, los brillantes suelos de tablas anchas, las estanterías situadas bajo las ventanas— lo convertía en un acogedor espacio en invierno, pero también sería un fresco refugio durante los días más calurosos del verano.

Él llevó dos tazas de café desde la cocina, dejó la de Tess frente a ella y se sentó al final de la mesa, a unos dos metros. Si no estuviera tan malhumorada por la falta de sueño, habría sido divertido.

—¡Ah, claro! —dijo arrastrando las palabras—. Todavía crees que las chicas tienen piojos. Cuando llegues a sexto de primaria, ya no te importará tanto.

—Me acercaré más, siempre y cuando prometas no hablar —dijo él con la boca llena mientras deslizaba la taza hasta el centro de la mesa.

—Por mí no te molestes. —Tess se apartó el pelo de los ojos—. Lo que necesito es que me prestes una de tus camisas de franela. Las mías no son lo suficientemente grandes para que quepamos Wren y yo. —La sudadera de Trav habría bastado para cubrirlas a ambas..., la sudadera que (empapada con la sangre de Bianca) había tirado con tan poca ceremonia al cubo de basura del hospital. Se recompuso—. Y, para tu información, vas a tener que empezar a

hacerte cargo de al menos uno de los turnos de noche.

—No sabría qué hacer.

—Te enseñaré.

—No es necesario.

—Es muy necesario. Y puedes tocarla, ya sabes. Nada de esto es culpa suya.

—No he dicho que lo sea. —Ian se levantó para dejar su taza en el fregadero.

Ella lo persiguió, acercándose por detrás.

—¡Cógela!

Él se movió como un resorte, extendiendo las manos de forma instintiva.

Con suavidad, Tess dejó al bebé bien envuelta en sus brazos.

—¿Qué...?

—Tengo que lavarme los dientes, ducharme, y me gustaría usar el váter sin un bebé en el regazo. Tendrás que arreglártelas —dijo dándose la vuelta.

—Pero...

—Ve acostumbrándote.

Mientras se alejaba, Wren comenzó a llorar; aunque vaciló un instante, Tess se obligó a sí misma a seguir adelante. La niña acababa de comer. No había nada que ella pudiera hacer y North no.

—¡Has firmado un contrato! —gritó él a su espalda.

—Es la pausa que me corresponde por ley.

6

Media hora después, duchada y con el pelo limpio, Tess volvió abajo. Ian apenas se había movido. Estaba junto a la ventana de la cocina, a pocos pasos de donde ella lo había dejado. Wren seguía llorando y, en lugar de pasearla, la sostenía como si fuera una granada a punto de estallar. Cualquier esperanza de que al dejarlos solos se rompiera el hielo que rodeaba el corazón de North desapareció de golpe.

—No voy a hacerlo —dijo él en tono gélido.

—Ya veo. —Se acercó a la barra para servirse otra taza de café. Wren parecía un ratón entre las manazas de su padre. El ceño masculino se convirtió en una tempestad mientras la niña seguía berreando, sumida un frenesí.

—Tengo que ir a trabajar. —Empujó al bebé hacia ella.

Tess la arrulló con el brazo y comenzó a colocar la manta. De repente se detuvo, la mano quieta sobre la suave tela, sorprendida ante la posibilidad de que se hubiera equivocado desde el principio. Fue tras él.

—Wren no es tuya, ¿verdad?

Ian se detuvo a mitad de camino de la cocina.

—¿Por qué piensas eso?

—Si fuera tuya, no creo que la ignorases así. —Lo siguió hasta la sala de estar—. Aunque, teniendo en cuenta tu actitud, por lo general desagradable, podría estar equivocada.

—Sí, podrías estarlo. —Él se dirigió a la puerta principal y cogió la chaqueta—. No la he ignorado. Estás aquí, ¿verdad? —La puerta se cerró tras él.

Tess miró la cara de Wren, parecía infeliz: la frente arrugada, la nariz aplastada, la pequeña lengua rizada como una patata frita mientras aullaba. ¿Sería cierta su intuición? Pero si Ian no era el padre de Wren, ¿por qué había consentido en aparecer como tal en el certificado de nacimiento? ¿Y si sí fuera el padre...?

Demasiadas preguntas sin respuesta. Vaciló mientras acunaba la frágil

columna vertebral de Wren y luego se dirigió al dormitorio de Bianca. Abrió la puerta y entró.

La habitación mostraba un mundo de dolor. No podía creer que un hombre que pintara con tanta emoción fuera capaz de rechazar con tanta frialdad a su propia hija. A menos que estuviera equivocada...

Tal vez, toda esa emoción explicaba por qué se negaba a acercarse a ella.

Wren había empezado a calmarse, y Tess miró su carita de rana.

—No soy tu madre, cariño. —Pero ahora mismo ese bebé huérfano conocía su contacto mejor que el de nadie. Tess la estrechó más. Había practicado el distanciamiento profesional durante años y era demasiado perspicaz para apegarse a una niña que no era suya. Pero ¿de quién era?

—Hago lo que puedo, Bianca —susurró a la habitación vacía—. Te lo prometo. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

Ian necesitaba alejarse de la casa, de ella. La viuda Hartsong intuía demasiadas cosas. Se dirigió hacia el sendero que llevaba a la montaña.

Para ser alguien que había crecido en la ciudad, se sentía más a gusto al aire libre. Había explorado buena parte del Sendero de los Apalaches, había subido al monte Whitney en medio de una tormenta de nieve y había atravesado el sendero John Muir. También había viajado por Europa sin nada más en su mochila que una muda de ropa interior y las sustancias que había logrado conseguir.

Una ráfaga del cortante viento de marzo le hizo desear haber cogido una cazadora más gruesa, pero todavía no estaba preparado para volver. En el este se elevaba la vieja torreta de vigilancia contra incendios. Había subido allí un par de veces, pero en ese momento necesitaba tener los pies bien plantados en el suelo.

Un ciervo de cola blanca cruzó el camino por delante de él, y se desvió del sendero para seguirlo hacia el arroyo. Al acercarse, oyó un sonido diferente al habitual del correr del agua. Algo parecido a un gemido que provenía de lo que quedaba de una vieja destilería.

Aceleró el paso. Había descubierto el alambique en una de sus primeras caminatas, y lo había identificado por la reveladora disposición en forma de U de las rocas del arroyo, que marcaba la ubicación de un horno abandonado. Al lado

había un bidón corroído con capacidad para ciento cincuenta litros, junto con un viejo cubo galvanizado al que le faltaba el fondo y algunas jarras de albañilería rotas y oscurecidas por la suciedad. Pero fueron los restos de la vieja caldera los que llamaron su atención: las placas oxidadas marcadas por las hachas de los leñadores de antaño. Había un niño atrapado debajo.

—¡Me duele!

La pierna del chico había quedado aprisionada bajo la parte más pesada de la caldera. Ian se apresuró a acercarse.

—Quédate quieto, Eli.

El chico lo miró con el rostro cubierto de lágrimas, suciedad y mocos. Tenía los ojos castaños tan abiertos que en su cara parecían desproporcionados. El pelo espeso y oscuro con un flequillo liso le cubría las cejas.

—Se me ha caído encima.

—Ya veo. —Ian se había topado antes con Eli. Dicho con finura, Eli era un niño de campo de ocho años que vagaba por el bosque con una falta de supervisión que los niños de ciudad no podían ni imaginar.

«Ocho y medio», habría puntualizado Eli.

A pesar de su cara, que siempre estaba sucia, y su corte de pelo casero, el chico parecía estar bien atendido, y tenía un cuerpo robusto sin más moretones que un chico normal.

—Este no es el mejor sitio para andar husmeando. —La pieza de metal dentada era más pesada de lo que parecía y tenía los letales bordes muy afilados. Ian se encargó de levantarla. Al apartarla a un lado, la sangre comenzó a manar de un feo corte en la pierna del muchacho, visible a través de la rotura de la pernera de sus vaqueros. Demasiada sangre. Ian se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa de franela.

—Seguro que te ha dolido.

—Soy... soy duro. —Una lágrima trazó un nuevo camino en el mapa de suciedad de la cara del crío.

—Claro que sí. —Ian se quitó la camisa, con lo que se quedó en camiseta, y apretó una manga larga alrededor de la herida para detener la hemorragia—. Prométeme que de ahora en adelante te mantendrás alejado de aquí.

—Bueno.

Puso el resto de la camisa en el pecho de Eli y lo levantó con cuidado. El chico gimió.

—Me duele.

—Claro. Voy a llevarte a casa.

—No hace falta que me lleves en brazos como si fuera un bebé. —Eli se apoyó en su pecho.

—Ya lo sé. Pero me estoy preparando para participar en el Ironman. Necesito entrenar la resistencia.

—¿Te estás preparando para el Ironman?

—Puede... —O tal vez no. Correr y nadar eran una cosa, pero ciento ochenta kilómetros en bicicleta eran demasiados para alguien a quien le gustaba tener contacto directo con la tierra.

Los padres de Eli eran granjeros. Ian había visto el techo de hojalata de su casa a los pies de la cordillera, hacia el oeste. Disminuyó el ritmo cuando vio que la cara del chico se retorció de dolor.

—¿Cómo está tu madre? —dijo para distraerlo.

—Sigue triste.

—Lo siento. —En su última conversación, Eli le había revelado que su madre iba a tener un bebé, pero que algo había salido mal y lloraba mucho.

Eli se agarró a su cuello con más fuerza.

—Mi padre dice que pronto mejorará.

—Eso está bien. —Ian asintió. Esquivó con cuidado un árbol joven que había caído en el camino—. ¿Qué has comido últimamente? Pesas una tonelada. —En realidad, el pequeño de ocho años no pesaba demasiado.

—Judías. —Eli hizo una mueca—. Hemos comido casi todo lo que mamá sembró el verano pasado, aunque las cebollas y las hojas de mostaza aún no han madurado.

Eli parecía un granjero experimentado. Ian mantuvo viva la conversación mientras subía hacia la cumbre. Le preguntó qué nuevos pájaros había identificado, si había visto algún oso, cómo iba su proyecto de educación en casa sobre apicultura. Finalmente, divisó la estructura de la granja.

La casa estaba revestida de madera sin pintar y tenía un par de paneles solares en el techo de hojalata. El terreno recién arado a la izquierda delimitaba el huerto. Las dependencias incluían un viejo granero de tabaco, un cercado de cabras y un gallinero con un rudimentario corral de alambre. Todo estaba rodeado por una primitiva alambrada de púas custodiada por un par de perros ladrones y un hombre corpulento que se acercaba a ellos con un rifle.

—¡Alto ahí!

Ian no era muy bueno con las armas de fuego, pero sabía lo suficiente para reconocer un AR-15.

—¡Papá!

—¿Eli? —El hombre entrecerró los ojos bajo el sol de la mañana.

—Eli se ha metido en un lío —dijo Ian.

—¡Rebecca! —El hombre se precipitó hacia ellos por el patio de cantos rodados, todavía con el rifle de asalto en las manos, pero ya no apuntaba al pecho de Ian. Tanteó la valla con una mano mientras una mujer delgada y de pelo castaño salía por la puerta principal.

—¿Qué pasa?

—¡Es Eli! —El hombre apoyó el rifle contra el poste de la puerta y se apresuró hacia ellos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Eli se ha hecho un corte en la pierna con un trozo de chapa de la vieja destilería —explicó Ian.

—¡Será posible, Eli! Deberías haber tenido más cuidado.

La madre de Eli corrió al lado de su hijo cubriéndose la boca con la mano.

—¡No ha sido por mi culpa! —aseguró Eli desde los brazos de su padre.

Su madre lo tranquilizó; en cada línea de su rostro cansado se reflejaba la preocupación.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—Yo sí —dijo su padre—. Tienes que fijarte más, Eli.

Ian dio un paso atrás.

—Puede que necesite algunos puntos de sutura.

—¡No! —aulló Eli.

—Déjame ver. —La mano de la madre tembló cuando empezó a desenvolver

la camisa que ataba la pierna de su hijo.

Ian la detuvo.

—Tenéis que dejarle eso puesto hasta que lo llevéis al médico. El corte es bastante profundo.

—Ay, cariño... —La mujer le apartó al niño el flequillo de los ojos. Rondaría los veintitantos o treinta y pocos años. Tenía la nariz larga y unos ojos tristes que caían un poco en los extremos. Eli y ella compartían el mismo pelo oscuro y liso, y un flequillo casi idéntico. Su cabello, sin embargo, que caía lacio, necesitaba un lavado.

El hombre le hizo a Ian un gesto de agradecimiento.

—Te agradezco lo que has hecho. Ya nos encargamos nosotros.

Por la rigidez de sus palabras, Ian intuyó que no irían a ningún médico.

—Necesita atención médica.

—Somos buenos cuidándonos entre nosotros —dijo el hombre con firmeza.

A diferencia de su esposa, Paul tenía una complexión robusta y cabello escaso, y era enjuto. No era alto, tal vez poco menos de uno ochenta, pero sus anchos hombros y sus voluminosos bíceps daban fe de su fuerza.

Por el aspecto de la granja, la familia vivía al margen del sistema, probablemente subsistían por sí mismos, sin dinero extra con el que pagar la visita al médico. No era asunto suyo, pero no podía irse.

—Hay una enfermera en la vieja escuela —dijo a regañadientes—. Estoy seguro de que ella le echaría un vistazo a Eli a cambio de unos huevos frescos. Es una de esas amantes de la comida ecológica. —Una mentira descarada, pero la gente tenía su orgullo.

—Hay que llevarlo allí, Paul. —El tono suplicante en la voz de la mujer sugería que su marido era un hombre que no se dejaba influenciar.

La expresión de Paul daba a entender que no quería ceder, pero, ya fuera porque sabía que su esposa tenía razón o porque no quería tener un enfrentamiento con ella frente a un extraño, asintió con la cabeza.

Las abolladuras de la antigua camioneta Dodge Ram y el parabrisas agrietado eran testigos de muchos años de uso intenso. Rebecca se sentó en el asiento trasero, sosteniendo a Eli, mientras que Ian ocupó el del copiloto.

La familia no cumplía con el famoso estereotipo de los montañeros de Tennessee. Su acento era sureño, pero no de los bosques. Llevaban cinco años viviendo en la granja. Rebecca le contó a Ian que ella y Paul se conocieron durante el primer curso en la Universidad de Texas, pero no reveló nada más que su apellido: Eldridge.

Cuando entraron, Tess estaba paseando con el bebé por la casa. Hizo un gesto protector, casi imperceptible, un ligero golpe con la mano en la cabeza del bebé, acercándosela, que a Ian no le pasó desapercibido. Sin embargo, en cuanto vio al niño en los brazos de su padre, se puso rápidamente manos a la obra.

—Déjenlo en la mesa. —Inclinó la cabeza señalando la mesa del comedor y, como era de esperar, le entregó el bebé a Ian. Después de cargar a Eli, el bebé era tan ligero como la espuma del mar, pero eso no hizo que la experiencia le agradara más—. ¿Qué tal, guapo? Soy Tess. Ian, ¿te importa traerme el botiquín de primeros auxilios? Está sobre la encimera de la cocina.

La última vez que había mirado, allí no había nada, excepto una lata de galletas de Navidad que venía con la casa. Sin embargo, en ese momento encontró una caja amarilla brillante, del tamaño de una caja de herramientas, que Tess debía de haber llevado con ella. A juzgar por el tamaño, no quería arriesgarse a que la pillaran de nuevo con las manos vacías ante una emergencia.

Oyó cómo Tess le ordenaba a Rebecca que se lavase las manos en la cocina. Se cruzaron en la puerta. Eli estaba estirado en la mesa del comedor con uno de los cojines del sofá debajo de la cabeza. Tess le había quitado los vaqueros, y el crío se quedó con una camiseta y unos calzoncillos de superhéroe que dejaban claro a quién quería parecerse. Paul se paseaba por la habitación junto a las ventanas de la librería.

Ian dejó el botiquín de primeros auxilios al lado de Tess y, asegurándose de que el niño no lo oía, le hizo saber que Eli no tendría más atención médica que la que ella le dispensara.

—No van a llevarlo al médico.

Ella asintió levemente. El bebé se removió en los brazos de Ian e hizo una mueca extraña. Justo la mueca que precedía al llanto. Al oír los bramidos, Tess levantó la cabeza al instante, pero enseguida volvió a prestarle atención a Eli.

—Veamos qué te ha pasado —dijo con mucha calma cuando empezó a desenredar el torniquete improvisado con la manga de la camisa—. Me encantan los niños aventureros. ¿Qué era lo que te perseguía? ¿Un oso? Ay, no me lo digas... ¿Una ardilla zombi?

—Ninguna de las dos cosas. —Eli esbozó una sonrisa llorosa y empezó a contarle lo del alambique y el rescate de Ian. Tess parecía fascinada, pero Ian se dio cuenta de que estaba concentrada en lo que tenía que hacer. Mientras recolocaba al bebé, Rebecca volvió de la cocina, y Tess le pidió que desarrollara una de las gasas del botiquín de primeros auxilios.

—Voy a echar un vistazo —le dijo a Eli—. Espero no vomitar.

—No creo que vomites. —Eli le dedicó otra sonrisa lacrimógena.

—Más me vale. —Dejó caer la camisa empapada de sangre al suelo e hizo un rápido examen de la herida antes de presionar con la gasa para detener la hemorragia—. Pensaba que habías dicho que era serio.

—¿No lo es?

—«Serio» es cuando te cuelga la pierna. Esto tiene fácil arreglo.

—El metal con el que se ha hecho el corte estaba oxidado —le dijo Ian.

—Y han pasado dos años desde que se puso la última dosis de la vacuna del tétanos. —Rebecca miró hacia su marido, que seguía paseándose junto a las ventanas—. Habrá que ponerle otra inyección.

—¡No quiero una inyección! —lloró Eli.

—No creo que la necesites. —Tess le sonrió de manera tranquilizadora y miró a Rebecca—. No es el óxido lo que causa problemas, sino el tipo de bacteria que se forma en él. Pero si se puso un recuerdo hace dos años, en cuanto limpiemos la herida, debería estar bien. Lo malo, Eli, es que tengo que limpiarla a fondo. Seré supercuidadosa, pero me temo que te va a doler. No pasa nada si lloras. Ian llora muy a menudo, y mira lo grande que es.

Ian reprimió el impulso de contradecirla.

—Mi padre no llora —dijo Eli con seriedad—, pero mi madre sí.

—A la señorita Tess no le interesa saber eso —dijo Rebecca con rapidez.

Ian conocía a la señorita Tess lo suficiente como para sospechar que estaba muy interesada, pero lo ocultó bien.

Tess ordenó a Paul que llevara a Eli al fregadero de la cocina, donde comenzó a limpiar la herida con agua corriente y a enjuagarla con una solución de Betadine. Eli se portó bastante bien, teniendo en cuenta lo doloroso que debía de ser. Incluso el bebé se calmó, aunque al poco volvió a dar patadas. Ian recordó lo que Tess había dicho sobre el contacto piel con piel, pero no pensaba quitarse la camiseta.

Cuando Tess consideró que la herida estaba bien limpia, Paul llevó de nuevo a Eli a la mesa del comedor. Una vez allí, le aplicó una pomada antibiótica y le colocó una gran e inusual venda quirúrgica hecha con tiras adhesivas.

—Este es un tipo relativamente nuevo de vendaje. Algunos médicos lo usan en lugar de puntos de sutura —explicó mientras ayudaba a Eli a sentarse—. He oído maravillas sobre él, pero nunca lo he usado, y me sentiría mejor si un médico le echara un vistazo. Me da que la cicatriz que le quedará sería más pequeña si le dieran puntos de sutura.

—Las cicatrices no importan —dijo Paul—, siempre y cuando él se recupere bien.

Tess no los presionó. Los instruyó sobre el cuidado de la herida y los síntomas de infección.

—¿Podrían traer a Eli dentro un par de días para que pueda revisar cómo va?

—¡Gracias! —Rebecca rodeó a Tess con sus brazos impulsivamente—. No sé cómo agradeceréte.

—Dinos lo que te debemos —dijo Paul con dureza.

—Ya he negociado por ti, Tess —intervino Ian—. Sé cuánto te gusta seguir una dieta ecológica, así que pensé que te encantaría que Eli te trajera algunos de sus huevos frescos cuando se sienta mejor.

—¿En serio? ¿Harías eso? —Ella miró a Eli de manera cómica e incrédula a la vez.

—¿Podría, papá? —Eli asintió con energía y miró a su padre.

—Claro —accedió Paul.

Cuando se marcharon, Tess comenzó a limpiar.

—Yo lo haré —dijo Ian, colocándole al bebé en los brazos, como si la

pequeña fuera contagiosa.

Tess la puso de nuevo en el canguro. Mientras él recogía la camisa ensangrentada y la gasa y limpiaba la mesa, ella ordenó el botiquín de primeros auxilios, que había completado mientras Wren estaba en el hospital. Observó a Ian, que había empezado a fregar la pila.

—Ha estado bien lo que has hecho por Eli.

—¿Crees que habría sido capaz de dejarlo allí tirado?

—Es difícil de decir. —Reajustó el canguro, sorprendida por sus rápidos movimientos, desconcertada porque no lograba ver quién era realmente aquel hombre—. Todavía no lo entiendo —dijo—, podrías haber contratado a una niñera competente. ¿Por qué no elegiste a otra persona? Ni siquiera te caigo bien.

—¿Quién ha dicho que no me caes bien? —Él se giró. Sus palabras no sonaron como una confrontación, pero casi.

—Tú mismo me lo dijiste.

—No es verdad.

—Tu cara te delata. Tus palabras te delatan. Apenas puedes resistirte a burlarte de mí cada vez que me ves.

—Nunca me he burlado de ti.

—Ahora mismo lo estás haciendo.

—Mi cara es así. Qué quieres que haga.

—Entonces puede que seas tú el que no me caiga bien a mí. —Se puso una mano en la cadera.

—Es comprensible. No soy lo que se dice un tío encantador.

—Ya me he dado cuenta.

Pero le sobraba talento. Un talento que no parecía querer emplear. Y empezaba a sospechar que quizá él tuviera más humanidad de la que quería mostrar.

Estaba en sujetador cuando alguien llamó a la puerta. Preocupada por que fuera Eli para decirle que se le había reabierto la herida, se ajustó un chal apresuradamente, envolviendo a Wren con firmeza contra ella, y fue a abrir.

Al otro lado de la puerta aparecieron tres chicas adolescentes, dos blancas y una negra. Reconoció a Ava, la hija de la desagradable Kelly Winchester, pero no conocía a las otras dos. Una llevaba ortodoncia y tenía el pelo castaño claro, así como un montón de granos en la frente. La otra esbozaba una sonrisa vacilante con una diadema de plástico rosa brillante que sujetaba el pelo rizado lejos de su rostro con forma de corazón. Tess esperó a que alguna de ellas dijera algo, pero no la miraban. Finalmente, fue ella la que rompió el silencio.

—¿Qué puedo hacer por vosotras?

—¿Es ese el bebé? —Ava se lamió los labios con nerviosismo.

—Sí. ¿Por qué no entráis? No quiero que coja frío.

—Es triste que su madre haya muerto. —Ava era una de esas raras adolescentes con el pelo rubio, liso y brillante, tez cremosa y perfectos dientes blancos sin haber tenido que recurrir a la ortodoncia.

—Es duro, sí.

—Esta es Jordan y ella es Imani. Si un día necesitas una niñera, a las tres se nos dan bien los niños. —Ava señaló con un movimiento de cabeza a las otras chicas.

—Aún falta para que Wren pueda tener una niñera.

—¿Así es como se llama? —Ava extendió la mano para tocar la cabeza del bebé, pero Tess retrocedió antes de que hubiera contacto.

—Todavía es frágil, por eso no dejo que nadie la toque. Podrías estar resfriada sin saberlo.

—Todas las mujeres deberían dar a luz en el hospital con un médico de verdad —dijo Ava, con tanta firmeza que Tess supo que estaba repitiendo como un loro algo que había oído, probablemente, de la estirada de su madre.

—Eso no siempre es posible.

—Mi madre y mi padre vinieron a la escuela aquí —intervino Jordan, la chica de la ortodoncia, que había estado observando hasta el momento.

—La mía también —dijo Ava—. Y mi abuela y mi padre.

—Mis padres tuvieron que ir a la escuela en Jackson —dijo Imani.

Las otras dos chicas asintieron con la cabeza.

—Eso es porque en esa época los niños negros no podían ir a la misma

escuela que los blancos —comentó Ava—. A algunos blancos de por aquí todavía les desagrada que tengamos amigos negros.

Imani puso los ojos en blanco.

—Tienes una amiga negra. No hagas ver que tienes más. —Y, luego, dirigiéndose a Tess—: Soy su mejor amiga, así no es tan racista como sus padres.

—Mis padres no son racistas —protestó Ava.

—Imani nos caería bien aunque no fuera negra —dijo Jordan en tono serio.

Imani parecía más indulgente que ofendida. Tess sonrió. Decidió que le caían bien las tres chicas, incluso la perfecta Ava, cuya perfección habría odiado a su edad.

Las otras dos estaban empezando a ponerse nerviosas. Ava, al final, sacó un papel amarillo del bolsillo de su chaqueta.

—Nos hemos enterado de que has sido tú la que ha escrito esto. —Tess reconoció el folleto que había metido junto al expositor de condones y que había desatado la ira de Kelly Winchester: «Lo que debes saber sobre el sexo seguro».

—Estamos en décimo grado —dijo Jordan—, pero en la clase de educación para la salud no nos enseñan estas cosas.

—Lo único que enseñan es a no hacerlo —explicó Imani—. Es como una clase de abstinencia y punto.

—Por orden del estado —dijo Ava.

Aquellas palabras le recordaron a Tess que el padre de la chica estaba en la Asamblea.

—¡Y no lo hacemos! —añadió Ava tan rápido que Tess se preguntó si no estaría mintiendo—. Todas somos vírgenes. Pero la cosa es que...

—Ava y yo tenemos novio —dijo Imani—. Y... —Se calló. La habitación se quedó en silencio.

—Y... —dijo Tess— ¿estáis pensando en tener sexo?

—¡No! —Ava e Imani negaron con las cabezas con demasiada energía—. Solo tenemos algunas preguntas. Cosas que a lo mejor necesitamos saber para cuando seamos mayores.

—Quiero decir, hemos intentado encontrar cosas en internet... —dijo Ava—,

pero... —Dibujó unas comillas en el aire—: «Control parental».

—¿Habéis hablado con ellos? —preguntó Tess—. ¿Con vuestros padres?

La miraron como si hubiera descendido del planeta Neptuno.

—Mi padre es pastor de la iglesia de los Ángeles del Fuego Apostólico —explicó Imani—. Es muy estricto y está en el consejo escolar.

—Y mi padre es Brad Winchester. Fijo que has oído hablar de él.

Tess asintió.

—Yo no tengo novio todavía —dijo Jordan—. Pero podría. Y mi madre dice que las chicas que practican sexo cuando no están casadas cogen el sida.

—Eso no es verdad —dijo Tess—. Pero es fácil contraer una enfermedad de transmisión sexual o quedarse embarazada, por lo que hay que tener cuidado.

Wren había empezado a llorar, le tocaba comer. En ese momento, Tess tenía más problemas de los que lograba soportar y lo último que necesitaba era a tres adolescentes curiosas mirándola fijamente como si ella conociera todos los secretos del universo sexual. Tenía que enviarlas a casa, con sus padres.

Pero ¿qué pasaría si sus padres las ignoraban? Ocurría con mucha frecuencia.

—Dejadme darle un biberón y luego hablamos un poco. ¿Por qué no os sentáis?

Unos minutos más tarde, mientras Wren chupaba casi con desgana el biberón y las chicas se acomodaban en el sofá, Tess se recordó a sí misma que Trav le había advertido con frecuencia que no metiera las narices donde no debía. También le había dicho que era demasiado crítica, pero eso había sido cuando se metió con él por sus gustos musicales.

Acercó a Wren a su cuerpo.

—Lo primero que quiero deciros es que no creo que sea una buena idea que tengáis sexo a vuestra edad.

Todas hablaron a la vez.

—No vamos a...

—Yo nunca...

—Yo no...

Tess levantó la mano que tenía libre.

—Ya tenéis suficiente con lo que lidiar: la escuela, vuestros padres, la

presión de los compañeros... No importa lo bueno o amable que sea un chico: tener sexo demasiado pronto puede complicaros mucho la vida. Y casi siempre es la chica la que termina perdiendo más.

—¿Como cuando una chica tiene sexo y los otros chicos se enteran? —añadió Ava—. Todo el mundo dice que es una zorra.

—Odio que usen esa palabra contra las mujeres —dijo Tess—. Si ella es una puta, él también debería serlo, ¿no creéis?

—Eso pienso yo —asintió Jordan.

—Tal vez él no esté más preparado que ella —dijo Tess—. Y tal vez sea ella la que lo presione. O tal vez él no es tan bueno como ella cree que es.

—Connor es superagradable —dijo Ava con seriedad.

—Anthony también —se sumó Imani.

El chal se deslizó sobre el hombro desnudo de Tess, y se lo recolocó.

—Pero, por lo que me decís de la clase de educación para la salud, puede que vuestros novios no sepan más que vosotras.

—Muchos dicen que no es para tanto —comentó Imani, jugueteando con el brazo del sofá.

—Y que, si tienes dolores menstruales, el sexo te los quita —dijo Ava.

—Yo he oído que no puedes quedarte embarazada la primera vez. Pero no me lo creo. No es verdad, ¿no? —Jordan tiró de un mechón de su cabello.

—Es rotundamente falso —dijo Tess.

—¿Qué pasa si un chico te dice que si no tienes sexo con él romperá contigo? —Ava atrapó su rosado labio inferior entre los dientes.

—Será tu día de suerte porque, si un chico te dice eso, sabes, de hecho, que es un completo imbécil y que tienes que romper con él —dijo Tess tras respirar hondo varias veces.

Jordan miró fijamente a Ava.

—Pero no puedes quedarte embarazada si lo haces en una piscina o en un *jacuzzi*, ¿verdad? O de pie...

—¡Alto! —Wren se revolvió incómoda por el arrebató de Tess—. Lo siento, pequeña. —Tess le acarició la mejilla y devolvió la atención a las chicas—. Puedes quedarte embarazada en cualquier posición: sentada, de pie, acostada, en

un coche, en un trampolín, aunque eso quizá sea difícil de hacer; el tema es que, si entran en juego el semen y una vagina, puedes quedarte embarazada. Y si el sexo no fuera para tanto, ¿por qué pasamos tanto tiempo pensando en ello?

Captó un movimiento por el rabillo del ojo y se dio cuenta de que North había regresado y estaba de pie en la puerta principal. Por la expresión de su cara —incredulidad mezclada con enfado—, parecía que llevaba allí un buen rato.

Tess les dedicó a las chicas una gran sonrisa y se levantó.

—Si tenéis más preguntas, por favor, hablad con vuestros padres.

—Pero...

—Prometedme que, al menos, pensaréis en hablar con ellos.

Tres pares de ojos con una expresión de cordero degollado se encontraron con los de ella. Ava agitó su envidiable melena.

—Sí, como si me apeteciera pasarme la vida encerrada en mi cuarto.

A Tess se le ocurrió decirle que tuviera más fe en sus padres, pero, por lo que había visto de Kelly Winchester, Ava tenía derecho a albergar dudas. Tess sintió una frustración muy familiar; estaba harta de padres poco realistas y de escuelas que se aferraban a un plan de estudios que ponía a los adolescentes en situaciones de dolorosa vulnerabilidad. ¿Sería ella mejor que el sistema si no les ofrecía ayuda?

—Si tenéis más preguntas, volved dentro de un par de días. —Mientras lo decía sospechó que estaba cometiendo un error—. ¡Y no os quedéis embarazadas antes!

Se rieron, gritaron para mostrarle su agradecimiento y se dieron la vuelta para irse, y entonces se murieron de vergüenza cuando vieron a North en la puerta.

—No os preocupéis por él —dijo Tess—, solo se interesa por sí mismo.

Ian se hizo a un lado rápidamente para dejar pasar a las chicas. Cuando la puerta se cerró detrás de ellas, él le lanzó una de sus miradas incrédulas.

—Solo para asegurarme de que lo he entendido... No solo dirigimos una clínica, sino que ahora damos clases de educación sexual en casa. ¿Es así?

—Venga, te dejo que me escribas cualquier pregunta que tengas. Es importante que los chicos estén tan bien informados como las chicas. —Rio para

sus adentros, porque a él no pareció hacerle gracia—. Y yo no las he invitado. Ellas se han presentado aquí solitas. Y antes de que te pongas en modo «príncipe de las tinieblas», debes saber que dos de esas chicas son candidatas a futuras embarazadas adolescentes.

—No es tu problema.

—No le hagas ni caso al hombre malo, cariño. Pondré un poco de ajo dentro de tu mantita —canturreó mientras rozaba la mejilla de Wren.

Él resopló y luego cogió bruscamente la camisa de franela negra y roja del perchero. Era la misma que llevaba puesta la mañana de su primer encuentro. Se acercó para entregársela a Tess y, en lugar de alejarse, se quedó donde estaba, con los ojos clavados en ella.

Solo entonces se dio cuenta de que el chal se le había vuelto a resbalar por el hombro, revelando la parte superior de un pecho. Se lo subió como si fuera una especie de virgen indignada.

—Piensa en lo que estás haciendo, Tess —dijo—. Piensa en cómo te sentirías si fueras madre y una extraña empezara a hablar con tu hija sobre sexo.

—Tengo razón. —Sonaba santurrón incluso para ella misma.

Ian asintió con la cabeza muy ligeramente y luego subió las escaleras.

Tess oyó que se cerraba la puerta del estudio y miró la camisa de franela durante varios segundos antes de recordar que se la había pedido. Se deshizo del chal y se la abotonó sobre su cuerpo y el de Wren, dejando al descubierto solo su carita. Ponerse esa camisa le hizo sentirse mal. No olía como la sudadera de Trav, sino que olía a intemperie. Lo más inquietante era que no tenía una capucha en la que esconderse.

Wren comenzó a balbucear una de sus peroratas de bebé. Por lo visto, la camisa de North le gustaba.

Tess no recordaba que Trav hubiera derramado café nunca encima de la sudadera, y nunca la había recogido de donde fuese que la hubiera dejado, después de pedirle que, por favor, aunque solo fuese por una vez, metiera la puta sudadera en el armario en vez de dejarla por ahí tirada.

¿Era una traición que últimamente tuviera más presente la muerte de Bianca que la de Trav? ¿Y si hubiera podido hacer algo más por ella? Entre Bianca, el

cuidado de Wren y la emergencia de Eli, la ira que la había alimentado durante tantos meses tenía un nuevo objetivo: Ian North.

Miró hacia las escaleras. Necesitaba respuestas y no iba a permitir que pasara un solo segundo más sin que él se las diera.

7

Un generoso par de claraboyas iluminaba el espacioso estudio. Los suelos eran nuevos: una madera dura, clara, fría, en lugar del acabado más oscuro del resto de la casa. No había pinturas de colores brillantes colgadas en la pared ni carteles provocativos de misiles surgiendo de sombreros de fiesta; no había plantillas de más de tres metros esperando ser adheridas a muros ni ningún lienzo cobrando vida con pintura en aerosol. Ian estaba sentado frente a un ordenador de espaldas a la puerta.

—No te he oído llamar.

—Qué raro... —Tess se adentró más en la habitación con el bebé en brazos—. Eres un hombre la mar de misterioso. Siento curiosidad..., ¿tienes alguna otra personalidad, además de esta oscura y misteriosa?

—Tengo muchas personalidades. —Se volvió hacia ella.

—¿Distantes? ¿Amenazadoras?

—Negarme a compartir cada emoción que revolotea por mi cerebro no me convierte en distante.

Él se levantó del escritorio, sin que pareciera que el insulto lo hubiera molestado. Su altura, la mandíbula dura como la de un estibador y sus largos brazos parecían un desperdicio en alguien que no necesitaba levantar nada más pesado que un rodillo de pintura.

—Yo no revoloteo. Y si Wren no es tu hija, ¿quién es el padre? —Ella había captado el insulto implícito.

—No me gusta que me interrumpan cuando estoy trabajando.

—Anda ya, seguro que estabas jugando al solitario. Y si fueras una mujer, te interrumpirían todo el tiempo, sin importar que fueras artista. Niños, maridos, novios, MRW. Eso es lo que nos pasa a las tías. Y Wren es lo primero. Incluso antes que tu trabajo. ¿De quién es?

—Si te dijera que es mía, ¿te irías? —Se metió una mano en el bolsillo de los vaqueros desaliñados.

—¿Te parezco estúpida? —Le lanzó la misma mirada que las adolescentes le habían echado a ella, como diciendo: «¿Eres idiota o qué?».

—¡Me pareces una mosca cojonera!

—¿Podríamos tener una conversación normal?

—No me gustan las conversaciones, normales o no. No puedo trabajar si sigues apareciendo por todas partes.

—Pues vas a tener que aguantarte. Tú me has metido en tus líos, y necesito saber en qué lugar me deja eso a mí.

—Haz tu trabajo —repuso él bruscamente—. Yo me encargaré del resto.

—Prometo no mirarte a los ojos mientras hablas. Sé que eso te pone nervioso. —No pensaba achantarse.

—No me da miedo establecer contacto visual contigo. —Lo demostró. Sus ojos, oscuros como el pecado, se clavaron en los de ella hasta que Tess tuvo la impresión de que él iba a ver todo lo que ella quería mantener oculto: su ira, su culpa por la muerte de Bianca y su vergüenza por no poder seguir adelante tras la pérdida del único hombre que había amado.

—Alguno de nosotros tiene que preocuparse por ella. —Tess apartó la mirada y se concentró en Wren.

—¿Crees que no me importa? —North señaló en dirección a la ventana—. Siéntate ahí. En esa silla.

—¿Por qué? —Tess miró la silla de respaldo recto que él había indicado.

—Porque ahora mismo no tienes nada mejor que hacer.

Sentía curiosidad por saber para qué quería que se sentara. North se arremangó la camisa hasta los codos, dejando a la vista sus antebrazos de largos músculos, preparados para cortar leña. Pero en lugar de agarrar un hacha, cogió un cuaderno de dibujo.

—¿Me vas a dibujar? —Lo miró fijamente.

—No esperes nada halagador.

—Me sorprende que sepas dibujar. Creía que solo sabías manejar rodillos de pintura, plantillas y botes de spray. —Lo provocó a propósito.

—No he dicho que se me dé bien. Mueve las piernas un poco a la izquierda.

—Como me pongas cuernos púrpuras o un bocadillo de diálogo como en un

cómic, te meto una denuncia. —Se sintió grande e incómoda, pero hizo lo que él le pidió.

—Lo recordaré.

—¿Me lo darás cuando acabes para poder venderlo en eBay? —Él inclinó la cabeza a un lado, lo que hizo que un mechón de pelo rizado le cayera sobre la frente, pero no respondió—. ¿Cuánto dinero crees que sacaría?

—Gira el torso para ponerte de cara a mí. —Ian movió otra silla, también con el respaldo recto, bajo un tragaluz y se sentó.

—Nunca te había imaginado usando un bloc de notas. Tal vez un soplete, pero... —Ian apoyó un tobillo en la rodilla opuesta, se puso el cuaderno de dibujo sobre el muslo y la observó. Ella se sintió incómoda y clavó los ojos en la pared detrás de su cabeza—. Va en serio lo de eBay. Me vendría bien un coche nuevo. Aunque un yate también molaría. —North comenzó a mover el lápiz sobre el papel. Tess cruzó y descruzó las piernas—. O una casa en la Toscana... A lo mejor con un huerto de olivos... O un viñedo.

Más trazos largos del lápiz. Una pausa.

Él arrancó el papel del cuaderno de dibujo, lo arrugó hasta formar una bola y lo tiró al suelo. Ella lo vio rodar hacia el sofá púrpura.

—Bianca me contó que no estabas trabajando. Que estabas bloqueado.

—¿En serio? —Pasó una página del cuaderno de bocetos y comenzó a dibujar de nuevo.

—Al menos podrías haberme dejado peinarme primero. El gran Ian North quiere dibujarme y mi pelo es un nido de ratas. Vas a ponerme bigote, ¿verdad?

—Descruza las piernas.

No se había dado cuenta de que había vuelto a cruzarlas.

Finalmente, Tess no soportó la tensión por más tiempo y miró a Wren. Se perdió en sus pequeños movimientos, sus tics y sus suspiros. Una vez más, Ian arrugó el papel, y ella vio otra bola caer al suelo. Se volvió a fijar en la carita de rana del bebé. Se concentró en su respiración y la acompasó con la de ella...

Tess se sobresaltó cuando notó los dedos de Ian en el pómulo. No lo había oído moverse. Él le inclinó la barbilla con suavidad. El contacto fue ligero, solo un roce, pero hizo que se removiera algo dentro de ella, como un polluelo que

picotea un minúsculo agujero de su caparazón. Nadie había tocado su cara desde hacía mucho tiempo. Desde que...

Notó un nudo en la garganta. El chal se deslizó sobre su pecho y ella lo retiró.

—El padre de Wren es un hombre llamado Simon Denning. Es fotoperiodista. Es corresponsal de guerra y viaja por todo el mundo. —Bajó la mano y se alejó de ella.

—Me alegro. —Tess dejó de sentir la presión en la garganta.

—¿De qué?

—De que no seas su padre.

—Bianca y yo nunca estuvimos juntos. —Empezó a dibujar de nuevo, su atención estaba clavada en el bloc de dibujo.

—Eso resulta difícil de creer. Ella te amaba —dijo.

—Sí. Y también me odiaba.

—Porque no la correspondías.

—Deja de hablar, me estoy concentrando.

—Eras muy protector con ella. Sobreprotector, incluso. Tratabas de mantenerla lejos de mí. ¿Qué temías que le hiciera? —En cuanto pronunció esas palabras, volvió a notar el nudo—. Lo siento, yo...

—Silencio. Estoy tratando de concentrarme en esto —la interrumpió.

O, más bien, le dio una orden.

—No entiendo por qué es tan difícil para ti coger en brazos a Wren. —Giró la cabeza.

—Estar cerca de cosas frágiles no se me da bien. —Tess no esperaba que le respondiera, pero lo hizo, hablando tan quedamente que apenas lo oyó.

La forma en que lo dijo..., con estoicismo, casi le hizo sentir lástima por él. Casi.

—Si no la amabas, ¿por qué estaba contigo?

—Porque solo podía contar conmigo. Ya basta de preguntas. —Lo vio crisar la mano sobre el bloc de dibujo.

—Así que aquí estamos, cuidando de una niña que no es de ninguno de los dos —señaló Tess peinando una cresta en el pelo oscuro de Wren como si fuera

un bebé punki.

—Mi abogado está intentando encontrar a Denning. Espero que nos diga algo dentro en un par de días. —Pasó a una nueva página.

Wren bostezó. Tess le rozó la punta del lóbulo de la oreja, que sobresalía por debajo de su gorro.

—Me está dando un calambre.

—El arte con mayúsculas requiere sacrificios —gruñó él.

—Esto no es una obra de arte. Es un boceto de una persona normal, con bigote, y que tiene que cambiarle el pañal a Wren. —Lo hizo reír. Por primera vez. Así que suspiró y se puso de pie—. Vamos, Wren. Al baño de señoras.

—No he terminado.

—Yo sí.

—¿Te haces una idea de la cantidad de mujeres que matarían por que yo las dibujara?

—¿Trillones?

—Tal vez no tantas. Pero media docena seguro.

Tess se rio y luego se dio cuenta de que no le gustaba ver el lado más agradable de Ian North. Lo hacía parecer más humano de lo que ella quería que fuera.

Cuando empezó a cerrar la puerta tras ella, oyó el sonido del papel rasgándose en dos..., cuatro..., ocho pedazos.

En el viaje de vuelta a casa desde Knoxville al día siguiente, después de la primera revisión de Wren, Tess recordó el momento en que él le había tocado la cara. La sensación que había tenido... Se había sentido muy consciente de su propio cuerpo, un sorprendente recordatorio de que todavía era un ser sexual. Algo extraordinario, teniendo en cuenta lo cansada que estaba por la falta de sueño. No era que se sintiera exactamente fuerte, pero... sí algo más. Ya no era un animal herido. Era como si hubiera surgido una versión nueva de su viejo yo, pero un poco más cínica.

Le gustaba medir su ingenio con Ian. Quería enfrentarse a él de nuevo y acosarlo para conseguir las respuestas a las preguntas que parecía decidido a

esquivar. ¿Qué control tenía Bianca sobre él? ¿O era Ian quien tenía control sobre Bianca? ¿Y por qué había intentado aislarla?

Durante los días siguientes, apenas vio a su compañero de casa. El coche desaparecía y reaparecía. Oía sus pasos firmes en el estudio donde quizá trabajaba o quizá no. Lo oía detrás de las puertas cerradas de la habitación casi vacía de Bianca cuando se levantaba por la noche para darle el biberón a Wren. Sabía que comía porque se encontraba algún que otro plato sucio en el fregadero o un corazón de manzana en la basura, pero no lo veía comer. Ian desaparecía en el bosque durante horas, y Tess sospechaba que incluso había pasado alguna noche al raso.

Los Eldridge no habían vuelto a traer a Eli, como ella les había sugerido, y eso la inquietaba. ¿Y si la herida se había infectado? Miró por la ventana trasera y vio a Ian limpiando la maleza de detrás de la escuela. Atacaba las ramas más grandes con un hacha y las apilaba para leña.

Cogió a Wren en brazos y se aventuró a salir por la puerta de atrás. El día estaba nublado y el olor de la nieve flotaba en el aire, pero North se había quitado la chaqueta y arremangado la camisa de franela. Una pálida cicatriz blanca formaba una media luna sobre su muñeca.

—¿Dónde ha aprendido un chico de ciudad como tú a cortar leña? —preguntó.

—Puede que haya pasado mucho tiempo en colegios para jóvenes rebeldes. Unos lugares estupendos para adquirir ciertas habilidades. —Se limpió la frente sudorosa con la manga de la camisa.

—¿De sobrevivir en la selva?

—Junto con la de hacer puentes en los coches y fabricar una navaja con un cepillo de dientes. La mayoría de la gente no lo sabe, pero hay una manera correcta y otra incorrecta de asaltar a un ciudadano inocente.

—Tu sabiduría me deja helada.

—Me alegro de que te des cuenta.

—Aunque tú nunca hayas asaltado a nadie.

—Pero podría haberlo hecho si hubiera querido. —Miró hacia el grupo de árboles que bordeaban el barranco que había detrás de la casa—. Estoy pensando

en construir una casa en ese roble de allí. Una especie de estudio al aire libre.

No sabía mucho de artistas, pero sí sabía algo de psicología humana. Construir un estudio en una casa en un árbol quizá fuera productivo o quizá fuera, simplemente, otra forma de procrastinación, una forma de creer que estaba trabajando sin hacerlo en realidad.

—Estoy preocupada por Eli —dijo—. Se suponía que los Eldridge iban a volver a traerlo. ¿Lo has visto?

—No. Pero si quieres subo a ver cómo está.

—Me sentiría mejor si lo viera yo misma, pero no sé si el Honda estaría a la altura. ¿Me prestas tu Land Cruiser?

—Iré yo. Paul suele saludar a los visitantes con un rifle.

—¿Por qué?

—Los Eldridge son lo que se conoce como «preparacionistas». Quieren ser autosuficientes, así que están preparados para cualquier desastre: pandemias, ataques nucleares, colapsos económicos, la Tercera Guerra Mundial, un ataque de meteoritos, lo que sea. Para ser justos, hay que decir que lo que hacen tiene cierto sentido: tienen comida de sobra, pilas, agua. Y, además, cuidan la tierra. Pero en muchos casos son solo unos propagandistas de paranoias. Dime cómo se podría haber complicado la herida y me fijaré.

—No. Tengo que verlo yo. No te morirás si cuidas a Wren durante una hora.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Vale, pues iremos juntos —suspiró.

Aunque no estuviera muy de acuerdo con la solución, estaba claro que North sabía reconocer cuándo había perdido.

El interior del antiguo Land Cruiser de Ian, con sus asientos de cuero descolorido, los botones de la radio inexistentes y el salpicadero abombado, no estaba tan deteriorado como el exterior, y eso era lo mejor que podía decir de él.

—¿Alguna vez has pensado en usar algunos de tus millones para reparar este pobre coche? —Se instaló en el asiento trasero con Wren, con una mano aferrada al reposabrazos.

—No sería lo mismo.

—De eso se trata.

A Wren, sin embargo, no le importaban los sobresaltos del camino. Se había quedado dormida.

La granja Eldridge tenía un acceso tan difícil como le había explicado Ian. Y salvo por los paneles solares del techo y la furgoneta Dodge Ram antediluviana, habría pasado por una granja de principios del siglo xx. Cuando Ian se detuvo al otro lado de la valla, un par de perros castaños se pusieron a ladrar con furia y se abalanzaron sobre ellos.

Rebecca apareció desarmada en la puerta principal. No así Paul Eldridge, que salió del desgastado granero con el rifle de asalto del que Ian le había advertido. Eli corría tras él, ya no cojeaba.

—Quédate aquí —le ordenó Ian mientras salía del coche para ir a su encuentro.

Rebecca se acercó a la valla muy despacio, como si cada paso supusiera un esfuerzo. Ignorando la orden de Ian, Tess salió del coche. Llegó a la puerta al mismo tiempo que Rebecca.

—Siento que hayáis tenido que venir hasta aquí. —La tez apagada de Rebecca, el pelo sucio y las uñas mordidas daban fe de lo dura que era su vida—. La pierna de Eli está sanando bien. Debería habértelo hecho saber. ¿Te gustaría entrar? Estaría bien tener a una mujer en casa para variar.

Tess sacó a Wren del asiento del coche y siguió a Rebecca al interior.

A diferencia del exterior, que estaba sin pintar, dentro de la casa las paredes eran de un suave tono verde y se apreciaban algunos toques femeninos: un cojín hecho a mano con *chintz* de colores brillantes y una serie de farolillos de papel de seda sobre la mesa de comedor familiar. Una mesa más pequeña con libros de texto y bolígrafos marcaba el sitio donde estudiaba Eli. Sus obras de arte colgaban a un lado, montadas en simples marcos decorados con ramitas pintadas y guijarros.

—¿Qué tiempo tiene? —Rebecca lanzó una mirada de anhelo hacia Wren.

—Casi dos semanas. Es prematura, pero está bien. —De golpe y con un gemido casi inaudible, Rebecca se dio la vuelta—. ¿Estás bien? —Una pregunta estúpida, era obvio que no.

—Tengo que dejar de llorar. Molesta a Paul y a Eli. —Lentamente, se giró; las lágrimas corrían por sus mejillas. La forma de sus ojos, caídos en los extremos, la hacía parecer aún más vulnerable—. Hace dos meses sufrí un aborto espontáneo.

—Lo siento mucho. —Tess le puso la mano en el brazo.

—Estaba de casi cuatro meses. —Miró a Wren—. Lo superaré.

—El duelo requiere su tiempo. —Las mismas palabras que Tess se había dicho a sí misma tantas veces.

—Hace años que quiero tener otro hijo. —Rebecca trató de recomponerse, pero no pudo apartar sus ojos de Wren—. Eres muy afortunada de tenerla.

—No es mía. Solo soy su cuidadora temporal.

—¿A qué te refieres? —Rebecca hizo un gesto hacia la mesa de la cocina y, después de que se sentaran, Tess le ofreció un resumen muy aburrido de lo que había pasado. Rebecca hizo lo que pudo para ser objetiva y no emocionarse, pero cuando terminó el relato, había empezado a llorar de nuevo—. Me da mucha vergüenza seguir desmoronándome así.

—Yo me he desmoronado más de un par de veces.

—¿Qué le va a pasar a este precioso bebé?

—Se ocuparán de ella —dijo Tess con más firmeza de lo que pensaba.

—¿Quieres un poco de té? Cultivo mis propias plantas. —Rebecca dejó de mirar a Wren y se levantó de la mesa.

Tess no era una gran fan de las infusiones, pero aceptó.

Eli entró mientras su madre preparaba el té. Tess examinó su herida y vio que se estaba curando bien.

—Papá le está mostrando a Ian la turbina de viento. —Se apresuró a salir para unirse a los hombres.

—Es el proyecto más reciente de Paul —comentó Rebecca cuando la puerta se cerró detrás de su hijo. Puso un par de tazas a juego sobre la mesa y se instaló enfrente. Detrás de ella, botellas de varios tamaños y colores captaban la luz en el alféizar de la cocina—. No estamos locos, ¿sabes? Solo queremos estar preparados.

—¿Preparados para qué? —La infusión olía a lavanda, escaramujo y

limoncillo, todas las fragancias que Tess adoraba, pero que no necesariamente querría beber. Le dio un sorbo de todos modos. Para su sorpresa, le resultó deliciosa. Tal vez debería dejar de prejuizar lo que no conocía.

—Cuando Eli nació, en lo único en lo que pensaba era en lo precaria que es nuestra existencia en este planeta. No solo por la basura y los residuos, o por el plástico de nuestros océanos, sino por esos chalados con bombas nucleares, gérmenes que ni siquiera sabemos identificar, ciberataques que provocan la caída de la red eléctrica del país... Decidimos que teníamos que cuidarnos por nuestros propios medios. —Rebecca miró a Wren.

Tess creía que para que mejorara la evidente ansiedad de Rebecca sería más útil la medicación que ese estilo de vida tan duro, pero eso lo pensaba la parte crítica de su cerebro, así que no dijo nada.

—¿Qué piensas de ellos? —le preguntó a Ian de regreso.

—Eli es un gran chico, y eso dice mucho de sus padres. Pero a Paul le gustan demasiado las conspiraciones del gobierno para mi gusto. No sé cómo alguien con cerebro puede pensar que nuestro gobierno es capaz de esconder alienígenas o fingir falsos alunizajes, y mucho menos estar planeando confiscar todas las armas. A su favor diré que tiene unas habilidades asombrosas.

Llegaron a la escuela antes de lo que le hubiera gustado. El confinamiento la estaba volviendo loca. A pesar del sueldo pésimo y sus odiosos compañeros de trabajo, echaba de menos La Chimenea Rota. Tampoco le hacía ninguna gracia dejar a Phish en la estacada, aunque este le había dicho que se tomara el tiempo que necesitara.

Ian había vuelto a limpiar la maleza de la parte de atrás. Ella deseaba acurrucarse en la cama y dormir una siesta, pero Wren no. Así que la hacía rebotar en el canguro, mientras investigaba las estanterías. Ni siquiera la novela más trepidante conseguiría engancharla, pero descubrió un espléndido volumen dedicado a los artistas callejeros internacionales, otro sobre el trabajo de Banksy, un artista callejero británico, y un tercero titulado *IHN4: La historia de un rebelde*. Debajo del título se leía lo siguiente: «Cómo el hijo de una de las familias más ricas de EE. UU. le dio la espalda a su herencia y elevó el arte

callejero de las alcantarillas a las galerías».

Wren lloró cuando Tess intentó sentarse, por lo que apoyó el libro en el mostrador de la cocina y se puso a leer.

«North pasó su adolescencia como un artista de grafiti convencional, vandalizando trenes y metros. Pero a medida que maduraba él, también lo hacía su visión. Sus primeros gráficos inspirados en videojuegos dieron paso a trabajos más detallados y con conciencia social, algunos de ellos, incluso, caprichosos, como convertir la reja de hierro de un supermercado en una jaula de zoológico pegando a su alrededor una manada de ñus escapándose, o transformar los ladrillos irregulares de un muro de la ciudad en los dientes delanteros que faltaban en la boca de un niño.

»Recientemente, se ha sentido desilusionado al comprobar que los especuladores del arte compran las paredes en que ha realizado su trabajo, las retiran de los edificios previo pago a los propietarios y luego venden las obras por precios desorbitados; todo sin su permiso».

Leyó sobre la familia de Ian, su padre hostil y emprendedor que murió en un accidente de avioneta; y su madre, una hermosa mujer bien que había seguido un patrón de autodestrucción. No se mencionaba nada sobre su muerte, así que en el momento de la publicación debía de estar viva.

«El arte callejero —decía Ian— ha robado el arte del elitista mundo de los museos y lo ha expuesto a la gente común».

Tess seguía pensando en lo que había leído mientras le daba un baño rápido a Wren en el lavabo del baño de arriba. Cuando Ian asomó la cabeza, se fijó en que, a diferencia de ella, él no tenía la tez grisácea y no había ojeras bajo sus ojos. Le entraron ganas de arrancarle la cabeza.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Tienes compañía.

—¿Compañía?

—Va a ser que sí... —Las palabras rezumaban sarcasmo.

Tess envolvió a Wren con un arrullo, le dio un codazo a North y bajó las escaleras.

Había ocho adolescentes en la puerta principal. Ava, Imani y Jordan, además

de cinco de sus amigas curiosas.

Noventa minutos después, cuando las chicas finalmente se fueron, Ian irrumpió en el piso de abajo; estaba como si una granada hubiera detonado demasiado cerca de su cabeza.

—¡Te han preguntado por el sexo anal!

—Los niños de hoy en día... —Tess se movió, incómoda.

—¡Y tú les has respondido!

—Te lo habrías ahorrado si no hubieras puesto la oreja.

—¿Tienes idea de lo lejos que llegan los chismes de las adolescentes? —Miró al otro lado de la habitación hacia un par de viejos armarios de madera—. Mira, Tess, sé que intentas hacer algo bueno, pero esto tiene las palabras «mala idea» escritas por todas partes.

—¿Qué sugieres? —No estaba lo que se dice en desacuerdo. Wren le acarició el pecho.

—Te sugiero que les digas que se queden en casa y hablen con sus padres. —Abrió las dos puertas de los armarios y sacó una botella de *whisky* del fondo.

—¿Acaso crees que no lo he intentado ya? Pero la mayoría de esas chicas tienen padres que por lo visto viven en una realidad paralela. En cuanto a las clases de salud... El plan de estudios solo contempla la abstinencia. Es ilegal que las escuelas públicas o los profesores ofrezcan cualquier otra cosa.

—Ese no es tu problema. —Se quitó la gorra y vertió un poco de *whisky* en un vaso de fondo doble.

—Lo sé. Tienes razón. —Se hundió en los cojines del sofá con un suspiro.

—Pues claro que tengo razón. Pero... Un momento. ¿Has dicho que tengo razón? Dame un segundo para que me recupere. —Tomó un trago de *whisky* y la miró—. Adelante. Di lo que sea que no quieras decir.

Le leía el pensamiento con demasiada facilidad. Tess jugueteaba con el último botón de la camisa de franela que le había prestado.

—He visto que la ignorancia sexual puede destruir la vida de los niños. Para mí, darles información es... —Se alejó, sintiéndose demasiado expuesta.

—Es un acto de conciencia. —Ian lo dijo sin rodeos, pero no sonó brusco.

¿Cómo podía alguien tan egocéntrico haber descubierto eso sobre ella? North dejó su vaso y cogió una botella de vino de la alacena—. Esto es lo mismo que negarte a vender cigarrillos en La Chimenea Rota, ¿no? —Con un giro del sacacorchos, abrió la botella.

—¿Cómo sabes eso?

—Ni siquiera un ermitaño como yo es capaz de escapar de ese pedazo de cotilleo.

Llenó una copa de vino y se la ofreció. Eran casi las cinco, ¿por qué no?

—Quiero que las chicas se respeten a sí mismas —dijo—. No quiero que tengan sexo porque crean que es la única manera de conservar un novio. Tampoco quiero que las chicas presionen a los chicos para tener sexo antes de que estén listos. —Dio un largo sorbo—. Dios, este vino es bueno.

—Disfrútalo. —Tomó otro trago de *whisky*—. Y tienes que dejar de entrometerte.

—Lo sé. —Dejó la copa a un lado. El canguro le hacía daño en el hombro y, mientras él se acercaba a la ventana, se deshizo el cabestrillo y sacó a Wren de debajo de la camisa de franela. Envolvió al bebé, desnudo excepto por el pañal, en la manta de nacimiento que había colocado sobre el brazo del sofá—. ¿Qué haces cuando vas al bosque?

—Caminar. ¿Qué pensabas? —respondió él de forma evasiva.

—¿Piensas en Bianca? —Puso al bebé envuelto en la manta en un cojín, a su lado. Mientras estiraba los rígidos hombros, las puntas de sus pechos rozaron la suave franela. A pesar de que Ian le daba la espalda, sin sujetador se sentía desarmada, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Por supuesto.

—Yo también pienso en ella. En cómo confió en mí. —Había revivido en incontables ocasiones los momentos en que Bianca había empezado a tener la hemorragia, buscando algo que se le hubiera pasado por alto, incapaz de aceptar su propia impotencia, pero no había encontrado nada. Reprimió el impulso de acabarse el vino de un trago—. ¿Por qué me hizo creer que estabais casados?

—Bianca tendía a deformar la realidad.

—Pensé que la estabas asfixiando.

Él se giró desde la ventana con una risa áspera y desgana.

—Si te refieres a que me viste tratando de controlarle la vida al máximo, tienes razón. —Apretó el vaso, y su voz sonó amarga—. Y mira lo bien que nos ha ido.

—Intentabas mantenerla a salvo. —Pasó el pulgar por el borde de la copa de vino.

—Y al final ha acabado muriendo.

—¡Ay, no hagas eso! —Se levantó del sofá—. No eras tú el encargado de atenderla y de mantenerla a salvo. Solo uno de nosotros tiene esa carga sobre los hombros.

—Para. Los doctores con los que hablé fueron claros sobre la razón de su muerte. —La apuntó con el vaso.

—Es solo una hipótesis. Nadie lo sabrá con seguridad hasta que tengamos los resultados de la autopsia. E incluso entonces...

—No te hagas esto a ti misma —dijo él bruscamente—. Es culpa mía. Nunca debí haberla dejado venir aquí.

—Eso fue decisión de ella, creo. Podría haberse marchado en cualquier momento.

—Estaba embarazada. Las mujeres embarazadas no siempre piensan con claridad.

—¿Lo sabes por tu enorme experiencia con mujeres embarazadas?

Él se encogió de hombros.

—Todavía no entiendo por qué intentabas mantenerme alejada de ella. —Se inclinó sobre el brazo del sofá y miró a Wren para asegurarse de que no había decidido dejar de respirar.

—¿Has leído *El gran Gatsby*?

—Pues claro.

—Bianca era como Daisy Buchanan. Una persona descuidada. Impulsiva. —Ian metió el pulgar en el bolsillo de los vaqueros—. Se aferraba a alguien y creaba una relación intensa, exactamente del tipo que pretendía formar contigo. Luego, acababa rompiéndola por algún desaire imaginario. Después caía en una depresión.

—Intentabas evitar que le pasara eso. —Volvió a mirar a Wren—. Bianca me dijo que su embarazo no te hacía feliz.

—Actuó de manera impulsiva y luego perdió el interés.

—¿Alguna vez rompió contigo? —Buena parte de lo que ella creía sobre Ian North estaba resultando falso.

—Un montón de veces, pero no duraba mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Es una larga y aburrida historia. Te la ahorraré. —Se dirigió hacia el piano.

—¿En serio? A Wren y a mí nos apasionan esas historias. Cuéntamela.

8

—No te la voy a contar —dijo.

—No diremos ni una palabra. ¿Verdad, ranita? ¿Hay un arma homicida de por medio? —El bebé estaba empezando a moverse. Tess se levantó del brazo del sofá y la cogió.

—¿La autodestrucción cuenta?

—Demasiado mundano, pero saborearemos la historia tanto como podamos. —Se acurrucó con Wren en su pecho.

Ian sonrió. Solo fue un esbozo, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Yo tenía veinticinco años, acababa de salir de la cárcel por allanamiento de morada y estaba en bancarrota. —Para sorpresa de Tess, Ian se sentó—. Había pasado un año en Europa de mochilero, y tenía buena reputación entre los artistas, pero eso era todo. Ya no era un niño y estaba harto de no tener ni un duro, que era irónico, si piensas en lo despectivo que me mostraba con el dinero de mi familia, incluso antes de ser desheredado.

—Lo de que te desheredaran suena genial. Parece una novela de la regencia inglesa.

—Es lo que nos pasa a las ovejas negras. —Arqueó una ceja divertido. Se bebió el *whisky*, la luz iluminó la cicatriz del dorso de su mano—. Mi trabajo dejó de significar algo. Igual que mi vida. Me ahogaba en la autocompasión y me castigaba con drogas. Le daba a todo: coca cuando la conseguía, el vodka más fuerte. Dormía en los sofás de mis amigos, hasta que me quedé sin amigos. Me despedían de cualquier trabajo que encontrara porque me quedaba dormido después de pasar la noche pintando transformadores eléctricos o vallas publicitarias. Mi padre siempre había dicho que yo era un fracasado, y le di la razón. ¿Estás aburrida ya?

—Para nada. —Si se compadecía, él se callaría—. Me encanta este cuento de artista torturado. Sigue, sigue.

—No esperaba este tipo de crueldad de una mujer cuya conciencia no le

permite vender cigarrillos. —Curvó la comisura de su boca.

—Tengo doble personalidad. Y tu padre me parece una mierda de tío. Cuéntame más.

—Lo único que quería hacer, lo único que sabía hacer, era tener ideas subversivas y pintar murales que nadie había encargado. Pero ir a la cárcel fue el punto de inflexión. Hay una delgada línea entre el arte y el vandalismo, y había saltado la frontera al pintar edificios que no estaban abandonados. Quería encargos reales y no recibía ninguno. —Dejó el vaso de *whisky* y se levantó para caminar hacia el viejo piano de pie—. Cuando Bianca me conoció, estábamos en pleno invierno, y me había desmayado en un portal junto a un club de la calle 13 Este. Había tocado fondo. Pero en lugar de pasar, me metió en un taxi y le pidió al portero que me arrastrara dentro de su piso. Me metió vestido en la ducha y abrió el agua fría, y me dejó allí hasta que salí tambaleándome.

—Podrías haber sido peligroso. ¿Por qué corrió ese riesgo? —Tess mantuvo a Wren más cerca.

—Estaba loca, era muy impulsiva. Tenía solo diecinueve años y estaba en la cima de su carrera; se creía invencible. —Apoyó el codo en la parte superior del piano, cerca de la cuerda de la campana que colgaba a través de la pequeña abertura en el techo—. Tenía dinero, un piso caro y la ciudad a sus pies. Todo lo que a mí me faltaba. Era una niña. Yo, en cambio, tenía veinticinco, seis años más que ella, y era un adulto. Pero ella me acogió y me salvó la vida. —Hizo girar el globo terráqueo de la escuela sobre el piano con el dedo índice—. Me alquiló un espacio en un almacén y me dijo que tenía dos meses para prepararme para una exposición de arte *underground*. Discutí con ella, pero no se amilanó. —Detuvo el globo con la palma de la mano—. Me compró pintura, papel, lienzos, grandes hojas de acetato para las plantillas. Ya no me quedaba orgullo. Así que acepté todo lo que me ofreció.

—Una decisión inteligente por tu parte.

—Contrató a un equipo de publicidad y difundió rumores sobre la exposición entre todos sus amigos famosos. Invirtió más de cien mil dólares. —Se encogió de hombros.

—Vaya. ¿Por qué?

—Había mucha gente que controlaba su carrera: agentes, fotógrafos, clientes. Creo que necesitaba controlar algo por sí misma, y me tocó a mí. —La miró directamente, sin hacer ningún esfuerzo por evitar el contacto visual—. Vendí más de un millón de dólares de trabajo en tres semanas. Así de rápido me convertí en el nuevo producto de moda en el mundo del arte. Todo despegó. Ella creó mi carrera.

—Fue tu talento el que creó tu carrera.

—Eso no es cierto. Yo había tocado fondo. Si no hubiera sido por ella, ya estaría muerto.

—Y Bianca se enamoró de ti. —Tess pensó en lo que se sentiría al deberle tanto a otra persona.

Ian encendió la leña que había puesto dentro de la estufa de hierro.

—Se enamoraba fácilmente. —No lo negó.

—Pero no la querías.

—Tú has visto cómo era. Seductora. Carismática. Le debía todo y estaba encantado con ella. Sí, la quería. Pero como a una hermana, como si fuera mi hermana pequeña. —Cerró la puerta de la estufa. Las llamas resaltaban sus fuertes pómulos y le creaban sombras debajo.

—Y ella deseaba más.

—Me echó cuando se dio cuenta de que eso no iba a suceder. Fue justo en el momento en que recibí el primer gran encargo de un mural. Ya no la necesitaba. —Se alejó del fuego.

—Y aun así te quedaste en su vida.

—Durante un par de meses, se negó a verme..., no contestaba mis llamadas. Luego se metió en una relación tóxica...

—Y tú estuviste ahí para ella.

—Siempre. Ella había sido mi cuidadora. Me convertí en el suyo. Ella desataba desastres y yo los limpiaba.

—¿Cuándo empezaste a cabrearte con ella? —Tess se frotó un punto áspero en su pulgar.

—¿Cómo podría estar cabreado con ella? Me salvó la vida. Habría hecho cualquier cosa por ella.

—Y así fue. —Miró a Wren—. Y ahora tienes uno más de sus líos con el que lidiar.

—El más grande. —Se hundió de nuevo en el sofá—. Tanto preguntarme sobre mi vida y tú no me has contado nada de la tuya.

No se imaginó contándole a Ian North su vida con Travis Hartsong.

—Soy exenfermera y comadrona. En estos momentos me ha empleado como niñera un enigmático artista callejero con una personalidad semisiniestra que, admito, estoy descubriendo poco a poco. Estoy en excedencia temporal de un trabajo en una cafetería poco moderna en el remanso de Tennessee. No tengo trazados planes sólidos para el futuro. ¿Es suficiente?

—¿Ahora quién está esquivando a quién?

—Vamos, Wren, tengo que cambiarte el pañal. —Tess cogió al bebé.

Tess ya llevaba diez días en la escuela. Paul Eldridge había aparecido una vez para ayudar a Ian a cimentar los postes de apoyo para su estudio en la casa del árbol. Si Ian no estaba trabajando en la construcción de la casita, era porque estaba de excursión por el bosque. Cuando regresaba, llevaba impregnado el olor del aire fresco. Hacía de todo menos pintar.

Con la excepción de otro viaje al pediatra de Wren y la breve visita a la granja de Eldridge, Tess no había salido de casa, y el exterior le hacía señas tan tentadoras como el olor de los rollitos de canela en un centro comercial. Si la tercera semana de marzo no hubiera traído consigo un clima tan duro y lúgubre, habría llevado a Wren a dar un paseo, pero hacía demasiado frío para una recién nacida.

Cuando no pudo soportar más el encierro, puso el cuco de Wren en el sofá y, cuando Ian regresó de dondequiera que había estado caminando, metió dentro a la somnolienta criatura y cogió el abrigo.

—Hasta luego.

—¿A dónde vas? —Se detuvo en la entrada, emanaba olor a pino igual que otros hombres olían a colonia cara.

—¡Afuera! No soporto estar encerrada ni un minuto más.

—No puedes...

—¡Pues claro que puedo! —Se giró hacia él, y le apuntó a la cabeza con un dedo—. ¡Y más vale que esté viva cuando vuelva!

Salvo que le hiciera un placaje, no había nada que pudiera hacer para mantenerla dentro.

La nieve sucia aún cubría las zonas sombrías y el viento le azotaba las mejillas, pero estaba al aire libre y nada de eso le importaba. Una corteza de hielo se aferraba a las orillas del arroyo Poorhouse, y los filamentos de algas que crecían en las rocas se arrastraban en la corriente rápida como el pelo de las brujas. Se había soltado otra tabla de madera del puente. Recordó la forma en que se había balanceado la mañana en que North había entrado en su vida.

Sin la constante presión de la mochila portabebés, pudo relajar por fin los hombros. Pero cuando dejó atrás el río, una inquietante ansiedad le revolvió la boca del estómago.

«Estar cerca de cosas frágiles no se me da bien», había dicho.

Pero estar rodeada de cosas frágiles había constituido la vida de Tess. Los bebés que había ayudado a nacer. Las nuevas mamás asustadas que había cuidado. ¿Y si Wren se despertaba y empezaba a llorar? ¿La acunaría North? ¿La vigilaría para asegurarse de que aún respiraba? Wren había estado pegada a su cuerpo desde el día que nació. Y ahí era donde debía estar. Contra su cuerpo.

Se dio la vuelta para regresar a la escuela, pero se detuvo. Se estaba comportando como una asustada madre primeriza. Algo que no era.

Respiró hondo unas cuantas veces. Wren estaría bien. Ian no iba a dejarla morir. Y Wren necesitaba más de una persona que la cuidara hasta que apareciera su padre.

¿Y si el padre de Wren era un imbécil tan poco de fiar como su propio padre? O un borracho... Si seguía pensando cosas así, acabaría loca. Así pues, se obligó a sí misma a seguir adelante.

La puerta trasera se atascó, y tuvo que empujar con el hombro para abrirla. Dentro, la cabaña estaba fría y llena de humedad. Resultaba un lugar tan triste que no se imaginaba a Wren viviendo allí. Tendría que comprar alfombras nuevas. Y muebles decentes. Pero Wren nunca viviría allí. Para cuando llegara la

caldera nueva, la pequeña ya estaría lejos. Tess podía dejar las cosas exactamente como estaban. Tristes y poco acogedoras.

La escuela la estaba malcriando. Deseaba un lugar más bonito para sí misma. Paredes blancas y limpias, un sofá que no estuviera cubierto por un estampado de caza inglés. Unas semanas atrás no le había importado, pero ahora sí.

«Trav... Creo que por fin estoy mejorando», pensó, y se entristeció de una manera que no había experimentado nunca.

Tiró a la basura una bolsa de ensalada pasada y un pepino mohoso. Se comió una manzana que no recordaba haber comprado y llenó una bolsa con ropa. Echó un vistazo al montón de revistas especializadas que había recibido en su apartado de correos del pueblo. *Revista de Partería*, *Revista Internacional de Salud de la Mujer*. Ya no tenían nada que ver con su vida, pero las metió en la bolsa de la compra junto a su ropa.

Al fin, la ansiedad pudo más que ella y volvió corriendo a la escuela.

Encontró a North paseando con Wren. La sujetaba con un brazo, como si fuera un balón de fútbol, pero seguía viva.

Se acercó a ella.

—Se ha puesto a llorar —dijo él en voz baja y acusadora, como si fuera culpa de Tess.

—¿En serio? Qué raro... —Apretó los dientes—. Y ni siquiera son las tres de la mañana.

Él captó la ironía y acurrucó al bebé contra su pecho, pero solo hasta que ella se quitó el abrigo. Entonces le puso a la niña en brazos.

—Mi abogado está en un callejón sin salida en la búsqueda del padre de Wren, así que mañana volaré a Manhattan para investigar por mi cuenta. Estaré fuera unos días. ¿Te parece bien? —La forma en que lo dijo le indicó que no le importaba demasiado su opinión.

—Tampoco eres de gran ayuda cuando estás aquí.

—Cuando vuelva tengo que trabajar. Lo digo en serio, Tess... No puedo seguir distrayéndome contigo y con la niña.

—Lo hablaré con ella, a ver qué opina.

—¿Estás perdiendo peso? —Su mirada se volvió crítica.

—No lo sé. ¿Por qué? —La había sorprendido.

—Tienes la cara más delgada —Sonaba como si fuera algo malo.

—¿Y qué?

—Nada... Solo que no necesitas perder peso.

—Gracias por tu aportación. Haré lo imposible por olvidarla. —Encima tuvo el valor de poner cara de ofendido.

Esa misma noche la pesadilla regresó peor que nunca. ¿Dejaría de tener ese sueño de sangre y miedo algún día o se repetiría de manera recurrente durante el resto de su vida?

Cuando ella y Wren bajaron las escaleras a la mañana siguiente, Ian se había marchado ya. Mientras tomaba café, pensó en la pesadilla y luego en las fotos que había descubierto cotilleando en internet. Fotos de Ian con una exótica mujer tras otra. Ignoró las zapatillas que había abandonado en las escaleras. No quería que Ian se acostara con una de sus amantes, quería que...

No sabía lo que quería. ¿Ser ella su amante? Unas semanas atrás, la idea habría sido impensable. Culpó a Ian. Vivir rodeada de esa masculinidad tan potente empezaba a fastidiarla.

Tess había creído que su sexualidad había muerto con Trav. Resultaba inquietante que un hombre que no podía ser más diferente de su marido la hubiera resucitado. Pero a lo mejor ahí estaba la clave. Tal vez el hecho de que Ian fuera lo opuesto a Trav le había dado permiso a su subconsciente para excitarse sin sentirse desleal. Pero ella jamás se acostaría con North, a pesar de los erróneos derroteros de su mente. Si tenía..., cuando tuviera... sexo de nuevo, sería con alguien como Trav. Salvo que necesitaba a alguien sexualmente más activo, de una manera que Trav no lo había sido.

«Siempre fui la seductora. Nunca la seducida».

Se alegró de no haberle dicho a Trav que necesitaba que fuera más agresivo. Sus ansias sexuales le parecían tan insignificantes ahora... Teniendo en cuenta lo mucho que la había amado, no se imaginaba haber mantenido esa conversación con él. Se habría sentido muy herido...

—Distráeme de mis malos pensamientos, cariño. ¿Qué tal un poco de

conversación? —Recolocó la cresta punki de Wren.

Wren parpadeó con ojos soñolientos y apretó los labios.

—No llores, ¿vale? Ya lloraste bastante anoche.

Le dio de comer y echó algunos Cheerios en un tazón para ella. Mientras desayunaba, se enfrentó a la triste perspectiva de estar encerrada con la señorita gruñona mientras Ian cenaba en buenos restaurantes y arrugaba las sábanas con una hermosa mujer. Tal vez con más de una.

Oyó el motor de un coche y se asomó a la ventana. Una mujer que no conocía salía de un todoterreno embarrado y se dirigía a la casa. Tess abrió la puerta.

La mujer aparentaba unos sesenta años y parecía una modelo. Tenía un estilo alternativo, bohemio y yogui. Llevaba el pelo gris brillante recogido en una trenza, lucía una tez resplandeciente y vivaces ojos de color avellana con delicadas arrugas en las esquinas que le imprimían carácter. Su estilizado cuerpo estaba envuelto en una túnica bordada, vaqueros ajustados y botines. De los lóbulos de sus orejas colgaban largos pendientes color turquesa. Un collar de cuentas budistas complementaba su atuendo.

—Tú debes de ser Tess —dijo—. Soy Heather.

—Pasa. —Tess no la reconocía de La Chimenea Rota, pero cualquier compañía era bienvenida.

—¡Qué sitio tan magnífico! Quise comprar la escuela para mí y utilizarla como taller. Se supone que soy alfarera. —Heather entró y abrió los brazos como un predicador al abrazar a su congregación, y luego los dejó caer—. Por desgracia, nunca se me ha dado bien administrar el dinero. —Miró a Wren—. Eres un pequeño milagro, ¿no? Déjame lavarme las manos para cogerla. —Notó las dudas de Tess—. No te preocupes. Tengo las vacunas al día y hace años que no me pongo enferma.

—Es bueno saberlo, pero... ¿quién eres y qué haces aquí?

—¿Ian no te lo ha dicho? Soy Heather Lightfield. Tu niñera de apoyo. Le preocupa que estés sola mientras él está fuera, y sabe que Phish te necesita.

—De apoyo...

—Phish le habló de mí. Y quiere que vuelvas a La Chimenea Rota de

inmediato.

—Lo sé. Pero Ian no me dijo nada sobre una niñera de apoyo.

—Tal vez pensó que te opondrías. Es evidente que os lleváis muy bien.

Por un momento, Tess pensó que hablaba de Ian, pero luego se dio cuenta de que Heather se refería a Wren.

Heather se dirigió a la cocina mientras soltaba una perorata.

—Ian ha comprobado todas mis credenciales, llamó a mi media docena de referencias, acabó siendo un pesado incluso para sí mismo. Pregúntale a Phish si quieres. —El agua comenzó a correr en el fregadero de la cocina—. Fui maestra de preescolar —dijo desde la otra habitación—. Después de retirarme, quería hacer cerámica a tiempo completo. En cambio, me puse a cuidar niños. También hago ollas, pero no tantas como había planeado. —Salió de la cocina secándose las manos con una toallita de papel—. Intenta acariciarla en vez de darle una palmadita... Así, Tess. A los prematuros no les gusta que les den palmaditas.

Algo que Tess sabía muy bien, pero estaba tan absorta en la historia de su visita que había estado palmeando el pequeño trasero de Wren sin darse cuenta.

—Tienes experiencia con bebés prematuros —afirmó.

—Gemelos, no mucho después de mudarme a Tempest. Aprendí rápido. —Regresó a la cocina.

—¿Por qué nunca te he visto en La Chimenea Rota? —Tess fue hacia la puerta.

—He estado casi dos meses en Kentucky poniendo en orden los asuntos y la casa de mi madre. Murió justo antes de cumplir cien años. —Heather tiró la toallita de papel a la basura.

—Lo siento.

—No lo sientas. Era un ser humano odioso. —Heather tendió las manos al bebé—. Ven aquí, angelito. ¿Por qué no te das un baño, Tess? O vete a dar un paseo. Estoy segura de que te vendrá bien algo de tiempo para ti.

Y, sin más, Tess hizo lo que Heather sugirió. Entregó a Wren a una mujer extraña, que bien podría haber sido una secuestradora demente. Pero, aunque en Heather todo exudaba energía, competencia y amabilidad *hippie*, tan pronto como estuvo arriba llamó a Ian.

—Ha venido una mujer llamada Heather Lightfield.

—Es genial, ¿verdad?

—¿Hay alguna razón por la que no me hayas hablado de ella?

—No quería discutir contigo.

—¿Por qué iba a discutir?

—¿En serio? ¿Es que no sabes lo protectora que eres?

Tenía razón.

—Me imaginé que cuando conocieras a Heather —dijo— te caería bien.

—Es perfecta. —Ian se rio—. Es perfecta, es más que perfecta, pero no puedo pagar una niñera. Probablemente cobra más de lo que gano yo.

—¿Por qué la ibas a pagar tú? Ya me he ocupado yo de eso.

—Pero...

—Te dije que te lo pondría tan fácil como pudiera, y es lo que estoy haciendo. —No le había dicho nada de eso—. Además, Phish estaba empezando a ponerse desagradable. Y no me preguntes cuánto le estoy pagando porque lo he olvidado. No soy bueno con el dinero. Nunca lo he sido. Mientras pueda comprar pintura, soy feliz. Además, se trata de autoconservación: la mía.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que el encierro te estaba convirtiendo en... una musaraña malhumorada.

—Bonita elección de palabras. —Oyó una risa corta y aguda.

Al colgar, se dio cuenta de que Ian había encontrado una forma muy eficiente de sacar a Tess y Wren de casa para tener la casa para él solo a su regreso.

Se metió en la bañera, pero empezó a sentir ansiedad por volver con Wren incluso antes de secarse el pelo. Cuando regresó abajo, encontró a Heather vagando por la habitación, con Wren en el canguro, y recitando de memoria *Buenas noches, luna*.

Le hizo un gesto a Tess con la cabeza, pero no se dirigió a ella hasta que completó: «Las buenas noches a todas partes». Sonrió.

—Nunca es demasiado pronto para empezar con la buena literatura. —Acunó la cabeza de Wren en la palma de su mano—. Mi casa está de camino a La Chimenea Rota. Puedes traérmela cuando vayas a trabajar.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Quería volver a su trabajo, pero ¿cómo iba a separarse de Wren?

—Hazme una lista con todo lo que necesito saber. ¿Por qué no vas a dar un paseo y lo piensas? —Heather la miraba con simpatía.

Una vez más, Tess siguió sus órdenes.

El aire frío y vigorizante la llenó de energía, pero apenas había caminado un kilómetro cuando su necesidad de supervisar a Wren la obligó a regresar.

—Es increíble lo abiertos que están sus *chakras*. La estás cuidando de maravilla. Su tercer ojo ya se está aclarando. Señal de que será sabia. —Heather estaba sentada en una postura de meditación, con las piernas cruzadas en el suelo y Wren acurrucada cómodamente en su regazo. Heather levantó la vista y tocó con la punta del dedo el pequeño entrecejo de Wren.

Wren arrulló en respuesta al contacto de Heather, y Tess sintió un irracional orgullo al saber que el tercer ojo de su recién nacida ya estaba tan bien desarrollado. Lo que oficialmente la convirtió en otra madre alocada y cariñosa.

«Madre adoptiva», se recordó a sí misma. Eso es lo que era. Una cuidadora temporal hasta que Wren encontrara a su verdadera familia.

Separarse de Wren por primera vez fue insoportable. Heather empatizó con ella y no paró de enviarle fotos durante toda la mañana: Wren durmiendo, Wren comiendo, Wren haciendo caca. Ian le envió un mensaje diciendo que tardaría en regresar más de lo que esperaba, pero no le dio ninguna explicación. Probablemente quería pasar más tiempo en la cama con alguna atractiva modelo.

Tess debería haberse sentido más relajada al saber que Wren estaba en buenas manos, pero el ambiente en La Chimenea Rota parecía haber cambiado. Tal vez solo era su imaginación; sin embargo, los clientes que antes se tomaban tiempo para charlar ahora tenían prisa. Necesitó una visita de Courtney Hoover para entender qué estaba pasando.

—Oí que habías vuelto. —La futura reina de Instagram apareció en el mostrador, con el rostro maquillado con su característico polvo de brillo opalescente y sombra de ojos aplicada en un caleidoscopio de vainilla, rosa y ciruela, anclado con un perfecto delineado ahumado.

—Se nos ha acabado el moka —mintió Tess—. Rotura de *stock* de los granos de café de Brasil.

—Qué putada... —Enroscó los dedos alrededor de su omnipresente teléfono móvil mostrando unas largas uñas granate con cristalitos incrustados en las puntas—. Ponme solo un donut, entonces. Hace un montón que no como.

Tess cogió las pinzas. Phish había añadido una nueva variedad de donut en las casi tres semanas que Tess había estado fuera.

—Dame uno de esos. —Courtney señaló los Long Johns, la versión rectangular y sin agujero del donut, bañados en chocolate.

Tess se preguntaba si Ian sabría lo de los Long Johns de La Chimenea Rota.

—¿Cómo va tu cuenta de Instagram? —dijo para desviar sus pensamientos.

—Estoy subiendo más vídeos. El vídeo es el camino. —Golpeó la parte superior de la vitrina—. Ese no. El de la izquierda tiene un glaseado más brillante. —Mientras Tess ponía el Long John más fotogénico en un plato, Courtney bajó la voz y se inclinó hacia adelante—: Que sepas, Tess, que todo el mundo habla de ti.

—¿Y?

—Solo estoy siendo sincera.

Durante las horas que Tess pasó después de la muerte de Trav, entre despierta y dormida, tragándose un *reality show* tras otro, había aprendido una cosa: cuando alguien dice que «solo está siendo sincero», lo que quiere decir es que lo que te va a soltar a continuación va a ser muy pero que muy cruel.

—Mucha gente piensa que lo que le pasó a la esposa de Ian North es sospechoso. —Courtney sacó la cartera.

Tess se quedó sin aliento. Debería haberse preparado para eso.

—Bianca no era su esposa —dijo cuidadosamente—. Era su amiga. Y una embolia de líquido amniótico es muchas cosas, pero no sospechosa.

De fondo, los Grateful Dead comenzaron a cantar *Brokedown Palace*.

—Solo estoy siendo sincera, Tess. Al minuto uno de morir ella, tú e Ian North os habéis ido a vivir juntos. La gente se queda con estas cosas. —Las uñas de Courtney parecían puntas de crampones mientras extendía la mano por encima del mostrador.

—Estoy cuidando del bebé. Eso es todo. —Tess puso el billete de cinco dólares de Courtney en la caja registradora y contó el cambio.

—Claro. Por eso ahora estás aquí. —Courtney depositó la vuelta en la cartera, se colgó el bolso en el hombro y se deslizó hasta la ventana delantera con su donut, donde posó con el cuello inclinado, las extensiones de pelo serpenteando por su espalda y el Long John levitando sobre sus labios separados. #MamandoUnDonut.

Tess sumergió un par de tazas sucias en el fregadero y se regañó a sí misma por hacerle caso al veneno de Courtney. Seguro que Phish sabía que mucha gente del pueblo se había vuelto en su contra, pero era probable que hubiera temido que no volviera al trabajo si se enteraba antes de tiempo.

Sonó su teléfono. Miró la pantalla. Wren estaba adorable, acurrucada en su nido sobre la esterilla de yoga de Heather, con un pequeño punto rojo pintado entre las cejas.

«No te preocupes —decía el mensaje—, ketchup orgánico».

Tess se estaba enamorando de Heather. Pero, al mismo tiempo, sus brazos se sentían vacíos. Estaba ansiosa por quitarse el delantal, alejarse de las miradas condenatorias y reclamar a su pajarito.

Unos cuantos estudiantes atravesaron la puerta. A diferencia de los adultos, se alegraron de verla. Ava Winchester fue la última en llegar.

—¡Tess! ¡Has vuelto! —Agarró a una chica que Tess aún no conocía y la empujó hacia el mostrador—. Tess, esta es Gabi. —La susodicha tenía la cara redonda y regordeta, pelo rojo rizado y ojos verdes y curiosos. Acercándose al mostrador, Ava bajó la voz—. Es autista.

—No tenías por qué decirle eso —protestó Gabi.

—¿Cómo te va a ayudar si no la ponemos en antecedentes? —dijo la siempre práctica Ava. Algún día Ava sería una trabajadora social estupenda. Si no se quedaba embarazada antes, claro—. Gabi necesita hablar contigo sobre ya sabes qué.

—Estaré encantada de hablar contigo, Gabi. Pero solo si tú quieres. —A Tess no le hizo falta preguntar sobre qué quería que hablara con su amiga.

—Sí que quiere.

—No la presiones, Ava.

—Quieres hablar con ella, Gabi —dijo Ava con seriedad—. De verdad. Tess mola mucho.

Tess se sintió incómoda, como si le hubieran preparado una encerrona. Intentó distraer a Ava preguntándole cómo llamaría a sus futuros hijos si tuviera alguno.

—Fijo que no le pondría Wren. Sinceramente, Tess, es patético.

—Estaba bajo mucha presión.

Al final, Ava se fue con su pandilla. Y Gabi, tras mirar por encima del hombro a Tess, se unió a su amiga.

Michelle llegó media hora después. Su vientre había crecido mucho desde que Tess la había visto por última vez.

—Estoy trabajando contigo porque no tengo más remedio —dijo mientras se anudaba el delantal sobre el abdomen hinchado—, pero no voy a fingir que nos llevamos bien. Esa pobre mujer... Su cuerpo ni siquiera está frío y tú vas y te mudas con su marido.

Hasta ese momento, Tess ni se había planteado qué opinarían en el pueblo de su nueva situación.

La extravagante casita de Heather estaba amueblada con eclecticismo: cortinas de gasa, guirnaldas y cojines con espejos.

—Te juro que ha ganado peso desde esta mañana. —Tess acurrucó a Wren contra ella y miró su adorable carita de elfo.

—Se ha comido la bolsa de patatas fritas que le he dado, como buena profesional que soy —dijo Heather.

—Esta señora se cree muy divertida, pero nosotras sabemos que no es así, ¿a que no? —La boca de capullito de rosa de Wren formó un suave óvalo, y Tess la besó en la frente.

Heather estalló en carcajadas.

Tess no tenía demasiadas ganas de volver a la escuela, así que aceptó con entusiasmo la invitación de Heather para cenar. La mezcla picante de quinoa, garbanzos, brócoli y aguacate sabía mucho mejor de lo que parecía. Cuando

terminaron de comer, Tess decidió sincerarse.

—Estoy segura de que has oído los chismes, y para que lo sepas... Yo no maté a la madre de Wren para mudarme con Ian —hablaba con más vehemencia de lo que pretendía—: Nos caemos fatal.

Heather separó parte de la quinoa con la cuchara de servir.

—Hay algo que he aprendido sobre la gente con el paso de los años, y es que la vida se vuelve aburrida e inventar teorías conspiratorias hace que su día a día sea un poco más interesante. —Puso la mano sobre la de Tess—. Las cosas se calmarán. Cuanta más gente te conozca, más rápido se acabarán los cotilleos.

Tess quería pensar que Heather tenía razón, pero era demasiado realista.

Se detuvo en su cabaña en el camino de regreso a la escuela para recoger unos pendientes que tenía ganas de ponerse. Cuando se disponía a marcharse, vio unas manchas de barro seco en la puerta de atrás que ya debían de haber estado ahí la última vez que vino.

Agarró la escoba y las barrió.

Ian regresó a casa casi al anochecer. Wren, finalmente, se había calmado después de haber estado llorando durante horas, con Tess contando los minutos que faltaban para volver a pasarle al pequeño demonio a Heather. Ian dejó su mochila junto a la puerta. Sus hombros ponían a prueba las costuras de una gastada chaqueta de cuero marrón. Hombros que deberían pertenecer a un hombre que los utilizara para cargar material de construcción y no a uno que se dedicase a cortar plantillas y a blandir botes de espray. Tess contempló el pelo enredado, los vaqueros caídos y la camisa manchada de pintura. Como de costumbre, parecía disgustado con lo que se había encontrado al llegar. Pero no por la razón que ella pensaba.

—¿Has comido algo mientras he estado fuera?

—Solo un cuenco de gachas. Tu ausencia me dejó desolada.

Él curvó la comisura de la boca y luego la devolvió a su lugar habitual, a su gesto duro.

—He encontrado al padre de Wren —dijo—. Pero hay un problema.

9

Ian había estado atrapado en las crisis de Bianca durante tanto tiempo que había olvidado lo que era estar con una mujer que podía valerse por sí misma. Tess se había recogido el pelo en un moño desordenado. No llevaba maquillaje. Y el escote de su arrugada blusa blanca estaba ligeramente torcido, como ella. Sus cejas rectas y oscuras se juntaban sobre aquellos brillantes ojos azul ciruela, no muy felices de verlo.

—Quiero oírlo todo —susurró ella—, pero si la despiertas y se activa, te mataré.

A quien él quería activar era a Tess. No recordaba cuándo fue la última vez que experimentó tanta... lujuria desenfrenada. Lujuria desenfrenada a secas, sí, claro que la había sentido muchas veces. Pero no ese impulso primitivo de poseerla allí mismo, junto a la puerta principal. Y se enfureció. El sexo era una cosa, pero eso lo sobrepasaba. Cuando estaba en una relación no era capaz de crear ni un solo trabajo decente. Y no era por culpa de las mujeres. Era él quien tenía problemas para gestionar las emociones.

Mientras observaba cómo Tess llevaba a Wren arriba, pensó en Bianca. Incluso sin la complicación del sexo, su conexión con ella le había absorbido toda creatividad. Nunca recuperaría los días, las semanas, los meses de productividad que había perdido cuando ella estaba de bajón. Y aun así, si tuviera que hacerlo de nuevo, no cambiaría nada. Bianca había estado ahí para él cuando no tuvo a nadie más.

Oyó los pasos de Tess por encima de la cabeza. Volvió a recuperar la hosquedad que le daba comodidad cuando ella estaba cerca y fue a la nevera a pillar una cerveza fría. A ese ritmo, se habría convertido en un alcohólico antes de que ella se mudara.

Tess se las arregló para trasladar al animalillo a la cuna junto a su propia cama sin despertarla. Estaba ganando peso y respiraba bien, y Tess ya sentía

menos ansiedad al tomarse aquellos breves respiros de llevarla siempre encima. Cogió el monitor del bebé y se apresuró a bajar las escaleras para interrogar a Ian.

La chaqueta de cuero había desaparecido y se había arremangado la camisa de franela hasta los codos, dejando a la vista unos antebrazos largos y musculosos.

—Deberías dedicarte a los trabajos manuales —murmuró—. Apuesto a que has cavado zanjas.

—También he colgado paneles de yeso y he conducido una carretilla elevadora, pero espero que esos días hayan quedado atrás. —Ian se sentó en el sofá—. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación?

—Por nada. —Salvo por la distracción que suponían esos antebrazos, además del cobarde deseo de posponer la noticia de la paternidad de Wren. Se hundió en el sofá a juego frente a él, con el monitor al lado, y se acomodó con uno de los pies debajo de las nalgas—. ¿Qué has averiguado? ¿Cómo ha reaccionado?

—No he hablado con él. —Tess contempló cómo apoyaba los tobillos en la mesa de café. A diferencia de los de ella, sus calcetines no tenían agujeros en los dedos—. El tío es fotoperiodista y ahora está en el extranjero, en un país en guerra. Pero he localizado a sus padres. Viven en Nueva Jersey. En Princeton. Por eso he tardado tanto en volver.

—¿Sabían lo de Bianca? ¿Que estaba embarazada?

—No. Pero es su único hijo y, cuando se recuperaron del *shock*, se alegraron de saber que tienen una nieta.

—¿Y ahora qué? —Se hundió más en los cojines del sofá.

—Están intentando contactar con él, pero tanto si hablan con él como si no, planean coger un vuelo la semana que viene para conocer a Wren.

—Ya veo. —Tiró de un hilo suelto del brazo del sofá—. ¿Les has dicho que es un bebé prematuro?

—Sí. También les he dicho que la está cuidando una enfermera capacitada. —Tomó un sorbo de cerveza y dejó cuidadosamente la botella en la mesa, sin apartar la mirada de ella—. Wren no es tuya, Tess.

—¿A qué viene eso? —protestó, al tiempo que se erizaba ante la brusca suavidad de las palabras de Ian.

—Porque te conozco mejor de lo que crees.

No la conocía en absoluto. No sabía lo muerta que había estado durante mucho tiempo o cuánto le gustaba reírse. No sabía que ella tenía una carrera que no podría volver a ejercer, y que no tenía ni idea de lo que haría con su futuro.

—Apenas me he separado de ella desde que nació. Es evidente que me estoy encariñando. —Se levantó del sofá—. También sé que es algo temporal, pero eso no significa que esté dispuesta a entregarla a una pareja de ancianos que no saben nada sobre el cuidado de un bebé.

—Apenas tienen sesenta años, y la señora Denning volvía de jugar al tenis cuando llegué a su casa. Él prefiere el ciclismo de montaña.

Desanimada, se hundió de nuevo en los cojines del sofá.

Ian la miró con una expresión que, en cualquier otro, habría sido de compasión.

—Parecen personas decentes.

—Genial.

Él descruzó los tobillos y cambió de tema para darle tiempo a asimilarlo.

—Mientras estaba fuera, me he dado cuenta de que no te he pagado todavía.

—No hay prisa. —Cogió el monitor y lo sostuvo muy cerca de la oreja para oír la respiración de Wren.

—Wren tiene tres semanas.

—Su cumpleaños tendría que haber sido dentro de una semana —añadió Tess.

Ian desplazó su peso sobre la cadera derecha y sacó un cheque del bolsillo izquierdo. Ella, instintivamente, se hundió más entre los cojines, mientras él se ponía de pie.

—Ya me lo darás más tarde. O no. Dáselo a Heather.

—Te pertenece a ti.

Estaba de pie frente a ella, con el cheque en la mano. Nunca se había merecido tanto un sueldo, había trabajado muy duro. Las horas de sueño perdidas, los hombros doloridos por los kilómetros que había caminado tratando

de calmar al bebé cuando lloraba, la ropa manchada de leche, la preocupación, el estrés... Miró fijamente el cheque y luego cerró los ojos.

—No puedo aceptarlo.

—Pues claro que sí.

—Ya lo hablaremos más tarde. —Jugó con el monitor del bebé, para evitar que él viera cuánto la habían afectado las novedades.

El cojín del sofá se hundió a su lado.

—Ahora estás cansada. Llegaremos a un acuerdo cuando hayas tenido un par de noches de sueño decente.

Su ruda amabilidad no la sorprendió como en ocasiones anteriores. Había sentido esa suavidad dentro de él, una sensibilidad que se esforzaba por mantener enterrada. En ese momento, cometió el error de mirar hacia arriba.

Estaba sentado tan cerca... Curvó los dedos en el brazo de la silla, involuntariamente. Sus miradas se encontraron. Al principio, solo veía preocupación por ella, pero cuando el tictac del reloj de pared de la escuela resonó en el pesado silencio, algo cambió. Tess observó el pulso de él en la base del cuello, y se le aceleró la respiración. Ian puso una mano sobre su rodilla, tan suave como una caricia, y el calor de su cuerpo se filtró a través de la ropa. Fue como si su negativa a aceptar el cheque hubiera cambiado el paisaje, construyendo un puente donde antes solo había habido un valle.

Las vigas de la escuela crujieron. Una ráfaga de viento sacudió las ventanas, y ella entrecerró los ojos. El resto de la habitación comenzó a desvanecerse en las sombras. Paredes y ventanas, techos y puertas se derritieron.

Una llama cobró vida dentro de ella, empezó a desplazarse de un lado a otro, descongelando su piel. No podía mirar hacia otro lado y tampoco parecía que él pudiera.

Vio que Ian movía los labios, y lo oyó susurrar una palabra con voz ronca: «Dormitorio».

Se puso de pie. Sin pensar en nada. Se puso de pie empujada por el torrente de sangre en las venas.

«Dormitorio».

Ahora era él quien sostenía el monitor del bebé. El viejo reloj de la escuela

se alejaba mientras ella lo seguía, no al dormitorio de atrás, sino arriba.

«A la cama... A la habitación... A la cama... A la habitación...».

El ritmo del reloj coincidía con las sílabas que sonaban en su cabeza, pero no con lo que él había dicho, porque las palabras que había dicho tan suavemente habían sido: «Al estudio».

Aturdida, entró en la habitación.

Estaba oscura, pero Ian no encendió las luces del techo, sino una lámpara que hizo poco más que proyectar un débil brillo. Ella se quedó junto a la puerta del estudio y observó como él dejaba el monitor del bebé y cogía varias velas blancas gruesas de los estantes de madera. Una tras otra, las colocó en el suelo formando medio círculo alrededor del sofá de terciopelo púrpura.

Solo quedaba una vela. La puso en un estante que había sobre el sofá. Se volvió hacia ella y le hizo un gesto. ¿Sabía Tess lo que él quería? No podía adivinarlo. Caminó entre las velas y se sentó en el cojín que había justo debajo de la vela del estante.

Ian prendió una cerilla y comenzó a encender las velas del suelo. Cuando apenas faltaban milímetros para que le quemara los dedos, la apagó y encendió otra. Las sombras bailaban en las paredes. El aire se enrareció por el olor a fósforo.

Cuando él estuvo de pie ante ella, se le aceleró la respiración. North le tocó el pelo. Tiró de la cinta que lo recogía, y una cascada desordenada cayó sobre sus hombros. Él mantuvo la mano quieta, luego la hundió en la maraña.

Trató de encontrar algo con lo que bromear, algo que disipara el aire cargado que crepitaba entre ellos. La mano masculina se movió desde su melena hasta el botón superior de su blusa. Sus nudillos le rozaron la piel mientras la abría. El olor a fósforo llenó sus fosas nasales.

Le desabrochó el siguiente botón..., y el siguiente. Los bordes de la prenda se separaron formando una profunda V. Con la punta del dedo índice, deslizó la blusa por un hombro, revelando la curva del pecho bajo el encaje gastado del sujetador.

La empujó suavemente contra el brazo del sofá. Sus piernas se subieron sobre los cojines de forma automática. La despojó de las zapatillas y las puso

fuera del círculo de luz que formaban las velas. Le quitó un solo calcetín del pie que quedó más arriba. Le rodeó suavemente el tobillo desnudo con la mano. Un pulgar presionó en el hueco del puente y acarició aquel lugar tan pequeño pero tan sensible.

No era propio de ella ser pasiva. No tenía experiencia con la pasividad. Siempre era la seductora. Nunca la seducida. Sin embargo, allí estaba, dejándose llevar.

Él rozó con el pulgar la mejilla de ella mientras le colocaba un mechón de pelo. La blusa cayó más abajo, pero, aun así, él no quedó satisfecho. Enganchó el tirante del sujetador con un dedo y lo retiró.

Tess se miró a sí misma mientras él la desvestía. La curva desnuda de su hombro, la plenitud de su pecho. La blusa se había deslizado a la altura del codo y el fino tirante blanco del sujetador se había desplazado unos centímetros abajo.

Ian apenas le quitó los ojos de encima mientras apoyaba un bloc gigante de papel en un caballete con marco en H. Con un lápiz grueso, comenzó a dibujar con trazos amplios y agresivos. Nada reservado ni contenido. No desechó ninguna página, no arrugó ni tiró ninguna al suelo.

Ella se reclinó sobre el brazo del sofá, con la blusa a medio quitar, las piernas curvadas y un solo calcetín, frente a él. Mirándolo.

Las velas chisporroteaban. Las llamas las consumían. Ian se llevó la mano libre a su propia camisa. En el estudio hacía frío, pero se desabrochó los botones de arriba. El sudor hacía brillar su cuello mientras el lápiz atacaba el papel.

Conforme pasaban los minutos, ella se calentaba más y más. Ansiaba quitarse la blusa, el sujetador. Deshacerse de los vaqueros, de las bragas. Pero no quería ser ella quien lo hiciera. Si él necesitaba más de ella, tendría que tomar la iniciativa. No se lo iba a poner fácil. No como había actuado en el pasado con Trav.

«Siempre había sido la seductora. Nunca la seducida».

La luz era tenue, pero no tanto como para que no viera que él se había empalmado. Tess seguía esperando que destruyera lo que había pintado. Que saliera de detrás del caballete y se acercara a ella. Pero el brazo de él continuó dibujando. Una curva. Una diagonal. Un baile.

«Golpe, bloqueo. Paso rápido, paso de ruptura. *Adagio, allegro*».

Ella no haría el primer movimiento. Otra vez, no. En ese nuevo capítulo de su vida, por caótico que fuera, nunca más sería una mendiga pidiendo sexo. Necesitaba sentirse deseada, sentirse tan deseada como ella lo deseaba a él.

«Que se lo gane. Tiene que ganárselo».

A Ian le había caído un mechón de pelo sobre la frente, pero estaba demasiado absorto en la tarea como para notarlo, en una perfecta y tormentosa unión con el lápiz y el papel. Tess tenía la suerte de presenciar cómo un genio se peleaba con su trabajo.

Y fue entonces cuando lo entendió.

Ian tenía una erección, de acuerdo. Pero una erección por su arte. Por crear. No por ella. Tess era solo un medio para un fin. El gran artista intentaba usarla para romper lo que fuera que lo bloquease. La seducción no había sido carnal. Solo se trataba de su arte.

Dejó caer los pies al suelo y se levantó. Las llamas de las velas se estremecieron. Él la miró y parpadeó, como si acabara de regresar de muy lejos.

Caminó entre las velas y lo dejó solo en el estudio.

Ian dejó caer su lápiz y presionó los pulgares contra las cuencas de los ojos. No sabía exactamente cómo la había cagado; solo sabía que así había sido. A pesar de haber reunido toda su fuerza de voluntad para mantenerse firme, de alguna manera la había ofendido.

Tess Hartsong no era una mujer a la que pudieras follarte contra la pared. Pero era lo que quería. Todos sus instintos básicos lo instaban exactamente a eso.

Y eso lo habría convertido en un gilipollas integral. Era culpable de muchas cosas, pero abusar de las mujeres no era una de ellas. ¿Acaso no lo había demostrado apartándose del sofá? ¿Quedándose quieto junto a su caballete?

Finalmente, miró lo que había pintado. Un detalle intrincado de su pie desnudo. Un delicado bosquejo de su hombro. La curva de su cuello.

Era una mierda. La peor clase de basura formalista y sentimental.

Arrancó el papel del caballete. ¡Aquello no era propio de su arte! Él creaba piezas enormes y audaces. Cortaba plantillas gigantes con navajas X-Acto. Daba

forma a sus murales con ácidos y lejía, boquillas y rodillos. Trabajaba a lo grande, sin espacio para lo viejo y refinado, lo anticuado y lo mundano.

Fue a la ventana y la abrió para refrescarse. Había ido hasta aquel lugar recóndito para reinventarse, para encontrar un camino diferente que le permitiera dar nueva vida a su trabajo. Y no había hecho absolutamente nada. Primero fue Bianca y ahora Tess. Una distracción tras otra.

El aire que entraba por la ventana hizo chisporrotear las velas. La fiereza y determinación de Tess, su sarcástica lengua, la fuerza que al parecer no sabía que poseía... Todo ello lo distraía, y ahora estaba ahí, creando unas pinturas de mierda, más propias de las típicas tarjetas de felicitación. Menudo tópico. Un artista que tenía que vivir una vida egoísta. Picasso había sido capaz de hacer obras maestras con todas esas esposas y amantes en su vida, pero Ian estaba cortado por otro patrón. Si quería trabajar con lo que lo bloqueaba, debía mantener sus emociones y sus impulsos sexuales bajo llave. Así era como siempre había sido. Y como siempre sería.

Una helada soledad lo envolvió. Se inclinó para soplar las velas. Una a una, las llamas parpadearon y se apagaron.

Wren se despertó a las cinco de la mañana sin intención de volver a dormirse.

—¿Te daría algo si durmieras hasta tarde por una vez, pequeño demonio?
¿Eh? ¿Te daría algo?

Por lo visto, sí.

El sol brillaba al otro lado del cristal. Tess apartó la cortina de la ventana. El aire era frío y fresco, como si la primavera hubiera llegado de la noche a la mañana. La noche anterior parecía haber sido un sueño. El sofá... Las velas... ¿Qué había pensado que ocurriría? Y lo que era más perturbador todavía: ¿qué había querido que pasara?

Era demasiado pronto. No estaba lista para lidiar con aquella parte de sí misma que acababa de despertar. Le hormigueaba la piel. Le dolía el cuerpo al moverse. Y le dolería al bailar. Bailar. Habían pasado semanas desde que bailó por última vez.

En su lugar, cambió a Wren y le dio de comer.

—Ahora, ¿podrías, por favor, volver a dormirte?

Wren sacó su lengüecilla rosada.

—¿De verdad has hecho lo que acabo de ver? —Tess metió los pies en las zapatillas—. Muy bien, jovencita. Hace calor afuera, y si eres lo bastante fuerte para ir de chula, eres lo bastante fuerte para acostumbrarte al aire libre.

Envolvió al bebé en un mono de lana y un cálido gorrito, la metió en el canguro y salió al exterior.

Los pájaros celebraban la calidez del ambiente con una ruidosa cantata. En lugar de ir a la cabaña, eligió el sendero que llevaba a lo alto de la colina, a la abandonada iglesia pentecostal. Un par de ardillas buscaban las nueces que ellas y sus congéneres habían escondido en el otoño. La vieja torre de vigilancia contraincendios se elevaba en la distancia. El gorrito de Wren se deslizó hasta encima de una ceja; la pequeña estaba muy despierta y atenta, y su mirada se fijó en los patrones cambiantes de luces y sombras mientras pasaban por debajo de los árboles. Tess oyó el lejano ladrido de un perro. ¿Sería de los Eldridge?

El sendero se abrió en un camino lleno de baches que tiempo atrás había llevado a los fieles a las celebraciones religiosas. Lo que quedaba de la iglesia se hundía en sus cimientos. La maleza invadía el revestimiento de madera podrida, y un árbol crecía a través de la abertura de una chimenea. Donde una vez estuvieron las puertas delanteras ahora quedaba solo el hueco. A través de él, Tess vio el altar semiderruido.

A pesar de la decadencia, la iglesia resultaba acogedora, viva, gracias al canto de los pájaros y a la luz del sol. Hacia el este, los últimos tentáculos de niebla se desenrollaban en los puntos bajos de un pequeño claro. Entre ellos, una figura se movía en una lenta y metódica coreografía.

Desafiando al frío de la mañana, Ian estaba sin camisa, los músculos de su pecho perfectamente delineados, y extendía un brazo y luego el otro, en un imaginario golpe a cámara lenta, tan medido como poderoso. Hipnotizada, lo observó girar el brazo. Cambiar la posición de la mano. Cada movimiento tenía un propósito.

Subió la rodilla. Levantó una pierna a un lado con control absoluto. Tiró de

la rodilla hacia atrás y la volvió a adelantar. Repitió el movimiento varias veces... Su torso permaneció perfectamente erguido, su pie en reposo, tan firme como si hubiera echado raíces en el suelo. Levantó la otra rodilla. Una vez más, ese equilibrio perfecto.

Sus movimientos se aceleraron en un hermoso *ballet* de artes marciales, de sentadillas lentas y patadas meticulosas. Tess se había preguntado cómo se mantenía tan en forma. Ahora lo sabía.

Él no la había visto, y no quería que la viera. Era un ritual privado. Wren gruñó, pero estaba demasiado lejos para que la oyese. Esa parte íntima de él la desconcertó. Había sido consciente de su masculinidad desde que lo conoció, pero presenciar aquello era algo totalmente distinto.

Cuanto más sabía sobre Ian North, más complicado se volvía.

Después de lo que había pasado la noche anterior en el estudio y de lo que acababa de presenciar, no es que ansiara, precisamente, la incomodidad de volver a verlo, pero resultó que no se encontraron de nuevo hasta la tarde. Al tiempo que envolvía a Wren en una cálida toalla tras su baño en el fregadero de la cocina, oyó voces provenientes de la otra habitación. Voces de adultos, no de adolescentes.

Ian entró en la cocina.

—Tienes compañía.

Ella lo miró con curiosidad. Para su sorpresa, él extendió los brazos para coger a Wren. Le entregó a la pequeña mojada y envuelta en una toalla y lo siguió.

De las dos personas que esperaban en la sala, Tess no deseaba ver a ninguna. Kelly Winchester, la madre de Ava, estaba de pie junto a un hombre alto, de complexión fuerte, vestido con traje y corbata, que solo podía ser su marido, el hombre del que Tess había oído hablar tanto.

El ancho rostro del senador estatal Brad Winchester daba cobijo a unas cejas tan angulosas que prácticamente se juntaban en el medio. Los rasgos eran atractivos y simétricos, y lucía unas canas prematuras, ya que sabía que aún estaba en la treintena. Tanto él como Ian eran figuras imponentes, pero

Winchester era de complexión más robusta. A su lado, su delgada y rubia esposa, que le había resultado tan abrumadora en La Chimenea Rota, parecía en cierto modo menos intimidante.

—Señorita Hartsong —dijo. La voz sonaba como la de un locutor de radio o un político—. Estoy seguro de que es más que consciente de por qué estamos aquí.

La hora del juicio final había llegado. Tess señaló de mala gana hacia el sofá.

—Tomen asiento.

Kelly se sentó, pero cuando su marido no la imitó, volvió a ponerse de pie. No poseía el entusiasmo de su hija Ava. En cambio, había cierta fragilidad en ella, tanto por sus rasgos afilados como por los huesos prominentes de su clavícula.

—Se ha reunido con algunas de nuestras jóvenes —dijo Winchester.

—Sin el consentimiento de sus padres. —Kelly cruzó las manos al frente, los diamantes de su mano izquierda atraparon fragmentos de la luz de la tarde—. Ava nos lo ha contado todo.

Tess lo dudaba mucho.

—¿Qué les ha dicho exactamente?

—Que las instruye en el sexo y en métodos anticonceptivos. —Teniendo en cuenta la animosidad de su voz, Winchester podría haber dicho que Tess las enseñaba a construir explosivos caseros—. ¿Acaso lo niega?

Tess se recordó a sí misma que era moralmente superior o, al menos, eso creía.

—Las chicas vinieron a mí con preguntas concretas... Y yo se las respondí.

—No tenía ningún derecho —exclamó Kelly—. Es responsabilidad de los padres.

—Sí, lo es.

—¿Está insinuando que no sabemos cómo criar a nuestra propia hija? —Brad Winchester estaba visiblemente alterado.

—Ava es una chica encantadora. Deberían estar muy orgullosos de ella. —Luchó contra el sentido de la justicia que una mujer que había perdido a su última paciente no tenía derecho a experimentar.

Si esperaba que sus palabras apaciguaran a Winchester, su sombría expresión le decía lo contrario.

—Somos una familia muy unida. Y tenemos una comunidad sólida con altos estándares morales. No alentamos a nuestros quinceañeros a tener sexo.

—Por supuesto que no.

—Sin embargo, les ha dado toda la información que necesitan para escabullirse a espaldas de sus padres. —El ángulo de sus cejas se hizo aún más pronunciado.

—Nuestras escuelas tienen un programa de educación para la salud —dijo Kelly—. Un plan de estudios en línea con los valores de nuestra comunidad.

Tess trató de morderse la lengua, pero no lo logró.

—Entonces, ¿cómo explica la alta tasa de embarazos adolescentes de Tempest? —Era un farol. No tenía ni idea de cuál era el índice de embarazos de la ciudad, pero basándose en todas las estadísticas disponibles sobre la efectividad de los programas de educación en la abstinencia, se hacía una idea.

Kelly se estremeció, pero se recuperó rápidamente.

—Las estadísticas muestran que educar en la abstinencia en secundaria reduce significativamente la actividad sexual.

—Su hija no está en secundaria.

—Las chicas que practican la abstinencia no se exponen a las enfermedades de transmisión sexual. —Kelly cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto que parecía más autoprotector que agresivo—. Si ha leído los estudios, señorita Hartsong, sabrá que, además, esas chicas corren menos peligro de establecer relaciones con hombres que abusen de ellas. Y entenderá que esas mismas chicas tienen una mayor autoestima que las que son sexualmente activas demasiado jóvenes. Cuando mi hija practica la abstinencia, sabe que un chico la quiere por quien es, en lugar de usarla para el sexo.

Tess notaba el calor que le subía hasta el cuello.

—Conozco bien los estudios, señora Winchester, pero esos estudios también señalan algunas debilidades. Las adolescentes con programas de abstinencia tienen sexo a la misma edad que otros jóvenes, pero acaban embarazadas en mayor proporción porque son menos propensas a usar anticonceptivos. —Trató

de suavizar el tono—. Sé que los padres quieren creer que aconsejar a sus hijos sobre la abstinencia conseguirá que no tengan sexo, pero a los adolescentes nunca se les ha dado bien lo de dejarse los pantalones puestos, y ni todas las charlas del mundo van a conseguir que eso cambie.

—Pero ahí es donde entra en juego la influencia de los padres. No somos los paletos sureños ignorantes que cree que somos. —Winchester se hinchó como si lo hubieran inflado con helio.

—No creo...

—Usted es una forastera. No es parte de esta comunidad, y cree que puede venir aquí y decirnos cómo dirigir nuestras escuelas —la interrumpió Winchester, señalándola con un dedo.

—No quiero dirigir nada, señor Winchester. Las chicas vinieron a mí.

—No lo habrían hecho de no ser por ese expositor que puso en La Chimenea Rota —dijo Kelly—. Se lo dije. Le pedí muy respetuosamente que lo quitara, pero se negó.

—Y ahora descubrimos que ha estado llenando de basura la cabeza de nuestra hija —intervino Winchester.

—Defina «basura» —dijo North, que estaba unos pasos detrás de Tess.

Ella había olvidado que él estaba allí. Se adelantó, con Wren despierta y envuelta en una toalla en sus brazos. A diferencia de Wren, Ian parecía enfadado.

—Sé que lo es cuando la veo —respondió Winchester.

—¿Y ve basura cuando mira a su hija? —replicó North.

La situación ya era bastante difícil sin la intervención de Ian. Winchester dio un amenazador paso adelante.

—No me puedo creer que haya dicho eso.

Tess se interpuso entre ellos. Le habría encantado ver a North darle un buen golpe al pomposo Brad Winchester, pero no con Wren en brazos.

—Señor Winchester, tengo muchísima experiencia en la salud de la mujer y puedo decirle que ordenar a los chicos que no practiquen sexo no es la forma más eficaz de educarlos. Si no quiere que Ava venga aquí, dígaselo. Pero soy enfermera. —«Era» enfermera—. Sería éticamente irresponsable por mi parte negarle a alguien información relevante para su salud, y si esas chicas aparecen

en mi puerta con preguntas, las contestaré. —Sonó autoritaria incluso para sus propios oídos, pero ¡qué narices! Tenía razón.

Se fijó en que un músculo de la mandíbula de Ian comenzaba a palpar.

—Le aconsejo encarecidamente que no se quede atrapado entre esta mujer y su ética. No es muy flexible.

—¿Qué hay de su ética, señor North? Vivir con la mujer que mató a su esposa. —A Winchester no le gustaba que lo desafiaran.

—Creo que es hora de que se vayan —dijo Ian con una fría dignidad.

Puede que Ian no estuviera nervioso, pero Tess sí.

—Brad...

La señora Winchester tomó el brazo de su marido, pero él se sacudió.

—La madre de ese bebé no lleva ni un mes muerta y ustedes ya están viviendo juntos. Tal vez el *sheriff* tendría que investigar un poco más de cerca lo que ha pasado aquí.

Tess contuvo el aliento, pero Ian no se acobardó.

—Haga lo que crea conveniente.

—Están avisados. —Agarró a su esposa y la empujó hacia la puerta. Los zapatos de tacón de Kelly se giraron bajo sus pies, y se habría caído si él no la hubiera tenido sujeta tan fuerte del brazo.

El portazo asustó a Wren, que agitó los brazos.

—Bueno —dijo Ian—, ha sido divertido.

Tess esperó su «te lo dije». Pero cuando él no comentó nada, lo hizo ella misma.

—Sé que esto es exactamente lo que me advertiste.

—Olvidalo. Es un imbécil.

—Uno poderoso. Sé que tengo razón, pero eso no significa que deba decirle a alguien cómo criar a sus hijos.

—Por eso es necesario que des un gran paso atrás.

—Los rumores sobre Bianca..., sobre nosotros.

—Un montón de estupideces. ¿Sabes lo que de verdad me preocupa?

—Ni idea.

—El hecho de que tu pequeño diablillo se me haya meado encima. —Le

entregó a Wren. Por supuesto, había una mancha húmeda en su camisa.

—Así me gusta, Wren. —Le quitó a la pequeña, envuelta en la toalla.

Ian reprimió una sonrisa. Se dirigió a las escaleras, pero se detuvo a medio camino y la miró de nuevo.

—Anoche estuviste estupenda posando para mí.

Una mezcla de sentimientos se agitó dentro de ella. Buscó un chiste para disiparlos.

—Sí, Da Vinci me dijo lo mismo, aunque él me pagó mejor.

A ella le pareció bastante bueno, pero él no sonrió.

—Tienes una cara interesante.

—Y también lo es el cuerpo que la acompaña. —«Cállate. Si no vas a mejorar el silencio, ¡cierra el pico, coño!».

—Es un buen cuerpo —dijo él con rotundidad.

—Sería mucho mejor si no fuera tan grande.

—Es increíble lo equivocadas que seguís estando las mujeres —dijo Ian mientras desaparecía por las escaleras.

Tess necesitaba pensar en su futuro. Alejarse de la escuela. Encontrar una nueva vida. Se concentró en el más simple de sus problemas y llamó al hombre que se suponía que se ocupaba de la caldera.

—Aún no la han enviado, señora —le dijo—. Hay huelga de trabajadores. La avisaré cuando llegue.

Durante los siguientes días, trabajó en el turno de mañana en La Chimenea Rota mientras Heather cuidaba de Wren. A excepción de un grupo de hombres que parecían disfrutar hablando con ella, la atmósfera se había vuelto aún más fría. Solo unos pocos clientes le preguntaron abiertamente sobre la muerte de Bianca, pero intuía a otros hablando a sus espaldas. Uno de los habituales que no la rehuyó fue Artie, el adicto a la nicotina. Entró en el local al final del turno del primer día, llevando una nueva gorra de camionero.

—Maldición, Tess. ¿Cuándo empezaste a trabajar de nuevo?

—Esta mañana. Michelle estará aquí dentro de media hora si quieres cigarrillos. Aunque espero que no los quieras. En serio, Artie, tienes que dejar el

tabaco.

—Tal vez. No lo sé. —Se apoyó en el mostrador—. Mi novia y yo hemos roto.

—Lo siento.

—Sí. Ha decidido que no soy lo bastante bueno para ella.

—Entonces supongo que romper no ha sido tan malo.

—Eso es lo que me digo a mí mismo. Aun así... Tía, estaba buena. —Apoyó un codo en el mostrador de cristal, justo encima de los Long Johns—. Oye, ¿te apetece salir esta noche?

—No puedo. No salgo con hombres que fuman.

—A lo mejor lo dejas.

—Déjalo, y entonces hablaremos.

—Joder, Tess. ¿Por qué tienes que ser así?

Savannah le echó a Tess una mirada asesina desde la licuadora; estaba colocando una pila de tazas.

—Debe de ser agradable tener tiempo para ligar con los clientes mientras yo me dejo la piel.

Tess agradeció tener una excusa para terminar la conversación con Artie, así que no puntualizó que Savannah se había pasado la mayor parte de la mañana charlando por el móvil.

Tess volvió a la escuela poco antes del mediodía, al mismo tiempo que Ian aparecía por el sendero de la colina. Fue él quien cogió a Wren del asiento del coche sin esperar a que ella lo hiciera. Aunque no interactuaba con Wren de la manera en que lo hacía Tess —arrullándola o poniéndole muecas graciosas—, al parecer ya no la evitaba.

—¿Un día difícil en el curro? —preguntó.

—Courtney Hoover trabaja en uno de los moteles de carretera, pero su verdadera vocación es convertirse en reina de Instagram. Me odia. No estoy segura de por qué. Y la gente que antes era agradable ahora me mira como si fuera una asesina en serie. De eso sí sé el porqué. Por suerte, mis turnos coinciden con el horario escolar y Ava Winchester y compañía no han aparecido,

así que nadie me ha hecho preguntas sobre condones de sabores o mamadas.

Ian le dedicó una sonrisa perezosa que le hizo desear no haber mencionado las felaciones, y luego cerró la puerta del coche con la mano libre.

—He hablado con los abuelos de Wren. Estarán aquí dentro de una hora.

—Mierda. —Tess subió corriendo las escaleras.

10

Tess no debería haber pospuesto tanto tiempo hacer la colada. Sus vaqueros y su camiseta manchada de moka no inspiraban precisamente confianza, y necesitaba presentarse como la niñera profesional más competente del mundo. Tratando de calmar el pánico, sacó la última ropita limpia de Wren y se apresuró a bajar las escaleras.

Ian venía de la cocina con un sándwich en la mano.

—¡Cámbiala! —Tess le puso encima a Wren y, sin molestarse en coger una chaqueta, se fue corriendo a la cabaña.

Al entrar vio cómo la luz del sol se colaba entre las cortinas delanteras. Creía que las había dejado corridas para evitar que cualquier extraño se asomara a la cabaña vacía. De hecho, estaba segura de que las había dejado cerradas. Bueno, casi segura.

Se apresuró a subir las escaleras y cogió los mejores pantalones oscuros que tenía, un jersey blanco liso y una chaqueta gris hasta la cadera. Simple. Profesional. Se recogió el pelo en una cola de caballo y metió tantos mechones como pudo en una especie de moño. Como la dichosa Mary Poppins. La del libro, no la de la película.

Llegó a la escuela sin aliento. No había ningún coche desconocido aparcado fuera, así que todavía tenía tiempo de recoger un montón de cosas del bebé que estaban esparcidas por ahí, pero tan pronto como entró, Ian salió de la cocina anunciando que Wren había vomitado.

Corrió hacia ella.

—¡Vamos, Wren! Cooperera un poco.

—No parece que le guste la gente.

Tess le quitó al bebé y volvió a subir las escaleras. En ese momento, oyó un coche que aparcaba delante de la vieja escuela.

—Mierda.

—¡Ey, ey! Delante de la niña, no.

Ignorándolo, se giró y corrió de vuelta abajo para hacerse con el papel de cocina.

—Con esas pintas pareces una guardia de prisión —la pinchó.

—¡Así no me ayudas! —respondió ella.

—Relájate, ¿quieres?

—¡No me digas que me relaje! —gritó.

Sonó un golpe en la puerta. Habían llegado los lobos.

—Mierda, mierda, mierda... —Se apresuró hacia la pila.

Él asomó la cabeza en la cocina.

—Quédate aquí hasta que te calmes y dejes de actuar como una idiota. Es una orden.

Tess se agarró al borde de la encimera con una mano y respiró hondo. Wren olía a leche agria. Cogió una toallita de papel, la mojó e hizo lo que pudo para limpiarla.

Wren la miró con sus grandes ojos marinos. Le tembló la boca. Arrugó la frente.

—¡No! —susurró Tess—. No, cariño, no. Por favor. No llores.

Se puso a la pequeña en el hombro y la acunó, usando el movimiento que usaba de madrugada y que a veces la calmaba.

—¿Alguna vez te he pedido algo? ¿Eh? —susurró contra la parte superior de su rizado y oscuro cabello—. ¿En cualquier otro momento que no sea en mitad de la noche? —Oyó voces en la sala de estar. Ian los había dejado entrar.

Las piernas y la columna vertebral de Wren se pusieron rígidas, y su gemido se hizo más fuerte.

—Ahora no. Por favor, ahora no...

El bebé soltó un grito que hizo temblar la ventana.

Una mujer entró rápidamente en la cocina. Debía de tener unos sesenta años, pero parecía más joven. Los reflejos rubios brillaban cálidos alrededor de su rostro, hasta la altura de la barbilla. Su maquillaje era perfecto, ni poco ni mucho. Llevaba pantalones blancos hechos a medida con una blusa negra, un collar de azabache engarzado en plata y una juvenil chaqueta vaquera. Aunque no era una mujer alta, los tacones de casi ocho centímetros de los botines *nude* le

proporcionaban una altura más que respetable.

—¿Es ella? —La pregunta era retórica, porque la mujer ya estaba extendiendo los brazos hacia adelante, lista para arrebatarse al bebé chillón de los brazos de Tess—. Oh, cariño...

Tess podía llamar «cariño» a Wren, pero no aquel delgadito y patético sucedáneo de abuela. ¿Dónde estaba el pelo canoso y rizado, los pechos mullidos, el olor a galletas recién horneadas? Esta nueva y elegante versión 2.0 era un insulto a las cálidas y acogedoras abuelas de siempre.

—¿Puedo? —preguntó la mujer.

«No, no puedes».

—Está un poco alterada ahora mismo. —Tess la sostuvo con más fuerza.

—Por supuesto.

Wren analizó aquella cara nueva e inmediatamente dejó de llorar.

«Serás traidora».

Los ojos de la mujer se pusieron vidriosos.

—Se parece a las fotos de bebé de Simon. —Una lágrima formó una minicascada sobre el borde inferior de sus pestañas con rímel—. Los mismos ojos. La misma boca.

Entonces apareció un hombre. Con la mandíbula suavemente afeitada, canoso pelo rizado y atuendo elegante, parecía que hubiera venido directamente del campo de golf.

—Jeff Denning —le dijo a Tess con un odioso asentimiento amistoso—. Ya conoces a mi esposa, Diane. ¿Y a quién tenemos aquí?

—Se llama Wren —dijo Tess, aunque al parecer ninguno de ellos estaba escuchándola.

—Mírala, Jeff. Se parece a Simon. Y su nariz. Tiene tu nariz. —Otra lágrima se deslizó por la mejilla de la abuela perfecta.

—No le desees mi nariz —dijo el hombre con una sonrisa.

—Tienes una gran nariz. —Su esposa no le quitaba los ojos de encima al bebé.

Solo el más despreciable de los seres humanos se negaría a entregar a Wren a aquellos dos abuelos jóvenes, atléticos y enamorados. Tess agarró al bebé con

más fuerza.

Un par de brazos familiares se acercaron y le arrebataron a la pequeña.

—Estoy seguro de que te gustaría sostenerla. —Ian puso a Wren en los brazos de Diane.

Tess los odiaba. Lo odiaba. Desde el principio, Ian solo había querido deshacerse de Wren. Esos dos podrían haber sido tratantes de blancas y él se la habría entregado igual. Vale, quizá no eran tratantes de blancas, pero la cuestión era que a Ian no le importaba. No como a ella. Ni de lejos.

Wren se acurrucó en los brazos de su abuela. Cualquier atisbo de irritabilidad había desaparecido; parecía totalmente satisfecha. Diane sollozó, y el extremo de su nariz comenzó a ponerse rojo.

—No esperábamos esto. Simon es nuestro único hijo, y siempre se ha mostrado muy firme con la idea de no casarse ni tener hijos.

—Cumplió una de las dos —murmuró Tess.

Ian la agarró por el brazo y la condujo hacia la puerta.

—¿Por qué no vamos a la sala de estar, donde estaremos más cómodos?

—No se la entregaré —siseó Tess para que solo la oyera él.

Ian le dio un apretón de advertencia en el brazo.

Detrás de ellos, Jeff estaba pegado a su esposa.

—¿Vas a acaparar al bebé todo el día?

—Sí, así es. Sabes cuánto tiempo he soñado con tener un nieto. No será tu turno hasta que yo diga.

Era la típica conversación cariñosa que mantenían las parejas casadas desde hacía mucho tiempo.

Diane fue hacia las ventanas. Wren se había quedado hipnotizada por la brillante plata del collar de su abuela.

—Mira sus brazos —dijo Diane—. Me juego lo que quieras a que va a ser buena nadadora, como Simon.

Tess oyó los gorjeos de Wren, como si no pudiera esperar para saltar a la piscina.

«Qué pelota...».

—Simon estaba en el equipo de natación del instituto. Era muy competitivo.

—Jeff se giró hacia ellos para ofrecerles aquella explicación.

«Cojonudo...».

Ian debía de estar leyendo sus pensamientos, porque la pellizcó. ¡La pellizcó!

—Todavía no hemos podido contactar con Simon —dijo Diane—, pero, ahora que la hemos visto, no hay duda de que es nuestra.

Tess se puso nerviosa.

—Va a ser muy complicado. Pero que muy complicado. Legalmente, el señor North es el padre de Wren. En el certificado de nacimiento está su nombre.

El señor North frunció el ceño.

—Lo arreglaremos.

No habían dicho ni una sola palabra sobre Bianca, y Tess se puso furiosa. Parecía que habían olvidado que Wren tenía una madre que había muerto al dar a luz. Una madre que la habría amado. Que habría cuidado de ella... Pero la imagen de Bianca sentada durante horas para acunar a un bebé no se sostenía. Era más fácil imaginar a Bianca corriendo para salir a cenar *sushi* y olvidando a su hija por el camino.

—Seguro que sabéis que Wren es prematura —dijo Tess—. Es vital que disponga de los mejores cuidados. —Se lanzó a describir con detalle las complicaciones a las que se enfrentaban los bebés prematuros, ninguna de las cuales sufría Wren en ese momento. Cuando los aterrizó lo suficiente, comenzó a enumerar sus credenciales profesionales, enfatizando los cuidados posparto que había proporcionado a los recién nacidos, en lugar de lo que hacía principalmente, que era introducirlos en el mundo—. Sé que todos estamos de acuerdo en que es mejor dejar las cosas como están ahora.

Ian la miraba irritado.

—En cuanto a eso... —dijo Jeff—. Tenemos que hablar con Simon, pero su carrera le exige viajar mucho, y sabemos que no está en posición de cuidarla.

Tess contuvo la respiración.

—Por mucho que queramos a nuestro hijo —dijo Diane—, dudo que se establezca, así que la cuidaremos nosotros, naturalmente.

Por supuesto que lo harían.

—¿No eres un poco mayor para eso? —preguntó Tess con rapidez, pero

incluso ella supo que se había pasado—. No es que ninguno de los dos parezcáis viejos —rectificó a toda prisa—. Estáis muy en forma. Pero acoger a un recién nacido... Tendrás, ¿cuántos años?, ochenta y tantos cuando Wren sea una adolescente.

—Más bien setenta y tantos —la corrigió Diane.

—Sí, pero seguro que Wren interferirá en tu estilo de vida. Está claro que eres muy activa. Supongo que te gusta viajar. Salir de excursión en bicicleta. Partidos de tenis. Torneos de petanca. Hay muchas cosas que te gustan y a las que, estoy segura, te verás obligada a renunciar.

—Sabemos que tendremos que hacer sacrificios —dijo Diane—, pero ella merece una educación estable, y somos los únicos que podemos proporcionársela.

—Hay otras opciones. Podríais...

—Tess... —Ian se puso de pie y la agarró—. Vamos a dar un paseo y a dejarles un tiempo a solas con Wren.

Prácticamente la llevó fuera.

—¡Deja de empujarme!

No lo hizo. En su lugar, la arrastró, a marchas forzadas, fuera de la casa y a través del claro donde, hacía menos de un mes, había aterrizado el helicóptero de rescate. Cuando estaban entre los árboles, fuera de la vista de la casa, se volvió hacia ella.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?

—Estoy... preocupada. Eso es todo.

—No puedes quedártela, Tess. No es tuya. —La agarró por los hombros.

—Ya lo sé. ¿Crees que no lo sé? Pero... Hice una promesa. Le prometí a Bianca en su lecho de muerte que la cuidaría.

—Esa pareja está enamorada de ella. Son unos abuelos de ensueño. ¿Qué más podrías querer para Wren?

Su corazón se rebeló contra su fría lógica.

—Solo son abuelos. Ella merece... Ella merece más.

Sabía lo tonto que sonaba aquello. Wren no podía aspirar a más. Su madre estaba muerta, su padre era un trotamundos. Wren tenía suerte de contar con

unos abuelos que ya se estaban enamorando de ella y que estaban dispuestos a sacrificarse para criarla.

—Sé que quieres lo mejor para ella —dijo Ian, comenzando a alejarse de ella—. Pero necesita estar con su familia.

«Yo soy su familia. Fui la primera persona que la tocó. La que la alimentó, la cambió, la sostuvo contra su cuerpo...».

Tenía que dejar de pensar así y empezar a considerarse solo la madre de acogida, una de tantas mujeres bondadosas que cuidaban con amor a los recién nacidos hasta que estos se reunían con sus familias.

—Estará bien. —Ian se quedó junto a ella y el tono de su voz se suavizó casi imperceptiblemente.

—Pues claro que sí. —Se estremeció. Había salido sin chaqueta, solo con el jersey—. Y sé que estoy siendo horrible.

—Horrible no —dijo con brusquedad—. Tienes un gran corazón. Te estás dejando llevar por él.

Tess esbozó una sonrisa vacilante.

—Bueno, pues es una mierda.

—Me lo imagino.

Caminaron un rato en silencio, arrastrando las hojas del camino con las zapatillas. Se acercaron hasta la vieja torre de vigilancia contraincendios.

—¿La quieres...? Me refiero a Wren. ¿Aunque sea un poco? —Se detuvo. Hizo un hoyo con el pie y lo miró fijamente.

—Me importa lo que le pase. —Ian miró hacia el bosque, detrás de ella, mientras hablaba despacio, eligiendo las palabras.

—Pero no la quieres —dijo ella con rotundidad.

—No puedo sentir el tipo de amor del que me hablas.

—Claro que sí.

Ian negó con la cabeza. Por fin, sus miradas se encontraron.

—No, Tess. No soy como la mayoría de la gente. Soy egoísta. Las grandes emociones se interponen en mi trabajo, y mi trabajo siempre es lo primero. Por eso necesito espacio.

—Bianca debió de ser un auténtico problema para ti. —Algo que ella ya

sabía. Ian empezó a caminar de nuevo, y lo siguió—. ¿Así que nunca has estado enamorado?

—No he dicho eso. Tuve la típica relación de adolescente cuando estaba en el internado.

—¿Con una chica?

—Sí. Con una chica. —Arqueó una ceja.

Ella sabía por *IHN4: La historia de un rebelde* que sus padres lo habían metido en un internado a medio continente de distancia, pero aun así no le pegaba nada cuando lo comparaba con el aspecto que debía de tener cuando Bianca lo encontró desmayado junto a una puerta.

—Pero no tuve relaciones de verdad hasta los veintitantos —dijo—, y ahí fue cuando las cosas se pusieron feas.

—Te rompieron el corazón —comentó con el tono justo de burla para que no se sintiera incómodo.

—No —dijo en voz baja—. Siempre era yo el que rompía el de ellas. Y ninguna se lo merecía.

—Ah... —Trató de procesar lo que él le había dicho—. No me parece que seas un cruel rompecorazones. No estás mal como persona. Cuando no te comportas como un imbécil, claro.

—Agradezco tu retorcido cumplido, pero ya tengo suficientes pecados como para añadir uno más a la lista. Así que ya no rompo corazones.

—¡Venga ya! Ni que fueras tan irresistible... —Siempre y cuando ella no tuviera en cuenta el aire a virilidad que se aferraba a él como el humo a la leña. O esos robustos y atractivos... Notó que le colgaba una horquilla del pelo y se la metió en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Desde entonces, pues, solo has estado con prostitutas?

—Buen intento...

—¿Significa eso que has tenido sexo con mujeres sin pagar?

—Sí, Tess. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—No hasta que termine de procesarlo. El sexo normalmente implica todo tipo de emociones fuertes. ¿No te asusta?

—Si encuentras a la pareja adecuada no tiene por qué ser así. Puede ser

divertido.

—Volvemos a las prostitutas, ¿no?

—Ahora sí que me estás provocando.

Decidió desviar un poco el tema.

—Creía que se suponía que el amor ayudaba a que la gente creativa fuera más productiva.

—Tal vez. Pero a mí no.

—¿Qué cosas terribles te pasaron cuando te enamoraste?

—Como te he dicho, soy un ser solitario. Dejé de trabajar. Venga, burlate.

—Porque...

—Porque soy mi trabajo. Melodramático, lo sé, pero es lo que hay. Vivo una vida consagrada al egoísmo. —Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—No es una forma divertida de vivir.

—A lo mejor no para ti, pero el auténtico arte callejero no es como otras formas de arte. Está enraizado en la ira y es más grande que la persona que lo crea.

—Me da que no sé qué distingue el auténtico arte callejero de las pintadas de un gamberro.

—Lo sabes cuando lo ves. El auténtico arte callejero no es obra de matones que rocían sus iniciales en cualquier superficie que encuentran. No hay ninguna idea detrás de eso. ¿Sabes los tipos esos que empezaron en un garaje en California, Jobs y Wozniak?

—El comienzo de Apple.

Asintió con la cabeza.

—Poder para el pueblo. Ese era su lema, y es el nuestro también. Llevamos el arte a la gente que nunca ha pisado un museo. Arte que, además de entretener, tiene un mensaje social. Arte que existe no solo para ser bello.

—Eso es lo que haces.

—No empecé así. Cuando era niño, cada vez que golpeaba la boquilla de una lata de Krylon era un «jódete» dedicado a mi padre. Solo era una buena terapia. El verdadero arte vino después. El buen arte callejero debería hacerte sentir algo: peligro, curiosidad, risa, reconocimiento.

Tess retiró otra horquilla que le colgaba del pelo.

—¿Una rata gigante en una pared de un edificio?

—Estás hablando de Banksy. ¿De qué se alimenta esa rata? ¿Por qué está ahí? ¿Es la última superviviente? ¿Nos representa a nosotros o a lo que hemos perdido? ¿Y cómo te sientes al tener esa rata gigante cerniéndose sobre ti?

Cualquier deseo de burlarse de él se desvaneció al pensar en su propio dolor.

—Pero ¿cómo vives la vida sin esas grandes emociones tan importantes?

—Pues viviendo.

—¿Asegurándote de que nunca te preocupas demasiado por nadie más que tú?

—Eres viuda, Tess. Por mucho que intentes ocultarlo, sé que has sufrido. Así que dime..., ¿de qué te sirvió el amor?

No lo dijo con amargura ni como burla. En cambio, su tono era reflexivo y la hizo sentir como si realmente quisiera entenderlo.

—No lo conocías —dijo.

—Pues háblame de él.

Nunca se había imaginado hablando de Trav con Ian. Y sin embargo...

—Nos conocimos en el jardín de infancia. Trav me rompía adrede los lápices de colores. Sin embargo, fui yo la que acabó ante el director.

—¿Y eso?

—Pues que le di un puñetazo...

—Amor a primera vista.

—Cuando volví del despacho del director, me sacó la lengua a espaldas de la señorita Rowling.

—Y eso todavía escuece... —Ian sonrió.

—Convertimos el aula en un campo de batalla. Yo dibujaba algo en un papel y Trav lo rompía. Él construía un coche de LEGO y yo lo destrozaba. —Ella le devolvió la sonrisa.

—Un combate a muerte.

—Su madre pidió al colegio que nos separaran en primer grado.

—Una madre sabia.

—Pero en el recreo nos encontrábamos. Me perseguía y yo lo perseguía con

un palo. Me insultaba, y yo lo insultaba a él con cosas peores. Un día bloqueó el tobogán para que no pudiera levantarme, así que esperé a que se subiera a las barras y lo empujé.

—Nunca subestimes el poder de una mujer enfadada.

—Le rompí un diente. Por suerte, era un diente de leche.

—Tenías la fortuna de tu lado...

—No te rías. Fue grave.

Sonrió.

—No me estoy riendo. Doy las gracias por no haberte conocido entonces.

Bueno, ¿y cuándo terminó la guerra?

—Cuando cumplimos doce años.

—Es un milagro que ambos sobrevivierais tanto tiempo. ¿Cuál fue el punto de inflexión?

—Le rompí la pierna.

—Diente. Pierna. No me extraña que te dedicaras a la medicina.

—Fue un accidente, pero mi madre me obligó a ir a su casa y disculparme.

—Su moño de Mary Poppins se había deshecho. Sacó la última de las horquillas del pelo y se quitó la goma—. Estaba en la cama y parecía muy triste. El campamento de sexto grado era justo ese fin de semana. Solo hablábamos de eso, y él iba a perderselo. Me gritó, pero intenté no llorar, y me sentí tan mal que le dije que yo tampoco iría.

—Tu frío corazón se derritió.

—No exactamente. La escuela ya me había castigado sin ir por lo de la pierna.

—Pero no se lo dijiste.

—Más tarde sí. —Se puso la goma del pelo en la muñeca—. Terminamos pasando el fin de semana viendo películas de Jim Carrey en su dormitorio. Después de eso nos hicimos amigos íntimos. Incluso se peleó con un chico de octavo que me rompió el tirante del sujetador.

—Supongo que podrías haberte ocupado de él tú solita, pero aun así, fue valiente por su parte.

—Le hice romper con Lorrie Wilkins. Entre nosotros, ella solo lo usaba para

poner celoso a Charlie Dobbs.

—Mis labios están sellados. Así que fue solo amistad y nada de romance. Hasta que...

—El último curso. Ninguno tenía cita para el baile de graduación, y decidimos ir como amigos. Cuando la noche terminó, éramos más que amigos.

—Tú y tus conferencias sobre el sexo adolescente...

—Esperamos un poco más, pero no mucho. Y a diferencia de los niños de aquí, tuvimos una educación sexual decente. —Ella pisó la raíz de un árbol—. Nos casamos dos semanas después de que me graduase de la universidad. Él cambió de especialidad un par de veces, así que le llevó más tiempo.

—¿Estuvisteis juntos desde el último año de secundaria?

—Salimos con otras personas un par de veces. Pero no nos gustó la experiencia a ninguno de los dos. —Ella dejó de caminar y lo miró—. Tienes razón, Ian. Si nunca amas, el amor nunca te hará daño. Pero no puedo imaginarme la vida sin haber amado a Trav.

—Pero su muerte te ha hecho sufrir.

Sí, había sufrido. Pero, de alguna manera, el dolor que acarreaba desde hacía tiempo había disminuido.

—Esperamos tenerlo todo listo dentro de menos de dos semanas —les dijo Diane cuando volvieron.

Los Denning planeaban regresar a Nueva Jersey aquella misma noche, pero tenían intención de volver a por Wren tan pronto como hubieran arreglado los trámites legales preliminares.

—Para entonces habremos hablado con Simon —dijo Diane mirando a Wren.

Jeff deslizó el brazo alrededor de los hombros de su esposa.

—Cancelaremos el crucero fluvial que habíamos planeado. De Praga a Budapest. Lo teníamos organizado desde hace tiempo para celebrar nuestro cuarenta aniversario de boda.

—Nada es más importante que la familia —dijo Diane con firmeza.

Finalmente, después de tomar docenas de fotos con el móvil, y de que Diane

se secara las lágrimas, se marcharon.

Ian se encerró en el estudio. Tess dio vueltas por la escuela, luego abrigó a Wren y regresó a la cabaña a buscar la ropa que había desechado. Wren se dio cuenta de su mal humor y comenzó a protestar. Tess hizo una larga serie de respiraciones profundas y comenzó a recoger la casa. Cuando terminó, se acercó a las ventanas del salón. Frunció el ceño y corrió las cortinas.

En La Chimenea Rota, Artie le dijo a Tess que hacía dos días que no fumaba ni un cigarrillo y volvió a coquetear con ella.

—Siempre te han gustado con tetas grandes —comentó el señor Felder desde su sitio en la mesa de la esquina.

Artie se atragantó con el café, y Tess apuntó con la jarra metálica llena de leche caliente hacia la mesa trasera.

—No me importa la edad que tenga, señor Felder. Ese tipo de comentario es inapropiado y ofensivo.

—Tengo noventa años, señorita provocadora, y eso significa que puedo decir todas las tonterías que me salgan de ahí.

—No mientras estoy trabajando —respondió—. Un comentario más como ese y se va de aquí.

—No puedes echarme. —Le sonrió—. Te caería encima el peso de la ley.

Tess dejó la jarra de leche.

—Será mejor que alguien coja su bastón, porque, en serio, voy a golpearle en la cabeza con él.

—Yo me encargo. —Artie fue a por el bastón—. ¿Qué te pasa, Orland? No puedes ir por ahí soltando gilipolleces como esa delante de una dama.

—No es de extrañar que los nortños piensen que los del sur somos un hatajo de paletos. —La señora Watkins, la jefa de la Alianza de Mujeres de Tempest, levantó la vista de su libro, *El dilema del omnívoro*

—Solo les decimos a nuestros viejos vecinos de Boston que son pintorescos —dijo la mitad masculina de una pareja que se había retirado en Tempest, mientras dejaba a un lado la taza de café americano.

A Tess le caía bien la pareja de jubilados. A diferencia de los lugareños, no

estaban al tanto de la muerte de Bianca y no difundían el rumor de que ella la había dejado morir para poder tener a Ian para sí.

A excepción del señor Felder, sus clientes actuales eran un grupo muy agradable, pero no había sido así los últimos dos días. El padre de Imani, el reverendo Peoples, había aparecido por allí y, aunque había sido más educado que los Winchester, su mensaje había sido igual de claro: «Deja de corromper a nuestras hijas».

Una mujer embarazada a la que Tess no había reconocido, pero que, obviamente, sí la había reconocido a ella, se había marchado sin pedir nada, como si temiera que fuera a verter algún tipo de veneno matabebés en el té verde helado.

Su relación con las compañeras de trabajo se había deteriorado aún más. Michelle tenía la costumbre de cubrirse la barriga con las manos cuando debía acercarse a ella. Savannah la miraba como si fuera el diablo. El marido de Michelle, Dave, era el único de la familia que parecía disfrutar de su compañía.

Comenzó a llegar la habitual multitud de adolescentes después de salir del instituto, pero Ava no dio señales de vida. Tess sospechaba que sus padres habían declarado La Chimenea Rota un lugar prohibido cuando ella estuviera detrás del mostrador.

Al acabar su turno, fue hacia su coche. Escrito en el polvo, a lo largo de un guardabarros, había una sola palabra: «Zorra».

11

—¿A qué hora sales hoy, Tess? —Freddy Davis, el único policía del pueblo, se presentó en La Chimenea Rota a la mañana siguiente. Era grande y lento, con cejas pobladas, un labio superior muy fino y debilidad por el *macchiato* con caramelo.

¿Freddy también la estaba invitando a salir? Le tiraban los tejos pese a que la mitad del pueblo la consideraba una apestada, no lo entendía. ¿Qué encontrarían tan intrigante los hombres de Tempest en una viuda de treinta y cinco años con sobrepeso y un cabello imposible de domar?

«Zorra...». La polvorienta inscripción que había encontrado en su coche... Aunque solo se la podría considerar una zorra por sus pensamientos impuros, que no serían tan pervertidos si no se topara con Ian por la noche cuando bajaba a calentar un biberón, o si no tuviera que oír el sonido de sus pasos en el estudio, haciendo Dios sabe qué, porque era evidente que no estaba trabajando.

—Mi turno termina al mediodía. —Wren la había mantenido despierta mucho tiempo la noche anterior, y tuvo que reprimir un bostezo.

—¿Te importaría pasar por la comisaría de policía al salir?

—Eeh..., claro que no. —Freddy la miraba con una expresión muy profesional; no se trataba una invitación social, y despertó de golpe.

—Pues hasta luego. —Se fue sin el *macchiato* de caramelo y sin añadir nada más.

La comisaría de Tempest ocupaba un par de despachos en el pequeño ayuntamiento de la ciudad. Había una bandera americana colgada en una pared y una pizarra en otra, junto con algunos certificados enmarcados y una foto de la ceremonia de inauguración del Centro Recreativo Brad Winchester. Tess, sentada en una silla de plástico naranja, no paraba de toquetear la correa del bolso.

—Tengo un par de preguntas sobre la mujer de ese artista. La que murió. —

Freddy cogió un rotulador azul de borrado en seco y golpeó con él la parte superior de una bolsa de aperitivos vacía.

—Bianca e Ian North no estaban casados. —Tess apretó la correa del bolso.

—Hoy en día, es muy raro que una mujer muera en el parto.

—Bianca tuvo una embolia de líquido amniótico. Es muy extraño y casi siempre mortal. El hospital tiene mi informe completo. —Trató de desprender una calma que no sentía.

—Me gustaría que me lo contaras a mí.

Se enderezó en la tambaleante silla de plástico, recordándose a sí misma que no tenía nada que esconder. Describió lo que había sucedido, un hecho tras otro.

Él escuchó sin tomar notas, se echó hacia atrás en la silla y giró el rotulador entre los dedos.

—Ian North —dijo cuando ella terminó—, el artista. ¿Ahora vives con él?

—Soy su empleada. —Parecía a la defensiva y se obligó a hablar con más calma—. Estoy cuidando temporalmente del bebé hasta que pueda organizarse de otra forma.

—La gente habla de todo este asunto. De vosotros dos.

—No sabía que los chismes malintencionados fueran un asunto policial. —No podía ignorar lo que insinuaban las palabras del policía, y se sonrojó.

—A veces es difícil diferenciar entre los rumores y la verdad.

—No tengo nada más que decir. —Ya había tenido suficiente y se levantó de la silla.

—El problema es que solo tenemos tu palabra. La autopsia parece no ser concluyente. —Dejó caer el rotulador en una taza de café vacía.

—¿Que no es concluyente? ¿Qué quieres decir?

—Me he enterado por la oficina del forense. —Se levantó de detrás del escritorio para despedirse de ella—. Te agradezco que hayas venido. Te haré saber si necesito algo más.

Pese a que Tess sabía que esto podía pasar, porque una embolia de líquido amniótico era difícil de confirmar, incluso con una autopsia, no pudo reprimir las náuseas. Se presionó el estómago con una mano y se apresuró a volver a su coche.

Ahí estaba otra vez. Otro mensaje. Esta vez escrito en el capó polvoriento.
«Putas».

Tess sabía que acabaría contándoselo todo a Ian —lo que habían escrito en su coche, lo del informe de la autopsia y la visita a la comisaría de policía—, pero no sería en ese momento; todavía tenía las emociones a flor de piel. El alboroto que estaba formando Wren tampoco ayudaba. No parecía que le doliese nada y tampoco tenía fiebre, así que debía de tratarse de una rabieta, como la de cualquier otro bebé.

En el trabajo, al día siguiente, Tess casi se quedó dormida mientras repasaba unos recibos que Phish quería que comprobara. Ojalá lograra disfrutar de cuatro horas de sueño ininterrumpido.

Pero no iba a ser así. Esa noche, no mucho después de que instalara a Wren por segunda vez en la cuna, junto a su cama, el bebé empezó a gimotear de nuevo. Tess no se movió. Tal vez si se quedaba completamente inmóvil, Wren volvería a dormirse.

Sin embargo, la pequeña era demasiado lista para tragarse esa treta y empezó a llorar de verdad.

—Wren, por favor, cierra el pico. —Tess enterró la cara en la almohada.

Wren se sintió ofendida y aumentó la intensidad del llanto.

Con un resoplido, se incorporó para sacarla de la cuna. A lo mejor conseguía calmarla sin levantarse. Pero no hubo suerte: Wren se había acostumbrado a que la pasearan. Así que Tess se levantó, la cogió en brazos y le olió la coronilla. Mientras inhalaba el cálido aroma a bebé, se percató de lo poderoso que resultaba aquel mecanismo de supervivencia. Ese olor estaba diseñado genéticamente para proteger de la extinción a esta especie malhumorada, egocéntrica, cagosa y vomitona conocida como «humano recién nacido». ¿Pasearían Jeff y Diane con ella en brazos cuando se pusiera de mal humor?

Mientras recorría el dormitorio de un lado al otro, con los ojos enrojecidos por el cansancio, la puerta se abrió y un rayo de luz del pasillo perfiló una figura alta y familiar en camiseta y calzoncillos. Parecía tan malhumorado como Wren.

—No le grites —dijo Tess—. No he podido evitarlo.

—No tengo por costumbre gritar a los bebés. Da igual lo mucho que me apetezca hacerlo.

Un embriagador y cálido aroma a virilidad la envolvió cuando él se acercó. Primero el olor de Wren y ahora el de Ian. Necesitaba tapones para la nariz.

—Dámela —dijo él—. Necesitas dormir un poco.

No podía creer lo que acababa de oír. Ian nunca se había ofrecido para coger a Wren y, sin embargo, ahí estaba. Debería agradecérselo, pero no terminaba de confiar en él. A diferencia de Heather, Ian no tenía ni idea de las sutiles diferencias entre los gritos de Wren o de cómo debía moverle las piernas haciendo la bicicleta si tenía gases.

Tess se detuvo. Tenía que dejar de pensar que ella era la única cuidadora competente de Wren.

—Aquí la tienes. —Se obligó a entregar al bebé y volvió a acostarse.

Él no salió de la habitación de inmediato, pero ella estaba demasiado cansada para preguntarle por qué. Por fin, oyó cómo se cerraba la puerta del dormitorio.

«Todo va ir bien. Wren estará bien».

Otra vez la misma pesadilla. Siempre igual: la sangre, los llantos de Bianca, su incapacidad para llegar a ella. Un poco antes de las seis, dejó de intentar volver a dormirse.

Al salir de la cama, los últimos coletazos de la pesadilla le revolviéron el estómago. Necesitaba asegurarse de que Wren estaba bien. Caminó de puntillas por el pasillo y miró en el estudio. Allí no había nadie. La sala de estar estaba vacía y la casa tranquila. Ian debía de haberse llevado a Wren fuera. Pero su cazadora seguía colgada en el perchero. Solo había otro lugar en el que podían estar.

En el dormitorio de Bianca.

Tess no había entrado desde aquella tarde, hacía tres semanas, en que se fue a vivir a la escuela con Wren. La puerta siempre estaba cerrada, así que evitar la tentación le había resultado bastante sencillo. Vaciló, aunque luego giró el pomo.

Algunos rayos de luz nacarada iluminaban los coloridos remolinos de hollín que se enredaban en las paredes. Cuando vio por última vez la habitación, estaba

vacía, pero ahora ya había una sencilla cama de matrimonio nueva, diferente a la que había acogido a Bianca el día de su muerte. No tenía cabecero, solo un colchón y un somier sobre unas patas metálicas. Ian estaba de espaldas, con los hombros apoyados en una montaña de almohadas, y un juego de sábanas negras retorcidas a su alrededor. Se había quitado la camiseta, y Wren estaba profundamente dormida, acurrucada sobre su pecho desnudo, con las rodillas dobladas, el trasero al aire y una mejilla contra su piel; él había curvado la mano de forma protectora alrededor del bebé.

La niña estaba durmiendo boca abajo, algo que los pediatras modernos desaconsejaban; pero no corría ningún riesgo, pues tenía la cabeza más alta que el resto cuerpo. Otro bebé se quejaría de aquella posición sobre el pecho de North, pero Wren parecía muy cómoda.

Un revoltijo de ternura, dolor y deseo le puso a Tess un nudo en la garganta. Cómo le hubiera gustado ver a Trav exactamente así, con su bebé: pero su marido había sido demasiado infantil, en el fondo, para ser padre.

Trav... Una tristeza melancólica se apoderó de ella. Tristeza, pero no pena. Ya había llegado la hora. El momento de dejarlo ir.

Cerró la puerta con suavidad, se puso unas zapatillas de deporte y la chaqueta de Ian. De esa guisa, con el pantalón del pijama y las manos ocultas por las mangas de la chaqueta, salió a recibir al nuevo día, saturado con los olores del rocío, la tierra y el moho de las hojas. Por fin tenía claras muchas de las cuestiones que no había querido ver durante su matrimonio. Tess había sido la adulta de la relación, la responsable, y él había acabado convirtiéndose en una carga para ella.

Se rodeó con los brazos. Trav había sido el amor de su niñez, de la adolescencia, de la juventud..., pero el dolor, el tiempo, su nueva vida y ese bebé la habían cambiado.

Atravesó el patio. A la izquierda, la casa del árbol tenía ya una plataforma. Los sentimientos que le despertaba Ian no se parecían al amor que había sentido por Trav, pero ya no pensaba negar lo mucho que se sentía atraída por él. Cuando estaba con Ian, rebosaba seguridad. Era ella misma. No tenía que cuidar de él. No tenía que animarlo, presionarlo ni reñirlo. Ian North era un hombre que

sabía exactamente quién era y el lugar que ocupaba en el mundo.

El dobladillo del pantalón del pijama se empapó en la hierba húmeda cuando se abrió paso por el sendero. North era un tipo complejo, problemático y misterioso. Un hombre que había llegado a una conclusión sobre cómo debía vivir su vida: solo. Tal vez esa desconexión emocional explicaba su poderoso atractivo sexual. Porque ella lo deseaba. No pensaba mentirse más a sí misma. Quería sexo salvaje, guarro y muy apasionado con él. Terrenal; obsceno, tal vez; pervertido, incluso. El tipo de sexo con el que había fantaseado mucho antes de que Trav muriera. El que ella imaginaba que Ian le ofrecería, debido a su falta de compromiso emocional.

Y ella también podría hacerlo. Lo único que tenía que hacer era pedirselo.

Y eso era lo único que no haría.

Si Ian la deseaba, tendría que dar el primer paso. Llevar las riendas, ser agresiva y un poco dominatriz podía ser una fantasía para muchas mujeres, pero no para ella. Necesitaba ser el objeto de la lujuria; la perseguida, no la perseguidora.

El impulso sexual de Trav nunca había sido tan fuerte como el de ella. Jamás la rechazó, mentiría si dijera lo contrario, pero siempre había tenido que dar ella el primer paso.

«Enciéndeme, *sexy* dama. Me encanta cómo me excitas».

«¿Qué tal si me excitas tú a mí para variar?», le decía, y él siempre respondía lo mismo: «Enséñame cómo».

A Trav le gustaban las cosas fáciles. La risa fácil, los cumplidos fáciles; su naturaleza tranquila y relajada eran tan parte de él como su lacio pelo castaño y su eterno optimismo. Trav no juzgaba ni criticaba. Disfrutaba de la gente tal cual era. Por eso todo el mundo quería estar cerca de él, y por eso lo había amado. Porque había pasado por alto sus defectos: su inestabilidad laboral y su actitud infantil hacia las tareas domésticas y el control de las finanzas familiares. «Algún día —se había dicho— será él quien se encargue de los impuestos o quien arregle la pata suelta de una silla», en lugar de dejarlo todo en sus manos. «Algún día se pondrá tan cachondo que me llevará a la cama, me desnudará y me hará el amor como si fuera la mujer más irresistible del mundo».

Pero no había ocurrido nada de eso. No estaba en su naturaleza.

Las aguas del arroyo Poorhouse formaban espuma debajo del puente cuando lo cruzó. Miró hacia el lugar donde había caído un árbol formando una minicascada. Ian era una nueva especie de hombre para ella. Un varón adulto y maduro que no necesitaba mimos.

Llegó hasta la cabaña y abrió la puerta trasera. Las cortinas estaban corridas, exactamente como las había dejado, pero había algo diferente. Vio un par de zapatillas deportivas junto a la puerta. Unas zapatillas que no le pertenecían. Dio un paso hacia el interior con cautela.

Kelly Winchester estaba profundamente dormida en el sofá.

Estaba acurrucada en posición fetal y había dejado un plumífero de diseño abandonado en la alfombra. Se había tapado hasta los hombros con el viejo edredón con el que Tess había cubierto el sofá.

Se le revolvió el estómago ante esa violación de su intimidad. Y de todas las personas del mundo tenía que ser Kelly Winchester. Pensó en las pistas que había pasado por alto: el rastro de barro, las cortinas que había encontrado abiertas cuando deberían haber estado cerradas. No era la primera vez que Kelly iba a su cabaña. Pero ¿por qué?

Kelly no se había movido. Tess comenzó a acercarse a ella y se detuvo. Retrocedió de la misma manera en que había entrado, haciendo el menor ruido posible. No había señales de ningún vehículo, así que Kelly debía de haber subido a pie. ¿Para qué? No había nada que valiera la pena robar, y si hubiera tenido la intención de destrozarse su casa para vengarse de ella, ya lo habría hecho. Había muchas preguntas sin respuesta.

Y también una información que podría utilizar contra ellos, llegado el caso.

Había algo en los Winchester que no encajaba. ¿Y si, en lugar de enfrentarse a Kelly, dejaba que esa situación se prolongara un poco más? Los Winchester eran una poderosa fuerza económica y política en Tempest. La animosidad de Kelly hacia Tess era palpable, y era evidente que Brad tenía un lado oscuro y despiadado. Habían apuntado en su dirección y tenían todas las cartas a su favor.

Salvo esa.

Tess sabía algo que Kelly no querría hacer público. Era un arma endeble y tal

vez no sirviera de nada, porque Kelly no había provocado ningún daño en la cabaña; sin embargo, podía usarla cuando quisiera. ¿Por qué no esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos?

Mientras subía por el sendero para volver a la escuela, decidió que no le contaría nada a Ian. Al menos, no todavía. No era precisamente un hombre sutil, y seguro que la obligaría a plantarle cara a Kelly de inmediato. Y quizá tuviera razón, pero quizá no.

Ian y Wren estaban despiertos cuando regresó. Él estaba sentado en una de las sillas del salón, dándole de comer. Había apoyado un tobillo sobre la rodilla contraria y se había acomodado a Wren encima. La niña había debido de empapar el pijama, porque llevaba uno distinto.

—Es el diablo personificado —dijo él mirando a Tess.

—Cierto.

Cuando salió de casa, Tess pensó que él no se daría cuenta de que el biberón de la mañana estaba en la nevera, pero al parecer lo había descubierto, porque no parecía que hubiera alimentado a la pequeña con cerveza. Intentó relajarse. Lo cual resultaba casi imposible, por el simple hecho de que él solo llevaba puesta una camiseta y unos vaqueros. Una camiseta tan vieja y desgastada que veía su piel a través del algodón. No se había afeitado, estaba despeinado y su mano se veía enorme alrededor del pequeño biberón.

—Gracias por llevártela anoche. —Él la estaba mirando fijamente. Ella se agachó para doblar las perneras del pijama.

—Supongo que me dio un ataque de locura.

—Aun así, fue un bonito detalle por tu parte. —Mientras colgaba la chaqueta, recordó que no llevaba sujetador bajo la camiseta. Seguro que él no se daría cuenta.

Pero sí lo notó y la miró fijamente, sin sutilezas. Su mirada se dirigió a sus pechos y a sus caderas de una manera casi ofensiva, pero solo casi. Ni siquiera había desayunado y ya estaba excitada.

Luego una fría pizca de realidad la envolvió. Ian estudiaba su cuerpo como lo haría un artista, mientras que ella lo miraba con los ojos de una diablesa

hambrienta de hombres.

—¿Le has oído la cabeza? —Quería cambiar de tema.

—Es difícil no hacerlo —repuso, con los ojos clavados de nuevo en sus pechos.

—Es genial, ¿verdad?

—Mejor que el olor que sale del otro extremo. El baño está hecho un desastre, te lo he dejado de regalo, para que lo limpies.

—Qué generoso.

Él sonrió.

En lugar de arrebatarse a Wren, subió las escaleras. Arrugó la nariz cuando entró en el cuarto de baño. Ian no había exagerado al decir que lo había dejado hecho un desastre. Lo limpió y después se duchó. Con agua fría.

Cuando regresó abajo, él había metido a Wren en una hamaca que había colocado sobre la encimera de la cocina. Estaba friendo huevos, algo inusual, ya que su desayuno habitual consistía en café solo.

—¿Qué celebramos? —Robó un trozo de beicon que se escurría sobre el papel de cocina.

—Nada. —Ian puso dos huevos en un plato, añadió una rebanada de pan tostado y más beicon, y se lo pasó a ella.

—No puedo comerme todo esto. O sea, sí que puedo, pero no debo.

—¿Por qué no?

—Solo un hombre que nunca ha tenido que tumbarse en la cama para abrocharse los vaqueros haría esa pregunta.

—¿Qué os pasa a las mujeres guapas con el peso? ¿Alguna vez te miras en el espejo?

Se quedó tan pillada por la palabra «guapa» que permaneció inmóvil, con el plato en la mano, mirándolo como una tonta.

—A las mujeres os encanta decir que sois mucho más perspicaces que nosotros, más maduras emocionalmente. Que nosotros somos una panda de capullos idiotas que solo servimos para eructar y rascarnos las axilas. —Tess juraría que él había apretado los labios al soltar aquella parrafada.

—Yo nunca he...

—Pues respóndeme a esto, listilla... Si las mujeres sois tan maduras e inteligentes, ¿por qué os hacen tan infelices vuestros cuerpos increíbles?

—¿Increíbles? —Lo dijo como un graznido.

—No he dicho nada. Come, anda.

—A ti... ¿te gusta mi cuerpo? —Se sentía como si volviera a tener catorce años. Pero cuando pensó en cuánto tiempo había malgastado echándose en cara sus defectos —el pelo rebelde, los pechos demasiado grandes, la ausencia de separación entre los muslos...—, supo que tenía razón.

—Sí, me gusta —rugió.

—Ah... —Ella cogió la tostada del plato—. Quieres decir que te gusta como artista, ¿verdad?

—Sí, como artista. —El brillo de sus ojos sugería que se estaba metiendo con ella—. ¿Qué creías que quería decir?

—¿Porque me parezco a una de esas mujeres gordas que a Renoir y a sus amigos les encantaba pintar? —Renunciando a su dignidad, ahondó aún más en el tema.

—Unos kilos más y podrías pasar por una de ellas, sí. —No sonrió con suficiencia. Un hombre como Ian North no haría tal cosa, pero hizo algo con la boca que le indicó que de verdad lo creía.

—Se me enfrían los huevos. —En lugar de los huevos del plato, pensó en sus óvulos desperdiciados, los que sus ovarios seguían produciendo diligentemente. Pero ¿por cuánto tiempo más?

Cuando Wren arrugó la carita y soltó uno de sus encantadores chillidos, Tess apoyó el plato en la encimera y mojó un trozo de pan en la yema.

—¿Tú no comes? —preguntó.

—Ya he desayunado.

—Ha pasado algo que deberías saber. —No podía aplazarlo más. Movié la tostada con nerviosismo—. ¿Conoces a Freddy Davis?

—¿El policía de Tempest? —Ian hizo una pausa de camino al fregadero—. Tuve el placer no mucho después de mudarme aquí. Se enteró de quién era y me dijo que no se me ocurriera pintarrajear su pueblo con grafitis de pandillero.

—Tu pasado adolescente aún te persigue. —Ella sonrió.

—Nunca fueron grafitis de pandillero, Tess. —Fingió que se había ofendido—. Eran grafitis de liberación.

—Un lapsus lo tiene cualquiera. —La sonrisa desapareció—. Freddy me dijo hace un par de días que necesitaba que fuera a la comisaría. Quería hacerme algunas preguntas sobre la muerte de Bianca. —Él lanzó la sartén al fregadero y masculló por lo bajo. Ella lo miró—. Me comentó que se había puesto en contacto con la oficina del forense. Han terminado la autopsia y han determinado que la causa de la muerte no es concluyente. —De repente se le había ido el apetito, así que deslizó el plato por la encimera—. Hay rumores en el pueblo sobre nosotros dos. Les mosquea que me haya mudado justo después de la muerte de Bianca. He dejado claro que solo estoy aquí para cuidar de Wren, pero...

—Iré a verlo y le diré un par de cosas. Tú y yo hablamos con los médicos y fueron muy claros al afirmar que la autopsia a lo mejor no añadía mucho más a lo que ya sabíamos. Lo que la gente sospeche es irrelevante. —Ian cogió el paño de cocina.

—Para mí es relevante. —Wren gorjeó y movió las piernecitas—. Quiero establecerme aquí. —Por primera vez, lo dijo en voz alta. A pesar de que solo tenía un amigo de verdad allí, uno y medio si contaba a Phish, las montañas habían empezado a ser tan imprescindibles para ella como el aire o el agua. Quería quedarse—. ¿Cómo voy a formar parte de la comunidad con esa sombra sobre mi cabeza?

—No te atrevas a dejar que te afecte lo que digan esos idiotas.

—Hola.

Eli estaba en la puerta de la cocina con una camiseta desgastada del equipo de los Titanes y unas cuantas zarzas pegadas a los vaqueros.

—He traído unos huevos. —Los dejó en el mostrador, junto a Wren. No cojeaba, así que se estaba curando bien—. Tu bebé es pequeñísimo.

—Mi bebé no, por ahora solo cuido de ella —dijo Ian—. Y la próxima vez que quieras visitarnos, deberías llamar primero.

—Se me ha olvidado. —Miró a Wren—. Tal vez podrías ir a ver a mamá con el bebé. Creo que eso la alegraría.

—Es una niña. Se llama Wren. —Tess dudaba mucho de que ver a Wren ayudara a Rebecca a sentirse mejor tras su aborto.

—Huele muy bien. ¿Eso es beicon? Nosotros no tenemos cerdos, pero a veces papá intercambia algunas cosas por carne.

—¿Quieres un poco? —preguntó Ian.

Eli arrastró los pies y miró hacia el fogón con una expresión que indicaba que sí quería, pero que lo habían educado para no pedir.

—Hemos hecho demasiado —dijo Tess—. Sería una pena tirarlo.

—Entonces, vale.

Mientras Tess se comía los huevos, que se habían quedado fríos, Ian freía el resto del beicon y Eli lo devoraba como solo lo haría un niño de ocho años, incluso uno bajito para su edad.

Eli se puso a charlar con Ian sobre un zorro que había visto en el bosque y sobre un fenómeno que tenía que ver con las luciérnagas y que los entusiasmaba.

—Es un acontecimiento que tiene lugar en muy pocos lugares de Norteamérica —explicó Ian—, y el este de Tennessee es uno de ellos. Miles de luciérnagas se encienden a la vez.

Tess se sorprendió una vez más de la conexión que tenía un urbanita como Ian North con el mundo rural.

—Se supone que pasará a mediados de junio —dijo Eli—. Creo que a tu bebé le gustaría.

«Su bebé...», pensó Tess cuando Eli se fue. Pero Wren pertenecía a otra persona.

—Jeff Denning ha llamado mientras estabas en la ducha. —Ian dejó la cafetera vacía en el fregadero—. Por fin han logrado localizar a su hijo.

La tostada se le quedó atascada en la garganta.

—A Bianca se le olvidó decirle que iba a ser padre. Jeff no lo verbalizó justo así, pero al parecer su hijo no se ha emocionado demasiado con la noticia. Les dio a sus padres carta blanca. Les dijo que hicieran lo que quisieran.

—¿Qué?

—Vienen a buscar a Wren la semana que viene. Dentro de seis días. —Ian se giró hacia ella.

Seis días. Tess cogió a Wren en brazos y huyó de la cocina.

Ian se preguntaba por qué habría pensado que preparar el desayuno ayudaría a suavizar la noticia. Perder a Wren sería duro para Tess, pero ella ya sabía que ocurriría. Si había sobrevivido a la pérdida de su marido, sería lo bastante dura para superar la separación de Wren. Y sin Tess y el bebé rondando a su alrededor, él por fin sería capaz de salir de la ciénaga creativa en la que se había adentrado.

Había empezado a llover, pero necesitaba despejar la cabeza, así que se puso el impermeable y salió de la casa. Como le gustaba escuchar los sonidos del bosque, no se puso la capucha y, para cuando llegó a la torre contraincendios, tenía el cuello de la camisa tan empapado como los vaqueros.

Subió los resbaladizos escalones y se agachó para acceder a la torre. A pesar del olor a polvo y humedad, le gustaba aquel lugar. Era tranquilo, aislado. En el interior apenas quedaban una vieja cocina de cuatro fogones que ya no funcionaba, una mesa de madera desvencijada y un par de sillas. Las ventanas estaban más limpias que en su primera visita, gracias a la vieja escoba que había usado para deshacerse de las telarañas más grandes. Las nubes estaban tan bajas que impedían disfrutar de la vista, pero en un día soleado se alcanzaba a ver kilómetros de distancia.

Se acomodó en una de las sillas y apoyó los pies en el alféizar de la ventana. Quería que Tess volviera a posar para él. Quería hacer otro de esos horribles dibujos tan *kitsch* que no desprendían ninguna audacia ni agallas ni provocación..., ni ningún mensaje en absoluto. Quería dibujarla desnuda. Cada parte de ella. Capturar su sensualidad con pluma y tinta. Quería plasmar la forma en que saboreaba la comida, cómo se hundía los dedos en el pelo o acariciaba el tallo de la copa de vino. La forma en que levantaba los brazos para estirarse y cómo se cubría el labio inferior con el superior. Había visto cómo se le ponía la piel de gallina cuando le acariciaba el interior de la muñeca con la punta de los dedos; sin embargo, ella no parecía darse cuenta de ese detalle de sí misma.

Tenía que decidir hasta dónde estaba dispuesto a dejarse llevar por esa obsesión, porque una cosa estaba clara: pintar a la bellísima viuda Hartsong

desnuda solo empeoraría el lío en el que se estaba metiendo.

12

Ian regresó de uno de sus misteriosos paseos goteando agua fangosa sobre la madera barnizada de la entrada, igual que habían hecho antes generaciones de alumnos. Luego se puso ropa seca y se marchó en el coche sin informarla de adónde iba.

Aquel día a Tess se le hizo más difícil dejar a Wren con Heather. Quería acurrucarse con el bebé. Moldear su rebelde mechón de pelo y jugar a adivinar si sus ojos serían siempre tan azules. Quería admirar la forma en que se le inflaban los mofletes y cómo movía la boquita. Oler su cabeza y atesorar cada momento que le quedaba con ella.

Se obligó a sí misma a hacer lo correcto: besó el pequeño remolino de Wren y se fue a La Chimenea Rota.

En el trabajo, Tess estaba siempre en tensión. Observaba a los clientes tratando de averiguar quién creía que ella había provocado la muerte de Bianca y quién le dejaba pintadas en el coche. Sus compañeras parecían especialmente hostiles. Demasiado como para querer compartir tanto tiempo con ellas.

A medida que avanzaba el embarazo, Michelle tenía más ojeras y más dolores de espalda.

—No sabéis lo que es un parto precipitado como el que tuve con Savannah—dijo a todos los clientes que quisieron escucharla—. No os imagináis lo aterrador que es.

A Tess no le hacía falta imaginarlo porque lo había visto. El parto precipitado se daba cuando el bebé nacía menos de cinco horas después de la primera contracción. Algunas madres daban a luz incluso en menos de tres. En lugar de sentirse afortunadas por tener un parto tan corto, argumentaban que carecían del tiempo necesario para adaptarse a la violencia de las contracciones. Aunque los bebés nacieran sanos, algunas mujeres terminaban con depresión posparto o con trastorno de estrés postraumático, mientras que otras lo superaban sin problemas.

Por lo visto, Michelle era de las primeras.

—Júrame que no me pondrás una mano encima si se me precipita. —Se enfrentó a Tess, que estaba limpiando la vitrina de los donuts.

—Michelle, lo último que me apetece hacer en el mundo es ayudarte a dar a luz a tu bebé. —Lo último que a Tess le apetecía hacer era ayudar a dar a luz a cualquier bebé. Incluso el simple hecho de pensar en ello la mareaba. Algo que en el pasado le había proporcionado tanta alegría y satisfacción ahora se retorció en las imágenes de sus pesadillas.

Michelle vació el depósito de residuos del café en la basura, derramando los posos mojados en el suelo.

—Busca a alguien que me lleve al hospital tan rápido como sea posible. No esperes a Dave. —Charlando con el marido de Michelle, Tess había descubierto que el principal objetivo en la vida de Dave Phisher era mantenerse al margen de los caminos que pudieran tomar sus tumultuosas esposa e hija.

—Así lo haré —dijo Tess.

Savannah llegó desde el otro lado de la tienda, donde disfrutaba de un café con leche de almendras. Era su día libre, pero le gustaba ir a verlas trabajar.

—No me extrañaría que Tess intentara asistirte en el parto para poder presumir de ello.

—¡Te juro por Dios que, si no estuvieras embarazada, te sacaría de aquí por los pelos y te daría una paliza en el callejón! —Tess golpeó la barra con la bayeta.

—Que sepas que era gimnasta. —Savannah se burló de ella.

—Y yo era una bruja. Ah, un momento... Todavía lo soy.

—Eso es cierto —dijo el señor Felder desde su mesa habitual, junto a la estantería de libros—. La semana pasada intentaste echarme.

—¡Callaos todos! —exclamó Michelle—. Si alguno de vosotros hubiera pasado por un parto precipitado como yo, seríais más sensibles.

—Como te vuelva a oír hablando de ti y de tu parto precipitado, empezaré a chillar —respondió Savannah.

—Limpia esto. En mi estado me cuesta mucho agacharme. —Ignorando a su hija, Michelle señaló el desastre que ella misma había provocado con los posos

de café en el suelo. Luego miró a Tess.

Tess agarró la mopa y la restregó hasta hacer desaparecer los posos de café derramados.

De camino a recoger a Wren, recibió la llamada de un técnico; había llegado la caldera nueva y podría instalársela la semana siguiente. Ella le indicó dónde encontrar la llave de repuesto y pensó en decirle también que llamara a Kelly Winchester si tenía problemas para entrar.

Cuando llegó a casa de Heather, la encontró con Wren en el porche. Solo habían pasado unas horas, pero Tess hubiera jurado que el bebé tenía más pelo, más oscuro y como aterciopelado. No se darían ni cuenta y Wren iría al baile de graduación.

Y ella no estaría allí para verla.

—Mi vida es demasiado complicada ahora mismo. No puedo salir con nadie —le dijo a Artie al día siguiente, cuando él se acercó al mostrador para pedirle una cita de nuevo. Para su sorpresa, menos de una hora antes, Tim Corbett, el propietario de la pequeña productora de cerveza local, la había invitado a salir también, aunque había sido más prudente que Artie.

—Estás colada por ese artista, ¿verdad? —respondió Artie ante su rechazo —. Es lo que dice todo el mundo. Que quizá no hiciste todo lo posible por salvar a su esposa.

—¡Vete a la mierda!

—Oye, no he dicho que yo lo piense. Bueno, ¿quieres salir conmigo o no?

—No, no quiero.

—Estás colada por él. Lo sabía.

—Hazme un favor, Artie, y deja de darme la brasa.

Cuando llegó con Wren a casa esa tarde, olía a pintura fresca. No a pintura de artista, sino a pintura de paredes. Siguió el olor hasta la habitación de Bianca.

Los suelos estaban cubiertos con mantas y había una escalera en un rincón. Ian estaba terminando la última pared. Los tortuosos giros y ángulos estaban

siendo reemplazados por una nueva capa de pintura gris pálido, idéntica a la original. Pero Ian no se estaba limitando a restablecer el color. Sobre el gris, estaba aplicando un esmalte claro con incrustaciones de pequeños cristales. Solo le faltaba la parte de pared entre las ventanas.

—Es como entrar en una geoda. A Bianca le habría encantado —dijo Tess, dejándose arrastrar por una oleada de asombro.

—Sí, le habría gustado. —Ian dio un paso atrás para contemplar su trabajo.

Tess puso a Wren de cara para que pudiera admirar aquellas paredes. Aunque hubiera vapores de la pintura, el bebé tenía que verlas.

—Wren, así era tu madre.

—Cuando tenía un buen día —añadió Ian.

—Pero su corazón era así siempre. ¿Es verdad o no?

—Sí. Incluso cuando su brillo estaba mal enfocado. —Dejó el pincel.

—¿Por qué has decidido pintar ahora?

—Era el momento.

Se estaba despidiendo de Bianca, igual que ella había hecho con Trav. Entendía perfectamente por lo que estaba pasando.

La luz cambió cuando el sol se escondió bajo una nube, pero la habitación seguía brillando.

—Se nos ha pasado una fecha muy importante —dijo—. El cumpleaños de Wren debería haber sido antes de ayer, el día que salía de cuentas. Así que hemos decidido preparar una cena de verdad esta noche. Estás invitado.

—Es un honor.

—Pues sí. ¿Verdad, Wren?

Wren bostezó. Se había aburrido de aquella pareja.

Acababan de recibir un pedido de alimentos frescos y, mientras Wren dormía, Tess preparaba patatas rellenas al horno y pollo frito. La cocina estaba inundada de olores deliciosos.

—¿Por qué no has cocinado así para mí antes? —dijo Ian cuando el olor lo condujo hasta ella.

—Porque no comes. —Tess le dio un toque final a la ensalada.

—¡Sí que como!

—A las diez de la noche, y cualquier cosa congelada que sabe a comida de gato.

—Ahora sé lo que me he estado perdiendo.

Mientras cenaban, conversaron como personas normales. Una charla fluida, incluso después de que Wren se despertara. Coincidían en todo lo referente a la política y en lo que sentían por las películas de terror, pero sus gustos musicales eran muy diferentes. Ian le dijo que tenía intención de ir al pueblo al día siguiente y le pidió que le guardara un par de donuts glaseados para cuando él llegara a la cafetería.

—No creo que sea buena idea que te acerques a La Chimenea Rota cuando yo esté allí —dijo.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—No es que me preocupe, pero tampoco hace falta meter el dedo en la llaga.

—La única manera de tratar con los bravucones es enfrentándote a ellos.

—Tú eres un rebelde. Y ese es tu estilo, pero no el mío.

—¿Prefieres esconderte?

—Trabajo en La Chimenea Rota, no estoy escondiéndome —replicó furiosa.

—Te escondes porque no quieres que nos vean juntos en público.

—Estoy intentando no darles carnaza. Ayúdame.

No prometió no aparecer, pero dejó de discutir con ella.

La cena había terminado hacía mucho, pero ninguno de los dos se movió salvo para preparar un biberón para Wren. Empezaron a hablar de arte. Ian consideraba las pinturas rupestres del Paleolítico el arte callejero primitivo y a Miguel Ángel el primer artista famoso. También habló sobre las litografías de Daumier, del puntillismo de Seurat y de la vanguardia de los modernistas. Tess esperaba que se burlara de su pasión por Mary Cassatt. En cambio, le habló de Berthe Morisot, otra pintora impresionista que pensaba que a ella le gustaría.

La última cucharada de helado de mango se había derretido en sus cuencos cuando Ian la sorprendió mencionando a su madre.

—Cuando era pequeño, me llevaba al Museo Metropolitano, al Whitney, al Guggenheim, a donde se le ocurriese.

—Es un bonito recuerdo.

—No tengo muchos con ella. —Se recostó en la silla y se puso cómodo—. Era una mujer bien, guapa y alcohólica, que apenas sabía cuidar de sí misma y, mucho menos, protegerme de mi padre.

El sentido de la justicia de Tess se disparó.

—Por lo que he leído, a tu padre deberían haberlo encarcelado por maltrato infantil. ¿Por qué se portó tan mal contigo?

—Era un imbécil. Y, además, yo no era su hijo.

Tess se enderezó en la silla. Él había soltado aquella bomba tan tranquilo, como si estuviera hablando del tiempo.

—¿No era tu padre biológico?

—No. Pero no se enteró de la aventura de mi madre hasta que yo tenía unos cinco años. Demasiado tarde para quitarme su apellido.

Tess se recostó a Wren en el otro hombro.

—Tu biografía no dice nada de eso.

—No lo oculto, pero tampoco lo voy diciendo por ahí. Una especie de lealtad hacia mi madre, supongo. Está ingresada en un centro para pacientes con demencia. Me quería, pero, aun así, miraba hacia otro lado cuando el viejo me pegaba. Permitió que fuera yo el que recibiera el castigo por su infidelidad. La enfermedad le ha cambiado el carácter. No conozco a nadie más agradable.

Tess estalló.

—No importa lo agradable que sea ahora. Tendría que haber protegido a su hijo.

—No todas las mujeres son tan fieras como tú, Tess. —Sonrió—. En realidad, no tiene ni idea de quién soy cuando la visito, pero se preocupa por mí, intenta darme galletas, no quiere que me resfríe... Me pasea por el centro y me presenta a todo el mundo, aunque no pueda ni recordar mi nombre.

—¿Por qué tu padre no se divorció de ella en vez de tomarla contigo? —Era algo positivo que Tess podía decir sobre su propio padre. Vale que la abandonara, pero nunca la maltrató.

—Divorciarse habría significado admitir que había cometido un error. E Ian Hamilton North III no cometía errores. —Su expresión se hizo más dura—. Para

él, el orgullo lo era todo. Trataba el apellido North como si fuera una reliquia sagrada. Y ya te imaginas cómo le enfureció ver ese nombre rociado en cubos de basura y retretes portátiles.

—¿Qué hay de tu padre biológico?

—Fue actor. Hizo un par de películas en los ochenta antes de que su carrera se fuera a pique. Hace unos diez años tuvimos un encuentro incómodo y a ninguno de los dos nos apetece repetir la experiencia.

—Lo que pasaste de niño fue terrible. Pero no parece que te afecte demasiado. ¿Cómo lo haces?

—No soy una persona muy emocional, Tess. Ya lo sabes. Soy pragmático. Me tomo la vida de forma analítica. Eso no significa que sea insensible, sino que no permito que los sentimientos me dominen. Un poco de desapego hace la vida más fácil.

Tess había visto cómo volcaba su ira en el trabajo, así que no se creyó su explicación, sobre todo al pensar en su madre. Una mujer que supuestamente lo quería, pero que nunca había intercedido para protegerlo de los ataques de su padre. ¿Sería posible que, en lugar de sentir poco, sintiera demasiado?

—No sufras —dijo—. Cuando tenía diecisiete años, me desquité. Le di una paliza a mi padre. No podía llamar a la policía porque eso habría manchado más el apellido North que todos mis arrestos.

—Hay personas que no deberían haber nacido nunca. —Wren soltó un pequeño suspiro. Tess la abrazó contra su cuello—. Tú no, cariño, tú tenías que nacer.

Y los Denning llegarían dentro de cinco días para llevársela.

Tess no paraba de meter la pata en el trabajo. Mezcló pedidos, se le cayó una bandeja de tazas y, cuando Freddy Davis entró en el local, se quemó con la cafetera. Solo quería estar con Wren. Pero estar con ella a veces era incluso peor que estar separada de la pequeña. Absorbía todos los pequeños sonidos que emitía, los chillidos y los bostezos, los ronquiditos de bebé. Su perfecta delicadeza.

Ian y ella no repitieron aquel momento de confianzas que habían

compartido en la cena, pero, cada día, cuando ella volvía de La Chimenea Rota, él se hacía cargo de Wren y la obligaba a descansar.

El día antes de que los Denning recogieran a Wren, Tess se quedó en casa y se pasó el día acunándola contra su cuerpo. A la hora de acostarse, se apoyó en el cabecero de la cama y pasó la noche con Wren en brazos.

—Todo va a ir bien, mi pequeña —susurró—. Te cuidarán bien. Ya lo verás.

Pero ¿quién cuidaría de Tess?

A pesar de todas sus intenciones, se había enamorado de aquella criaturilla con un amor fiero e incondicional, más poderoso que cualquier sentimiento que hubiera experimentado.

Se había advertido a sí misma que no se encariñara, pero había ocurrido igualmente. ¿Cómo no iba a suceder? Se había pasado los días, las noches y las semanas con ese pedacito presionado contra su corazón.

El bebé durmió mejor esa noche que en las semanas anteriores, su respiración estuvo salpicada de ruidosos gruñidos de borreguito. A medida que pasaban las horas, Tess absorbió su olor, besó el rubor de sus mejillas, rozó con los dedos su suave fontanela. Aquel bebé era suyo. Daría la vida por aquella niña. No podía renunciar a ella.

Pero tenía que hacerlo.

Cuando los primeros rayos del amanecer entraron en la habitación, ya sentía náuseas. Wren, por otro lado, estaba muy despierta, lista para la acción. Tess la llevó abajo y la alimentó, inhalando su olor a leche. Bebía del biberón mucho mejor que al principio, y clavó los ojos en los de Tess mientras enroscaba sus dedos de estrella de mar alrededor de los de ella.

Ian apareció desde el dormitorio trasero, con el pelo húmedo por la ducha y la cicatriz del cuello enrojecida por el agua caliente. Se había puesto unos pantalones cortos grises y una camiseta. Se quedó en silencio mientras pasaba por delante de ella para preparar café.

Wren se terminó el biberón como una campeona y Tess ahuecó la mano alrededor de la diminuta cabeza, y en ese momento Ian le ofreció una taza.

—No sabe que no soy su madre.

—Estará bien cuidada.

Si Tess no hubiera tenido a Wren en sus manos, se habría abalanzado sobre él. Ian se mostraba frío. Despiadado. Parecía no entender ninguna emoción que no fuese la ira.

Fue él quien preparó las cosas de Wren mientras Tess la acariciaba en la habitación geoda. Y también quien embolsó los biberones, la leche de fórmula; el que sacó la pila de pañales del cajón y puso la caja de los de bebés prematuros sin estrenar dentro de la cuna. Dejó el fular portabebés junto al resto de las cosas, pero Tess no se imaginaba a Diane o Jeff usándolo. ¿Dejarían llorar a Wren sola e histérica en su cuna durante toda la noche?

La idea de que eso pudiera llegar a pasar le impedía respirar.

Oyó el crujido de los neumáticos en la grava de fuera.

—Ya están aquí —dijo Ian, sin que fuera necesario.

Ella asintió.

Fue a saludarlos.

Notó un sudor frío. Iba a morir. No podía hacerlo. No podía entregar a su hija a unos extraños. Le dolía el estómago. Corrió a por su chaqueta y a por el saquito de borreguillo acolchado de Wren. Abrió torpemente los broches de presión y colocó al bebé dentro.

Las voces se acercaban. Ian estaba conduciéndolos al interior de la casa. Ella salió corriendo de la habitación, a través de la cocina, por la puerta trasera. Corrió a través del prado, con Wren pegada a su pecho.

La casa del árbol de Ian no tenía paredes todavía. No había sitio donde esconderse allí, así que se adentró en el bosque; el corazón le latía tan fuerte que le dolían las costillas. Jadeaba para poder respirar. Avanzó por el camino más profundo, entre los árboles.

—Todo va bien, mi ángel... Todo va bien.

Le ardían los pulmones. No podía ir a la cabaña. Era el primer lugar en el que buscarían. La vieja iglesia... Las ruinas. Atajó a través de la maleza y corrió hacia la torre de vigilancia contraincendios, sin saber lo que se iba a encontrar allí. Lo único en lo que pensaba era en seguir corriendo.

Subió los podridos escalones de madera con un brazo alrededor de su niña y

sujetándose a la inestable barandilla con la mano libre.

—No te preocupes. Te tengo. Nadie te va a alejar de mí. Nadie.

Llegó a la cima. La puerta estaba atascada. Le dio un golpe con el hombro y cedió. Cerró la puerta y se apoyó en ella mientras aspiraba grandes bocanadas de oxígeno.

Wren la miró, confiada. No veía a una loca.

Las lágrimas le cubrieron las pestañas. Se deslizó por la pared y se sentó en el suelo sucio. Arrimó a Wren doblando las rodillas.

—Iremos a Wisconsin. —Las palabras sonaban distorsionadas por las lágrimas, pero siguió hablando—. O a Arizona. Tengo amigos allí. O a Canadá. Solo nosotras dos. Nos esconderemos en algún lugar donde nadie nos encuentre...

Y continuó hablando así. Detallando un escenario imposible tras otro mientras Wren escuchaba, contenta de estar allí con ella.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que la encontraran. La puerta se abrió de golpe. Ian entró y la vio encogida en una esquina.

—Tess...

La forma en que pronunció su nombre estaba cargada de tristeza. Él lo sabía. Lo entendía. Pero no lo aprobaba.

—Dámela, Tess.

—¡No! No puedes llevártela.

—No hagas esto. —Se agachó con una rodilla en el suelo, delante de ella.

—¡Es mía!

—No. No es tuya. —Le hundió los dedos en el pelo y le tocó la sien con el pulgar.

—¡A ti no te importa! ¡No lo entiendes! —Lo empujó.

El movimiento brusco y la estridencia de su voz hicieron llorar a Wren.

—Sí que lo entiendo —dijo—. Dámela.

Wren lloró más fuerte, lo que le provocó pequeños espasmos en el pecho.

—No puedes. No puedes llevártela.

—Tengo que hacerlo.

Ella luchó, tratando de no soltarla.

—Tess... Tess, por favor...

Le arrebató al bebé de los brazos.

—No lo hagas —dijo mientras él se ponía de pie, tambaleándose—. ¡No lo hagas!

—Todo irá bien. —Las mismas palabras que ella le había dicho a su hija. Pero estaba equivocado. Nada volvería a ir bien.

«¡Devuélvemela!».

Las arrugas alrededor de su boca se hicieron más profundas.

—Quédate aquí —dijo en voz baja—. Será más fácil así.

Abrió la puerta de la torre de vigilancia contraincendios y, con el bebé sollozando en los brazos, desapareció.

—¡No! —Corrió hacia la puerta, tropezó y cayó de rodillas—. ¡No! —Y entonces, desde lo más profundo de su alma, soltó un grito de desesperación.

Mientras viviera, Ian nunca olvidaría ese sonido salvaje. Cubrió un lado de la cabeza del bebé para evitar que la pequeña oyera cómo se rompía el corazón de Tess Hartsong.

Mantuvo a la pequeña entre sus brazos mientras mentía a los Denning.

—Wren estaba inquieta y Tess la llevó a dar un paseo.

Los Denning no eran desconfiados por naturaleza y aceptaron la explicación de buen grado.

—¿Dónde está? —dijo Jeff—. Queremos darle las gracias.

—No vendrá. Se ha encariñado con Wren y así es más fácil para ella.

Diane presionó la mano contra su corazón.

—Por supuesto. Lo entendemos. Y nunca podremos agradecerlos lo suficiente a ninguno de los dos lo que habéis hecho.

No era necesario ser un observador experimentado para ver que ambos estaban nerviosos. Diane se pasaba la lengua por los labios compulsivamente y Jeff jugueteaba con el cuello de la camisa.

—Hemos tenido que adaptar muchas cosas para prepararnos para Wren —dijo Jeff—. No recuerdo que Simon nos diera tanto trabajo.

—Entonces éramos más jóvenes. —Diane se mordisqueó el labio inferior—.

He rezado mucho para llegar a ser abuela, pero confieso que nunca lo había imaginado exactamente así.

—Es curioso cómo puede cambiarte la vida una llamada telefónica —comentó Jeff—. Un día te jubilas en paz, sin nada más que hacer que planear tu próximo crucero, y, al siguiente, recibes una llamada de un artista famoso diciéndote que eres abuelo.

Diane jugueteó con el colgante de plata.

—Estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio para que Wren sepa que la queremos.

Eran buenas personas, pero Wren no los conocía, no al nivel que conocía a Tess o, incluso, a él mismo. Les escribió el horario de Wren, con qué frecuencia comía, cuánta leche tomaba, dónde estaban sus registros médicos..., todo lo que Tess debería haber escrito, pero que no había hecho. Se sorprendió de cuánta información había absorbido él sin darse cuenta. Pero, cuando quiso cotejar sus notas con Tess, ella no estaba.

A los Denning les inquietaba subir a un bebé prematuro a un avión, así que habían viajado en coche desde Nueva Jersey. Ian siguió sosteniendo al bebé mientras discutía brevemente con Jeff sobre los aspectos legales e intercambiaban los teléfonos de sus abogados. Tess tenía razón sobre el olor de la cabecita de Wren.

Cuando pusieron fin a la charla, Diane y Jeff empezaron a cargar las cosas de Wren en el Lexus. Jeff regresó de su último viaje al coche y miró al bebé.

—En esos ojos hay picardía.

Ian conocía a Wren lo suficiente como para sospechar que era más probable que fueran gases.

Había llegado el momento. Ian llevó a Wren al coche. Bajo la palma de su mano, sintió que ella soltaba un largo y satisfecho pedo. Él tenía razón con lo de los gases.

El dichoso bebé eligió ese momento para mirarlo a los ojos. Habría jurado que tenía una expresión de satisfacción en la cara. No podía creer que alguna vez la hubiera comparado con una ardilla.

—Os he dado mi número —les recordó—. Llamadme si tenéis alguna

pregunta. Cualquier cosa. A cualquier hora.

—Así lo haremos.

Jeff abrió la puerta trasera del sedán. Ian se inclinó para poner a Wren en el asiento del coche. Lo distrajo un destello rojo que vio por el rabillo del ojo.

Tess estaba saliendo del bosque.

Tenía la cara sonrojada, pero no había ni rastro de aquellos ojos furiosos y enajenados que le había mostrado en la torre. Parecía cuerda y muy decidida.

—¡Esperad! —Avanzó con el pelo oscuro suelto, lleno de remolinos rizados, la nariz roja, los ojos duros como piedras—. Tenemos que hablar.

—¿Tess? —Diane se volvió. Su frente se contrajo con preocupación—. Ay, querida, sé que esto es difícil para ti.

—No se hace una idea. —Tess se detuvo frente a ellos, casi sin aliento, pero con el mentón firme—. Vamos a ver. Wren es mía. Su hijo fue solo un donante de esperma. La he cuidado desde el día que nació y la quiero con locura.

Fue como si les hubiera disparado con un dardo paralizante. Nadie se movió. Ella habló a toda prisa.

—Mírenla. Está progresando. ¿No lo ven? La conozco como nadie. Sé lo que significan sus llantos, ya sea hambre, sueño o que esté enfadada con el mundo. Sé cómo le gusta que la cojan en brazos y...

—Tess —intervino Ian—, esto no es justo para Diane y Jeff.

—¡Diane y Jeff no me importan!

La cabeza de Jeff se levantó y Diane pareció herida.

Tess se disculpó.

—No quería decir eso. Es obvio que son buenas personas y Wren no podría tener mejores abuelos. ¡Pero son sus abuelos! —Las palabras le salían a borbotones en un torrente de necesidad, amor y desesperación—. ¡Es mía! Pueden verla cuando quieran, pero es mía. Sean los abuelos que siempre han querido ser. Se la enviaré para las vacaciones. Para las vacaciones de verano. Firmaré todo lo que quieran para proteger sus derechos. Pero ella me pertenece.

—¡Ay, Tess! —El arrebató de Tess sacó a relucir la preocupación materna de Diane—. Sé lo difícil que es esto para ti. Pero Wren es nuestra.

Tess apretó los labios con un gruñido.

—¿Por qué? ¿Porque tu hijo dejó preñada a su madre?

—Tess... —dijo Ian en voz baja—. Ya es suficiente.

Jeff no fue tan empático como su esposa y su mandíbula se tensó.

—Lleva nuestra sangre.

—¡Pero yo soy la única madre que conoce! —lloró Tess—. ¡Soy una buena persona! Una buena ciudadana. Soy fuerte y tengo salud. Estoy cuerda. Bueno, casi siempre. Tengo ética, y... díselo, Ian. Diles que soy una persona buena y competente.

—Eres una persona estupenda, Tess, pero...

—Solo lo estás haciendo más difícil —intervino Diane.

—¡Necesita una madre de verdad! —exclamó Tess—. Alguien joven. Alguien que la ame incondicionalmente. No es que tú no vayas a hacerlo, pero... —Parte de su ímpetu desapareció—. Ella me necesita.

—Entendemos lo mucho que significa para ti —dijo Jeff con más calma—. Pero no queremos que a Wren la críe una madre soltera. Ella se merece una familia.

Diane extendió la mano para tocar el brazo de Tess y, luego, pareció pensárselo mejor.

—Las madres solteras crían a sus hijos solas y parece que lo hacen bien, pero eso no es lo que queremos para nuestra nieta. Puede que solo seamos abuelos, pero somos dos. Las niñas necesitan un padre. O, en este caso, un abuelo, para decirles lo guapas que son y cuánto las quieren. Para enseñarles cómo de bien deben tratar los hombres a las mujeres. —Entrelazó las manos—. Tess, yo no tuve eso. Me crio una madre tan agotada que nunca tuvo tiempo para mí. Por no hablar de sus novios. —Diane apretó las manos y su cara pareció derrumbarse—. No soportaría que Wren pasase por lo que tuve que pasar yo.

Jeff deslizó el brazo alrededor de los hombros de su esposa.

Diane sufrió abusos. Ese era el *quid* de la cuestión. Ian lo supo al instante, igual que vio que Tess no lo aceptaría.

Sus hombros retrocedieron.

—Bianca habría sido madre soltera.

—Si la madre de Wren hubiera vivido, Simon habría hecho lo correcto —

dijo Jeff con firmeza—. No parece tener un estilo de vida muy estable y supongo que no tienes seguridad económica. Por lo que sabemos, trabajas en una cafetería. Los abuelos quizá sean la segunda opción, pero somos dos.

Tess lo miró fijamente. Parpadeó. Había llegado al final. No tenía más argumentos. Se volvió hacia Ian, pero no había nada que él pudiera decir para arreglarlo, y lo odió.

A Ian tampoco le gustó la forma en que ella le fruncía el ceño, como si fuera culpa suya, algo que tal vez fuera cierto, ya que él era quien la había arrastrado a ese lío.

—¿No les has dicho nada? —Tess lo miró directamente y negó con la cabeza. Ian sintió un desagradable escalofrío en la nuca cuando ella dio un paso rápido hacia él—. Habíamos pensado tomarnos nuestro tiempo. Decírselo a nuestras familias primero. Pero veo que eso ya no va a poder ser.

—Tess...

Ignoró la nota de advertencia en su voz. Tess enlazó su brazo al de él y siguió hablando con rapidez.

—Íbamos a esperar hasta el año que viene, pero si para vosotros es tan importante, podemos casarnos antes. Miradnos. Somos gente honrada. Ian está en la cima de su carrera. Sus antecedentes penales son de sus primeros años como pintor y mirad lo bien que le han ido. Está limpio y sobrio. Es más rico de lo que nadie merece ser. Más que eso... —Su nuez se movió al tragar—. Quiere a Wren y nunca le haría daño. Deberíais verlos juntos. Es como si fueran una sola persona. Le da de comer, la lleva de paseo. Su lugar favorito para dormir es en su pecho. A veces tengo que insistir para que me la devuelva.

—¡Tess! —Se obligó a sí mismo a salir de su parálisis.

Ella lo miró con frialdad.

—Sé que acordamos no decírselo a nadie, pero no tenemos otra opción. —Se giró hacia los Denning—. Un padre y una madre. Estables, cariñosos e implicados. Ninguno es un vago ni un pederasta. ¿No es eso lo que queréis para ella?

Para el pavor de Ian, vacilaron y, durante unos segundos, parecieron confundidos. Tess lo había metido en el lío más espantoso que cabría imaginar, y

mientras él trataba de ordenar sus opciones, ella lo remató.

—¿Por qué no os lo pensáis un día más? —«¿Otro día para qué?». Respiró hondo y de forma agitada—. Lleváosla. Esta noche. Hay un hostel justo en la carretera. Siempre tienen habitaciones libres. Estaréis cómodos. —Se hundió, pero no dejó que nadie dijera nada—. Tenéis sus cosas. Podréis abrazarla tanto como queráis y pensar en lo que os he propuesto. Tendréis tiempo para pensar qué queréis realmente y decidir qué es lo mejor para ella. Para ella, no para vosotros. —Hizo aquel extraño movimiento de espantar con las manos, como si estuviera ahuyentando pollos—. Venga. Llamaré a La Violeta Púrpura y les diré que os preparen su mejor habitación. —Tess sostuvo a Wren—. Sé buena con la abuela y el abuelo, cariño. Mamá te quiere. —Besó la cabeza de Wren, la puso en el asiento trasero del Lexus y le abrochó el cinturón.

Luego volvió a asomar la cabeza.

—Haré el desayuno para todos mañana por la mañana. Ian prepara el mejor café y mis huevos *benedict* son para morirse. Pongamos a las diez en punto. Así todos podremos dormir hasta tarde. ¡Venga! Está decidido.

Jeff y Diane parecían dos ciervos asustados por los faros de un coche, e Ian solo intuía la expresión que debía de mostrar. Pero Tess era tan enérgica, tan competente, tan dominante... que todos hicieron exactamente lo que ella había dicho.

Jeff se inclinó hacia el lado del conductor.

—Bueno, si estás segura...

—Por supuesto. ¡Es pan comido! —dijo la mujer conocida como Tess Hartsong, abriendo la puerta del copiloto para Diane con una mano y empujándola con la otra—. Venga. Ahora, a disfrutar de ella.

Lo siguiente que vio Ian fue a Tess saludando como una idiota al Lexus de los Denning mientras el coche desaparecía por la carretera.

La agarró por los hombros.

—¡Tú! ¡Adentro! Ahora.

13

Tess quería correr tras el coche. Agarrarlo por el parachoques como si fuera Supergirl y detenerlo. ¿Y si el corazoncito de Wren decidía no berrear desde las cuatro de la tarde hasta las seis? ¿Y si no se despertaba tres veces esa noche? ¿O se olvidaba de hacer una de sus cacas explosivas? ¿Qué pasaría si no ponía a prueba a sus abuelos?

Tess había asumido el mayor riesgo de su vida.

—¿Has oído lo que he dicho?

Era la voz de la perdición. Se cernió sobre ella, aún más grande y feroz de lo que había sido en su desafortunado primer encuentro. Solo que esa vez una vena sobresalía de su sien.

—¿Qué clase de locura te ha poseído? —Su mano salió volando, lanzando un gancho al aire—. ¿Se te ha ido la olla? ¿Qué esperas conseguir mintiendo? ¡Y no cualquier mentira! ¡No, señor! ¡Es la madre de todas las mentiras! —Y así siguió, sin parar; sus palabras mordaces podrían haber causado ampollas sobre la piel de Tess. La agarró por el codo y la arrastró hacia la puerta, pero se detuvo y empezó a gritarle de nuevo—. ¿Cómo esperas que se resuelva este asunto? ¿En qué rincón de tu cerebro has decidido que algo así va a funcionar?

—Es lo único que se me ha ocurrido, lo único que he logrado pensar —respondió con sinceridad.

—¿Pensar? ¡No estabas pensando!

Ella le agarró el brazo que seguía agitando.

—Lo apuntaste todo, ¿verdad? Les dijiste que tenía que dormir boca arriba y que tuvieran paciencia a la hora de darle de comer. Y... ¿Y si algo sale mal? ¿Y si intentan llamarnos cuando no tengamos cobertura? ¿Les has dado el número de teléfono del doctor? —preguntó preocupada—. ¿Qué he hecho?

—Wren estará bien —dijo él—. ¡Tú, en cambio, no estás para nada bien!

Tess no iba a discutir con él, no mientras Wren podría estar llorando a mares lejos de ella. Tenía que salir de allí. Irse a otro lugar. A cualquier lugar. Cogió su

teléfono, el único salvavidas para su bebé, y huyó, dejando a un Ian colérico a su espalda.

—¡Vuelve aquí!

Corrió hacia la cabaña, el único refugio que se le ocurrió.

«Por favor, Wren. Muéstrales tu peor cara. ¡Puedes hacerlo! ¡Tienes que hacerlo!».

Pero ¿y si no lo hacía?

Notó una telaraña contra la cara y un ciervo cruzó el sendero. Golpeó el puente tan fuerte con los pies que las tablas deberían haberse roto. Ian no la siguió, ya fuera porque temía matarla o porque sabía que necesitaba tiempo. Tess entró en la cabaña, que gracias a Dios estaba vacía.

Mientras su corazón se tranquilizaba, llamó a Fiona Lester al hostel y se enteró de que los Denning se estaban instalando. Fiona sentía una lógica curiosidad por el bebé que los acompañaba.

—Son amigos de la familia —tartamudeó Tess, y colgó antes de que Fiona le hiciera más preguntas.

Que los Denning no se hubieran ido a Nueva Jersey con Wren no alivió su ansiedad. Podrían cambiar de opinión en cualquier momento. Descorrió las cortinas y cogió una escoba, pero la soltó de golpe. Debería meterse en la cama y dormir, pero estaba demasiado nerviosa. Encontró un trapo y dio un par de pasadas al polvo que se había acumulado durante el último mes, pero no hacía más que pensar en Wren y en cómo lidiar con el destartado castillo de naipes que había construido con Ian.

Vio el altavoz *bluetooth* y lo llevó afuera. Las ramas caídas y las hojas esparcidas por la tormenta daban un aspecto desordenado al patio. Puso el altavoz en la astillada mesa de pícnic, se deshizo de la chaqueta y subió el volumen de la música.

Justin Timberlake.

Dejó que la canción la calara hasta los huesos.

«Vamos, amigo mío. Cúrratelo. Haz que tu música me calme. Cúrratelo, Justin, porque estoy agotada».

Hacía ya mucho tiempo que Tess no intentaba alejar sus sentimientos. Echó

la cabeza hacia atrás. El pelo se onduló a su espalda. Los árboles giraban a su alrededor. Respiró el olor a zorrillo, pino y creosota. El aire fresco ascendió desde las puntas de su pelo hasta rozar su cuero cabelludo.

«No tendrá miedo, Justin Timberlake, si tú estás conmigo».

Beyoncé tomó el control a continuación. Bendita Beyoncé.

«Eres madre, Bey. Tú me entiendes. Cuida de mi bebé, ¿vale?».

Sus movimientos se volvieron más aleatorios, más desarticulados. Le dolía la rodilla. Pero no se detuvo.

—¿Estás sorda o qué?

Fue como si aquellas palabras llegaran del pasado. De la primera vez que lo vio.

Se detuvo. Cogió más aire. Dejó caer las manos a los lados e intentó recuperar el aliento. Ya sabía que él no la dejaría a solas durante mucho rato. De hecho, le sorprendió que le hubiera concedido tanto tiempo para recuperarse.

Estaba en el mismo lugar que aquella primera mañana. En lugar de la camisa de franela roja y negra, llevaba puesta una camiseta blanca que se amoldaba a su cuerpo. Su cabello era igual de espeso y oscuro, y se rizaba a la altura de la nuca. Ya no parecía que tuviera intención de estrangularla, pero tampoco se le veía amistoso. Ian apagó el altavoz, como había hecho la primera vez, silenciando a la gran Beyoncé.

—Eres consciente de que mañana por la mañana, cuando vengan, si es que vienen, tendrás que decirles la verdad, ¿no?

—¡Vendrán! —exclamó—. Tienen que venir.

Él siguió hablando, implacable.

—Deberás decirles que te has inventado todo este asunto del matrimonio.

Ella se hundió en el banco de pícnic que aún sobrevivía y observó el ladrillo desmenuzado del suelo. Lo empujó con los dedos de los pies.

—¿Tan horrible sería... —dijo ella en voz baja— que nos casáramos?

—¿Estás hablando en serio? —Las hojas se pulverizaron bajo sus botas mientras caminaba hacia ella—. No creerás ni por un momento que estoy de acuerdo con esta locura, ¿verdad?

—Quizá. —Lo miró—. Lo único que tienes que hacer es decirles que vamos

a casarnos. Después ya retrasaremos la boda.

—¡Intentan ser parte de la vida de Wren! ¿Cuánto tiempo crees que funcionaría exactamente?

Tess apoyó las manos en los muslos y empezó a hablar más rápido; las palabras se agolpaban unas sobre otras, improvisando mientras hablaba.

—Supongamos que nos casamos. ¿Cuál es el problema? ¿Qué significa ahora el matrimonio? Sobre todo para nosotros dos. ¿A quién le importa, aparte de a los Denning? Ya hemos demostrado lo capaces que somos de no interferir en el día a día del otro, apenas habría que convivir. Tú mantendrías tu preciosa soledad, y yo..., bueno, yo no sé exactamente qué voy a hacer, pero no será contigo. Firmaré cualquier acuerdo prenupcial que quieras para proteger ese dinero que no te importa. ¡No habrá ninguna diferencia!

—¡Quiero pintarte, no casarme contigo!

Parpadeó.

—Si nos casamos, podrás dibujarme cuando quieras. Va en el *pack*.

—No pienso comprar ese *pack*. —Se dio la vuelta.

Tess se puso de pie. Por muy loco que sonara, no iba a rendirse.

—¿Sabes esas personas increíbles que hacen grandes gestos? ¿Gestos que cambian las vidas de otros para siempre? Como... donar un riñón. O construir una escuela. O... ayudar a una víctima de un accidente a salir de debajo de su coche. Para ti sería eso. Este sería tu gran gesto.

Se giró hacia ella.

—¿Necesitas un riñón? Me lo pensaré. Pero no me voy a casar contigo.

Tess se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Sería una minucia..., y eso supondría una gran diferencia en su vida.

—¿Defines «casarse» como «una minucia»?

—¿No quieres quedarte con ella? ¿Ni siquiera un poquito?

—Eso no tiene nada que ver.

—¡Claro que tiene que ver! Y el matrimonio conmigo no sería tan terrible como crees. —Eso no se lo creía ni ella, así que trató de convencerlos a ambos—. Somos una especie de amigos, si defines a un amigo como alguien con quien puedes ser tú mismo. Alguien a quien no necesitas impresionar ni esconder tus

defectos. Hemos visto lo peor del otro. Al menos espero que sea lo peor de ti, porque ya has visto lo mío. Y, el día menos pensado, Wren y yo nos mudaremos aquí, a la cabaña. Apenas sabrás que existimos. ¿No lo ves? No cambiaría nada.

—Excepto que estaría casado, algo que no me he planteado nunca.

—Solo hasta que la tinta se seque en el papel. Cuando esté segura de que es mía para siempre, nos separaremos. —Buscó un argumento, cualquier cosa que lo convenciera—. Hasta entonces..., follarás todo lo que quieras.

North arqueó una de sus oscuras cejas.

—Querrás decir que tú follarás todo lo que quieras.

—Tanto monta, monta tanto —se apresuró a responder—. Es justo que te diga que yo... —tragó— estoy muy bien entrenada en el arte de la seducción. —Mucho mejor entrenada de lo que le gustaría.

—Hablas como una cortesana del siglo xviii.

—Pero mucho más limpia. —Aunque no estaba del todo segura de haberse cepillado los dientes aquella mañana—. Pero necesito saber que no tienes ninguna enfermedad de transmisión sexual, claro. Porque yo estoy sana.

—Yo también, y esto es una locura. —Se pasó la mano por el pelo.

¿Acaso lo estaba convenciendo? El exhausto corazón de Tess se aceleró. ¿Qué podía decir para sellar el trato? Se lamió los labios.

—¿Qué tal un avance?

—¿Qué... ?

Sus sueños de ser seducida se desvanecieron, pero eso era por Wren, no por el sexo.

—Un avance. Con la condición de que te lo pienses de verdad.

El silencio de Ian fue peor que un rechazo. Lo miró mientras cogía su altavoz *bluetooth* y lo examinaba como si estuviera inspeccionando los defectos del diseño. Por fin, clavó los ojos en ella.

—Tengo una contraoferta. Posa para mí esta noche. Desnuda.

Ella tragó saliva.

—Si acepto, ¿les dirás que estamos pensando casarnos? ¿Solo pensando?

—No.

—Entonces no voy a posar para ti.

Él se pasó el altavoz de una mano a otra.

—¿Qué tal si acepto no decirles que estás mintiendo descaradamente, pero...?

—Acepto —soltó ella con rapidez.

—Pero... solo si no me preguntan directamente. A diferencia de ti, no voy a mentir.

No era lo que ella quería, pero era mejor que nada.

—Trato hecho. Ahora, por favor, vete para que pueda llorar en paz.

Ian no logró escapar con la suficiente velocidad.

Estaba demasiado nerviosa como para dormir una siesta, y la cabaña resultaba claustrofóbica, así que se lavó la cara, se atusó el pelo y cogió la llave de repuesto del coche. Volvió a la escuela a por su automóvil y condujo hasta el pueblo.

Vagó por los pasillos de la tienda Dollar General sin elegir nada, luego se sentó en el banco de afuera e intentó calmarse. Como eso no funcionó, se levantó, y entonces descubrió que se había sentado sobre algo pegajoso. Se limpió los vaqueros lo mejor que pudo antes de que el miedo que la había llevado al pueblo la abrumara. Tenía que asegurarse de que los Denning seguían en el hostel La Violeta Púrpura de Fiona.

Pasó por delante del Centro Recreativo de Brad Winchester y la iglesia apostólica Ángeles de Fuego. Pasada la curva, a su izquierda apareció La Violeta Púrpura. Disminuyó la velocidad hasta casi detenerse.

El Lexus de los Denning estaba allí, pero eso no la tranquilizó. Wren era muy frágil para estar cerca de demasiada gente. ¿Y si había otros huéspedes? ¿Niños no vacunados?

Necesitó toda su fuerza de voluntad para conducir de vuelta al pueblo. Llegó hasta el centro recreativo antes de parar. Apoyó la frente en el volante mientras una terrible imagen tras otra inundaban su cerebro. Wren llorando tan fuerte que su cara se llenaba de manchas. Wren vomitando en el asiento del coche. Wren con uno de sus ataques de diarrea explosivos. Tess quería que Wren se comportara lo peor posible con ellos, pero saber que a lo mejor vivía cualquiera

de esas situaciones sin que ella estuviera ahí para consolarla era insoportable.

Se obligó a sí misma a regresar a la cabaña. El felpudo de la puerta estaba torcido, y había un folleto en la mesa de la cocina, pero esa vez Kelly Winchester no tenía la culpa. Había venido el instalador de la caldera. Ahora que ya no importaba, tenía calefacción.

Con el teléfono en la mano, se arrastró hasta arriba, se dejó caer en la cama y se adentró en un sueño intranquilo.

El sonido del móvil la despertó antes de que la pesadilla se apoderara de ella. Buscó a tientas entre las mantas para recuperarlo.

Era un mensaje de Ian.

«¿Dónde estás?».

«En la casa de la playa, en Bora Bora», escribió entrecerrando los ojos para teclear.

«Cómprate un billete de vuelta. Cenas aquí dentro de una hora. Estoy cocinando».

«No tengo hambre».

Su estómago gruñó como protesta.

«No importa. Tenemos un trato».

Para dibujarla desnuda. Como si pudiera olvidarlo.

Echó una ojeada a la hora, eran casi las siete en punto. Le dolía la cabeza y la boca le sabía a calcetines mugrientos. Se arrastró al cuarto de baño y llenó la vieja bañera de patas de garra, se quitó la ropa sucia y se sumergió.

«Tenemos un trato». Mientras yacía en el agua, se imaginó a sí misma tendida desnuda en ese sofá de terciopelo púrpura. ¿Con qué propósito? ¿De verdad pensaba que su dudoso atractivo sexual lo convencería de acompañarla en la descabellada historia que se había inventado sobre la marcha?

Necesitaba prepararse para lo que iba a pasar esa noche, pero solo se le ocurrió depilarse las piernas.

El agua se enfrió. Tess se secó el pelo con una toalla y se lo peinó con los dedos. Sus vaqueros estaban demasiado sucios para volver a ponérselos y la camiseta olía a sudor, pero como casi toda su ropa estaba en la escuela, no le quedaba mucho donde elegir.

Rechazó el vestido negro de tubo que había usado en el funeral de Trav y el estampado de leopardo rosa brillante que sus compañeras comadronas le habían comprado como parte de una broma. Eso dejaba como única opción el vestido de cóctel carmesí con escote palabra de honor, su conjunto preferido para una celebración.

Ese vestido rojo tenía algo... Necesitaba una armadura y con él se sentía valiente, como si de una bandera de combate se tratase. Se lo pasó por la cabeza y, cuando la fría tela se deslizó por su cuerpo desnudo, tembló. La falda era amplia, lo que permitía que el aire se colara entre sus piernas y más allá. Tan pronto como llegara a la escuela se pondría ropa interior.

Recogió la ropa sucia y se miró en el espejo. Sin maquillaje, con el pelo peinado con los dedos y el vestido rojo brillante, parecía la invitada a una fiesta que volvía a casa con resaca, al amanecer, tras una larga noche esnifando coca con un director de cine independiente.

Se puso las bailarinas plateadas que tenía en la puerta trasera y se metió en el coche. Llegó a la escuela demasiado rápido.

El olor a comida deliciosa llegaba hasta el exterior.

—¡Aquí! —gritó Ian desde la cocina.

Ella siguió el sonido de su voz. Se encontraba de pie junto a la encimera, vestido con unos vaqueros y una camiseta azul marino del mundial de fútbol. Ante él estaban los restos de la preparación de una ensalada y una botella de vino con dos copas llenas. La miró con admiración.

—Muy bonito.

—Voy a cambiarme.

—Luego. —Le tendió una de las copas—. Este es un muy buen *cabernet*.

Tess se bebió todo el contenido y la sostuvo ante él para que la rellenara.

—Ya me había anticipado a eso —dijo.

—¿A qué?

—A tu imperiosa necesidad de abusar del alcohol. —Le rellenó la copa—. Me gusta cómo te has vestido para mí.

—Toda mi ropa estaba sucia y me pienso cambiar en cuanto cene. —Entre el vino y los suntuosos olores que salían del horno, sintió un gran apetito. Estaba

tan hambrienta que casi olvidó que no llevaba ropa interior.

—Cenaremos lasaña.

—¿Congelada?

—Subestimas mis habilidades culinarias. —Pareció ofendido.

—Congelada, entonces.

—Coge los platos. —La boca le temblaba por la risa.

Tess parecía la lasciva cuarta esposa de un disoluto naviero griego. Con el vestido rojo y los pies descalzos. Con ese extravagante caos de pelo contra su piel olivácea. Una mujer demasiado segura de sí misma como para molestarse en maquillarse. Y esos pechos... Había visto muchos pechos, pero aquellos eran excepcionales. Llevaba mucho tiempo sospechando que no eran totalmente simétricos, lo que los hacía aún más perfectos.

Tess limpió el desorden que había provocado él al preparar la ensalada y guardó los ingredientes que habían sobrado. La falda de su vestido se movía alrededor de sus piernas desnudas.

—He encendido la estufa. Cenemos frente al fuego —dijo Ian sacando la lasaña del horno.

Ella se encogió de hombros y llevó las ensaladas al salón. Ian arrojó una manta de lana al suelo, delante de la salamandra, y fue a por el resto de la comida. La mesa quizá hubiera sido más cómoda, pero Ian no habría tenido unas vistas tan cautivadoras. Primero, Tess se sentó con las piernas cruzadas, con la falda del vestido entre los muslos, y las pantorrillas y los pies desnudos. Luego, movió las piernas hacia un lado y el remolino de la falda se deslizó hasta la mitad del muslo. Parecía un *ballet* decadente de color carmesí y tono terroso.

Estaba inquieta. Era fácil adivinar lo irritada que estaba. También él había pensado en Wren más de lo que le hubiera gustado. Rellenó la copa de vino de Tess, pero no la suya. Ninguno de los dos dijo mucho. Por fin, dejó de intentar comer e hizo lo que llevaba planeando todo el día. Cogió el bloc de dibujo.

Ella se puso rígida, seguramente porque recordó de súbito la promesa que le había hecho. Ian se tomó su tiempo para elegir un lápiz 3B, al tiempo que libraba una guerra interna entre su obsesión por dibujarla y su desprecio por lo que

estaba a punto de hacer. Aquello no era arte. Aquellos dibujos trillados eran una distracción que le impedían hacer lo que debía hacer, solo que no sabía qué era lo que debía hacer. ¿Cómo desenredar aquel embrollo?

El fuego brillaba a través del cristal de la salamandra y ella lo había estado observando, pero ahora lo miraba a él.

—No lo entiendo. No entiendo por qué quieres dibujarme.

Y él no tenía intención de explicárselo.

—La inspiración te llega de la manera más extraña. —Levantó la vista de su bloc de dibujo—. Hoy eres tú. Mañana será un gran culo de sapo que vea en el bosque.

Ella se rio, la primera risa suya que él había oído en mucho tiempo.

—Tu comparación resulta halagadora. Menos mal que me importa un bledo lo que pienses de mí.

—No me parece que esa sea la mejor actitud hacia alguien a quien intentas convencer para que se case contigo.

Debería haberse mordido la lengua antes de sacar el tema a colación, porque la sonrisa se desvaneció de la cara de Tess, que escondió la mirada en la falda.

—¿Es ahora cuando tengo que desnudarme?

El comentario lo cabreó, y no debería haber sido así, puesto que era él quien la había puesto en tal tesitura.

—No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

—No quiero. —Puso la copa de vino en la mesa de café que había a su lado—. Pero lo haré. —Se puso de espaldas para bajarse la cremallera del vestido.

—Para. —Por mucho que quisiera ver más, no quería que fuera así. No con esa expresión de sumisión en su cara, que la hacía sentir como si la hubiera convertido en una prostituta de diez dólares.

—Te necesito de mi parte mañana —dijo.

Apretó con fuerza el lápiz.

—Lo sé. Quédate como estás.

Y así, en lugar de dibujarla desnuda en el sofá púrpura de su estudio, Tess posó para él tal como era. Con las piernas de lado, la falda alrededor de los muslos, la cabeza inclinada.

Ian se sintió furioso consigo mismo.

Tess se dijo a sí misma que debía sentir alivio por lo distante que parecía. La idea de estar desnuda y pasiva frente a Ian, de dejar que la examinara como si fuera un insecto atravesado por un alfiler, la había preocupado. Pero, en lugar de alivio, sintió algo parecido a lástima sexual. Ella quería algo más, ¿por qué él no?

«Siempre era la seductora. Nunca la seducida».

Se sentó.

—¿Suficiente por esta noche?

—¿Estás cansada?

—Sí. —Era mentira. La siesta la había renovado.

El lápiz dejó de moverse de pronto.

—No puedo creer que hayas intentado comprarme con sexo.

No se había enfadado en su momento, ¿por qué estaba molesto ahora? Ella se puso de rodillas.

—No tenía nada más con lo que hacer el trueque.

Él se puso en pie con un movimiento brusco.

—Tenías tu... tu carácter. Tu inteligencia. Tu... —Se esforzó por encontrar las palabras—. ¡Sabes cocinar!

Su reacción la desconcertó.

—¿Por qué no caí en eso? Apóyame en mi nefasto plan matrimonial y te haré ternera rellena.

Se acercó más, cerniéndose sobre ella.

—Cuando nos acostemos juntos, será porque los dos queramos. No porque te sacrifiques como una especie de virgen vestal.

—¿Has dicho «cuando nos acostemos...»?

—Sí.

—Pero...

—No te hagas la sorprendida. Una mujer como tú que rezuma sexo...

Parpadeó.

—¿Que rezumo sexo?

—Sabes exactamente lo que quiero decir. Esos ojos. Ese pelo. Tu cuerpo.
Tess tragó saliva con dificultad.

—Puedo estar de acuerdo con los ojos, y supongo que lo de mi pelo es una preferencia personal tuya, pero el cuerpo...

—Basta. Ya me he hartado —la interrumpió Ian quitándose la camiseta con un rápido movimiento.

14

Ian se cernió sobre ella, las llamas de la estufa lamían su pecho desnudo. Le tendió la mano y Tess hizo lo propio. Aquel simple gesto, esa gran mano rodeando la suya, más pequeña, resultó más íntimo que cualquier otra cosa que hubieran compartido.

Tiró de ella para que se pusiera de pie. Tess miró sus oscuros ojos plateados. ¿Por qué pensaría que eran fríos? Ian presionó el pulgar contra la palma de su mano y dibujó un círculo delicioso.

—Necesito asegurarme de que los dos lo entendemos... Esto no tiene nada que ver con lo de mañana.

«Claro que tiene que ver con lo de mañana».

Él volvió a dibujar un círculo en la palma de la mano.

—Quiero oírtelo decir.

Si eso era lo que necesitaba oír...

—Esto no tiene nada que ver con lo de mañana.

—Solo con lo de esta noche.

Si cogía el bloc de dibujo, nunca le perdonaría.

—No tomo la píldora.

—No importa, tengo condones de esos que tanto te gustan... —Se tocó el bolsillo de sus vaqueros—. No voy a ninguna parte sin ellos cuando andas cerca.

Ella sonrió.

—Qué halagador.

Ian deslizó esas manos grandes por su espalda, haciendo que su piel vibrara. Tal vez esa noche sería un momento único para ellos, desconectado del resto de sus vidas. Ian se detuvo en su cintura.

—Me va a dar algo —gimió—. Lo único que me apetece hacer es desnudarte y poseerte aquí mismo, pero...

«¡Sin peros!».

—Eso se lo cargaría todo entre nosotros.

—Para ser un hombre de pocas palabras, ya has dicho demasiadas. —Ella tomó la iniciativa. Le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y separó los labios. Sus dedos se hundieron en el pelo espeso y limpio de la parte posterior de la cabeza de él mientras capturaba el labio inferior entre los suyos. Y permaneció así. Tentadora.

«Siempre la seductora. Nunca la seducida».

El cuerpo de Ian se apretó con fuerza contra el de ella, que arqueó las caderas y se frotó como una gata, pero mantuvo la lengua escondida donde correspondía. A Trav no le gustaban las lenguas.

Las palmas de las manos de Ian se ahuecaron sobre su trasero, donde solo una fina capa de tejido carmesí separaba sus pieles. Esperó a que él la tocara por debajo de la falda.

No lo hizo.

En lugar de eso, le robó un beso. Se lo llevó. Un momento antes, ella estaba al mando; al siguiente, estaba con la espalda contra la pared y él le había encerrado la cara entre sus grandes y hábiles manos. Luego le agarró la cabeza con suavidad y le levantó la barbilla para rozar el centro de su labio inferior con el pulgar, separándolo del superior.

Mientras él le deslizaba las manos hasta los hombros e inclinaba la cabeza, ella sintió su lengua. Al principio solo un poco, pero luego la sintió dentro, explorando su boca.

Fue como si la besaran por primera vez. De una manera completamente nueva. Se sintió una extranjera atrapada en tierra exótica. ¿De veras le gustaba que la besaran así?

Sí, le gustaba.

Él siguió jugando con su boca —¿de cuántas maneras sabía besar?—, mientras apoyaba las palmas de las manos en la pared a lado y lado de su cabeza, su torso contra sus senos. Ella cerró y abrió los ojos. Los de Ian estaban entornados, parecía dispuesto a devorarla.

Tess notó que se ruborizaba.

Ian le atrapó las muñecas a los lados, inmovilizándola con su cuerpo. Aunque Tess siempre había tenido algo de claustrofobia, no sintió ningún

impulso de alejarse, pero tampoco se sentía completamente segura.

El olor de la leña. El de él. Todo era atractivo.

Entonces, Ian la liberó. Bajó las manos hasta apoyarlas en sus caderas.

«¡Vamos! Mete la mano por debajo del vestido...», le instó en silencio, pero él no siguió sus órdenes. En vez de eso, se echó hacia atrás. Su mirada buscó la de ella, con el ceño fruncido.

Él la deseaba y ella notaba cuánto.

—Dios, Tess...

Ella se deslizó por la pared y se arrodilló sobre la manta. La cama sería más cómoda, pero estaba demasiado lejos. Él se arrodilló a su lado, las llamas brillantes de la estufa pintaban sus brazos desnudos de tonos dorados y amaderados.

Se tumbaron juntos.

—Eres la fantasía de cualquier hombre —gimió Ian.

Tess tuvo que reprimir las ganas de contradecirlo.

Ian la besó de nuevo. Y de nuevo. Besos profundos y esmerados, tan excitantes que Tess se emborrachaba con ellos. Aunque Ian tenía el pecho descubierto, todavía llevaba puestos los vaqueros. En cambio, las piernas de Tess estaban desnudas, aunque aún llevaba el vestido. La mano de Ian bajó por el interior de su rodilla. «Por fin...». Pero, incluso entonces, se tomó su tiempo y la movió lentamente. Al mismo tiempo, hundió la nariz en su clavícula, le besó el hueco del cuello... y se detuvo cuando se dio cuenta de que no llevaba ropa interior.

Estaba mojada, humillantemente mojada, pero a él no pareció importarle. Tess arqueó el cuello, separó los muslos.

Ian la tocó justo donde ella quería. Al principio fue solo una ligera caricia, luego se hizo más profunda. Más firme. Más intensa. Y ella se derrumbó.

Apenas le dio tiempo para recuperarse antes de que volviera a tocarla. Jadeó y sucumbió una vez más.

Tess lo necesitaba todo de él. Necesitaba tenerlo. Le puso las manos en el pecho y se lo quitó de encima. Buscó la cremallera de sus vaqueros y notó lo que escondían, grueso y turgente.

Él le detuvo las manos antes de que le bajara la cremallera. Tess lo miró conmovida y percibió la ligera contracción en las comisuras de sus labios. Con los sentidos aguzados, le leyó el pensamiento.

—Esto no tiene nada que ver con lo de mañana —susurró.

—Ojalá fuera verdad. —Ian se levantó del suelo y se dirigió hacia la puerta principal.

—¿A dónde vas?

—Afuera.

—¿Por qué?

—Adivina...

—Ah... —Quería decirle que no debía marcharse. Que ella se ocuparía de todo, que lo cuidaría a él. Pero la puerta ya se había cerrado. Con el pecho desnudo, Ian salió a enfrentarse a la fría noche de abril.

No podría soportar la incomodidad de verlo cuando regresara, así que se escondió en su habitación. ¿Qué más le diría cuando sabía que él tenía razón? ¿Cómo podía esa noche no estar conectada con lo que pasaría al día siguiente? A pesar de su exterior tosco, era un hombre de honor. Y, en ese momento, lo odiaba por ello.

Lo oyó regresar mientras se quitaba el vestido, que estaba arrugado de tal manera que ya no podría volver a ponérselo. Un débil sonido del agua corriente provenía del baño de abajo. Ian la había hecho olvidar a Wren durante unas horas, pero esa mágica huida de la realidad había terminado. Los Denning no la habían llamado para pedirle ayuda o consejo, no le habían rogado que se llevara al bebé protestón. Jeff y Diane Denning se habían enamorado de Wren en cuanto la vieron. Y eso era algo que Tess entendía demasiado bien.

A la mañana siguiente, se duchó, se vistió e incluso se maquilló para protegerse del día. Eran apenas las siete cuando terminó, y los Denning no llegarían hasta las diez. Bajó las escaleras. La puerta de la habitación geoda estaba ligeramente entreabierta. No tuvo que mirar dentro para saber que estaba vacía. La energía que cargaba la casa cuando él andaba por allí había

desaparecido.

Miró el reloj de la escuela. ¿Qué haría durante las próximas tres horas? Estaba demasiado nerviosa para leer y se volvería loca si se quedaba dentro de la casa, así que se puso las zapatillas, un anorak y salió.

Necesitaba bailar para disipar todo el ruido que retumbaba en su interior y se dirigió hacia la cabaña, aunque en el último momento se dio la vuelta y caminó en dirección opuesta. La última vez que subió a la iglesia en ruinas llevaba a Wren con ella. Pero ahora iba sola.

Ian estaba allí, de pie en un prado nebuloso. Ella se deslizó entre los árboles. El poder de su postura la hipnotizaba. Él extendía los brazos con una fuerza calculada, luego entraron en juego sus piernas. Solo llevaba una camiseta y unos pantalones cortos de color gris. Incluso desde su escondite Tess reparaba en la musculatura de sus pantorrillas, el poder de sus muslos.

Lo espió como una quinceañera que acecha entre los arbustos a su amor adolescente. Ya era suficiente. Metió las manos en el bolsillo de la chaqueta y salió al claro.

Ian estaba tan absorto en sus movimientos que tardó unos segundos en percatarse de su presencia. Tess eligió el tronco de árbol más plano para sentarse y observarlo. Él perdió el ritmo, aunque lo retomó de nuevo. Pero no continuó entrenando durante mucho tiempo. Se acercó a Tess secándose el sudor de la frente con la camiseta.

Era una mujer adulta y no le gustaba jugar a la virgen ruborizada.

—Muy bonito, señor North. Debería cobrar entrada.

—¿Qué es lo que quieres? —No lo dijo de manera grosera, más bien con recelo.

—Solo procuro evitar la enorme incomodidad de «la mañana siguiente de». Aunque no podemos decir en toda regla que sea la mañana siguiente de, porque alguien se acobardó. —No tenía intención de ser tan descarada, pero se sintió de maravilla.

—¡No me acobardé!

—Pues lo disimulaste muy bien.

—Tampoco hace falta que te pavonees. —Ian arqueó una de sus oscuras

cejas.

—A diferencia de ti, yo sí que tengo lo que quería. —Su descaro le hizo sentir que estaba desenterrando a la mujer que siempre había sido.

Por desgracia, al parecer Ian no compartía su opinión.

—Supongo que me volví loco.

—Jugar a ser un hombre de honor es un auténtico coñazo, ¿verdad?

—Jesús, Tess...

—Hablando de Jesús. Y como estamos prácticamente en la iglesia..., sé que debería perdonarte por no querer compartir tus «bienes». —Fingió pensarlo mejor—. Pero no. No lo voy a hacer.

—Eres única, Tess Hartsong. —Él sonrió.

Aquella sonrisa la derritió. Así imaginaba que habría sido Ian si hubiera crecido en un entorno familiar diferente, libre de todo el bagaje de una infancia que creía haber dejado atrás, pero que todavía cargaba con un gran peso a sus espaldas. El padre que la había tomado con él y, lo que era peor aún, la madre que no lo había querido lo suficiente como para protegerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo lo que sea que haces aquí arriba?

—Es básicamente *taekwondo*. Unos diez años. También entreno en un *dōjō* que queda un poco lejos de aquí, en Valley City.

—Así que es ahí donde vas cuando desapareces. —Valley City estaba a unos veinticinco kilómetros y era solo un poco más grande que Tempest. Señaló la mochila con la cabeza—. ¿Llevas el cuaderno de bocetos contigo?

—Pues claro.

—Dibuja algo para mí. Algo que no sea yo —se apresuró a añadir—: Esa ventana. La que tiene vides creciendo a su alrededor.

Miró el lugar que ella había indicado, una estrecha ventana lateral coronada con un arco apuntado. El cristal había desaparecido y las piezas que quedaban de la reja de madera colgaban en ángulos extraños.

Ian se encogió de hombros y se acercó a coger su cuaderno de dibujo.

—No te olvides de firmarlo cuando termines —añadió.

—¿Sigues con la idea de vender mi obra en eBay?

—Una mujer tiene que pensar en su jubilación.

—Déjame sentarme ahí —resopló, y se dirigió hacia ella.

Tess se levantó y se alejó para dejarle trabajar. Mientras Ian dibujaba, ella rodeó la iglesia a través de la maleza y se dirigió hacia el arroyo que corría detrás del edificio. La mayor parte de la pintura blanca de la iglesia había saltado, dejando a la vista la vieja madera que había debajo. Se imaginó las voces de los pentecostales hablando otros idiomas tras aquellos muros, los creyentes introduciéndose en las burbujeantes corrientes del arroyo Poorhouse para recibir el bautismo en nombre del Espíritu Santo.

Imaginó a toda esa gente con una fe ciega en que cada palabra de la Biblia era verdadera. Casi envidiaba su capacidad para rechazar los siglos de tradición oral que habían existido antes de que se transcribiera una sola palabra de las Escrituras. Qué reconfortante sería tener una fe tan firme, pero ella prefería una creencia más empírica. Aun así, sentía cierta afinidad hacia aquellos pentecostales. ¿Acaso no creían en el poder sanador de la danza?

Encontró un macizo de hierba alta y trenzó unas briznas. Mientras intentaba sujetarlas alrededor de su muñeca, Ian la llamó desde el lugar donde se encontraba.

—Listo.

Dejó caer la trenza y se acercó a ver.

—Madre de Dios...

No sabía qué esperar, pero desde luego jamás hubiera imaginado aquella magnífica ilustración. La ventana y las parras estaban trazadas con tanto detalle como un grabado medieval. Pero de pie, dentro de la ventana...

—¡Es un conejo!

—Un conejo enorme.

—¡Un conejo de dibujos animados! ¿En qué coño estabas pensando, Ian?

Él apenas sonrió.

—Pensaba que querías una pieza en la que invertir. Y esta lo vale.

—¿Y eso por qué?

La miró con una condescendencia exagerada.

—Obviamente, no tienes ni idea de arte contemporáneo. El misterio añade valor.

—Mmm...

—El mundo del arte se volverá loco tratando de averiguar el significado de ese conejo. La subasta en eBay se disparará por las nubes.

—¿Y cuál es el significado de ese conejo?

—Cuando era pequeño me encantaba Bugs Bunny.

Ella sonrió.

—Mejor le pongo título. —Ian le quitó el cuaderno de bocetos, pensó unos instantes y luego escribió algo. Se lo devolvió. Sobre su nombre y la fecha aparecieron las palabras: «Composición con lápiz y bolitas de conejo».

—¡Venga ya!

—Por desgracia, no he logrado encontrar ningún excremento de conejo. Pero con ese título acabas de ganar otros mil dólares.

Ella se echó a reír.

Cuando él le devolvió la sonrisa, se pareció al chico que de pequeño adoraba a Bugs Bunny.

Volvieron a la casa juntos. Él le señaló las heces de oso en el sendero y un conjunto de huellas de coyote. Le enseñó cómo los más espesos rodales de puntales de hadas y hepáticas crecían bajo los árboles que todavía no habían perdido las hojas.

—Eres un urbanita —comentó ella—. Sigo sin entender cómo sabes tanto de la naturaleza.

—A lo largo de los años he pasado mucho tiempo al aire libre. Caminatas, campamentos, piragüismo... Y los artistas tendemos a ser muy observadores.

¿Cuánto la habría observado a ella?

La tensión, que había disminuido temporalmente, reapareció cuando llegaron a la escuela.

—Tengo que ducharme —dijo él—. No te vengas abajo sin mi compañía.

—No suelo derrumbarme. —Era mentira, ya que ese había sido su estado natural los últimos meses.

Mientras él desaparecía en el dormitorio geoda, ella fue a la cocina. ¿La delataría a los Denning? Había sido muy explícito: no participaría en la mentira

de su matrimonio, pero también dijo que no la descubriría... A menos que le preguntaran directamente.

En la cocina, miró a su alrededor, tratando de recordar por qué había entrado allí. Porque les había prometido huevos *benedict*, como una tonta. Procuró despejarse la mente lo suficiente para recopilar los ingredientes. No tenía beicon canadiense a mano, así que tuvo que conformarse con beicon normal y corriente. También tuvo que hacer la salsa holandesa, que solo había hecho una vez.

Como era de esperar, la salsa se le cortó; la mantequilla y las yemas de huevo se separaron en un gran desastre acuoso. Empezó de nuevo y solo consiguió que se le volviera a cortar. Salió a buscar cobertura para el móvil. La encontró junto al parachoques derecho de su coche. Buscó en YouTube un tutorial que enseñara paso a paso cómo preparar la salsa. Para cuando terminó, Ian se había retirado a su estudio y ella tenía el estómago revuelto. Eran las diez en punto. ¿Dónde se habían metido los abuelos de Wren?

Quince minutos más tarde —cuando ya era presa de la ansiedad—, oyó un coche. Corrió hacia la ventana y vio el Lexus de los Denning detenerse frente a la escuela. Se abrazó el estómago e hizo tres respiraciones profundas antes de salir corriendo.

Incluso con el coche cerrado, oía el llanto de Wren. Abrió de golpe la puerta trasera. Wren parecía encajada en una esquina de la sillita del coche, con los ojos hinchados, la boca abierta y la lengua retorcida entre sus encías rosadas y desdentadas.

Tess abrió las hebillas del asiento, sacó al bebé y lo estrechó contra su cuerpo. Wren se calmó inmediatamente. Quiso volver a correr hacia el bosque y esconderse en la torre de vigilancia. Construir un pequeño hogar para las dos, con las montañas a sus pies y las estrellas como luces nocturnas.

La acunó murmurando tranquilizadores siseos. Deseaba pedirle perdón por haberla abandonado. Oyó el zumbido ronco de la conversación entre los hombres. Poco a poco, el cuerpo de Wren se relajó.

—Tienes un don —dijo Diane.

Solo entonces, Tess se volvió. Jeff estaba como la otra vez, pero Diane era como si hubiera olvidado peinarse. Llevaba los labios pintados, pero no los ojos,

y, en lugar de un collar plateado grueso, su suéter negro mostraba una mancha lechosa.

—Wren es como su padre —declaró Jeff con orgullo—. Simon también armaba buenos escándalos.

Diane alargó la mano y tocó la cabeza de Wren.

—Éramos más jóvenes entonces.

—En ocasiones llega a ser agotadora —consiguió decir Tess.

Diane le ofreció una sonrisa cansada.

—Sin duda, he pasado noches mejores.

El ánimo de Tess se elevó. Tal vez su plan había funcionado. Quizá la realidad de tratar con una recién nacida malhumorada les había hecho recapacitar y darse cuenta de que no querían ocuparse de ella a tiempo completo. Tal vez ver lo rápido que Wren se había calmado con Tess ablandaría su corazón.

Diane hizo añicos sus esperanzas de inmediato.

—Es preciosa. Vale cada segundo de sueño perdido. ¿Cómo podría alguien no querer a esta criaturilla?

—Dentro huele a beicon —dijo Ian—. Vamos a probar lo que ha preparado Tess.

—Todo mejora con beicon —afirmó Jeff, que era la viva estampa de un abuelo alegre.

Tess enderezó el gorrito de Wren. El bebé no olía a Wren, sino al perfume de Diane y a la loción de Jeff.

Ian sirvió el café.

—Wren me sonrió anoche —anunció Jeff.

—A mí no. —La brusquedad de Diane levantó el ánimo de Tess, aunque enseguida se lo hundió de nuevo—. Pero no he olvidado cómo hacer eructar a un bebé y me encanta cómo enrosca la mano alrededor de mi dedo.

Wren se había dormido. Para terminar de preparar el desayuno, Tess tendría que acostarla. O devolvérsela a sus abuelos. Ninguna de las dos opciones le apetecía. Pero tampoco era plan de llevarla en el canguro mientras trasteaba en una cocina con los fogones encendidos.

Deslizó al bebé en los brazos de Ian. Por fortuna, él no protestó, aunque no

parecía exactamente feliz.

La salsa holandesa había quedado perfecta, pero los huevos escalfados estaban demasiado pasados y había carbonizado los bordes de los panecillos ingleses. Jeff fue el único que se lo comió todo.

Tess apenas tocó su comida. Estaba acunando a Wren de nuevo, atesorando cada instante que pasaba con ella. Diane empujó el plato desde el borde de la mesa.

—Es probable que pienses que somos unos anticuados por insistir en que Wren se críe en una familia estable, pero no soporto la idea de que acarree las mismas cicatrices que yo.

Tess eligió sus palabras con sumo cuidado.

—No estoy segura de que sea justo equiparar tu experiencia a las de otros niños de madres solteras.

—Tienes razón. Aunque... mi madre tenía la mejor intención del mundo, y te garantizo que esa intención no incluía el caer bajo el influjo de hombres maltratadores.

—Si hay algo que está claro —dijo Jeff— es que todos queremos lo mejor para Wren. Las cuestiones legales tal vez tarden un tiempo, pero creo que estamos de acuerdo en que a Wren no le conviene esperar a que se concreten todos los detalles. Ya tiene un mes de vida. Debemos actuar con rapidez y arreglarlo todo antes de que se encariñe demasiado.

Tess empezó a decirles que Wren ya estaba encariñada con ella, pero Jeff no había terminado.

—Diane y yo somos conscientes de las renunciaciones y las decisiones que tendremos que tomar para criar a una niña a nuestra edad, pero estamos más que dispuestos a hacer lo que sea. Es una suerte que podamos contratar ayuda profesional.

—¿Ayuda? —Tess se enderezó en su silla tan bruscamente que Wren emitió un maullido de protesta—. ¿Te refieres a una niñera?

—No necesariamente, pero...

Tess se levantó de la silla.

—¿Crees que lo mejor para Wren es arrancarla de los brazos de la única

madre que ha conocido y entregarla a una niñera?

La mandíbula de Diane se tensó.

—Esa no es nuestra intención, Tess. Y quizá tú también deberías hacerte esa pregunta. ¿Crees que lo mejor para Wren es que la críe una mujer en aprietos, en paro, y cuyos planes de matrimonio son poco más que vagos?

—Que eso solo te incumbe a ti, por supuesto —añadió Jeff, apresuradamente—. Diane y yo no juzgamos tus decisiones, excepto en lo que afecta a Wren.

Tess habló con la mayor firmeza posible.

—La única razón por la que nuestros planes son vagos es porque no teníamos motivos para darnos prisa. Hasta ahora, claro. —No podía mirar a Ian. ¿Había llegado el momento en que la detalaría?

Jeff se volvió hacia él.

—He investigado un poco desde tu primera llamada telefónica. Tu biografía cuenta que tuviste una más que ajetreada veintena.

—Fue más que eso —confesó Ian a bocajarro—. Mi familia me repudió. Bebí demasiado, consumí drogas y viví en la calle. Me echaban de todos los trabajos y no me importaba nada que no fuera plasmar mi firma en cualquier superficie plana que me llamara la atención.

—¡Tu familia no era una familia! —terció Tess—. Tuviste suerte de alejarte de ellos.

Jeff no pestañeó ante la autoevaluación de Ian.

—Admiro a los hombres que se enfrentan a sus errores. Y es evidente que lo has compensado, no solo con tu carrera, sino con tus obras de caridad.

«¿Qué obras de caridad?», se preguntó Tess.

Ian no había hecho tal cosa.

—No hace falta ni que lo mencionemos. Firmar cheques es fácil, apenas significa nada.

—Eres demasiado modesto —continuó Jeff—. ¿Qué hay del tiempo que pasas en esos centros de arte comunitarios? Por no hablar del dinero que donas...

Una cosa más que Tess desconocía.

Ian frunció el ceño.

—Siempre que hay recortes presupuestarios, las artes son el primer objetivo. Y eso es de una miopía absoluta, porque el arte puede ser el único salvavidas de los niños en crisis.

—Todo eso es encomiable, pero internet no dice lo más importante. —Diane miró hacia su nieta, dormida en los brazos de Tess—. Sabemos lo que Tess siente por Wren, pero ¿qué hay de ti?

—Ian adora a Wren —afirmó Tess—. Haría cualquier cosa por ella. Solo que es más reservado a la hora de expresar sus sentimientos —Se volvió hacia él, suplicándole en silencio—. En ningún sitio encontraríais a un padre mejor.

Sus ojos se encontraron con los de ella. Tess pensó que era el final. Ya no iba a apoyarla más. Ian se levantó de la mesa y subió las escaleras. La abandonaba. Abandonaba a Wren.

Se había acabado. Fin. Tess parpadeó. Tragó saliva con esfuerzo y se concentró en Wren, apoyada en su hombro, sin mirar a Diane ni a Jeff.

Oyó un ruido cuando Diane dejó los cubiertos en el plato. Jeff se aclaró la garganta. Wren ronroneó mientras dormía. Y luego se oyeron los pasos en las escaleras cuando Ian regresó.

Había traído uno de sus cuadernos de dibujo. Lo dejó en la mesa delante de ellos y lo abrió para mostrar un dibujo a lápiz de Wren dormida en los brazos de Tess. Pasó a la siguiente página: Wren llorando. Otra página: Wren bostezando. Había un estudio completo de sus orejitas en forma de concha y de su boca de pétalos de orquídea con el labio superior hinchado. Un dibujo tras otro, cada uno más delicado que el anterior, más etéreo que el anterior; ninguno los podría haber pintado con un bote de espray o con un rodillo de pintura.

Tess sintió el escozor de las lágrimas. No tenía ni idea de que había estado dibujándola.

—Madre mía... —Diane se acarició la mejilla y se le atascaron las palabras en la garganta—. Son... son preciosos.

Por una vez, Jeff no sabía qué decir, y tardó unos instantes en recuperarse.

—Supongo que esto responde a la pregunta de Diane.

La mano de Diane se quedó en una página que mostraba el remolino del flequillo de Wren. Ella los miró, preocupada.

—La gente puede estar comprometida durante años sin casarse. Suele pasar. Necesitamos saber que estáis comprometidos a largo plazo. Que Wren tendrá un padre y una madre.

—Hablamos como un par de viejos carcas, ¿no? —dijo Jeff.

Diane rechazó la risa conciliadora de su marido.

—No me voy a disculpar y no voy a pasar el resto de mi vida preocupándome por si Tess encadena un novio maltratador tras otro.

Tess levantó su barbilla.

—¡No suelo liarme con hombres de esa calaña!

—Con uno es suficiente —dijo Diane—. Y que se pudra en el infierno.

—¿Qué pasa con Ian? —exclamó Tess—. ¿Cómo sabes que no me pega en privado o... que tiene una obsesión enfermiza por las niñas pequeñas?

—¿Es así?

—¡Claro que no! —Tess no tenía derecho a ofenderse, ya que era ella quien lo había sugerido.

—Por supuesto... —dijo Diane—. Tengo un radar que no falla nunca cuando se trata de identificar a cerdos. Incluso a los más respetables.

—Doy fe —dijo Jeff—. Un juez local, por ejemplo; uno de los hombres más importantes de la ciudad. Diane sabía que era un cerdo y fue a por él.

Ella le quitó importancia al asunto.

—Eso no viene al caso. Necesito saber que lo vuestro es sólido.

Ian se metió el cuaderno de dibujo bajo el brazo.

—Eso es algo entre Tess y yo —dijo con firmeza.

—Lo que Ian quiere decir es que no nos atañe —dijo Jeff.

Pero a la fiera de la abuela no le importó.

—Os lo advierto a los dos... Me aseguraré de que Simon no renuncie a sus derechos paternos hasta que sepa con certeza que mi nieta crece en un entorno estable.

—Daría mi vida por ella. —Tess apretó a Wren.

Diane bajó los ojos a su regazo.

—Estoy segura de que mi madre pensaba lo mismo.

—Lo que exiges es innecesario —respondió Tess.

—Injusto, sí —dijo Diane—. Innecesario, no.

Tess había perdido. No solo la batalla, sino la guerra.

—No puedo.

—Entonces ya tenemos la respuesta que necesitábamos —dijo Diane en voz baja.

—Espera. —Jeff deslizó el brazo alrededor de sus hombros—. Diane, hace mucho que queremos visitar Asheville y está a solo dos horas de aquí. Dejémosles a la niña un día más y que hablen de sus cosas. —Miró a Tess—. Te prometo que te facilitaremos el proceso de desprenderte de Wren todo lo que podamos.

Diane tocó el dorso de la mano de su marido y miró a su nieta.

—No eres la única que daría su vida por ella, Tess.

Le habían propuesto a Tess un breve aplazamiento. Ian, como era de esperar, se adentró en el bosque en cuanto se marcharon, murmurando algo sobre que necesitaba paz y tranquilidad. Tess le dio de comer a Wren y la cambió, procurando no pensar, no sentir, pero era imposible. Diane y Jeff eran dos de las personas más decentes y bien intencionadas que había conocido, y el odio que sentía hacia ellos no tenía justificación. En cuanto a Ian... Se había comportado con honor; de hecho, había ido más allá del honor. Lo que ella le pedía escapaba a la razón y no tenía derecho a culparlo por negarse. No tenía derecho a culpar a nadie. Pero, aun así, los culpaba.

Ian se había ido cuando ella bajó a la mañana siguiente, pero su Land Cruiser estaba fuera, así que al menos no había huido a Manhattan. Cuando terminó de darle de comer a Wren, oyó que llamaban a la puerta. ¿Habrían llegado ya los Denning? ¿O sería otro grupo de adolescentes? No podía lidiar con ninguna de las dos opciones, pero su conciencia no le permitía ignorar los golpes. Colocó a Wren en el capazo y fue a abrir.

Una mujer delgada como un fideo, con el pelo liso y canoso, estaba de pie al otro lado del umbral. Tess no sabría decir si tenía cuarenta o sesenta años. Su piel era áspera y curtida, típica de las personas que se han ganado las arrugas al

pasar mucho tiempo al aire libre. A diferencia de Rebecca Eldridge, parecía haber formado parte de aquellas montañas durante generaciones.

—Siento molestarla, señora. Soy Sarah Childers. Mi marido, Duke, que está en el camión, se ha hecho un corte muy feo en la mano con la barrena de tierra esta mañana. He oído que ayudó a los Eldridge cuando a su hijo le pasó lo mismo en la pierna y le agradecería mucho que le echara un vistazo a Duke.

Tess empezó a enumerar todas sus reticencias: que no era doctora, que prácticamente no tenía material médico y que no tenía habilitación para practicar ningún tipo de medicina en Tennessee, pero la mujer ya se había fijado en Wren.

—Dios bendiga a América, ¡qué cosita más bonita! —Presionó una mano salpicada de manchas de sol en su mejilla—. Duke está enfadado como un mono porque no le cosí la mano yo misma.

Y era muy poco probable que Sarah Childers llevara a su marido a un médico.

Tess se apartó de la puerta.

—Le echaré un vistazo, señora Childers, pero si la herida es grave, tendrá que ir al médico.

—Duke no cree en los médicos. Y la última vez que lo cosí, ¡Dios bendiga a América!, acabé desmayada en el suelo y me dio un dolor de cabeza que me duró una semana.

—Es lo que tienen las conmociones cerebrales... —murmuró Tess mientras la señora Childers iba al camión a avisar a su marido.

Duke Childers tenía aún más canas que su esposa, grandes orejas, un bigote despeinado e hilos de pelo gris que sobresalían por debajo de uno de esos sombreros de color indeterminado que se usan para trabajar. Llevaba la mano envuelta en una toalla no demasiado limpia.

—Tess, cóseme ya. Tengo mucho trabajo que hacer —dijo a modo de saludo.

—No hay necesidad de hablarle así a la señora —lo regañó Sarah mientras Tess iba a por el botiquín de primeros auxilios—. Me disculpo por mi marido. No le sienta bien que le hagan daño.

—Si hubieras hecho lo que te pedí... —se quejó él.

—¡No voy a volver a coserte, Duke Childers!

Tess lo llevó hacia la mesa del comedor, que parecía destinada a convertirse en su quirófano particular.

—Siéntese, señor Childers.

—Me llamo Duke —dijo—. Llevo toda la vida instalando postes en las vallas. Esto es una chorrada como una catedral.

El corte, que era bastante profundo, le atravesaba la palma de la mano, cerca del pulgar, y comenzó a sangrar cuando Tess le desenvolvió la mano. Aunque hubiera tenido vendaje del que usó con Eli, no habría podido utilizarlo para curar esa herida.

—Necesita puntos —dijo.

—¡Dios bendiga a América!, por eso estamos aquí —dijo Sarah, como si Tess no la hubiera oído bien antes.

Tess presionó una gasa limpia sobre la herida.

—No soy cirujana. No tengo anestesia para adormecer la zona, y necesita antibióticos.

Duke despegó los labios de sus torcidos dientes amarillentos.

—Está claro que eres una forastera. Aquí arriba, en las montañas, nos ayudamos los unos a los otros. Vámonos, Sarah.

Tess sabía cuándo le ponían los puntos sobre las íes, y le dio un golpecito en el hombro a Duke cuando este empezaba a levantarse de la mesa.

—Le va a doler una barbaridad.

Se encogió de hombros.

—«Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas lo librará Jehová». Salmo 34.

—Pues muy bien. —Tess se apretó el canguro con el bebé dormido contra su pecho para limpiar y coser la mano de Duke. Era como coser el cuero de un zapato, pero él apenas se estremeció.

Ian entró cuando estaba terminando. Tess estaba irracionalmente enfadada con él por haberse largado a vagar por la naturaleza mientras ella tenía que lidiar con emergencias médicas.

—¿Es el artista? —preguntó Duke mientras Ian se sentaba en el banco y se quitaba las botas de senderismo.

—Ian North —repuso él apartando las botas a un lado.

—He oído que ayudó a Pete Miller con sus colmenas.

Ian se levantó del banco.

—Más que ayudar, estorbé.

—Sí, es justo lo que me dijo. —Duke mantuvo la mano firme mientras Tess le daba otro punto—. Su mujer es una matasanos bastante buena, ¿verdad?

Ian se acercó lo suficiente para mirar por encima del hombro de Tess.

—Supongo que será capaz de responder a eso por sí mismo —dijo él, aunque no debió de gustarle del todo lo que veía, porque retrocedió rápidamente—. Si tuviera que operarme a corazón abierto, sin embargo, no confiaría en ella...

Y no le faltaba razón.

Tess cosió el último punto y envolvió la herida justo cuando Wren comenzaba a removerse contra ella.

—Aunque mantenga la herida limpia, hay muchas probabilidades de que se infecte sin antibióticos. —Acarició la espalda de Wren—. ¿Alguna vez ha visto un miembro gangrenado? ¿Tal vez en uno de sus perros? Así es como se le pondrá la mano. Y si cree, aunque sea por un instante, que puede volver aquí corriendo y ordenarme que se la corte, será mejor que se lo piense dos veces, porque lo mandaré derecho a freír espárragos. ¿Entendido?

—Sí, señora. —Duke no parecía ofendido.

Ian sonrió.

Tess le hizo prometer a Duke que volvería al cabo de unos días para que le revisara la herida.

Ian lo miró como si supiera que tal cosa no entraba en los planes de aquel hombre.

—Le ruego encarecidamente que no me obligue a ir a por usted y traerlo aquí. Tess tiene un lado muy salvaje.

—Como tantas otras mujeres.

Después de que Duke y Sarah se marcharan, Tess miró el arrugado billete de diez dólares que le había dado al salir por la puerta.

—¡Dios bendiga a América! —murmuró.

Ian la ayudó a limpiar el desorden.

—Si vas a quedarte en Tempest, más vale que cierres la puerta con llave o que legalices tu situación para ejercer como personal médico, porque tengo el presentimiento de que esto solo va a ir a más.

—¡Eso no va a pasar! Las mujeres embarazadas me miran como si fuera a hechizar a sus bebés y esta gente me trata como si fuera la clínica de emergencias local. ¡No quiero ser la curandera del pueblo!

—Entonces no deberías ser tan buena cuidando de la gente. Ahora ve a vestirme. Heather se lleva a Wren para que podamos salir de aquí un rato.

—¿Cómo que se la lleva? No quiero dejarla. ¿Y adónde vamos?

—A la civilización. —Su mirada se clavó en los vaqueros y el suéter manchado de saliva de Tess—. No voy a decidir por ti, pero a lo mejor prefieres cambiarte de ropa.

Discutió con él sobre dejar a Wren, pero él se mantuvo firme. Se puso a regañadientes unos pantalones, una camiseta blanca de seda y una americana ajustada. Al cabo de unos minutos, estaban de camino a Knoxville.

—¿Por qué vamos?

—¿Por qué no?

Estaba siendo obtuso a propósito, así que Tess guardó silencio. Cada kilómetro que dejaban atrás, la atmósfera del coche se volvía más pesada. Si hubiera sido un día normal y fueran dos personas cualesquiera, él le habría dicho adónde iban, pero Ian se resistía a todos sus intentos de conversación, y nada de aquello parecía normal.

Cuando llegaron a un aparcamiento del centro, Tess se arrepentía amargamente de haberse dejado convencer para salir de casa. Lo siguió bajo el sol de la tarde. Él caminaba rápido y ella alargó las zancadas para seguirle el ritmo, pero no importaba lo veloz que caminara, él siempre iba unos pasos por delante.

Finalmente, se detuvo frente a un imponente edificio de ladrillos rojos. Su cara mostraba unos rasgos duros, como tallados en piedra: las cejas, los ojos entrecerrados, la boca adusta. Leyó el letrero:

Tribunal del condado de Knoxville.

—Este, Tess... —era más un silbido que una frase—, este es mi gran gesto.

Él sabía a qué se refería, pero ella no.

—No entiendo. ¿Qué...?

Entró en el edificio. Se apresuró a seguirlo.

—¡Ian! ¿Quieres parar? ¿De qué va todo esto? ¿Por qué...?

—¡No preguntes! —Se giró hacia ella—. Terminemos con esto para que podamos fingir que nunca ha sucedido.

—¿Terminar con qué?

Clavó los ojos en ella sin vacilar. Lo miró fijamente. Los segundos pasaron. Tess no entendía nada.

Y, de repente, se iluminó.

Se quedó sin aliento.

—Ay, Ian... —Tomó aire—. Esto... ¿Estás seguro?

—No, no estoy seguro, joder. ¿Alguna otra chorrada que me quieras preguntar?

Tess tenía la lengua pegada al paladar, así que negó con la cabeza.

El papeleo les llevó una eternidad. Lugar de nacimiento. Padres. Educación. Hizo una pausa cuando llegó a las preguntas sobre su estado civil.

«Fecha en que terminó el último matrimonio».

«Razón por que terminó el último matrimonio».

Tess rellenó la información con un nudo en el estómago, no por el dolor que la había acuciado durante tanto tiempo, sino por la emoción de alguien que entraba en la siguiente etapa de su vida sin estar preparada.

No había período de espera, aunque se requería una cita previa para una ceremonia real. Pero, de alguna manera, Ian se las había arreglado para obligar a un oficial, posiblemente con amenazas —porque lo que seguro que no había utilizado era su encanto—, a llevar a cabo el trabajo sucio.

La oficiante era una alegre joven morena que apenas debía de tener edad para conducir y que se volvió menos alegre a medida que se desarrollaba la breve ceremonia. ¿Y quién iba a culparla? Un novio de cara sombría y una novia que parecía un robot no eran exactamente la encarnación de unos recién casados con los ojos llenos de chiribitas. Cuando llegó el momento de que Ian le diera un

anillo, se quedó desconcertado; acto seguido, sacó un bolígrafo del bolsillo, cogió una mano de Tess y dibujó una línea alrededor del dedo anular.

Tan pronto como la ceremonia terminó, Tess huyó al baño, se encerró en un cubículo y trató de asimilar las sensaciones contradictorias que le producían la locura de lo que acababa de hacer, las implicaciones inmediatas de ese hecho y la euforia al saber que Wren sería suya para siempre.

A menos que los Denning hubieran cambiado de opinión.

Cuando salió del baño, él estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados y la cabeza gacha. Era un hombre derrotado. Ella se lo debía todo y lo único que podía hacer era tocarle el brazo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Por qué lo has hecho?

—Porque eres la madre de ese diablillo y la mejor persona para criarla, y eso es, sin lugar a dudas, lo que Bianca habría querido.

Una deuda más que Ian creía tener con Bianca. Una deuda que hacía mucho tiempo que había pagado con creces.

15

En el largo y silencioso viaje de regreso, Tess miró fijamente su anillo de boda de tinta. Su verdadero anillo de boda estaba guardado en una caja en el último cajón de la cómoda. Mientras estudiaba la tinta que manchaba su dedo, supo que tenía que dejar de ir a la deriva. Todo había cambiado. Si los Denning mantenían su palabra, Wren sería suya, y eso la obligaría a poner en orden su vida. Encontrar un trabajo de verdad con el que mantener a Wren, algo que La Chimenea Rota no le ofrecía.

Pasaron los kilómetros. Por mucho que quisiera evitarlo, solo se le ocurrió una solución: tenía que volver a ser enfermera. No concebía otra forma con la que proporcionar a su hija una vida decente.

Las imágenes de las pesadillas corrieron por su cerebro. La sangre. La impotencia. Enfermera sí, pero no matrona. Nunca más. Geriatría, tal vez, o dermatología. Algo que no implicara persuadir a más bebés resbaladizos, con cabeza de cono y cubierto de vérnix, para venir al mundo. Un trabajo en el que nunca más tuviera que ver morir a una joven madre.

Cuando fueron a recoger a Wren en casa de Heather, se dio cuenta de algo que ya sabía: ni la geriatría ni la dermatología la apasionaban, pero haría lo que tuviera que hacer.

Heather abrió la puerta, vio la expresión pétrea en las caras de Tess e Ian, e hizo una mueca.

—¿Felicidades?

—¿Le has dicho a Heather lo que ibas a hacer, y no se te ha ocurrido comentármelo a mí? —Tess se giró hacia Ian.

—Heather es como Dios —respondió—, puedes contarle cualquier cosa.

—Los bebés captan la energía que los rodea. Tened paciencia el uno con el otro —los regañó Heather mientras les entregaba a Wren.

Ian y Tess exclamaron al mismo tiempo:

—A mí no me lo digas.

—Siempre tengo paciencia.

—A los dos os iría muy bien meditar a menudo. —Heather acarició las cuentas de su *japa mala*.

—Sobre todo a él —dijo Tess.

Heather suspiró.

En la escuela, todo seguía en el mismo sitio: las botas de Ian todavía estaban donde las había abandonado, los platos del desayuno seguían en el fregadero. Tess llevó a Wren arriba y se las arregló para trasladarla a la cunita sin despertarla.

Se coló en el baño. Su reflejo la miró fijamente: piel apagada, ojos inyectados en sangre, mandíbula tensa. Imposible tener peor aspecto. Intentó lavarse el anillo de boda de bolígrafo, pero la tinta se le resistía.

Llevó el monitor abajo y encontró a Ian encorvado en el sofá con un vaso lleno de *whisky*.

—Pues ya está. Lo entiendes, ¿no? Tú y Wren ya no sois mi responsabilidad.

—Ian alzó el vaso hacia ella en un falso brindis.

Tess sintió una extraña ternura hacia él.

—Pues claro —dijo ella—. Has hecho más que suficiente. A partir de ahora, yo me encargo de todo.

Era su turno de hacer un gran gesto. Se sentó junto a él en el sofá.

«Siempre era la seductora. Nunca la seducida».

Deslizó una pierna sobre sus muslos y se puso a horcajadas sobre él.

—Sería mucho mejor si dejaras de fruncir el ceño —dijo él antes de agarrarla de la cintura.

—¡No estoy frunciendo el ceño! —Mierda. Estaba frunciendo el ceño. Y él se había empalmado. Tess se obligó a relajar la cara—. ¿Mejor?

—Solo un poco. —Desvió una de las manos hacia la cadera de ella—. Pero no es una obligación, Tess.

Sonó un fuerte golpe en la puerta. Ella pegó un brinco, y él la miró, frustrado. Eran casi las diez.

—¿Y ahora qué? —Demasiado tarde para visitas inesperadas. Apretó los dientes y se levantó de su regazo—. ¡Responde y diles que no soy doctora!

North se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿Está... Tess aquí?

La voz era joven y masculina. Tess miró por encima del hombro de Ian y vio a cuatro adolescentes al otro lado. Reconoció al novio de Ava, Connor, un chico guapo, rubio y atlético, y a Anthony, el novio de Imani, alto y con gafas. A los otros dos los recordaba vagamente de La Chimenea Rota: un chico de complexión delgada llamado Noah y un gigante pelirrojo al que todos llamaban Psycho.

—Ava... Ella... nos ha enviado. —Connor metió las manos en los bolsillos.

«¿Esta noche?».

¿Tenía que enfrentarse a eso la noche del que seguramente había sido el día más largo de su vida?

—Es tarde —dijo Ian.

—¿Podríais volver mañana? —preguntó Tess—. ¿O pasado?

—¡Ah, claro...! Sí. —Se retiraron tan rápido que ella supo que no volverían.

—Esperad. —Ya estaban al final del sendero.

—Es la peor idea que has tenido nunca —le susurró Ian al al mismo tiempo que se hacía a un lado para dejarlos entrar.

Se arrastraron hacia los dos sofás, pero se apoltronaron en uno. Los cuatro tenían piernas y brazos desgarrados con los que no parecían saber qué hacer. Ian tenía razón. Hablar con ellos solo le traería más problemas.

—¿Saben vuestros padres que estáis aquí? No he dicho nada. Es obvio que no lo saben.

De repente, a los cuatro les interesaban sus propios pies de una manera exagerada.

Tess se debatió entre el deber y su sentido de supervivencia. Ganó el deber. A diferencia de las chicas, esa podría ser su única oportunidad con los chicos, y necesitaba romper el hielo rápido.

—Antes de nada, seamos claros. Dejad de preocuparos por el tamaño del pene, ¿vale? Más grande no siempre es mejor. ¿Verdad, Ian? —El susodicho detuvo bruscamente su sigiloso viaje hacia las escaleras. Las arrugas de su frente

se convirtieron en zanjas de autopistas. Debía de estar borracha, porque no le costó mucho lucir su más brillante y alegre sonrisa—. Grandes, pequeños... Todos son diferentes y todos tienden a funcionar igual de bien, ¿no te parece?

—Yo no me plantearía contradecirla —lo dijo de una manera que indicaba todo lo contrario: que le encantaría contradecirla en muchas cosas, en especial en lo referente a incluirlo en aquella conversación.

—¿Te importa traer papel y lápices para estos chicos?

—No se me ocurre nada mejor que hacer. —Ni siquiera trató de disimular su sarcasmo.

Los chicos serían más reticentes a abrirse que las chicas, y ella necesitaba una forma eficaz para explicarles lo esencial y sacarlos de allí.

—Escribid todas vuestras preguntas, no importa lo tontas que creáis que son. Escribid en mayúsculas, si queréis, para que no sepa quién escribe qué.

El gigante que se hacía llamar Psycho resopló, pero, después de que Ian les diera papel del bloc de notas de la cocina, empezaron a garabatear. Tess se acercó al monitor para ver cómo estaba Wren y oyó el tranquilizador sonido de sus resoplidos, luego cruzó la habitación y se colocó entre Ian y las escaleras para que no pudiera escapar.

—Yo también tengo un par de preguntas. —Ian había entrado en su juego y se había inclinado para susurrarle al oído.

—Te daré una copia del folleto —repuso ella.

—Muy amable por tu parte, pero... me preguntaba... —Su mirada era deliberadamente perversa—. ¿Cómo de grande es demasiado grande?

Aquello ya pasaba de castaño oscuro, así que Tess se apresuró a recoger las preguntas de los chicos.

«¿Y si se te atasca el pene?».

«¿Cuántos centímetros lo convierten en demasiado pequeño? Va en serio».

«¿Está mal que te tires un pedo mientras lo haces?».

«¿Cómo tienen sexo las lesbianas?».

«¿Cuántas veces puedes masturbarte sin ser un perverso?».

—Buenísimas preguntas, chicos —dijo con cara seria—. Pero son demasiadas para que las abordemos todas esta noche, así que empecemos con lo

más importante. —Se sentó en el sofá delante de ellos—. Primero: no tenéis que hacerlo solo porque creéis que deberíais o porque creéis que todos los demás lo hacen. Tener sexo antes de estar listo es señal de inmadurez. Hay mil razones estupendas para esperar.

—Yo estoy listo —presumió Connor.

—Yo también —dijo Psycho.

—¿En serio? —Les apuntó con los trozos de papel—. Entonces, ¿por qué ninguno de vosotros ha preguntado sobre los anticonceptivos? ¿O es que queréis ser padres adolescentes?

Eso llamó su atención.

Empezó a explicar los fundamentos del control de la natalidad y las enfermedades de transmisión sexual, además de mencionar algunos de los puntos más sutiles que las chicas habían comentado, como los *jacuzzis*, el sexo oral y, sin mirarlos, el sexo anal.

Anthony, el novio de Imani, se inclinó hacia adelante mientras ella hablaba, con los brazos apoyados en los muslos. Connor, el de Ava, se encorvó en los cojines del sofá, enfadado. Daba la sensación de que Psycho quería tomar notas y Noah empezó a morderse las uñas.

Les razonó por qué debían esperar para tener sexo, y luego volvió a lo básico.

—Si un día le decís a una chica que no queréis usar condón porque no os gusta o que no os quiere de verdad si os obliga a ponérselo.... Si hacéis algo de eso, seréis unos capullos integrales que solo se preocupan de sí mismos. —Con una sonrisa arrogante, Connor extendió su brazo por la parte de atrás del sofá. Tess empezaba a sentir una gran aversión por el guapo novio de Ava—. Hay algo más sobre lo que ninguno me ha preguntado —dijo—. Se llama consentimiento.

Comenzó a dar explicaciones y luego tuvo una idea mejor. Se volvió hacia Ian.

—Ian, tal vez podrías hablarles tú de esto. Desde la perspectiva de un hombre.

En lugar de retroceder, él se acercó y se sentó a su lado.

—Fácil. —Los fulminó con la mirada—. «No» significa «no». «Quizá»

también significa «no». Si una chica está borracha... Te aguantas. Porque si está borracha y tú sigues a lo tuyo y a la mañana siguiente se despierta con remordimientos, te vas a sentir como una mierda, y además puedes terminar en la cárcel. —Tess resistió el impulso de aplaudir, pero Ian no había terminado—. Algunos tíos se dicen a sí mismos que una chica se está haciendo la difícil, y eso significa que pueden ser duros con ella. Eso se llama violación. Las mujeres no tienen miedo a decir lo que quieren. Por lo tanto, ante una situación así, alejarte te hará más hombre que intentar follarte a cada mujer que veas.

Contundente y perfecto.

—¿Podríais todos, por favor, hablar con vuestros padres? Sé que os da vergüenza, pero intentadlo cuando vayáis con ellos en el coche. De esa manera no tendréis que mirarlos a la cara. —Tess se levantó del sofá.

Solo Psycho parecía valorar la posibilidad de verdad.

Mientras los chicos abandonaban el sofá, ella miró a Noah, que estaba mordisqueando unas uñas ya mordidas. No había dicho ni mu.

—Una cosa más. Solo hemos hablado de chicas esta noche, pero puede ser un momento confuso para los adolescentes. A lo mejor a alguno de vosotros o a alguno de vuestros amigos... A lo mejor... le gusten más los chicos que las chicas.

Soltaron un grito al unísono, y el más fuerte provino de Noah.

—Ser gay o ser trans no es un tema tan tabú como lo era antes, pero sigue siendo muy difícil para los adolescentes tratar de entender lo que les pasa. Si alguien quiere hablarme de ello, es fácil dar conmigo —dijo sin mirarlos.

Ian le dio un fuerte empujón en las costillas.

—Conmigo también. Y yo no tengo mucha paciencia con la intolerancia —dijo, sorprendiéndola—. Hace la vida mucho más triste.

Después de cerrar la puerta tras ellos, Tess se dejó caer en el taburete del piano.

—Lo que siempre he querido hacer, o había querido hacer, era ayudar a dar a luz a bebés. No impedir que nacieran.

—Sabes que esta charla tendrá consecuencias, ¿verdad?

—Lo sé.

North tomó los papeles con las preguntas de los chicos y comenzó a hojearlos.

—Por curiosidad: «¿Cuántas veces puedes masturbarte sin ser un perverso?» —dijo, levantando uno de los papeles e inclinando la cabeza hacia ella.

Tess se rio. Se levantó del taburete del piano cuando oyó revolverse a Wren a través del monitor de bebés.

—Tengo que darle de comer.

—Vete, anda.

A la mañana siguiente, puso a Wren en el canguro y bajó a la cabaña. Después de todo lo que había hecho, Ian merecía recuperar su privacidad y ella tenía que empezar a prepararlo todo para mudarse allí con la niña.

La casa estaba vacía y las cortinas descorridas. Pero hacía calor. Demasiado calor. Quizá debería enviarle a Kelly una nota diciéndole que apagara la calefacción cuando se marchara.

Tal vez estaba cometiendo un error al permitir que continuara yendo a su cabaña, pero, en aquel momento, el allanamiento de morada era el menor de sus problemas. Estaba mucho más preocupada por su complicada relación con Ian y por que los Denning se negaran a dejarle a Wren. Miró el oscuro y deprimente interior que la rodeaba. No había brillantes paredes de madera blanca y pintura azul aciano, ni suelos de madera oscura encerados, ni estantes repletos de cosas. No sabía cómo, pero tenía que convertir esa cabaña en un verdadero hogar.

Llevó a Wren arriba, quería dejarla en medio de la cama para poder darle un buen repaso al cuarto de baño, y alejarla así de los vapores de los productos de limpieza. Sin embargo, cuando entró en el dormitorio, se quedó helada. La colcha estaba arrugada, una almohada deformada, la otra en el suelo.

Ricitos de Oro también había estado allí.

—¡Será posible! —Entró en la habitación. Ya era bastante desagradable que Kelly durmiera en su sofá, pero que usara la cama era pasarse de la raya—. ¡Al menos podría haber hecho la cama! —Una tabla crujió a su espalda y, cuando se dio la vuelta, vio a Kelly intentando escabullirse por las escaleras.

—Estaba... Estaba revisando la propiedad. El... techo tenía goteras. —Kelly se apresuró a bajar los peldaños.

—¡Alto ahí!

Tess corrió tras ella, pero Kelly no se detuvo.

—Esta... esta cabaña ha tenido problemas desde hace años. La construyeron antes de la Segunda Guerra Mundial, así que es bastante antigua. —La mujer aceleró hacia la puerta, con la blusa de seda arrugada colgando por fuera de los pantalones—. El segundo piso no lo terminaron hasta...

—Sé que te has estado colando aquí. —Tess se acercó a ella.

—No he... —Kelly vaciló.

—Te vi hace semana y media. Estabas durmiendo en el sofá.

—Yo... Vaya, entonces..., me disculpo. —Kelly casi había llegado a la puerta.

—No quiero una disculpa. Quiero saber por qué vienes aquí. —Se puso delante de Kelly y vio lo que su intrusa no quería que viera. Que había estado llorando. Tenía el pelo aplastado contra un lado de su cabeza, el maquillaje brillaba por su ausencia y sus ojos estaban rojos.

Kelly miró hacia otro lado.

—Esta casa era de mi abuela. Tengo recuerdos felices del tiempo que pasé aquí de niña y de adolescente. Cuando me estreso... —Cerró los puños a los costados—. No volverá a suceder.

Tess rodeó con los brazos a Wren de forma protectora y pensó en Ava y en su novio, Connor, el que más le preocupaba de los chicos. ¿Era eso lo que tanto afectaba a Kelly o sería la presión de ser la esposa del ciudadano más ilustre del pueblo?

—Me tengo que ir. —Kelly intentó esquivarla.

—Espera. Los hombros me están matando. Coge a Wren un momento. —Tess sacó al bebé del canguro y lo depositó en los brazos de Kelly. No le pasaba nada en los hombros, pero cuando se dio cuenta de lo vulnerable que se sentía aquella mujer, recurrió a una argucia.

Solo una persona insensible se resistiría a una recién nacida, y Kelly no era insensible. Cerró los brazos instintivamente alrededor de Wren, que no pareció

feliz con el cambio. Aunque Tess se decía a sí misma que el dolor de esa mujer no era asunto suyo, ya que ni siquiera le caía bien, por lo visto su principal obsesión últimamente era meterse en la vida de los demás. Además, resultaba más sencillo mantener la cabeza ocupada en los problemas ajenos que en los propios.

—Haré un poco de café. O té. Se supone que el té consigue que cualquier situación se vea mejor. Y necesito un consejo.

—¿Quieres que yo te aconseje? —Kelly se alejó de la puerta, sorprendida.

—Conoces el pueblo mucho mejor que yo, y creo que he vuelto a meterme en un lío.

Kelly acabaría enterándose de que los chicos habían ido a verla, así que ¿por qué no decírselo? Tal vez evitaría una lluvia radiactiva. Levantó la tetera de los fogones e hizo un gesto señalando la mesa.

—¿Qué clase de lío?

—Cuatro adolescentes se presentaron en la escuela anoche. Esta vez eran chicos. —La tetera tenía una capa de polvo y Tess la enjuagó en el fregadero—. Y antes de que me digas nada, les aconsejé que hablaran con sus padres. —Una de las sillas de la cocina chirrió contra el suelo cuando Kelly se sentó a la mesa—. Aunque sé que no lo harán.

—¿Quiénes eran?

—Chicos del pueblo. Buenos chicos. Al menos tres de ellos. —Si daba sus nombres, estaría rompiendo la confianza de los adolescentes. Puso la tetera en el fogón y se giró hacia la mesa.

Kelly sostuvo a Wren contra su hombro. Tess no podía ver si el bebé tenía los ojos abiertos, pero no parecía estar retorciéndose.

—Si hubieras sido yo —dijo Tess— y hubieras sospechado que al menos uno de ellos podría estar pensando en tener sexo sin protección, ¿qué habrías hecho?

—Les habría dicho que no lo hicieran. Los adolescentes no deben tener sexo. —La expresión de Kelly se volvió dura.

—Dudo que eso hubiera servido de nada. —Tess no pudo evitar responder con voz afilada, pero Kelly estaba demasiado inmersa en sus propios problemas como para darse cuenta.

—No tienen ni idea de cómo el sexo puede arruinarles la vida. —Kelly parpadeó, luchando contra las lágrimas—. Son demasiado jóvenes. Creen que el amor durará siempre. No entienden las consecuencias. Creen que lo saben todo, pero no tienen ni idea de nada. —Había perdido su propia batalla, y Tess vio cómo la mujer que tan mala impresión le había causado se desmoronaba ante ella—. Debes hacerles entender lo difícil que puede volverse la vida. Creen que están enamorados, pero no tienen ni idea de lo que es el amor. No ven la trampa que el sexo les tiende. Que es capaz de destruir sus vidas. Tienes que... Tienen que parar antes de que eso ocurra. Debes decírselo.

—Eso es lo que te pasó a ti. —Wren comenzó a llorar. Tess la cogió y la colocó en el canguro. Kelly enterró la cara en las manos y Tess adivinó la historia.

—Fue el escándalo del pueblo —dijo Kelly con amargura.

—Tú caíste en la trampa.

—La gente todavía no lo ha olvidado. Después de tanto tiempo... Mis obras de caridad no importan. La Alianza Local de Mujeres. El consejo escolar. No significan nada de nada.

—Y, aun así, no cambiarías a Ava por nada.

—Es lo más importante de mi vida. —Kelly se frotó la nariz con el dorso de la mano.

Tess le dio un pañuelo. Ahora entendía el enérgico apoyo de Kelly a la educación sexual dirigida hacia la abstinencia. Ava solo tenía quince años, así que Kelly era unos años más joven que Tess, aunque parecía mayor.

Kelly clavó los ojos en la otra punta de la habitación.

—Yo era la más popular del instituto. Pero no era una de esas chicas malas, sino amable con todo el mundo. Era feliz. Y, luego, dejé de serlo. —El montón de diamantes de su alianza brilló cuando se sonó la nariz—. Me tuve que quedar en casa con un bebé mientras Brad iba a la universidad. No quiero esa vida para mi hija. Quiero que estudie, que tenga una carrera, que aprenda a ser ella misma y no dependa de nadie.

—Quieres que tenga las oportunidades que tú no has tenido.

—Yo me estoy consumiendo. Cada día me hago más pequeña. —A Kelly se

le nublaron los ojos, como si su cabeza estuviera lejos de allí.

No era lo que Tess esperaba oír, pero había sido testigo de un montón de extrañas confidencias a lo largo de los años.

Se fijó en que Kelly retorció su alianza.

—Cada vez más pequeña, hasta tengo miedo de despertarme una mañana y ser tan pequeña que Brad ni siquiera se dé cuenta de que estoy allí. —Se llevó los dedos a la boca y se levantó de la mesa—. Tengo que irme.

—Puedes hablar conmigo si quieres. Soy la paria del pueblo, ¿recuerdas? Tus secretos están a salvo conmigo. —A pesar del daño que esa mujer le había causado, Tess se compadecía de ella.

—No tengo ningún secreto. Olvida lo que he dicho. Soy una idiota. —La tetera comenzó a pitar y Kelly se desplomó en la silla otra vez, como si no tuviera energía para hacer nada más.

—A mí no me lo pareces. —Tess apartó la tetera y planteó la pregunta que había ensayado tantas veces—: ¿En casa te sientes segura?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tu marido te ha hecho daño alguna vez?

Kelly abrió de par en par los ojos enrojecidos.

—¿Estás preguntándome si Brad me maltrata? Dios, no. Brad es perfecto —escupió—. Soy yo la que tiene problemas.

—Dudo que sea perfecto. Y menos si tienes miedo de que te aplaste. —Tess dejó caer las bolsitas de té en las tazas.

—No tengo miedo. Ya te lo he dicho. Soy una idiota. —En ese momento, guardó silencio.

Tess llevó una a una las tazas de té a la mesa, sin intención alguna de presionarla.

—A veces me imagino viviendo aquí. Antes había una pérgola de hierro en la parte de atrás, y debajo una pequeña mesa y dos sillas. Mi abuela y yo tomábamos el té. Ella... ella me hacía sentir la persona más importante del mundo. —Kelly miró la cabaña. Sus ojos perdieron el enfoque, como si se hubiera dejado llevar por los recuerdos—. Me imagino a Ava viniendo a visitarme aquí. Y Brad... Brad de pie, fuera, en la ventana. Sin poder entrar. —

Su mano voló hasta su boca—. No me puedo creer que haya dicho esto. Debo de estar loca.

—No es locura. Es infelicidad.

—No tengo ninguna razón para ser infeliz. Tengo todo lo que quiero. ¡Todo! —Aplastó el pañuelo húmedo con la mano—. Es solo que... es tan grande... Todo gira a su alrededor. Su voz. Su apetito. Su ambición. ¡Absorbe todo el oxígeno de la casa hasta que yo no puedo respirar! —Alarmada, abrió los ojos como platos—. No sé lo que estoy diciendo. Es un buen marido. Un buen padre. Me da todo lo que quiero. Me quiere. —Tess se acomodó en la mesa, sin decir nada. Kelly rodeó la taza caliente con las manos—. Es... agotador.

—¿Has pensado en hablar con alguien? —preguntó Tess en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—Estás lidiando con mucho. Un terapeuta quizá te ayudaría.

—¡No necesito ir al psicólogo! Dios, no. Brad se sentiría muy herido.

—Entonces, ¿cómo vas a arreglar tu situación? —Tess inclinó la cabeza a un lado sin elevar el tono de voz.

—¡No necesito arreglar nada! Estoy bien. Es un bache, ya está. —Apartó la taza y se levantó—. Siento que hayas tenido que escucharme.

—Tener a alguien con quien hablar puede ayudarte. —Tess vaciló, antes de ceder a su instinto bondadoso y coger un bloc de notas de la clínica donde había trabajado. Escribió su nombre y su número de móvil—. No siempre tengo cobertura, así que no sé lo útil que te resultaría. —Arrancó el papel—. Si necesitas hablar...

—Estoy segura de que todo irá bien —dijo Kelly mientras se metía la nota en el bolso.

—Me hará muy feliz que sigas viniendo a la cabaña cuando necesites escapar. —Tess no quería decirlo, pero tenía que hacerlo.

—¿En serio? ¿Me dejarías venir aquí?

—Claro.

—Gracias. —Kelly jugueteó con el cierre del bolso—. Si alguien se entera de lo que he dicho... Te agradecería que te guardaras esta conversación para ti.

—Díselo a Wren. La bocazas es ella.

—Gracias. —Kelly sonrió por primera vez.

Kelly acababa de salir por la puerta delantera cuando se abrió la trasera y entró Ian. Tan fuerte y firme como siempre. Tan bueno. Debajo de ese exterior duro, era sin duda el hombre más honrado que había conocido.

—¿Es mi imaginación o estoy viendo a Kelly Winchester bajando por el sendero hacia el pueblo? —Hizo un gesto hacia las ventanas de enfrente.

—No es tu imaginación. Ahora somos amigas.

—¿Y cómo ha sido?

—La magia de mi personalidad.

—¿Por qué me da que es por otra cosa?

—Porque eres más perspicaz de lo que te gusta aparentar. ¿Qué haces aquí abajo?

—Quería saber cómo estás. La próxima vez que decidas desaparecer, deja una nota.

—¿Por qué?

—¡Porque llevas colgando del pecho a un bebé de seis semanas!

Tess se alegró de que Ian siguiera sin saber nada de los desagradables mensajes que le escribían en el coche.

Mientras él se dirigía hacia la chimenea y se inclinaba para echar un vistazo al conducto, ella encogió los dedos de los pies dentro de las bailarinas. Había algo que necesitaba solucionar cuanto antes.

—Wren está dormida —anunció—. Subamos y saquemos de debajo de la alfombra el asunto del matrimonio.

16

—No me gusta tu actitud. —Ian se irguió junto a la chimenea y le lanzó aquella mirada entornada que había patentado.

—¿Mi actitud?

—«Sacar de debajo de la alfombra el asunto del matrimonio». Como si fuera una tarea más de tu lista de pendientes.

—¿Quieres que te seduzca? No me importaría. —Quizá se trataba de eso. Una vez que lo superara, podría relajarse de nuevo.

—Y lo harías muy bien, seguro. —Apoyó el codo en la repisa de la chimenea —. Ya me lo has dicho varias veces.

—No sé lo que quieres. —Las cosas no estaban yendo como deberían. Se sentía tan torpe como cualquiera de los adolescentes que aparecían en su puerta.

—Es evidente que no lo sabes. —Ian cruzó los tobillos, su sonrisa rayaba la insolencia.

—¿Quieres hacerlo o no? —La había pillado a contrapié, y eso a ella no le gustaba.

—Ahí está otra vez. Ese ceño fruncido tuyo.

—¡Ya está bien! —Tess pisoteó el suelo mientras iba hacia las escaleras—. Se ha acabado el juego, sea el que sea. Si me deseas, ven a buscarme. Si no, ¡vete a la mierda!

Observó a la atractiva viuda Hartsong, una tormenta escaleras arriba. Estaba furiosa con él, y él estaba furioso consigo mismo. La deseaba desde el día que se conocieron. Y allí estaba ella, dispuesta a entregarse, ¿y qué hacía él? Poner el freno. Y no una vez, ¡sino dos! Cualquier otro hombre habría seguido adelante, pero él no. ¿Por qué? Porque era un gilipollas demasiado sensible, por eso.

No quería que el sexo fuera otra obligación más como todas las que había asumido ya. Con Wren, con los adolescentes y por lo visto también con Kelly Winchester. Y, ahora, acostarse con él.

Oyó que Wren empezaba a llorar en el piso de arriba. Perfecto. Un bebé aullando, adolescentes golpeando la puerta, gente sangrando en la mesa del comedor y, para colmo, se había convertido en algo que ni remotamente habría imaginado: en un hombre casado. Tempest no había sido su refugio. ¡Había sido un maldito desastre!

La siguió arriba mientras entraba en la primera de las dos habitaciones. Tenía el techo abuhardillado, un par de ventanas, papel descascarillado con flores pintadas y un mobiliario espartano: una cama, una mesilla de noche y una cómoda. Tess paseaba a Wren por la habitación.

—Los Denning llegarán dentro de nada. Y querrán encontrarse a dos recién casados felices —gritó Ian para hacerse oír por encima del llanto del bebé.

—¿Has hablado con ellos? —La ira de Tess se desvaneció por la preocupación.

—Esta mañana temprano. Diane se siente un poco culpable por empujarnos a casarnos tan rápido, pero creo que ambos están aliviados por no tener que asumir la responsabilidad que supone Wren a tiempo completo.

—¿De verdad van a dejar que me quede con ella?

—Eso parece.

—¿Qué pasa con el padre de Wren? A lo mejor cambia de opinión.

Wren lloró más fuerte.

—Están seguros de que eso no sucederá. Llevará un tiempo hacerlo todo oficial, pero mientras les garantices unos derechos de visita razonables, no creo que se interpongan en tu camino. —Mientras ella trataba de asimilarlo, él se metió la mano en el bolsillo y sacó algo—. Vas a necesitar esto. —Cuando él abrió la palma de la mano, ella vio un anillo. De poco más de medio centímetro de ancho, estaba hecho a mano con lo que parecía un cable de cobre—. No tenía mucho material con el que trabajar, pero necesitas llevar algo en el dedo delante de ellos.

El anillo tenía un lazo. Además, había trenzado el cable creando espirales intrincadas y giros inesperados. Era bellísimo. El trabajo de un artista.

—Es precioso. —Lo cogió y solo dudó un momento antes de deslizarlo en el mismo dedo donde tiempo atrás había llevado un fino aro de platino. El anillo

era liviano, Ian había limado cualquier aspereza—. Te habrá costado una fortuna.

—Encontré el cable en el cobertizo de las herramientas.

—No me refiero al anillo. —Movió a Wren en sus brazos, tratando aún de calmarla—. Me refiero a los abogados. A todo.

—Olvidalo. De lo contrario, empezarás a calcular cuánta responsabilidad más cargas a tus espaldas.

—¿Qué se supone que debo hacer, Ian? Dímelo. ¡Te lo debo todo! ¿Cómo se supone que voy a pagarte?

Tess le lanzó trece tipos diferentes de fuegos artificiales con la mirada.

—Primero: ¡deja de ser tan irritante! —Se acercó a ella—. Ahora, dame ese bebé. La estás haciendo enfadar otra vez. —Le arrebató a la gatita llorona y se dirigió a las escaleras.

—¿Adónde vas? —gritó Tess cuando llegó al último escalón—. ¡Espérame!

—Tu madre solo está loca la mitad del tiempo. Seguro que te irá bien con ella —dijo él mirando a Wren, que había dejado de llorar de golpe.

La reunión con los Denning fue mejor de lo que Tess había esperado. Cuando se marcharon, Diane y ella estaban llorando. Tess se prometió a sí misma que se aseguraría de que tuvieran la buena relación que todos merecían. El bebé era casi suyo.

Deslizó un dedo dentro del puñito de Wren. La hinchazón de los párpados había desaparecido y el acné miliar blanco, alrededor de su nariz, también. El torrente de amor que corría por las venas de Tess era como un río que arrastraba todos los escombros que se habían acumulado bajo la superficie. En Runaway Mountain había encontrado una nueva vida. A pesar de la hostilidad que le mostraban en el pueblo y el recuerdo de la horrible noche en que había perdido a Bianca, quería quedarse allí, ver crecer a Wren a la luz y a la sombra de la montaña. Sintió el suave peso de la niña en sus brazos, una niña de la que ahora era responsable... Esa era su nueva vida.

Ian había salido a trabajar en la casa del árbol, un proyecto en el que parecía más volcado que en una hipotética obra de arte. Cada contundente golpe del martillo resonaba dentro de la casa. Tess esperaba que se deshiciera de su

agresividad antes de tener que volver a hablar con él.

Aquel día fue a trabajar con su anillo de bodas de alambre de cobre en el bolsillo. Savannah la ignoró y Tess se negó a hablar sobre los pies hinchados por el edema de su compañera de trabajo o del hecho de que, al parecer, había estado llorando.

Llegaron los estudiantes. Tess reconoció a Psycho, Jordan y Noah. Ava estaba con Connor. Odiaba la forma en que él le pasaba el brazo por los hombros, como si fuera su perchero. Noah y Psycho evitaron mirar a Tess, pero Connor le dirigió una sonrisa arrogante.

Tan pronto como tuvo un descanso, corrió al cuarto trasero y agarró un viejo pedazo de cartulina y un rotulador negro. En el lado más limpio de la cartulina, escribió:

¡REUNIÓN COMUNITARIA!

CÓMO HABLAR DE SEXO CON TU HIJO ADOLESCENTE.

Añadió una fecha la semana siguiente, anotó la hora debajo (las 20 h) y el lugar (La Chimenea Rota).

Phish estaba detrás del congelador de helados cuando Tess salió del establecimiento. Pasó junto a él y pegó el cartel en la puerta principal.

—¿Qué demonios haces, Tess? —exclamó—. ¡Quita eso!

—No toques el anuncio. Si desaparece, le diré a todo el pueblo que traficas con hierba en la trastienda. —Se acercó y se inclinó lo suficiente para que solo la oyera él.

—Compartir mi alijo con los amigos no es traficar. —Parecía herido.

—Ya me has oído. Se acabó lo de ser amable. —Y emprendió la marcha hacia la puerta a grandes zancadas.

—¡Tú nunca has sido amable! —gritó él a sus espaldas.

Tess le hizo una peineta y se fue a buscar a su hija.

A la mañana siguiente, el baño de Wren la dejó agotada, e Ian se ofreció

voluntario a regañadientes para vigilarla durante las dos horas que duraría su corto turno de trabajo.

—Te cubro solo si traes donuts.

—Hecho.

Phish estaba de mal humor.

—Malditos gorriones de internet. Creen que una taza de café les da derecho a usar el wifi todo el día. Y si no están navegando, se ponen a gritar sobre política o se dedican a atacarme porque no tengo donuts sin gluten. ¿Qué coño le pasa a la gente, Tess?

—La vida es una mierda. —Le dio un rápido beso en la mejilla para compensar lo que había ocurrido el día anterior.

Courtney Hoover llegó justo antes de que terminara el turno de Tess. Después de hacerse un selfi lamiendo el borde de una de las tazas de café, se dirigió a la barra.

—¿Qué haces en el pueblo, Tess? Pensé que estarías de luna de miel.

—¿De luna de miel? —Phish se giró desde la máquina de expreso.

—¿No te has enterado, Phish? Tess se ha casado. Con el artista. Ya sabes, el marido de esa mujer que murió en marzo al dar a luz.

—¿Tan insignificante es tu vida que no tienes nada mejor que hacer que chismorrear sobre la mía? —La petulancia de Courtney había cabreado a Tess.

—Es increíble, ¿cómo puedes seguir manteniendo la cabeza en alto? —Courtney no se amedrentó.

—¡Y no te atrevas a hacerme una sola foto más! —dijo Tess mientras se alejaba furiosa.

Cuando volvió a la escuela, su marido y su bebé estaban desaparecidos. Los narcisos se habían escondido entre la maleza del descuidado jardín delantero y un petirrojo había llevado unas cuantas briznas de hierba seca a la curva del canalón, donde estaba construyendo un nido. Tess limpió el banco y se sentó. A pesar del rencor de Courtney, las sospechas de la comunidad y la maldad de sus compañeras, en Runaway Mountain Tess se sentía como en casa. Se imaginó a Wren corriendo entre los árboles con una rodilla vendada y la cara sucia. Miró el

alféizar de la ventana del dormitorio de su hija y lo vio lleno de rocas y polvorientas plumas de pájaro. También imaginó a Wren saliendo del bosque, cabalgando sobre los hombros de un padre que podía distinguir las heces de los animales y...

Se puso rígida. No había padre.

Como si lo hubiera conjurado, Ian salió del camino. Debería haberle resultado ridículo con Wren en el canguro atado a su pecho, pero lo llevaba como si fuera un bandolero, con un cinturón de munición cruzándole el pecho. La niña estaba bien despierta y contenta cuando él se acercó a Tess.

—Lo he pasado muy bien evitando que masticara la hiedra venenosa y acariciara a los osos. Es una buena excursionista.

—Tengo malas noticias. No te he traído donuts. —Si no supiera cuánto le desagradaría a él, Tess lo habría abrazado y le habría dicho que era el mejor hombre que había conocido. En cambio, enderezó el gorrito torcido de Wren.

—¡Ya está bien! Hay que tener una conversación seria sobre nuestros roles. Yo salgo de caza y se supone que tú debes traer a casa los donuts.

—Anotado.

—No es propio de Phish quedarse sin donuts. —Sus ojos se entrecerraron, suspicaces.

—Puede que se me hayan olvidado porque me fui de allí cabreadísima. —Volvió a toquetear el gorrito de Wren.

—Déjame adivinar. Uno de tus muchos enemigos.

—Savannah y Michelle prácticamente hacen la señal de la cruz delante de sus barrigas de embarazadas cuando estoy cerca, pero esta vez ha sido Courtney Hoover. Le ha contado a todo el pueblo que nos hemos casado. Además, se ha encargado de recordarles que tu esposa murió hace menos de dos meses, dando a entender que quizá la asesiné yo.

—¿Cómo se ha enterado de que nos hemos casado? —Ian hizo una mueca.

—No ha sido por Heather. Los Denning probablemente se lo hayan mencionado a Fiona Lester, de La Violeta Púrpura. Fiona tiene fama de ser la cotilla del pueblo. Y será por chismes.

—La gente debería meter las narices en sus propios asuntos.

—Los pueblos pequeños funcionan así.

Para compensar la falta de donuts, preparó una tarta de chocolate mientras Wren dormitaba en el canguro. Después de meter el pastel en el horno, salió a trabajar en el jardín e intentó darse ánimos con la búsqueda de empleo, pero la idea le resultaba tan deprimente que perdió la noción del tiempo. Cuando volvió a la casa, la recibió el olor a quemado y la vista del trasero —prieto y cubierto por los vaqueros— de Ian, inclinado sobre la puerta abierta del horno.

—A lo mejor deberías ser tú la que se encargue de traer a casa la caza —dijo mientras sacaba la tarta carbonizada.

—Lo siento.

—He visto el cartel que has puesto en La Chimenea Rota. El de la reunión que has organizado. Parece que no eres capaz de guardarte tus opiniones para ti misma, ¿verdad?

—Estoy haciendo lo que tengo que hacer. —Pensó en la sonrisa de Connor y en la forma en que sus dedos se enroscaban en los hombros de Ava.

—La gente está revolucionada por tu culpa. Cancela la reunión, Tess, y dales tiempo para que encuentren a alguien más interesante sobre quien cotillear —dijo él, mirándola con lo que parecía preocupación, mientras ella tiraba el pastel a la basura y ponía el molde sucio sobre la encimera—. Tempest es un pueblo mal comunicado. Ya lo sabes. Lo único que reciben de buen grado de los forasteros es nuestro dinero. No nos corresponde irrumpir aquí y decirles cómo vivir sus vidas.

—Es mi trabajo, y necesitan saber cómo afrontar estas cuestiones. —Era consciente de que se estaba mostrando engreída y que su tono era de superioridad, pero no le importaba.

—He hablado con Freddy Davis. Ha intentado soltarme las mismas chorradas que a ti. —Se apoyó en la encimera.

—Me habría encantado verlo.

—La cuestión es que alguien te tiene manía.

—Brad Winchester, salta a la vista. —Pasó junto a él para llevar el molde vacío al fregadero y abrir el grifo.

—Yo también lo creo. —Metió el pulgar en la cinturilla de los vaqueros—. Y dices que estás pensando en quedarte aquí...

—No lo estoy pensando. Lo estoy haciendo. —Wren resopló mientras dormía—. Tendré que conseguir un trabajo de enfermera. Dermatología, tal vez. O geriatría.

—Eres comadrona, Tess. ¿De qué estás hablando? —Él frunció el ceño.

—¿Cómo puedes decir eso? —Se sintió traicionada—. ¡Tú más que nadie sabes por qué no puedo volver a ejercer!

Unos golpes insistentes en la puerta los interrumpió. Él abandonó la cocina.

—Deberíamos poner ahora mismo una cesta petada de condones en el porche. Con un gran letrero que diga: «Coge todos los que quieras y pírate».

Pero, en lugar de un puñado de adolescentes pidiendo entrar, era Eli quien aguardaba en la puerta.

—Es mi madre. Estoy muy preocupado, Tess. No quiere salir de la cama.

Ian se negó a dejarla ir sola, pero se quedó fuera con Wren y Eli. Rebecca Eldridge estaba acostada de lado, con las piernas encogidas y la melena larga sobre la almohada. No había señales de Paul.

El dormitorio estaba muy poco amueblado: un colchón de muelles en el suelo, una ventana sin cortina, una vieja cómoda y una silla verde con la pintura astillada. En lugar de un armario, la ropa colgaba en un perchero metálico.

—Rebecca, soy Tess Hartsong. —Tess llevó la silla a un lado de la cama.

—¿Tess? —Rebecca parpadeó.

—¿Cómo te sientes?

—Cansada. —Rebecca se puso boca arriba. Unos cuantos mechones de pelo se le quedaron pegados a la mejilla, donde ya lucía las marcas de las arrugas de la almohada; despedía el olor a rancio de alguien que no se había duchado en varios días—. ¿Qué haces aquí?

—Eli está preocupado por ti.

—¿Ha ido a molestarte? —dijo ella con desgana—. Le he dicho que no lo hiciera. Estoy cansada, eso es todo.

—¿Cuánto tiempo llevas en la cama? —Tess le tocó la frente. Estaba fría.

—No mucho. Un día o dos. —Tres, según Eli.

—¿Has comido algo?

—No tengo hambre.

—¿Quieres hablarme de lo que pasó? —Alisó el pelo de Rebecca para que se le despegara de la cara.

—Las mujeres tienen abortos. Así es la vida. —Rebecca se medio encogió de hombros. Una lágrima caía por su rostro.

—Lo siento. —Tess sabía de sobra lo inadecuadas que eran esas palabras.

—Era una niña. Paul dice que es imposible que lo supiera, pero yo lo sé. Sé que era una niña.

—Y tú la querías mucho.

—Más que a nada. Pero Paul dice que el destino es el destino. ¿Y él cómo lo sabe?

—No puede saberlo.

—¡Fue por mi culpa!

—Rebecca, no fue por tu culpa.

—No lo sabes. Paul necesitaba ayuda para limpiar las piedras del campo. Debí negarme, pero él nunca me deja negarme. Y tendría que haberlo hecho, haber sido más cuidadosa.

—No hiciste nada malo. La mayoría de los abortos espontáneos tiene origen genético. Estoy segura de que el médico te ha dicho eso.

—Solo fui una vez. —Rebecca se tapó la cara con la almohada.

—Déjame prepararte algo de comer. —Tess no era psicóloga y no sabía cómo ayudarla, pero Rebecca necesitaba ayuda.

—No tengo hambre.

—Lo sé. Pero te prepararé algo de todos modos.

Dejó de lado las débiles protestas de Rebecca y la sacó de la cama. Frotándole la espalda, la llevó hasta la mesa de la cocina. Mientras batía algunos huevos, vio a Eli por la ventana enseñándoles las gallinas a Ian y a Wren.

Rebecca acababa de tomar un pequeño bocado de tortilla cuando apareció Paul. Tenía unas medias lunas de sudor en las axilas que manchaban la camisa de manga larga, y la suciedad le cubría los bajos de los vaqueros.

—No tendrías que haber venido. Le diré a Eli que no vuelva a traerte aquí — se dirigió a Tess, ignorando a su esposa.

—No pasa nada. A veces una mujer necesita hablar con otra mujer.

—Ya han pasado tres meses. Tiene que superarlo. —Paul se quitó los guantes de trabajo de color naranja.

—Eso es lo que la gente no paraba de decirme a mí después de que mi marido muriera. —Recordó que Paul había estado ayudando a Ian con el estudio de la casa del árbol y deseó no haber sido tan brusca—. Por desgracia, el luto tiene sus propios tiempos. Tiene que ver a un médico.

—Necesita mantenerse ocupada —replicó él antes de dirigirse a su esposa—. Becca, no te quedes en la cama. Estás preocupando a Eli, y no es bueno para ti.

Más allá de que estuviera preocupando a su hijo, lo que Rebecca necesitaba eran cuidados, seguimiento; algo que su marido se negaba a reconocer.

Cuando volvieron a la escuela, en el escalón delantero esperaban dos desconocidos: Abby Winzler, que resultó ser amiga de Sarah Childers, que tenía un dedo roto, y su marido, Chet, que sufría de un fuerte dolor de cabeza que Tess sospechó inmediatamente que provenía de una conmoción cerebral. Eran una pareja de los preparacionistas que poblaban la zona. Por indicación de Tess, Ian montó a un agresivo Chet en el Land Cruiser y lo llevó al hospital. Ella entablilló el dedo de Abby lo mejor que pudo y recibió a cambio seis kilos de melocotones en conserva, junto con una preocupante lista de otras dolencias de Abby que nadie había tratado.

Había muchas mujeres por allí como Abby y Rebecca. Demasiado pobres, demasiado escondidas o demasiado celosas de los médicos como para recibir una atención sanitaria adecuada. No tenían a dónde acudir si precisaban consejo sobre problemas menstruales o sobre la salud de sus senos, nadie con quien hablar sobre depresión, enfermedades cardíacas, osteoporosis. Al parecer, el cuidado prenatal y posnatal era inexistente.

Justo en lo que Tess tenía experiencia.

No podía hacerlo. No con los gritos de Bianca resonando en su cabeza. Tendría que ser otra persona la que se hiciera cargo. No era su responsabilidad.

Ian le envió un mensaje desde el hospital diciendo que iban a tener a Chet en observación durante la noche y que él se quedaría en Knoxville para llevarlo de regreso a casa por la mañana.

Aquello la deprimió aún más. Algo le decía que la generosidad de Ian tenía más que ver con evitarla a ella que con traer de vuelta a Chet.

17

La noche siguiente, cuando Tess volvió a la escuela desde la cabaña, encontró a Ian tomándose una cerveza.

—La próxima vez que aparezca una de esas viejas cabras montesas, la atiendes tú sola.

—Deduzco que Chet y tú no habéis hecho buenas migas. —Sacó a Wren del canguro.

—Niega que el hombre ha pisado la Luna, y sin embargo piensa que las estelas de los aviones son toxinas venenosas propagadas en secreto por algún tipo de fuerza alienígena. No me preguntes por qué.

Un coche se detuvo.

—Juro por Dios que voy a poner el horario de oficina en la puerta de entrada. —Ian la miró con ojos acusadores.

Pero era Heather, y traía regalos.

—Espero que no hayáis comido todavía, porque os he traído algo de El Gallo. —Sus largos pendientes le rozaron las mejillas mientras dejaba la abultada bolsa de comida en el suelo—. También he traído un pastel de bodas de algarrobas y quinoa con glaseado de aguacate, hecho por mí... ¡Es broma! Es de Sara Lee. Es un regalo de boda tardío. Soy un desastre. —Se pasó la trenza por encima del hombro—. Y eso no es todo. Haga las maletas, señorita obstinada. Hoy toca fiesta de pijamas en casa de tía Heather.

—Heather, no tienes por qué hacerlo...

—Es un regalo de bodas. No hay tiempo que perder. El estríper favorito de Wren aparecerá en mi casa en cualquier momento.

Tess sonrió, pero lo último que quería era quedarse a solas con Ian. Heather, por su parte, era una fuerza imparable de la naturaleza, y sin apenas darle tiempo a reaccionar cogió a Wren en brazos y se colgó del hombro una abultada bolsa de pañales.

—Coge una manta —dijo Ian mientras Heather se marchaba con el bebé—.

Iré a por el vino.

—¿Una manta?

—No quiero meterme ahí dentro.

Ella supo que tenía en mente la casa del árbol, una plataforma robusta con una estructura de madera que quedaba a unos tres metros del suelo. Ian subió primero la escalera con la comida y el vino, y luego bajó para coger la manta. Cuando Tess llegó a la cima, extendió la manta y se sentó sobre ella con las piernas cruzadas; a continuación, se puso a observar la vista como excusa para no mirarlo a él.

Era la hora mágica, justo antes de la puesta de sol. Un baño de luz melosa iluminaba los árboles y suavizaba los bordes de los salientes rocosos. Ian le ofreció el vino en un vaso de plástico, se sirvió un poco y se sentó a su lado. Su brazo rozó el de ella.

—Me gusta tu casa del árbol —confesó ella.

—Estudio —aclaró él.

—Mmm...

—¿No crees que vaya a trabajar aquí? —Ian se apoyó el vaso de vino en el muslo.

—Pues claro que sí.

Pero Tess había respondido demasiado rápido, y él frunció el ceño.

—Así será. En cuanto consiga algo de paz y tranquilidad.

—No tardarás mucho. —Miró la tierra, los árboles y los peñascos, las crestas y los valles—. Wren y yo nos mudaremos a la cabaña dentro de uno o dos días.

—Entonces, ¿qué excusa me quedará para venir aquí?

Su sinceridad total la conmovió.

—Encontrarás la manera. Los dibujos de Wren eran preciosos...

—Y los que hice de ti —la interrumpió él con desdén—. Los bocetos como esos se pagan a diez centavos la docena.

—Tú eres el que sabe del negocio, así que supongo que tienes razón. Pero me encantan.

El sol se deslizó detrás de las colinas. Rayos de luz pastel iluminaban las nubes, que parecían salpicadas de colorantes de repostería. Ian le rozó el cuello

con el dorso de la mano mientras le cogía un largo mechón de cabello. Se lo enroscó alrededor de un dedo, y a ella se le puso la carne de gallina. Tess se fijó en su nariz contundente y en su mandíbula esculpida, en las líneas talladas de sus pómulos y en sus ojos enigmáticos. Era el rostro de alguien que había aprendido a ocultar sus emociones desde muy pequeño. El rostro de un hombre que solo revelaba sus secretos a través de su arte.

¿Qué vería él cuando la miraba? ¿Se fijaría en las ojeras que tenía bajo los ojos por la preocupación y el sueño interrumpido? ¿Se daría cuenta de lo normal y corriente que era?

—Di «para» cuando quieras. —La besó. Un ligero roce de sus labios en los de ella. Se retiró y la miró a los ojos.

—Sigue —se oyó susurrar a sí misma.

—No dejes que me precipite.

¿Cómo iba a precipitarse en algo que llevaba tanto tiempo esperando?

La besó de nuevo. Un beso más profundo, mientras le hundía los dedos en el pelo y le deslizaba la lengua entre los labios separados. La exploró, tomándose su tiempo, provocando en ella un lento frenesí. Ian puso aquellas manos grandes en los hombros de ella y luego las deslizó por la espalda para atraerla, hasta que sintió los senos contra su torso. Fue solo un beso. Solo un beso. Y, aun así, ella pensó que moriría de placer.

Tess sabía que tenía que tomar el control. Ponerse manos a la obra como se suponía que le correspondía. Para pagarle. Y lo haría... tan pronto como pusiera fin al beso. Pero, hasta ese momento, se limitaría a disfrutar.

El beso terminó cuando él hizo que ambos rodaran por el suelo de la plataforma. Ian colocó su cuerpo bajo el de ella y la puso sobre él como si no pesara nada. Era una posición que Tess conocía muy bien. Siempre arriba. Se colocó a horcajadas, lista para asumir el mando. Se lo debía todo y quería hacerlo bien. ¿Qué le gustaría más?

Besar le gustaba. Y ella eso lo controlaba.

Su pelo cubrió la cara de ambos como una cortina, mientras se inclinaba hacia adelante y rozaba los labios de Ian con los suyos. A él le gustaban los besos profundos, pero ella no tenía mucha experiencia en los besos con lengua.

Tess dio gracias a Dios por haber tomado solo vino y no queso, o de lo contrario su sabor habría resultado asqueroso.

¿Qué nivel de profundidad debía tener aquel beso? No demasiado o lo ahogaría. Pero tampoco quería que pareciera un examen dental.

Al intentar hacerlo todo perfecto, había enfriado el fuego que ardía en su interior hasta reducirlo a cenizas. Necesitaba dejar de pensar y confiar en su instinto para reavivarlo. Pero su instinto solo quería que se levantara, bajara la escalera y se refugiara en la casa, envuelta en una neblina de decepción.

—¿Dónde te has ido? —dijo él contra sus labios apenas separados.

—¿Qué quieres decir? Estoy aquí. —Tess echó la cabeza hacia atrás.

—¿En serio?

—¿Vas a criticarme? —Se movió sobre sus caderas.

Él sonrió, pero ella quiso llorar. Se alejó, decidida a llegar a la escalera antes de sentirse avergonzada del todo.

—¡Te pillé! —Ian la alcanzó y la sujetó por la muñeca.

—Suéltame —le pidió, pero él no le hizo caso—. ¡Te he dicho que me sueltes!

—Te soltaré, te lo prometo. Pero ¿me das treinta segundos de margen? —Se arrodilló sin soltarle la muñeca.

—¿Para qué?

—No lo sé. Para perder el tiempo, para contarte un chiste de los de «Se abre el telón...», para hacerte mi imitación de Thomas Edison. —Le soltó la muñeca—. Necesito pensarlo.

—Nadie sabe imitar a Thomas Edison, y tus treinta segundos ya han pasado. —Se le habían ido las ganas de llorar, pero se negaba a sonreír.

—Tengo entendido que el cronómetro no empieza a contar hasta que termine de pensar. —Se hizo el ofendido.

—Supongo... —Ya no sentía la opresión en el pecho y se las arregló para soltar un hosco gruñido.

—Genial. —Él se sentó en la manta, con una pierna extendida y la otra doblada, y emuló estar muy concentrado, aunque al poco terminó negando con la cabeza—. No está funcionando. Necesito un poco de inspiración. ¿Te importaría

quitarte la camisa mientras pienso? No hay nada malo en eso, ¿verdad?

¿Dónde estaba el desconocido con cara de malas pulgas que conocía tan bien? Aquel hombre parecía haber dejado de esconderse detrás de gruñidos y quejas. ¿Estaba jugando con ella? Sí, eso parecía.

—Yo no poso. —Tess se arrodilló en el borde de la manta y cruzó los brazos sobre el pecho—. Puede que necesites prepararte para lo siguiente: mi sujetador no es nada *sexy*. —Cuando se pasó la camisa por la cabeza dejó a la vista una especie de armazón blanco con un suave remate de encaje.

—Eso sí que es un problema. —Ian miró su sujetador sin juzgarlo—. ¿Cómo se supone que voy a excitarme si no llevas un sujetador *sexy*? —Sin embargo, no alejó la vista de sus pechos—. Antes de que me respondas, necesito saber algo... ¿Las bragas que llevas sí que son provocativas?

—No recuerdo qué ropa interior me he puesto esta mañana —repuso, remilgada—, pero estoy bastante segura de que tampoco es *sexy*.

—Verás, la cuestión es que todo eso de qué es *sexy* o no está en los ojos del que mira.

—¿Sí?

—Me sorprende que no lo sepas —dijo Ian llevándose la mano a la altura del corazón—. Lo que tienes que hacer es quitarte los vaqueros para que pueda formarme una opinión objetiva. A menos que pienses que podría herir tus sentimientos.

La risa y la excitación formaron una deliciosa mezcla que la derritió por dentro. Se puso de pie.

—Me arriesgaré. —Se desabrochó el botón de los vaqueros y se llevó los dedos a la cremallera.

—Espera. No estás haciéndolo bien.

—¿No me estoy desabrochando bien los vaqueros? Estás de coña, ¿no?

—Ya te he dicho que a lo mejor hería tus sentimientos, pero me cuesta creer que una enfermera experimentada como tú no sepa las heridas que puede provocar una cremallera.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea.

—Vaya... Las profesionales sanitarias como tú deberíais tener más

formación sobre aspectos tan básicos de seguridad personal.

—¿Como cuáles?

—Como que es mejor que los hombres se encarguen de abrir las cremalleras. Nuestros dedos son más fuertes.

—Supongo que tienes razón.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso el sexo con Ian North iba a ser tan apasionado como divertido? Fingió que se lo pensaba.

—Soy muy inteligente. —Se arrodilló ante ella, deslizó las puntas de los dedos dentro de la cinturilla del pantalón y pinzó la lengüeta de la cremallera. Pero la bajó solo hasta la mitad, antes de detenerse para trazar con las yemas la curva carnosa de su abdomen. Ella se tensó automáticamente, aunque luego pensó: «¡A la mierda!», y lo dejó hacer.

A continuación, apretó los labios contra la V de piel que quedaba expuesta. Arrastró la boca hacia abajo, junto con la cremallera, hasta llegar al borde superior de las bragas. Se quedó allí, calentándole la piel con el aliento.

—Esto —susurró él— es lo que yo llamo pasar un buen rato.

Y ella no había hecho nada. Nada, salvo estar allí de pie, aunque las rodillas empezaban a temblarle.

Fue él quien le bajó los vaqueros hasta las rodillas. Fue él quien le deslizó las manos alrededor de los muslos.

Ella le había mentido sobre su ropa interior. Sabía que llevaba puesto un descarado tanga color lavanda que una amiga le había regalado con la esperanza de animarla. Y con «descarado» se refería a que dejaba todo el culo al aire.

Algo que Ian North acababa de descubrir.

—Me has mentido. —Abarcó sus nalgas con las palmas de las manos—. Son las mejores bragas que esperaría ver cualquier hombre.

Volvió a acariciarla con la nariz.

Tess supo que sus rodillas no la sostendrían mucho tiempo más. Tal vez temblaban porque él le estaba apretando las muñecas mientras la conducía hacia la manta. En solo unos segundos, sus sandalias y sus vaqueros desaparecieron. Y se tumbó ante él con aquel sujetador práctico y un tanga muy tentador. Él puso las rodillas a ambos lados de ella, con la cabeza y los hombros perfilados contra

un cielo del color de los ositos de goma derretidos.

A pesar del feroz bulto de la parte delantera de sus vaqueros, por lo visto no tenía ninguna prisa.

—No te lo tomes como una crítica —dijo—, pero es una pena lo de tu sujetador. Quizá deberías quitártelo.

—Podría hacerlo yo misma. ¿O supone otro riesgo para mi seguridad? —Se apoyó en un codo.

—Aprendes rápido. Es una de las cualidades que más me gusta de ti.

—¿Los broches del sujetador son peligrosos? —Estaba a punto de arder y ni siquiera estaba desnuda.

—Todos los días mandan a muchas mujeres a Urgencias. —Le acarició el hombro con los labios mientras le rodeaba la espalda—. Pero a ti no. —Le desabrochó el sujetador y le liberó los pechos.

La miró, la examinó, se fijó en todos los detalles. En la forma de sus pezones, en que uno de sus pechos era un poco más grande que el otro. Le apretó suavemente los hombros sobre la manta.

—Es un crimen contra la humanidad mantener esto oculto —murmuró.

Sus palabras..., su mirada..., no se había sentido tan femenina jamás. Ian la acarició, le calentó la piel con su aliento, sopesó sus pechos, admiró su cuerpo. Le pasó la mandíbula por un pezón, rozándolo con suavidad. Luego por el otro. Ella arqueó la espalda. Tenía que conseguir que parara antes de que alcanzara el clímax.

—Quítate la camisa.

Él lo hizo, con calma, como si desabrochar cada botón requiriera toda su concentración. Pero, cuando ella se puso de rodillas para hacer por sí misma lo que debería ser una tarea sencilla, él le cogió las manos.

Y entonces lo entendió. Ella era la seducida.

Ella, Tess Hartsong, la reina de la seducción, estaba siendo objeto de una maravillosa, calculada y exagerada... seducción.

Sin camisa y con los vaqueros desabrochados, Ian se apoyó junto a ella y exploró su cuerpo. Volvió a sus pechos. Primero con las manos y luego con la boca. Mediante deliciosas caricias, consiguió que se retorciera debajo de él, a

pesar de que sus dichas bragas lavanda se mantenían firmes en su sitio. Entonces, fue incapaz de contener las súplicas.

—Por favor... Por favor...

Ian le rozó el estómago. La tocó a través del encaje de la ropa interior. Un ligero contacto... Y fue suficiente.

Tess arqueó el cuello. Su cuerpo se puso rígido... y se elevó, voló por el aire, se suspendió en el espacio y, por fin, se hizo añicos.

Pasaron segundos, horas, días antes de que lograra volver a la tierra, porque el cielo seguía girando sobre ella. Era la segunda vez que la hacía llegar al orgasmo y ella no había hecho nada a cambio.

—¿Más vino? —Él se sentó en sus talones.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo puedes ser tan... frío? —Se apoyó en los codos, casi gritándole.

—¿Frío? —Sus ojos disparaban rayos—. Desde que te conocí, convivo con una erección permanente. Cada vez que andas por ahí...

—Yo no ando por ahí.

—Con esos gloriosos pechos tuyos. Ese fabuloso trasero. Incluso tu nuca... Y tú sin darte cuenta. Así que ahora, jovencita —dijo con un gruñido—, ha llegado la hora de la venganza.

—¿De la venganza?

—Considérala mejor una merecida retribución.

—Lo lamento. —La forma en que le habló, aquella deliciosa amenaza, la excitó. No creía que fuera cierto, pero le encantaba que pareciera que sí. Ya no era la seductora...

—Lo lamentarás aún más. —Ian metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, sacó uno de los condones que llevaba encima y golpeó la plataforma para que ella viera que iba en serio. En un rápido movimiento, se bajó los vaqueros junto con el bóxer sedoso que ella había visto en su cajón. La anatomía masculina no le resultaba ajena, pero aquello... Aquello era...

—No sé... —farfulló— si estoy preparada para... eso.

—Pues... —murmuró— te lo voy a dar enterito.

Tess se estremeció. Aquel era un juego completamente nuevo, y estaba más

que dispuesta a participar.

—No estoy lista. —Era la mayor mentira del mundo.

—Ya veremos. —Ian se acostó a su lado.

Y vaya si lo vio.

La exploró, se adentró en ella levemente, la tanteó. Le quitó el tanga con su mirada feroz y su tacto perfecto. ¿Cómo sabía que eso era lo que ella había anhelado en sus sueños más febriles?

Se corrió de nuevo, incluso antes de que entrara en ella, pero ya era el turno de Ian. Y se hundió en su interior profundamente, la dilató. Él se arqueó, embistió una y otra vez... y eyaculó.

Relajada y sonriente, lo sostuvo durante los temblores, sintiendo sus cicatrices; quería besar cada una de ellas.

—Esto —gimió él dándose la vuelta— ha sido un fracaso total.

—Muy decepcionante.

—Solo hay una manera de arreglarlo.

—¿Intentándolo de nuevo?

—Me temo que sí. Pero antes... —Le sirvió más vino.

Bebieron a sorbos, sentados desnudos en la manta, en la oscuridad, sin apenas hablar. Al final, se tumbaron de nuevo sobre la manta, y esa vez fue incluso mejor.

Después, se acostaron de espaldas. Ella se estiró y dijo lo único que se le ocurría que tenía sentido.

—¿Comemos algo?

—Tú eres de las mías.

Pero no, no iba a ser suya. Daba igual lo satisfactorio que hubiera sido, su corazón estaba enterrado a salvo bajo la robusta pared que durante tanto tiempo lo había protegido.

La temperatura bajó y regresaron a la casa. Les pareció lo más normal del mundo que él la acompañara a su antigua habitación para acostarse con ella, para hacer el amor otra vez. Y otra más.

Finalmente, Tess oyó el profundo y acompasado sonido de la respiración de

Ian. No podía dormir. Tenía treinta y cinco años y, hasta ese momento, había estado solo con un hombre.

Ian no se movió mientras se deslizaba de la cama y se acurrucaba en la silla junto a la ventana. Estiró los pies sobre la otomana e intentó desatar sus enredados pensamientos. La intimidad de dormir juntos la hacía sentirse expuesta e indefensa, pero ¿indefensa ante qué?

Ante la oleada de emociones... Ante la hinchazón de su corazón... Ante el anhelo de algo más que sexo. Ante...

¡Alto! No podía ir más allá. Los límites emocionales de Ian estaban grabados en piedra, y ella necesitaba ser igual de firme con los suyos. El amor casi la había destruido una vez. No volvería a suceder.

Se despertó al amanecer con el cuello tieso y dolores en otros lugares que no tenían nada que ver con haber pasado la noche en la silla. Se metió en el cuarto de baño para ducharse. Cuando salió envuelta en una toalla, él todavía estaba en la cama, pero ya se había despertado. Los pelos de un lado de su cabeza se erizaban en crujientes picos y las almohadas, blancas como la nieve, hacían resaltar su bronceado.

—Te has levantado temprano.

—Quiero ver a Wren antes de ir a trabajar.

—¿La echas de menos?

—No puedo evitarlo. —Wren estaba perfectamente a salvo con Heather. Habérsela dejado anoche no había sido como la noche que se la llevaron los Denning. Pero Tess notaba un vacío en los brazos.

—¿Qué tal si dejas caer esa toalla? —Él puso el brazo detrás de la cabeza, dejando a la vista una cicatriz blanca, mientras la miraba de una forma sexy y perezosa.

—Lo haría, pero no quiero que pienses que soy una chica fácil —lo provocó; era demasiado tentador.

Él se rio, se levantó de la cama y caminó desnudo por la habitación. Su cuerpo era fuerte y espigado, con músculos largos en lugar de voluminosos. Era delgado donde ella tenía curvas. Sus cicatrices resultaban dramáticas, mientras

que las de ella no narraban ninguna historia interesante, más allá de cuando se cayó del patinete de pequeña.

Sabía que lo miraba, sonrió y desapareció en el cuarto de baño, dejándola sola con el caos de sus pensamientos.

Ian se metió en la ducha antes de que el agua se calentara. Necesitaba el contraste del agua fría; si no, volvería al dormitorio y la haría cambiar de opinión, algo que no creía que fuera a costarle mucho trabajo.

Nunca había estado con una mujer como ella. Una amante tan *sexy*, tan imaginativa, tan escandalosa y seductora... Mientras el agua se calentaba, usó el dedo índice para dibujar una silueta desnuda en el vapor de la mampara de la ducha. La curva de un muslo, el arco de un pecho.

Borró lo que había dibujado y puso la cara debajo del chorro. No le haría daño por nada del mundo. Le daría el sexo que ambos anhelaban. La diversión y la obscenidad. También la protegería de tal manera que ella no se protegería a sí misma. A pesar de su dureza, Tess Hartsong ofrecía su corazón con demasiada ligereza. Lo peor que podía hacer era regalárselo a un hombre incapaz de apreciarlo.

Ian pensaba asegurarse de que eso no sucedería.

18

Cuando terminó el turno de tarde, Tess llamó por videollamada a los Denning desde la casa de Heather, donde había mejor cobertura.

—¡Mirad! Ya mantiene la cabeza erguida.

Sostuvo a Wren para que la vieran.

—¡Sí! Mira, Jeff. ¡Se está haciendo muy mayor!

Admiraron a Wren desde todos los ángulos y aplaudieron cuando la niña estornudó de una forma irresistible. Al terminar la llamada, Tess pensó en cómo esas personas, que habían sido unos amenazantes desconocidos unas semanas atrás, ahora formaban parte de su vida. Se sorprendió de lo bien que se sentía.

Trasladó algunas de sus cosas a la cabaña. A pesar de que la había aireado, todavía olía a moho y a cerrado. Echaba de menos los electrodomésticos de última generación, los muebles cómodos y los ventanales sin cortinas.

—Te prometo, cariño —besó la parte superior de la cabeza de Wren—, que este lugar será muy pronto un hogar para nosotras.

Al caer la noche, le dio el biberón a Wren y se preparó un sándwich con la comida que había llevado desde la escuela. Sin las entregas a domicilio que pagaba Ian, llenar la despensa iba a resultar difícil y caro.

—No me puedo creer que te quieras mudar aquí. Mira cómo está este sitio. —Ian entró por la puerta trasera. Llevaba una cesta de ropa que ella había preparado con algunos pañales de Wren, la leche de fórmula y otras provisiones.

—Nada que un poco de pintura no pueda arreglar. —Ella hizo un gesto señalando las paredes sucias—. Te invito a hacerlo. Quizá de un color crema.

—Soy un artista famoso. No tienes suficiente dinero para pagarme.

—Tienes que recuperar tu espacio. —Iba a hacer un chiste sobre un descuento a cambio de sexo, pero se contuvo; si se ofrecía, debería pagarle.

—Esto no es la ciudad. Allí arriba estoy demasiado aislado.

—Si te asusta la oscuridad, haz sonar la campana. Wren y yo iremos corriendo.

—No tiene gracia.

—Pues nosotras creemos que somos muy divertidas, ¿verdad que sí, mi amor? —Miró a Wren y la pequeña resopló y le golpeó un brazo.

—Lo digo en serio, Tess. Esto es una choza. Y Wren es demasiado pequeña para que te quedes aquí sola.

—La arreglaré.

—No entiendo por qué tienes tanta prisa.

—Te compraré una bocina.

—¡Dame a la niña! La estás haciendo rebotar como si fuera una pelota de tenis. —Antes de que pudiera protestar, él sacó a Wren del canguro y la acurrucó entre sus brazos—. ¡Si quieres que te la devuelva, tendrás que quitármela!

Salió por la puerta con la niña, bastante cabreado.

Ella encendió todas las luces y subió para guardar algunas cosas de Wren. La cabaña crujía de una manera que no recordaba. ¿Siempre había sido así? Lo único que recordaba de las primeras semanas que había pasado allí era lo triste que se sentía. Miró a su alrededor; el papel pintado se estaba levantando y los rincones se habían oscurecido. No estaba más aislada allí que en la escuela, pero sentía una inquietud que antes no había experimentado. No era precisamente temor, las ventanas de la cabaña tenían cortinas, pero un mal presentimiento la invadía.

Debería disfrutar de esos momentos de descanso antes de recuperar a su hija, pero se sentía demasiado nerviosa para leer y no estaba de humor para más tareas. Unos meses atrás, habría puesto música y bailado, pero ya no le apetecía. Lo que de verdad quería hacer era conversar con Ian delante de una copa de vino. O... ¿A quién pretendía engañar? Hacer el amor con él de nuevo. Se estremeció al recordar lo que había pasado en la casa del árbol.

Lo que más iba a echar de menos no era vivir en la escuela, sino vivir con él. Salió al porche delantero, acompañada por una nube de depresión. La noche había refrescado y necesitaba una chaqueta, pero no se molestó en entrar a coger una. Una polilla se golpeaba inútilmente contra la única bombilla enroscada en la base de porcelana agrietada de la pared. Quería una lámpara de verdad y un columpio en el porche, donde ella y Wren pudieran conversar. Un par de

cómodos sofás y un acogedor sillón de lectura. Arreglar la cocina... y una habitación pintada como el interior de una geoda.

Cuando algo voluminoso se movió en el bosque, se sobresaltó. Oyó el crujido de una rama justo antes de que un hombre apareciera de entre las sombras. Tess dio un paso hacia atrás y chocó contra la pared de troncos.

—¿Sola, para variar? —dijo él.

—¿Qué es lo que quiere? —Había olvidado lo grande y voluminoso que era Brad Winchester. Pecho y cintura anchos, brazos musculosos.

Él se acercó al límite de la tenue luz amarilla del porche. Llevaba una chaqueta fina, unos pantalones oscuros y un gesto amenazador. Unos segundos antes, Tess había tenido frío, pero en ese instante sentía las palmas húmedas por el sudor; no habría sido así si él hubiera llegado por el camino, en vez de surgir del bosque.

Al pisar el porche sin invitación, la bombilla arrojó una espeluznante fosforescencia en su prematuro cabello gris.

—La abuela de Kelly creció aquí y ella adora este lugar. Debería haber comprado esta cabaña cuando se puso de nuevo a la venta. Nos habría ahorrado muchos problemas. —Tess lo miró mientras él acariciaba los postes de madera y el saliente del techo del porche.

—Pero no la compró.

—No tolero que nadie moleste a mi esposa. —Se acercó más.

—Márchese, por favor. —Se obligó a alejarse de la pared frontal de la cabaña.

—He encontrado esto entre las cosas de mi mujer. —Sacó algo del bolsillo de la chaqueta y lo sostuvo para que ella lo viera.

Era el número de teléfono que Tess había escrito en el papel con el membrete de su antigua clínica.

—Kelly debería haberme informado de inmediato de que usted la estaba acosando, pero no lo hizo porque no quería importunarme. —Arrugó el papel con el puño.

—¿Que yo la estoy acosando?

—¿Cómo llamaría a sus tetas para conseguir verla y embaucarla con su

propaganda? —Dejó caer el papel arrugado al suelo del porche.

Tess encajó las piezas y no le gustó el resultado. Brad había encontrado su número de teléfono y Kelly había mentido sobre por qué obraba en su poder.

—Mi mujer y yo pensamos igual. ¿De verdad cree que va a hacerla cambiar de opinión? Ella nunca se mete en política. —Brad se acercó, haciendo alarde de su tamaño para intimidarla.

—¿Política? —Tess metió el pulgar en la cinturilla de sus vaqueros—. Pensaba que esto iba de lo que es mejor para los jóvenes.

Un par de faros iluminaron el claro. Los dos se volvieron para ver un Lexus plateado detenerse delante de la cabaña. Cuando el motor se paró, la puerta se abrió y salió Kelly.

Se quedó quieta al lado del coche. Su mirada vaciló con nerviosismo entre Tess y su marido, era evidente que estaba preocupada por lo que pudiera haberle dicho ella.

—¿Pasa algo, Brad? He visto tu coche aparcado en la carretera. Se suponía que no ibas a volver de Nashville hasta mañana. —Se acercó a ellos.

—Hemos acabado pronto. ¿De dónde vienes?

—La madre de Margie Wexler está enferma. He ido a visitarla.

—Una buena acción por tu parte. —Brad salió del porche y estiró el brazo hacia su esposa. No fue hacia Kelly sino que, con aquel gesto, ella se vio obligada a acercarse a él, aunque se lo pensó unos instantes antes de obedecer.

La actitud posesiva al pasar su brazo fornido alrededor de los delgados hombros de su esposa le recordó a Tess la forma en que Connor había tocado a Ava.

—Necesitaba hacer ejercicio —dijo— y también hablar con Tess. Ya sé que no querías que interfiriera, pero eres demasiado buena. Tess debe entender que no puede volver a molestarte nunca más. —Los ojos de Kelly se dirigieron a Tess y luego a su marido. Brad le cogió la barbilla como si fuera una niña—. No eres la única a la que ha estado incomodando. Hoy me ha llamado la madre de Connor. Resulta que Tess organizó una reunión con unos cuantos de nuestros adolescentes. Helene no está demasiado contenta.

—Es normal que se sienta incómoda. —Kelly clavó la mirada en su marido.

—Mira que escabullirse a nuestras espaldas para enseñar a un grupo de chavales salidos a tener sexo... —Liberó a su esposa para girarse hacia Tess—. Sigue metiendo las narices donde no debe.

—Parece que usted también pasa mucho tiempo metiendo las narices en mi vida, así que creo que estamos en paz. —Ahora era Tess la que se mostraba beligerante.

—No voy a permitirle que vuelva a acosar a mi esposa ni a nadie más en esta comunidad. No nos interesan sus opiniones. ¿Verdad, Kelly? —Su pecho se hinchó como el de un pavo. Kelly bajó la cabeza y murmuró algo inaudible. Tess detestaba la cobardía de aquella mujer. ¿Dónde estaba su carácter?—. ¿Kelly? —No parecía satisfecho con la respuesta apagada de su esposa.

La mujer alzó la cabeza y la miró.

—Tendría que hacer caso a Brad, Tess —dijo con dureza.

—Solo hago caso a los consejos de la gente que respeto, y la verdad es que no es algo que sienta ahora mismo por ninguno de los dos. —La poca empatía que Tess había experimentado con Kelly se desvaneció.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —Brad soltó a su esposa—. Vete a casa, cariño. Volveré caminando hasta mi coche.

Kelly los miraba con dudas, pero temía que ella le contara su mentira. Tess habría podido hacerle algún tipo de gesto tranquilizador, pero no era tan buena persona.

La mujer de Brad regresó con calma hacia su coche. Aunque Tess no quería quedarse a solas con él, no pensaba correr al interior.

—Me encantaría tener una copa esperándome cuando llegue a casa. Tres aceitunas esta vez. Esas tan ricas rellenas de queso azul —le gritó Brad a su esposa.

La mujer empoderada que se había enfrentado a Tess en La Chimenea Rota por el tema de los condones había desaparecido. Kelly asintió con la cabeza y se fue.

—Ya no quedan hombres como usted. —Tess miró a Brad con asco.

—Soy de la vieja escuela —respondió— y no me disculparé por ello. Protejo a mi familia.

—Sí, y yo soy una gran amenaza, venga ya...

—Deje a mi esposa en paz. Y a mi hija también. —La apuntó con el dedo.

—Tengo una idea. ¿Por qué no les hace un favor a las dos y las deja hablar por sí mismas?

—¿En serio crees que puedes desafiarme? No eres nadie.

—Usted tampoco es gran cosa. El indiscutible rey de Tempest, Tennessee. Lo entiendo... —reunió todo el valor que pudo—, pero me importa una mierda.

—Ya le importará, ya. —Se dio la vuelta y desapareció en el bosque.

Tess entró en la cabaña y cerró la puerta. Brad Winchester era estrecho de miras, pretencioso y combativo, un bravucón de la peor calaña. Pero ¿sería también violento?

Kelly había negado que la agrediera físicamente, ¿era verdad? La hostilidad de Winchester parecía desproporcionada con respecto a lo que Tess pensaba que habría podido ofenderlo. Tal vez su antipatía tenía más que ver con su necesidad de controlarlo todo que con la educación sexual de los adolescentes del pueblo. Era un hombre acostumbrado a salirse con la suya y no iba a permitir que nadie, y menos aún una mujer y un forastero, lo desafiara.

Cuando regresó a la escuela, Wren estaba durmiendo en la cuna, en el dormitorio de arriba. Ian se acercó a ella con el monitor de bebés en la mano, pero Tess decidió no decirle nada sobre la escena con Brad Winchester. Solo serviría para que Ian se preocupara más cuando se trasladara a la cabaña, y necesitaba volver a vivir por su cuenta otra vez. Sin él. Y pronto.

—Esta vez te voy a pintar de verdad —dijo, lanzándole una mirada insinuante.

—Esa película ya la he visto. Pero por lo visto tiendes a distraerte... —Se deshizo de las secuelas del desagradable encuentro en la cabaña.

—Es cuestión de disciplina; la última vez no me concentré lo suficiente.

—¿Y esta vez será diferente?

—Del todo. —La llevó al estudio. En medio de la habitación había un carrito cargado de tubos, cubos y botellas de pintura—. Quítate la ropa cuando quieras —dijo—. No miraré. —Se dio la vuelta, examinando, por hacer algo, los objetos

que ya había organizado.

—¿Todo esto es necesario?—dijo—. Me siento cohibida.

—¿Ya vuelves a la carga con todas esas tonterías sobre tu cuerpo? —Se puso una mano en la cadera.

—¿Acaso está prohibido que me sienta insegura? Es mi cuerpo.

—Y Dios no podría haberlo hecho más perfecto. Vamos, Tess. Inspírame.

—¡Joder! —Se quitó el suéter, refunfuñando sin parar—. Podrías contratar a las modelos más guapas con los mejores cuerpos del mundo, pero ¿lo haces? No. —Se deshizo de los zapatos—. ¿Sabes qué creo? Que eres un tacaño. —Se desabrochó los vaqueros y el sujetador—. No quieres pagar a una profesional. En cambio, te aprovechas de una viuda indefensa.

North resopló.

—¡Pienso dejarme las bragas puestas! —Lanzó el sujetador a un lado.

—Llegas tarde, sobre todo porque ya he visto todo lo que hay debajo. Y me refiero a todo todo. —Cruzó los brazos sobre el pecho con una irritante insolencia.

A Tess le encantaba ese nuevo lado juguetón de él. Y aún le gustaba más no saber qué pasaría después.

—Tengo frío —terció con algo de arrogancia.

—Ahí es donde te equivocas. Estás caliente, bonita. Como el palo de un churrero.

—Porque tú lo digas. —Reprimió una sonrisa. Y, vestida solo con unas bragas estampadas con flamencos, se enfrentó a él—. Nada de fotos. No quiero que mi celulitis se haga viral en internet la próxima vez que te enfades conmigo. Y sabes que te enfadarás.

—Tu celulitis está a salvo de mi pequeña venganza.

Ian desenrolló una larga hoja de lo que parecía papel de estraza blanco, la puso en el suelo y le hizo una señal para que se colocara sobre él.

—¿Por qué tú puedes dejarte la ropa puesta? —Hizo un mohín.

—Disciplina, ¿recuerdas? —Él hundió las manos en el cabello de ella y lo extendió hasta darle un aire de mujer salvaje—. Perfecto. —A continuación, cogió uno de los botes de pintura—. No te preocupes. No es tóxico.

—¿Por qué debería estar preocupada...? ¡Eh! —Lanzó un aullido cuando él le rozó el pezón, dejando una espiral azul brillante tras de sí—. ¿Qué estás haciendo?

—Soy un rebelde, ¿recuerdas? Trabajo sobre todo tipo de superficies. —Y trazó una curva colorida alrededor de la punta.

Fue entonces cuando lo entendió. Cuando había dicho que quería pintarla, lo había dicho literalmente.

Tess se quedó inmóvil y dejó que él convirtiera su pecho en un elaborado medallón de azul, carmesí, granate y oro, con plumas flotando sobre sus costillas. La calidez de la pintura y el roce sensual de sus dedos se convirtieron en una tortura exquisita. Sus huesos comenzaron a derretirse mientras él sopesaba un pecho con una mano y usaba el meñique de la otra para hacer girar el pigmento.

Entonces seleccionó un cuadrado de lona del montón de telas del carro. Con suave meticulosidad lo adaptó a su pecho, transfiriendo la imagen de su piel al pequeño lienzo. Usando su cuerpo como un sello flexible.

Tess permaneció de pie ante él, con las rodillas temblando, muy excitada. Él dejó el lienzo a un lado y pintó su otro pecho en un patrón de encaje intrincado y multicolor. Se le humedecieron las palmas de las manos mientras él atormentaba el pezón con ocre, limón y granate. El sudor comenzó a acumularse en la base de su cuello.

Una vez más, él presionó el lienzo contra su pecho. Lo presionó, lo dejó a un lado y pasó al ombligo. A Ian se le había caído un mechón de pelo sobre la frente, arrugada por la intensidad de su concentración.

Tess sentía que su piel estaba viva, que cada centímetro ardía bajo las sensuales caricias de él. North le rodeó el ombligo con un mosaico de olas ondulantes. Apretó un nuevo lienzo contra su piel y lo dejó a un lado.

La pintura le goteaba en las bragas. Ian se quitó la camisa, empapada de sudor, y se arrodilló. Ella cerró los puños para no hundirle las manos en el pelo cuando notó su cálido aliento en la piel. Luego se movió detrás de ella. Apartó las bragas de tal manera que movió la tela sobre una de sus nalgas, dejando la otra cubierta.

No lo veía, solo sentía sus manos e imaginaba lo que creaban. En el estudio hacía demasiado calor, las sensaciones eran demasiado intensas. Cuando le apretó el lienzo sobre el trasero, la exploró con un dedo.

Se puso frente a ella otra vez. La pintura le manchaba el bíceps y salpicaba su cabello. Las bragas entorpecían su labor, así que se las quitó y le separó las piernas. Siguió trabajando con esmero y le pintó un pequeño diseño en lo alto del muslo. El dorso de su mano la rozó íntimamente mientras trabajaba en esa zona, hasta que Tess perdió el equilibrio y cayó de rodillas frente a él.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron la mirada. Una salpicadura de pintura blanca le manchaba la barbilla. Un rastro de color verde flotaba en la comisura de su boca. Sin apartar la mirada de la de ella, le cogió los pechos y frotó en ellos la pintura que quedaba en sus manos.

—Es mi turno —susurró Tess.

North gimió cuando ella extendió las palmas por sus clavículas y las deslizó por su pecho hasta la cintura.

Cuando Ian notó los dedos de Tess en la cremallera de los vaqueros, sacó un condón, perdió el poco control que le quedaba, al que se había aferrado tan estoicamente, y se la colocó encima. Llevó las manos llenas de pintura a su pelo y la besó, la bebió. Se dieron la vuelta con las bocas unidas, ambos luchando contra la barrera que suponían los vaqueros, con la respiración pesada y movimientos torpes. Un codo por aquí, una rodilla por allá, un arañazo sin querer; una coreografía obtusa de cuerpos manchados de pintura y sudor.

Le dio la vuelta. Debajo de él. Encima de él. La pintura se extendió entre ellos. Sobre las rodillas. La acarició desde atrás, untando la pintura que le quedaba tras haberla dibujado.

La hizo girar de nuevo.

Los botes de pintura se derramaron y el pigmento se extendió por el suelo. Se revolcaron en él. Los dos estaban fuera de control, habían perdido la razón...

Y entonces la penetró, entró en ella. Se convirtió en parte de ella. De ese cuerpo exuberante y generoso. Esa mujer de vidriosos ojos azul violáceo y pelo como la medianoche, que formaba una caótica corona alrededor de su cabeza.

Sudaba mientras se contenía. Esperó a que ella se arqueara. Oyó sus gemidos y se contoneó. Nunca jamás había tenido que contenerse así.

Se hundió en lo más profundo de ella. La agarró con fuerza y la cabalgó, llevándola al orgasmo mientras él se corría también. Se sumergieron en una explosión de colores.

Cuando volvió en sí, vio que habían convertido su cuidadoso trabajo en un caos, una hermosa pesadilla de pintura que embadurnaba su piel bronceada. Tess cogió uno de los lienzos blancos del carro y se lo apretó hasta que lo impregnó con la pintura de su costado. Presionó otro contra su pecho. El pelo le cayó hacia delante, cubriéndole la cara, con mechas de azul marino y de bermellón. Le estampó el muslo a continuación. La ingles. Un lugar tras otro.

Se quedó quieto y la vio trabajar incluso cuando el miedo comenzó a crecer dentro de él, invadiéndolo más y más rápido. Lo escondió detrás de una sonrisa y una broma. Lo escondió mientras se duchaban juntos, desenterrando la pintura de todas las grietas secretas. Lo escondió mientras se poseían el uno al otro de nuevo.

Cuando sonó el llanto del bebé en el monitor, Tess agarró la bata y desapareció, dejando sus huellas mojadas en el suelo. Ian volvió al estudio y puso a secar cada uno de los lienzos antes de limpiar el desastre que habían provocado. Aun así, el pánico no lo abandonó.

Tenía que alejarse de ese lugar. Tenía que alejarse de ella.

Al día siguiente, ni siquiera los irritantes compañeros de trabajo de Tess pudieron estropear su buen humor. Recogió a Wren en casa de Heather y condujo hasta la escuela, aún pensando en la locura de la noche anterior. Cuando llegó a la casa, un Nissan Ultima estaba aparcado torpemente enfrente y un hombre que nunca había visto estaba en el porche, a punto de llamar. En cuanto ella salió del coche, se giró para mirarla.

Parecía tener veintitantos años. Estaba mal afeitado, llevaba el pelo castaño claro despeinado y ropa que parecía vestir desde hacía varios días: pantalones chinos arrugados, una camisa de manga larga de color marrón arremangada hasta los codos y un viejo chaleco color caqui tipo safari con múltiples bolsillos.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —Dejó a Wren en el asiento de atrás y subió por el camino.

—¿Eres Tess Hartsong?

—Sí. Y usted es...

—Soy Simon Denning.

19

Tess se quedó petrificada. Abrió la puerta principal y lo invitó a entrar; luego regresó al coche para buscar a Wren. Cuando se inclinó para coger a la niña, se golpeó la cabeza con el marco de la puerta. Se agarró al techo del coche para recuperar el equilibrio y parpadeó con fuerza ante una súbita necesidad de llorar, no por el golpe, sino por la sensación de que el mundo estaba una vez más a punto de estrellarse contra ella.

Wren estaba muy despierta, sus ojos eran del mismo azul marino profundo del cielo de Van Gogh y su puño trazaba un viaje errático hacia su boca. Tess la cogió y la apretó contra su pecho. Sintió en la mejilla el pulso que latía debajo de la fontanela del bebé. Besó la suave pelusa y se volvió para enfrentarse al nuevo demonio que había invadido sus vidas.

Estaba exactamente donde ella lo había dejado. Con la mano libre, Tess accionó el interruptor de la luz de las lámparas en forma de globos de la escuela.

—¿Es este el bebé? —preguntó él innecesariamente.

—Esta es Wren, sí. Mi hija.

—¿No tendrás por casualidad una cerveza a mano? Y un cuarto de baño. Llevo dos días conduciendo sin parar. —Metió la mano en el bolsillo de los pantalones. La siguió hacia la vieja habitación de Bianca. Simon se detuvo en el umbral y miró el interior de la geoda—. Joder. Nunca había visto nada igual.

—Sí, es diferente.

—Increíble.

Sostuvo a Wren apretada contra ella mientras sacaba una cerveza de la nevera. Se movió como un robot, tratando de convencerse de que ese hombre era un nómada que no tenía ningún deseo de criar a un bebé. Pero, si no quería a Wren, ¿por qué había viajado hasta allí? ¿Y dónde estaba Ian? Lo quería a su lado, aunque sabía que ese era un problema que debía resolver sola.

Cuando salió del dormitorio, Denning venía acompañado de un débil olor a jabón. Tess le dejó la cerveza en una punta de la mesa y fue con Wren hasta el

extremo opuesto, tan lejos como pudo. Él cogió la botella, pero no se sentó. Tampoco ella. La mesa se extendía entre ellos como si estuviera cargada de minas antipersona.

—Tus padres me han dicho que estabas en Afganistán.

—Estaba.

—¿Los has visto?

—Iré a verlos cuando me vaya de aquí.

Wren se puso a chuparle la clavícula. Y ella esperó.

—No sé qué te dijo Bianca, pero ese bebé no es mío. —Se llevó el botellín a los labios y dio un largo trago antes de volver a hablar.

Un suspiro se escapó de algún lugar en el interior de Tess.

—He hecho cálculos —dijo—. Los números no cuadran.

—Pero... les dijiste a tu padres que... —Los dedos húmedos de Wren le rozaron la mejilla. Tess agarró su manita.

—Ya sé lo que dije. —Tomó otro largo trago de cerveza—. Estaba cerca del valle de Korengal y perdimos la conexión. No fue hasta hace dos días, al volver a Kabul, cuando pude contrastar todas las fechas. Tenía unos días de vacaciones, así que cogí el siguiente vuelo: primero para verte a ti y luego para hablar con ellos. —Por fin, se sentó a la mesa con la cerveza en la mano—. Mira, siento que te haya tocado pasar por todo esto. Tenía que venir y decírtelo en persona, y también a mis padres.

—¿Otro herido del pueblo? —La puerta principal se abrió dando paso a Ian, que se detuvo cuando vio al visitante.

—Ian, él es Simon Denning. —Tess se alejó de la mesa.

—¿Sí? —Ian era un maestro en ocultar sus emociones y ella se sorprendió de su habilidad.

—Dice que no es el padre de Wren.

—Y no lo soy. —Denning se terminó la cerveza y dejó el botellín en la mesa con un golpe.

—¿Por qué no nos cuentas toda la historia? Será lo mejor. —Ian se acercó sin mirarla a ella, solo a él.

—Un par de tíos estaban coqueteando con Bianca y, obviamente, parecía

incómoda, así que intervine y actué como si tuviéramos una cita. Era una mujer divertida, alocada, salvaje. Nunca había conocido a nadie como ella. Me gustaba, pero yo solo iba a estar una semana en la ciudad, por lo que no iba a ser algo serio. Aun así, fue intenso mientras duró. —Denning relató su breve aventura con Bianca, empezando por su primer encuentro en un bar del East Village.

Continuó, les proporcionó datos de adónde habían ido, a quién habían visto. Fue tan meticuloso que Tess supo que decía la verdad incluso antes de que sacara su teléfono y les mostrara una serie de fotos fechadas de los dos juntos. El estómago de Bianca estaba plano, pero, según las cuentas, en esas fotografías ya debía de estar embarazada de unas seis semanas.

—Entonces no se me ocurrió, pero no la vi beber, ni siquiera la noche que nos conocimos en el bar. Ahora tiene sentido. Ya estaba embarazada. —Simon se frotó la mandíbula desaliñada.

—¿Estarías dispuesto a hacerte una prueba de ADN? —dijo Ian.

—Siempre y cuando la pagues tú.

—Ha sido culpa mía —murmuró Ian cuando Simon se fue—. Bianca me dijo que Denning la había dejado embarazada y la creí, aun sabiendo lo descuidada que podía ser con ese tipo de cosas.

—No tenías ningún motivo para sospechar que te había mentado. —¿Por qué Ian no la miraba?

—Sabía cómo era. —Se frotó la nuca—. Tendría que haber investigado más, pero ella le dijo la misma mentira a un par de conocidos más.

—Quizá mejor sea así. —Tess se mordió el labio inferior.

—Sabes que no.

Tenía razón. Tess no podía imaginarse pasar meses y años esperando a que otro hombre apareciera reclamando a su hija.

—Me voy a Manhattan —dijo Ian—. Hablaré con todos los que la conocieron. Llegaré al fondo del asunto.

—Es mi responsabilidad.

—¿Por qué?

—Porque Wren es mía. Tú eres su... su hado madrino. —Finalmente, él la

miró, pero guardando las distancias, como si acabaran de conocerse—. Ya sabes lo que quiero decir —añadió.

—Sobre muchas cosas, sí. Pero no sobre esto.

—Me las arreglaré sola.

—Estoy seguro de que sí, pero ¿por qué ibas a hacerlo?

Porque así era como criaría a Wren: sola.

Ian la sorprendió cuando, unas horas después, se marchó. Tess estaba inquieta y no sabía muy bien por qué. Había algo en su comportamiento, un distanciamiento que unos días atrás no había existido. Se dijo a sí misma que debía ignorarlo; tenía que dejar de intentar leer la mente de Ian y centrarse en su propia vida. Y eso significaba mudarse a la cabaña de una vez por todas.

No le llevó mucho tiempo trasladar el resto de sus pertenencias. Trabajó en las notas para la reunión de la comunidad de la noche siguiente, pero, sobre todo, acunó a su pequeño y malhumorado bebé mientras trataba de no pensar en la incertidumbre que se extendía ante ellas.

Incluso con las cortinas cerradas, esa noche se imaginó a Brad Winchester mirando a través de las ventanas. Odiaba que tuviera la capacidad de ponerla tan nerviosa. En la cama, echó de menos a Ian, y no solo por el sexo. Extrañaba hablar con él, estar con él.

A Wren no parecía gustarle más la cabaña que a Tess o, tal vez, también echaba de menos a Ian, porque se pasó toda la noche alborotada.

Por la mañana, Tess se sirvió dos tazas de café bien cargado; le preocupaba que no se presentara nadie a la reunión de esa noche. O quizá aparecerían todos con alquitrán caliente y un cubo de plumas dispuestos a echarla del pueblo por corromper a los jóvenes. Se dijo a sí misma que eso no sucedería. Sí, en el pueblo había un grupo de retrógrados, pero también había gente sensata..., aunque no eran pocos los que creían que ella era responsable de la muerte de Bianca.

La Alianza de Mujeres de Tempest se reunía en La Chimenea Rota aquella mañana, y el establecimiento estaba tan concurrido que Tess no sabía si podría

atenderlos a todos. Michelle, que iba a salir de cuentas en cualquier momento, estaba de baja desde la semana anterior. Savannah seguía trabajando, pero se movía tan despacio que resultaba inútil. Como Tess sentía debilidad por las mujeres embarazadas, hasta por las que le caían fatal, no se quejaba, ni siquiera por los prolongados descansos de Savannah.

Michelle entró como clienta y se sentó en una mesa debajo del cartel que Phish acababa de colocar:

GORRONES DEL WIFI:

¡A PAGAR O A TOMAR VIENTO!

Michelle se sentó separada de la mesa, con las rodillas abiertas y sujetándose el abdomen con las manos. Savannah aprovechó la aparición de su madre como excusa para alargar el descanso aún más.

Unas semanas antes, Savannah se había afeitado la mitad inferior de la cabeza y se había teñido la parte superior más larga de color verde, por lo que parecía que le hubiera brotado un trozo de cebollino en la cabeza.

—No lo entiendo. Hace como si yo quisiera seguir yendo a El Gallo todas las noches. —En cuanto se sentó frente a su madre, Savannah comenzó a quejarse de su mejor amiga, Taylor.

—Taylor es muy inmadura. No me gusta decir: «Te lo dije», pero... —Michelle se abanicaba con una servilleta.

—¡Pues no lo hagas! —respondió Savannah—. No puedo decir nada sobre nadie sin que me lo eches en cara y lo critiques.

—No te estoy criticando. Lo que te digo es por tu propio bien. Taylor es una vaga, necesitas amigas mejores. —Michelle desabrochó el último botón de su blusón premamá a cuadros blancos y negros, y se sopló en el generoso escote para refrescarse—. Deja de mirarme así. Deberías ser más considerada y tener en cuenta mi estado.

—¿Tu estado? ¿Y qué pasa con el mío?

—Es completamente diferente. No tienes cuarenta y dos años y antecedentes de parto precipitado —remató Michelle.

—Si no dejas de hablar del parto precipitado, te juro que voy a empujar la mesa hacia tu barrigón.

—¿Os importaría bajar el tono? Estáis espantando a los clientes. —Tess puso la limonada de Michelle frente a ella.

—¿Y a ti qué más te da? —respondió Savannah—. El negocio es de Phish, no tuyo.

—Esto es lo que más me gusta de trabajar aquí. Los profundos lazos de amistad que me unen a mis queridas compañeras de trabajo. —Tess se llevó las manos al corazón y miró a Savannah—. Estoy siendo sarcástica, por si no lo has pillado.

—No tienes derecho a hablarle así a mi hija. —Michelle se puso de pie.

—Vale, haced lo que os dé la gana. De todas formas...

—¡Ay, madre! ¡Santo Dios! —Michelle soltó un grito de dolor y se dobló por la mitad. Tess la agarró para evitar que se cayera—. ¡Llama... llama a tu padre! —jadeó.

Savannah se levantó y corrió hacia el teléfono más rápido de lo que se había movido en todo el día.

—¡Está volviendo a pasar! ¡Voy a tener el bebé ahora mismo! ¡Sabía que pasaría! —Cuando la contracción terminó, Michelle miró a Tess con unos ojos muy grandes y asustados. A esta le dio la impresión de que la habitación empezaba a dar vueltas. El corazón se le aceleró cuando Michelle se hundió de nuevo en la silla—. ¡Así es exactamente como sucedió la otra vez! —gimió—. No quiero que te acerques a mí. ¡Tengo que ir al hospital ahora mismo!

—¡Papá no responde! —gritó Savannah.

—¡Menudo idiota! —Michelle rechinó los dientes—. Le dije que no fuera a ninguna parte sin el móvil.

Michelle estaba histérica y Tess no sabía lidiar con ello. Las súplicas y los llantos de Bianca, la agonía de esos minutos finales, se habían convertido en parte de su ADN. Lo único que quería hacer era escapar. Quería correr, pero Michelle la retenía, agarrándola con una fuerza sobrehumana.

—¡Vete a por el coche! —le gritó Michelle a su hija—. Parí a Savannah en dos horas y media. El dolor fue igual de fuerte y llegó muy rápido. Los médicos

no me creyeron. Querían enviarme a casa.

—El... médico conoce tu historial... —se obligó a decir Tess.

—¡Tengo cuarenta y dos años! Soy demasiado vieja para tener un bebé —gimió Michelle, y siguió quejándose mientras pasaban tres minutos, luego cuatro, luego cinco, acompañados de una larga retahíla de protestas, pero no de otra contracción.

—¡Quiero la tarta que he pedido! —gritó el señor Felder desde el mostrador, con su habitual falta de tacto.

—¿Dónde está Savannah? —gimió Michelle—. ¿Dónde está el coche? ¡Tengo que ir al hospital ahora mismo! Mi hija es una vaga. Siempre ha sido una vaga. La única vez que se ha dado prisa en su vida fue el día que nació.

A los seis minutos, se produjo otra contracción. Michelle gritó, haciendo crujir los dedos de Tess.

Tess intentó convencerse a sí misma de que eso no era ningún indicio de nada. Michelle no había roto aguas y, con tanto tiempo entre contracciones, era poco probable que fuera a dar a luz tan rápido como decía. Poco probable, pero no imposible.

—Ya tengo el coche. —Savannah entró corriendo por la puerta agarrándose su propia barriga.

—¡Ya era hora! —Michelle se levantó tambaleándose de la silla—. Vámonos. Tenemos que irnos.

—¡Quiero mi tarta! —graznó el señor Felder.

—¡Cógela tú mismo, viejo buitre! —gritó Michelle—. Voy a tener al bebé en el coche. ¡Lo sé! —Aferró a Tess—. Tú te vienes conmigo.

—¡No! No, no puedo. Tienes tiempo de llegar al hospital. Todo irá bien.

—Se supone que tu obligación es ayudar a la gente. —Michelle la apretó con más fuerza.

—Sí, pero... me odias, ¿recuerdas?

—Yo nunca he dicho eso.

—Me dijiste que no te tocara. Me hiciste prometer que no te pondría una mano encima. Esas fueron tus palabras exactas.

—¡Nunca he dicho nada de eso! —Michelle empezó a llorar.

—¡Deja de ser tan puta, Tess! —exclamó Savannah desde la puerta—. Si muere, caerá sobre tu conciencia.

Michelle no iba a morir. No como Bianca. Las contracciones de Michelle eran cada seis minutos. Lo más probable era que la enviaran a casa desde el hospital por llegar demasiado pronto. Pero toda la lógica del mundo no evitaba que Tess quisiera llorar, igual que Michelle.

—No tienes corazón. —Savannah abrió las piernas, intentando repartir su peso sobre los talones.

Tess estaba acostumbrada a la maldad de Savannah, pero las lágrimas de miedo de Michelle pudieron con ella. De alguna manera, se las arregló para ayudar a Michelle a levantarse de la silla, aunque no estaba segura de quién se apoyaba en quién.

—¡Llame a Phish! —le gritó Savannah al señor Felder mientras salían por la puerta—. Se queda al cargo hasta que él llegue. Y será mejor que no deje que nadie robe nada.

Aunque Savannah apenas cabía detrás del volante, Michelle insistió en que condujera para que Tess se quedara con ella en el asiento trasero.

—No lo lograremos. —Hundió las garras en el brazo de Tess.

—Yo no me voy a comportar así cuando me ponga de parto —gruñó Savannah al salir a la carretera.

—¡Eso lo dices ahora! —Michelle clavó las uñas más profundamente en el brazo de Tess.

—Es tu culpa, por quedarte embarazada —le espetó Savannah.

—Y la tuya por quedarte embarazada también, así que deja de echármelo en cara.

Tess había calmado a docenas de mujeres irracionales a lo largo de su carrera. Era toda una experta creando atmósferas tranquilas. Pero todas las habilidades que había adquirido con el paso de los años se habían desvanecido. Se sentía paralizada, indefensa. Incapaz de hacer nada más que rezar por que las contracciones de Michelle siguieran llegando cada seis minutos. Pensó en la reunión que había programado para esa noche. ¿Cómo podía pensar que iba a ayudar a otras personas si ella misma era un desastre?

Cincuenta minutos más tarde, se detuvieron en la entrada de Urgencias del hospital.

—¡Una silla de ruedas! —Michelle apretó el botón de la ventanilla trasera y sacó la cabeza.

Un celador la ayudó a salir del coche. Cuando la puerta se cerró, Tess se desplomó en el asiento, cerró los ojos y se frotó las marcas de las uñas en forma de media luna que tenía en el brazo. Ya había terminado todo. Su responsabilidad acababa allí. Debería estar aliviada, pero se sentía destrozada.

El coche comenzó a moverse, pero solo para detenerse unos momentos después, cuando Savannah aparcó.

—Vamos.

—Te esperaré en el vestíbulo.

—¡Joder! ¿Qué pasa si le toca una enfermera que no sabe lo que hace? ¿Cómo esperas que me ocupe yo?

—Eso no va a pasar.

—¿Y cómo lo sabes? Dios, deja de ser tan egoísta.

Tess tuvo que salir del coche, aunque no por el acoso de Savannah, sino porque se estaba asfixiando bajo una avalancha de horribles recuerdos. Se agarró a la parte superior de la puerta del coche, e intentó convencerse a sí misma: «Todo irá bien. No es tu responsabilidad. No tienes que hacer nada».

—Joder, parece que seas tú la que está de parto. —Savannah se apretó las manos debajo de la barriga.

Tess siguió a Savannah hasta la sala de partos. En lugar de tranquilizarse, las imágenes y los sonidos le resultaban tan familiares que quiso huir.

Savannah trató de traspasar la sala de triaje y, cuando se lo prohibieron, hizo todo lo posible para empujar a Tess.

—Es comadrona titulada. ¡Tienen que dejarla entrar!

Tess negó con la cabeza, un movimiento apenas detectable, pero la enfermera captó el mensaje.

—Las dos tendrán que esperar ahí fuera hasta que la hayamos examinado.

—Menuda zorra... —murmuró Savannah.

—A mí insúltame todo lo que quieras, pero no le faltes el respeto al personal.

—Tess encontró una utilidad al desprecio que sentía por sí misma.

—No he dicho nada malo. —Savannah agachó la cabeza, de repente parecía acobardada.

—¡No digas nada y punto!

—Joder, no se puede hablar contigo —murmuró.

La enfermera apareció finalmente con la noticia de que el parto de Michelle progresaba con normalidad y les dijo que la acompañaran. Pero, mientras Savannah seguía a la mujer hacia la sala de partos, Tess corrió en dirección contraria.

Durante un rato, se quedó en la zona de Maternidad. Miró a través de la cristalera a los aturridos recién nacidos. Wren ya era diferente, más vivaz, más observadora. Necesitaba verla.

Cogió el ascensor en Cardiología y bebió una taza de café de hospital en la sala de espera. El chirrido relajante de las zapatillas sobre el suelo de baldosas, el suave rumor de las conversaciones, el olor familiar a desinfectante..., nada sirvió para relajarla. ¡Le iría bien! Iba a estar a salvo trabajando en otro campo donde no tuviera que temer a las madres con hemorragias. Funcionaría. Por narices.

La reunión con la comunidad era a las ocho. No debería haber puesto ese cartel. La educación sexual de los adolescentes de Tempest no era su guerra. Llamaría a Phish. Haría que quitara el cartel y les dijera a todos que estaba enferma. Y luego...

¿Huiría de nuevo? ¿No era eso lo que había estado haciendo? Había intentado huir de su dolor mudándose allí. Había huido de su profesión trabajando en La Chimenea Rota. Incluso había huido antes de admitir ante sí misma que se había enamorado de Ian North.

Era cierto. Amaba a ese difícil hombre herido que solo buscaba soledad. En lugar de enfrentarse a sus sentimientos, se había centrado en Wren, en su trabajo, en los adolescentes, en cualquier cosa que le permitiera seguir huyendo de aquella dolorosa realidad en la que se había enamorado de un hombre que nunca la amaría.

Eso se tenía que acabar. Perder a Trav había sido inesperado, pero ¿perder a

Ian...? Para empezar, nunca lo había tenido. A partir de ese momento, abriría bien los ojos. No volvería a huir, ni siquiera de la reunión de esa noche.

Salió de Cardiología y encontró a Savannah en la sala de espera de partos.

—Mi madre me estaba estresando —explicó Savannah.

—Necesito que me prestes el coche. Puedes volver con tu padre cuando llegue.

—¿Quieres marcharte?

—Tu madre está en buenas manos, y yo tengo que volver.

—No puedes irte todavía —dijo Savannah en su habitual tono agresivo—. ¿Y si pasa algo?

—Si pasa algo, nadie recurrirá a mí. Soy una asesina, ¿recuerdas? —Tess estaba a punto de perder los nervios.

—Yo nunca he dicho eso. —Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Savannah bajó la mirada.

Tess miró por la ventana hacia el aparcamiento.

—No consigo localizar a mi padre. Alguien tiene que quedarse conmigo —dijo Savannah en voz baja.

La vulnerabilidad que mostró su compañera de trabajo la afectó aunque siempre hubiera sido desagradable con ella. Por tanto, se acomodó para esperar.

El bebé, un niño sano de casi cuatro kilos, no nació hasta la hora de la cena, menos de media hora después de que llegara el marido de Michelle, Dave. Savannah arrastró a Tess con ella para que conociera a su nuevo hermano. Tess soltó una retahíla de convencionalismos y luego se excusó a toda prisa. Si se iba ahora, tendría el tiempo justo para recomponerse y cambiarse antes de la reunión. Insistió de nuevo en que Savannah le dejara las llaves del coche.

—No pienso quedarme aquí —dijo Savannah—. Podemos volver juntas.

—Tengo prisa.

—Ah, claro. La gran reunión es esta noche. Buena suerte con eso. —Savannah le dio un golpecito en la espalda con la palma de la mano y puso los ojos en blanco.

Si a Tess se le había pasado por la cabeza que la breve muestra de vulnerabilidad de Savannah cambiaría algo entre ellas, ese gesto le demostraba

que estaba equivocada.

Savannah tardó tanto en hablar con su padre, importunar a su madre exhausta y dirigirse al aparcamiento, que Tess pensó que nunca llegarían al coche. A la mierda la oportunidad de recomponerse y, mucho menos, de ducharse. Tendría suerte si lograba ponerse ropa limpia.

—Yo conduzco. Necesitas descansar. —Agarró las llaves.

—No puedo creer lo loca que está mi madre. Sabía que estaba loca, pero no creía que tanto. —Apenas habían abandonado la entrada del hospital y, antes de dejar atrás el edificio, Savannah se estiró en el asiento del pasajero para aliviar el dolor de espalda.

—Tenía miedo.

—A mí me daría algo antes de actuar así. Tengo orgullo.

—Las mujeres dan a luz de diferentes maneras. —Tess hizo tamborilear los dedos en el volante mientras el tráfico avanzaba. Tampoco iba a poder cambiarse de ropa. A ese ritmo, lo máximo a lo que aspiraba era a llegar a tiempo a la reunión. Si no acudía, todos los habitantes del pueblo pensarían que se había acobardado.

Llegaron a La Chimenea Rota tres minutos después de las ocho. La esperanza que tenía Tess de que no asistiera nadie se esfumó cuando vio que todas las plazas de aparcamiento frente al establecimiento estaban ocupadas. Se detuvo y se bajó, abandonando a Savannah para que se las arreglara sola.

La cafetería estaba atestada. Incluso había personas de pie ocupando el espacio libre. Reconoció a muchos de los clientes habituales, junto con los padres de algunos de los chicos del instituto. No era de extrañar que Brad y Kelly hubieran afianzado sus lugares en una mesa en medio de la sala. Las familias de Imani y Jordan estaban allí. Incluso había aparecido el viejo señor Felder. Y Artie. Courtney estaba poniendo muecas ante la cámara del teléfono, buscando el mejor ángulo, y Phish permanecía detrás del mostrador, sirviendo helados y pasteles tan rápido como podía. Tess vio a algunos de los jubilados entre la multitud, gente que ya debería haber dejado de preocuparse por los embarazos hace tiempo. Aquello se había convertido en un circo y ella era la

principal atracción.

Cuando la vieron, la multitud se fue calmando poco a poco. En lugar de sentirse profesional y con autoridad, estaba sin aliento, desaliñada e inquieta, con sus vaqueros más viejos y una camiseta manchada de café. El sutil maquillaje que se había aplicado por la mañana había desaparecido y su pelo era un nido de ratas. Miró a su alrededor buscando a Ian, pero no lo vio por ninguna parte. Se tragó la decepción.

Phish señaló con la cabeza el taburete de madera lleno de marcas que había recuperado de la trastienda. Mientras se dirigía hacia él, se acordó de los folletos, que se habían quedado sobre la mesa de la cocina de la cabaña.

Savannah entró por la puerta principal, junto con Quincy, el camarero de El Gallo.

—Gracias a todos por venir. —Tess se aclaró la garganta. No importaba lo nerviosa que estuviera, tenía que proyectar confianza. Pero su voz no cooperaba.

—¡No te oigo! —gritó alguien.

Habló más fuerte.

—Permítanme... Empezaré con una pregunta. ¿Hay alguien aquí...? ¿Alguno de ustedes cree que es una buena idea que los adolescentes se conviertan en padres? —Afortunadamente, nadie levantó la mano—. Genial. Pues de momento todos estamos de acuerdo.

—Dudo que eso dure mucho tiempo —gritó Phish desde detrás del mostrador.

La risa general que siguió al comentario deshizo algunos de los nudos que Tess tenía en el estómago.

—Los padres son los principales responsables de que sus hijos tengan una adolescencia saludable. —Respiró hondo.

—Diles a las chicas que no se abran de piernas —dijo el señor Felder.

—¿Y si les dices a los chicos que no se bajen la cremallera de los pantalones? —respondió la señora Watkins.

—Espero que todos entendamos que no es tan sencillo como eso. —Tess levantó la voz para hacerse oír.

El reverendo Peoples dio un paso al frente, rezumando desaprobación, así

que Tess se apresuró antes de que aquel hombre metiera baza.

—Volvamos a la biología básica. —Los asistentes se tranquilizaron lo suficiente para que ella ofreciera una breve conferencia sobre la fisiología de la pubertad y el desarrollo del cerebro adolescente—. Nuestros cerebros no se desarrollan por completo hasta el final de la adolescencia o incluso hasta principios de la veintena. Eso significa que los adolescentes tienen una corteza prefrontal inmadura, que es la parte del cerebro que evalúa los riesgos. —Se levantó del taburete—. Es la parte del cerebro que no entra en acción cuando un adolescente decide que sería superdivertido robar un *pack* de cervezas y salir a dar una vuelta en coche. También es la parte del cerebro que probablemente ignora las charlas de educación sexual que comienzan y terminan con la abstinencia.

—¡Claro, y en lugar de eso tenemos que enseñarles a los chavales a follar! —Una mujer de aspecto feroz con un gran tupé rubio se levantó de la silla.

—No, pero sí hablar con los adolescentes sobre las consecuencias emocionales de tener sexo antes de estar preparados y ofrecerles la información que necesitan para ir con cuidado. —Tess se esforzó por no perder los nervios.

—Eso es lo que hice yo. —La señora Watkins agarró el crucifijo que llevaba al cuello—. Tenéis que escucharla.

—Algunos adolescentes están librando unas batallas internas tremendas de las que ustedes seguramente no se den cuenta. Los niños gais y transexuales, por ejemplo... —dijo Tess envalentonada por la pequeña muestra de apoyo recibida.

—¡Aquí no tenemos nada de eso! —gritó un hombre al que no conocía.

—Cállate, Frank —gritó Phish.

—No sé en qué mundo vives tú —le dijo la madre de Jordan a Tess—, pero lo último de lo que mi hija quiere hablarme es de sexo.

—Por eso necesitan otra fuente de información fiable.

—Y aquí viene adónde de verdad quería ir a parar: a nuestras escuelas. —Brad Winchester se adelantó, adueñándose de la sala—. Desde que la señora Hartsong llegó, se ha empeñado en ignorar nuestros valores. Ha actuado a nuestras espaldas, ha hablado con nuestros hijos sin nuestro permiso, solo Dios sabe qué les habrá dicho. Nos ve como simples campesinos incapaces de decidir

qué es lo mejor para nuestras familias. Quiere que las escuelas hagan el trabajo de los padres.

Tess acabó soltando lo que llevaba tanto tiempo anhelando decir: que su política escolar tenía menos que ver con el bienestar de los adolescentes y más con la ansiedad de los padres.

—¡No quiero que mis hijos tengan un libro de instrucciones con todas las maneras posibles de practicar sexo! —La rubia engreída estaba de nuevo en pie.

—Entonces lo mejor será que los mantengas alejados de la señora Hartsong —respondió Winchester—, porque ese es justo el tipo de información que les ofrece.

Un gemido ronco silenció el alboroto.

—¡He roto aguas!

Savannah se apoyó en la pared y miró al suelo con incredulidad.

20

Savannah se dobló en dos, agarrándose el abdomen, como su madre había hecho unas horas atrás en ese mismo lugar. Kelly corrió a su lado y, rápidamente, otras cuatro mujeres se le unieron. Se amontonaron alrededor de Savannah, demasiado cerca.

En ese preciso instante, Ian apareció por la puerta. Parecía preocupado y agobiado. Ignorando el alboroto que rodeaba a Savannah, buscó a Tess entre la multitud. Aceleró el paso al verla.

—Intenté volver antes, pero...

—¡Quiero ir con mi madre! —Savannah lloraba desde la entrada.

Él se giró hacia el bullicio.

—¿Qué pasa?

—Savannah ha roto aguas.

Ian observó al grupo de mujeres. Miró a Tess. Se frotó la barba a la altura del mentón.

—¿No deberías... ayudarla de algún modo?

—No tengo ninguna razón para hacerlo. —Había mucha gente que podía llevar a Savannah al hospital. Esta vez, estaba a salvo.

Savannah aulló con otra contracción. Tess no tuvo que mirar su reloj para saber que apenas habían pasado dos minutos desde la anterior.

—Estará bien.

—A lo mejor alguien debería decírselo —sugirió él cauteloso.

—Es primeriza —dijo Tess con firmeza—. Los primogénitos tardan una eternidad.

Savannah gritó.

—¿Estás segura? —preguntó Ian.

—La noche está iluminada y los caminos secos. Llegaré al hospital en poco tiempo.

—Tú eres la experta.

Tess devolvió el taburete al cuarto de atrás con parsimonia. La multitud que se acumulaba alrededor de Savannah iba en aumento. Savannah gritó de nuevo. Ian volvió al lado de Tess. Ella se humedeció los labios secos y se apretó el puente de la nariz.

—Algunas mujeres gritan más que otras.

—Esta grita mucho —dijo él.

El siguiente arrebato de Savannah fue el de una mujer que estaba sufriendo terribles dolores, el intenso sufrimiento que experimentaba una mujer con un parto precipitado.

Tess hizo una mueca.

Ian la miró con curiosidad.

—Esto no es normal, ¿verdad? —Ella se las arregló para negar con la cabeza—. ¿Hay tiempo para llevarla al hospital?

Antes de que respondiera, Savannah gritó de nuevo. Esta vez con un propósito específico.

—¡Tess!

—Tess, ¿dónde estás? —Kelly se dio la vuelta.

—No puedo hacerlo. —Atenazada por el pánico, Tess miró a Ian.

—Claro que puedes —dijo él.

—¡No! No lo entiendes.

—Sí que lo entiendo.

—Entonces ya sabes por qué.

—Está bien. Dime qué debo hacer. —La miró a los ojos, tomándose su tiempo, sopesándolo todo, y luego asintió.

—¡No puedo decirte qué hacer! —Ella miró hacia otro lado.

—Claro que puedes. —Mientras se lo decía, de hecho, la guiaba hacia delante con una mano apoyada suavemente en la curva de su espalda—. Yo estoy aquí.

—Dejad paso a Tess —exclamó Kelly.

La mano tranquilizadora y alentadora de Ian le recorrió la espalda y ella se apoyó ligeramente en él, lo que le facilitó el paso a través de las mujeres dispuestas alrededor de Savannah.

Savannah estaba tendida en el suelo; los pantalones premamá de punto negros, empapados; su cara, roja por el dolor y el miedo. Tess recordó que Savannah se había pasado todo el día tocándose la parte baja de la espalda. Llevaba horas de parto sin saberlo.

—No quería ser como como mi madre. Montar una escena cada vez que tenía un espasmo. Pensaba que era un parto falso. —La respiración de Savannah se aceleró, y la mujer empezó a emitir jadeos roncós.

—Si no te hubieras abierto de piernas, no estarías en este aprieto —terció el señor Felder.

—¡Fuera! —ordenó Ian—. ¡Todo el mundo fuera de aquí!

Artie agarró al señor Felder por el cuello.

—Charlemos fuera, Orland.

Tess alcanzó a ciegas la mano de la mujer que estaba más cerca de ella.

—Tú te quedas. —Solo cuando la mujer se arrodilló a su lado se dio cuenta de que era Kelly Winchester.

—¡Duele mucho! —gimió Savannah, que parecía tener menos de diecinueve años—. No me dijiste que dolería tanto.

Tess era incapaz de controlar su propio temblor.

—Que alguien llame a una ambulancia.

—Ya estoy en ello —dijo Phish.

El servicio de emergencias más cercano estaba en Valley City, a veinticuatro kilómetros. No muy lejos.

—Tengo miedo. —Savannah la miró, con su pelo verde.

—Todo irá bien. —Eran las mismas palabras que le había dicho a Bianca.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Kelly.

Tess buscó en su cerebro y no encontró nada. Simplemente se quedó allí, paralizada y sintiéndose estúpida.

—Phish, ¿tienes un mantel de plástico que podamos poner debajo de ella? —dijo Ian—. Y cubre las ventanas para que tenga algo de privacidad. Señora Winchester, traiga unos trapos de cocina limpios, hilo y tijeras.

Ian estaba recordando lo que ella no lograba traer a su mente.

—Los bomberos están de camino —dijo Phish.

Solo eran veinticuatro kilómetros. Llegarían a tiempo. No había otra. Porque ella no podía hacerse cargo de eso.

—¡Haz algo, Tess! —suplicó Savannah—. Haz que deje de doler tanto.

Tess se quedó inmóvil. Muda. Observando cómo la vida de Bianca se desvanecía en un mar de sangre.

Una voz masculina familiar le susurró al oído.

—No me obligues a abofetearte, cielo. Soy un artista, no un guerrero. —Y luego le pellizcó el trasero. Con fuerza.

Tess regresó. Aspiró una corriente de aire fresco.

—Tengo... que lavarme las manos.

Ian la giró hacia el fregadero detrás del mostrador. Tess se movió. Paso a paso. Se cruzó con Kelly, que llevaba una pila de paños de cocina limpios. Abrió la mandíbula y oyó su propia voz temblorosa.

—Quítale los pantalones a Savannah.

Comenzó a lavarse en el fregadero. Phish estaba en las ventanas, procurando ocultar la escena a la multitud que se había congregado afuera mientras Ian extendía un mantel de plástico en el suelo. Tess miró fijamente una caja de guantes desechables de los que usaban para manipular los alimentos y los cogió. Después de hablar tanto con Michelle sobre partos precipitados, era su hija la que iba a experimentarlo.

Kelly le quitó los pantalones a Savannah. Tess tragó saliva con fuerza y se arrodilló entre sus piernas. Había roto aguas. Un examen vaginal en esas condiciones podría suponer una infección, pero si no lo hacía, no sabría cuánto había dilatado ya Savannah. En el pasado, había confiado en el instinto, pero ya no se fiaba de sí misma, y se quedó paralizada.

—¡Tess! ¡Ayúdame! ¿Por qué no me ayudas?

—¿Puedes ponerte de rodillas con las manos apoyadas en el suelo? ¿Estarías mejor? —Aguantando las náuseas, frotó el brazo de Savannah.

Savannah logró asentir. Kelly la ayudó a darse la vuelta y a ponerse en una posición más cómoda, una posición en la que era menos probable que sufriera un desgarro. Savannah gritó. Tess respondió automáticamente, vacilante.

—Tú puedes. Tu cuerpo sabe qué hacer.

«El cuerpo de Bianca no lo supo. La había traicionado».

A Tess se le pegó la camiseta al pecho. Ian estaba justo detrás de ella y puso sus cálidas manos sobre sus hombros. Estaba acostumbrada a las imágenes y a los olores del parto: las heces y el pis, el perineo abultado, la fuga de líquido amniótico..., pero él no. Debería decirle que se fuera, pero no pudo. Lo necesitaba.

Las contracciones llegaban más cada vez más rápido y con más fuerza. Savannah no tenía tiempo de adaptarse a su intensidad, y Tess notó que su pánico crecía a la par que el de ella.

—Vamos a..., vamos a respirar juntas. Respira conmigo, Savannah. —Pero cuando Tess intentaba inhalar, el aire se le atascaba en la tráquea.

Movió las manos. El patrón de respiración le era tan familiar como el sonido de su propia voz. «Jadear, jadear, inhalar... Jadear, jadear, inhalar...». Había guiado a innumerables mujeres a través de la secuencia de dos rápidos jadeos seguidos de una corta bocanada de aire, pero se le habían cerrado los pulmones. La habitación empezó a girar. No encontraba oxígeno.

—Cobarde. —La boca de Ian le rozó el oído en un susurro.

El aire llenó sus pulmones y la habitación paró de girar. Inspiró de nuevo, su cuerpo se estabilizó y comenzó el patrón de respiración.

Los minutos pasaron. Kelly retiró el pelo de la cara sudorosa de Savannah. Savannah llevó el ritmo de las contracciones a medida que ganaban intensidad.

La puerta principal se abrió de golpe y tres bomberos voluntarios de Valley City entraron corriendo. Ian salió disparado y se colocó delante de ellos.

—Todo está bajo control.

«¡No, no estaba bajo control!».

—Es matrona —dijo Ian—. Lo tiene controlado.

—¡Sacadlos de aquí! —jadeó Savannah—. No dejes que me toquen.

—Quedaos en la puerta —les ordenó Ian—. Os haré saber si os necesita.

Ella. Se refería a ella, no a Savannah.

Los bomberos habían sido entrenados para dejar las riendas de una situación a cualquiera con más experiencia, y así lo hicieron cuando él se lo ordenó, incluso cuando Tess comenzó a gritarles que se hicieran cargo, aunque ya viera

la parte superior de la cabeza del bebé.

Savannah emitió el inconfundible sonido gutural de una mujer que necesita empujar.

—¡No empujes! Jadea. —Tess no iba a permitir que sufriera un desgarro. Así pues, actuó automáticamente, le masajeó el perineo para intentar que diera de sí de forma natural. Ian se apartó a un lado para dejarle espacio. No había perdido la compostura frente a la escena del parto; nunca lo había querido tanto—. Sigue jadeando —le dijo a Savannah—. Nos lo tomaremos con calma. Eso es, muy bien.

La cabeza del bebé comenzó a moverse.

—Despacio ahora, despacio. —La parte superior de la cabeza del bebé emergió, y la contracción disminuyó—. Genial. Lo estás haciendo muy bien.

Savannah flexionó los codos y dejó caer la cabeza sobre ellos, colocada a cuatro patas. La hermosa indignidad de dar a luz.

—Sigue jadeando —dijo Tess—. Ya casi está.

Con un profundo gruñido, Savannah volvió a apoyar las manos en el suelo.

—¡Tranquila! No empujes. Jadea. —Surgió un poco más de la cabeza húmeda y arrugada. Tess sostuvo la cabeza del bebé. De fondo, oyó la contribución de Phish. El bebé entraría al mundo con la música de los Grateful Dead cantando *Ripple* de fondo.

—Así. Ya casi has terminado. —Otra contracción. Un hombro pequeñito. El bebé se deslizó en las palmas de las manos de Tess—. Es un niño.

Savannah se desplomó sobre la espalda. Tess envolvió al bebé sucio y de piel azulada en un trapo de cocina que le tendió Ian. El bebé dio un pequeño grito seguido de un llanto vigoroso. Tess no tenía estetoscopio, pero siguió el resto de los pasos de forma automática: el llanto, la flexión, el movimiento del pecho. El bebé se estaba poniendo de color rosado. Todo iba bien.

Puso al recién nacido en el pecho de Savannah y cubrió a ambos con un abrigo que le facilitó Ian. Se recostó sobre los talones, con el corazón acelerado, escuchando *Ripple* y esperando la placenta. La colocó en un bol de plástico que sospechaba que Phish no volvería a usar jamás.

Savannah se quedó quieta, con el bebé sobre el pecho. Y ahora...

«Los gritos... El chorro de sangre...».

Tess tragó con fuerza.

Pero, a diferencia de Bianca, Savannah no se estaba muriendo. Estaba demasiado ocupada admirando a su bebé.

—Eres mucho más guapo que el de mamá.

A Tess, aquellas palabras de bienvenida le sonaron mejor que nunca. Tenía una madre sana. Un bebé sano. Quería llorar de gratitud.

La tez de Ian, sin embargo, tenía un tono verde pálido.

—Muy bien hecho —dijo—. No follaré nunca más.

Al principio, Savannah, más Savannah que nunca, se negó a ir al hospital con los bomberos.

—¿Por qué debería ir? Has dicho que el bebé y yo estamos bien, ¿verdad? — Se detuvo a admirar a su pequeño y sus rasgos se suavizaron por la abundancia de oxitocina y el amor materno.

—Sí, pero deben examinaros a los dos.

—Eso ya lo has hecho tú.

—Yo no soy médica —protestó Tess.

—Pero te pasas la mitad del tiempo actuando como si lo fueras. —La misma Savannah de siempre. Savannah la aturdió con una sonrisa que transformó su malhumorada expresión de diecinueve años en el rostro de una santa—. Zoro.

—¿Perdón?

—Se llamará Zoro. Con una erre. No quiero que se llame igual que ningún otro niño.

—No te preocupes. Tú y... Zoro vais a ir al hospital quieras o no. Todos los recién nacidos necesitan una inyección inmediata de vitamina K.

Afortunadamente, Savannah sabía de la importancia de la inyección y aceptó, pero no hasta que Tess prometió llevarla personalmente a ella y al bebé, a Zoro, de vuelta a casa desde el hospital al día siguiente, y no hasta después de arremeter contra ella por no tener un suministro de vitamina K a mano.

—Si vas a seguir asistiendo partos, tienes que estar preparada con esas cosas, coño —dijo mientras los bomberos se acercaban con la camilla.

—No voy a seguir asistiendo partos.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

—Eres una egoísta. —Savannah siguió hablando mientras los bomberos los trasladaban a ella y al bebé a la camilla—. Cualquiera puede moler café, pero no todo el mundo sabe hacer lo que acabas de hacer tú. ¿No me digas que sigues traumatizada por lo que pasó con la esposa de Ian North?

—Ella no era su...

—Cielos, Tess, ¿qué te pasa? No fue culpa tuya. Podría haberle pasado a cualquiera. —Levantó la cabeza mientras los bomberos la llevaban hacia la puerta—. No dudo de que, si alguna vez tengo otro bebé, algo que no va a pasar nunca, no dejaré que nadie lo traiga al mundo excepto tú. Supéralo, ¿vale? La gente te necesita. —Y se fue.

—Un zasca en toda la boca. —Ian se acercó a Tess por detrás.

—No empieces tú también.

—No hace falta. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Ian abandonó La Chimenea Rota para ir a recoger a Wren a casa de Heather mientras ella conducía a casa. Tess se detuvo en la cabaña en lugar de en la escuela, que era donde quería estar. Intentó salir del coche, pero no podía mirar hacia aquel lugar, no en una noche en la que habían pasado tantas cosas. Dio la vuelta y condujo hasta la escuela. Solo una noche más. Y con la cabeza bien despejada.

Las blancas paredes y los viejos suelos de madera la acogieron. Estaba sucia, cansada como un perro, pero demasiado emocionada para dormir. Encendió el fuego de la estufa y se sirvió una copa de vino. Pero, apenas se hubo arrellanado, la puerta se abrió de golpe y entró una Ava Winchester muy angustiada.

—¡Tess! —Ava corrió a través de la habitación y se arrojó a los brazos de Tess, tan de sopetón que Tess casi volcó la copa de vino.

—Ay, cariño...

Ava sollozó sobre su hombro, hablaba tan deprisa que le resultaba imposible entender lo que decía. Tess la acarició de la misma manera en que acariciaba a

Wren. Pensó en cómo la gente del pueblo se había entrelazado en el tejido de su vida. Cómo esa nueva vida, con todos sus defectos e imperfecciones, la hacía sentir tan bien.

Ava lloró con la desesperación de una adolescente que creía que la vida había terminado. Cuando finalmente levantó la cabeza, sus mejillas estaban manchadas por el llanto y las palabras le salían a hipidos.

—... Horrible y... no puedo volver... Bolsillo... Mátame... Quedarme aquí...

—Shh, cariño. Date un minuto. No pasa nada.

—¡Sí que pasa! —Su pecho convulsionó—. Mi padre va a... ¡Me va a matar! Encontró a... Connor...

Tess se sobresaltó cuando un golpe atronó en la puerta. Ava jadeó y se levantó del sofá. La puerta se abrió de golpe y Brad Winchester irrumpió en el interior.

—¡Ava! ¡Ven aquí ahora mismo!

Kelly apareció en la puerta detrás de él, con la cara cenicienta y temblorosa, todavía con la misma ropa que había usado en La Chimenea Rota para ayudarla con el parto. Ava se acobardó. Tess abrazó a la adolescente y se enfrentó a Winchester.

—Quédese donde está.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Tú eres la responsable de todo esto! —Abrió el puño y le mostró un par de condones en sus envoltorios—. Los he encontrado cuando he vuelto a casa de esa reunión tuya. Se han caído del bolsillo de su abrigo. ¡Del bolsillo de mi hija! —Sus cejas se juntaron como dos rayos plateados—. ¿Sabes cuál es la pena por proporcionar anticonceptivos a una menor sin el permiso de sus padres?

Se las arregló para parecer más tranquila de lo que realmente estaba.

—No está penado, señor Winchester, y le sugiero que se calme antes de que lo eche de mi casa.

«¿Tú y cuántas como tú?». No lo dijo, pero eso fue lo que Tess oyó en su cabeza. Brad resultaba muy intimidante.

Señaló a su hija con el dedo.

—No sé qué te ha dicho esta mujer, pero no es así como te hemos criado. Vas a venir conmigo a casa ahora mismo. Si tengo que castigarte durante el resto de tu vida, lo haré. Espero, por Dios, que no sea demasiado tarde.

—¡Papá!

—Sé lo que es mejor para ti y no hay más que hablar. —Tenía la mirada clavada en Tess, también mientras hablaba con su hija—. Ve con tu madre ahora mismo.

Kelly se adelantó. Ava se hundió en los brazos de su madre.

—Mamá...

—¡Id al coche! —ordenó él mientras apuntaba a Tess con el dedo—: Y tú... Has ignorado mis advertencias desde el principio, y ahora esto. ¿Tienes idea de lo difícil que puedo hacerte la vida?

—Brad, no —intervino Kelly.

—Id al coche. Las dos.

Kelly abrazó a su hija con más fuerza, pero no se movió.

—Apenas pagas impuestos de propiedad por este lugar —dijo él, fría y metódicamente—. Creo que el asesor del condado va a tener que volver por aquí a echar un vistazo.

—¡Brad! —exclamó Kelly.

—Y el camino de acceso... Si el condado paraliza las obras, será casi imposible que pase un coche. En cuanto a tu trabajo...

—Brad, para ya.

—Esto no te concierne, Kelly. —Levantó la barbilla—. La mujer que murió dando a luz a ese bebé al que estás tan apegada...

—¡Ya basta! —se plantó Kelly.

—Tal vez ha llegado el momento de que examine el caso de cerca alguien que no sea Freddy Davi...

—¡Yo le di a Ava los condones! —estalló Kelly.

Al parecer, Brad no la había oído.

—¿Qué?

Kelly soltó a su hija.

—Que yo le di a Ava los condones.

Él negó con la cabeza y la confusión sustituyó a la altivez.

—¿Tú? Tú eres la que le dio a nuestra pequeña...

—¡Sí, yo! Porque ella mira a Connor de la misma manera que yo te miraba a ti. ¡Y no quiero que termine atrapada como yo!

—¿Atrapada? —Brad trató de recuperar su bravuconería—. Venga ya...

—¡Me siento atrapada! Kelly, haz esto... Kelly, haz lo otro... Nunca preguntas; exiges. Ya estoy harta. ¡Estoy harta de ti!

—Deja de hablar así. Estás diciendo cosas de las que te vas a arrepentir.

—No me arrepiento ni de una sola palabra.

Ava empezó a llorar de nuevo. Tess se apresuró a dar un paso adelante. Kelly y Brad necesitaban tener aquella conversación a solas.

—Silencio. Ahora mismo —intervino Tess.

—No puede... —protestó Brad.

—Sí que puedo.

—¡Sí que puede! —exclamó Kelly.

—¡Tengo que hablar con Tess! —dijo Ava con un lamento.

Tess tocó el hombro de Kelly.

—Vete con Ava a la cabaña. Quedaos allí esta noche y descansad un poco.

—No le hagas ni caso —dijo Brad—. Tenemos que calmarnos todos. Nos vamos a casa...

—Vamos... —Ignorándolo, Tess le dio un codazo a Kelly.

Sin mirar a su marido, Kelly agarró a su hija y salió corriendo.

—¿Qué has hecho? —Brad miró a Tess. El desconcierto había sido reemplazado por la ira.

—Darle a tu familia un poco de espacio para respirar.

En ese instante, Ian entró con Wren en brazos y observó la escena que tenía delante.

—Mierda. ¿Por qué siempre me pierdo la diversión?

—Vete a casa —le dijo Tess a Winchester—. O duermes en el coche o en una tienda de campaña. Me trae sin cuidado. Pero si esta noche das un paso hacia esa cabaña, te arrepentirás.

—¡No me amenes!

—¿Por qué no? Ya has dejado claro que no tengo nada que perder. Tú, en cambio, puedes quedarte sin nada.

—Winchester, haz lo que te dice —intervino Ian—. Tess ha tenido un día duro y yo no descartaría que cometiera alguna locura.

Tess le ofreció a Ian una sonrisa cansada y le pidió al bebé. Su calamarcito de irresistible belleza, que estaba profundamente dormida.

Brad Winchester se desplomó en el sofá y hundió la cabeza entre las manos.

Mañana se disculparía con Ian por abandonarlo a su suerte, pero no iba a aguantar más a Winchester, ni siquiera a Kelly o a Ava. Acunó a su bebé contra el pecho, subió los escalones en dirección al dormitorio y se encerró.

21

—Tess es impulsiva, pero tiene buenas intenciones... Y el corazón de una leona. Si ella le dice que no se acerque a la cabaña esta noche, le sugiero que le haga caso. —Ian observó al hombre que estaba hundido ante él, tan inoportuno como una fuga de monóxido de carbono.

—Mi Ava... Es lo que más me importa en el mundo. —Winchester se frotó la cara con las palmas de las manos.

—Dios, Winchester... Cuéntele eso a un terapeuta, no a mí.

—Y Kelly... Nunca he amado a otra mujer.

—En serio. No es a mí a quien debe explicar sus problemas.

—Sí. Tiene razón. Lo siento. —Winchester, finalmente, levantó la cabeza; el tupido cabello gris, del que tanto presumía, le caía sobre la frente.

—Váyase o duerma en el coche. No me importa. Pero manténgase alejado de la cabaña. —Ian le lanzó una mirada de desagrado.

Ian miró hacia las escaleras, vaciló y se dirigió al dormitorio de la geoda.

Wren despertó a Tess antes de las seis, tras una noche de sueño horrible. Le cambió el pañal, se puso el chándal y la llevó abajo, donde encontró a Brad Winchester roncando en el sofá con una botella vacía de *whisky* de Ian tirada en el suelo junto a él. Era más de lo que cualquier mujer debería tener que soportar.

Ian debía de estar durmiendo todavía o dando su paseo matutino. Tess recogió el biberón de Wren, la envolvió bien y se dirigió a la cabaña por el sendero.

El trinar de los pájaros flotaba en el bosque y el ciclamor del Canadá rojo de la ventana trasera mostraba ya un comienzo de color rosa. Algún día sería capaz de valorarlo todo.

Entró y encontró a Ava y Kelly durmiendo juntas en el pequeño dormitorio trasero. A esas alturas, Kelly habría visto suficientes cosas suyas en la cabaña como para adivinar que ya no vivía en la escuela.

Tess bajó las escaleras con cuidado, para no despertarlas. Los ojos de Wren estaban clavados en ella.

—Eres la niña más inteligente, valiente y dotada para las matemáticas del universo —le dijo a su hija. No quería transmitirle su aversión por las matemáticas.

Su hija. Aquel conocido e indeseado agujero se expandió de nuevo en su estómago. No eran tres: solo Wren y ella. Ian estaba fuera de la ecuación.

Wren eructó, un sonido gigante para un cuerpo tan pequeño. Tess le dio una palmadita en el trasero y pensó en el día anterior: el viaje al hospital, su intento de reunión con la comunidad, el parto de Savannah y el explosivo encuentro con los Winchester. Y, por encima de todo, la identidad del padre de Wren. Quería huir, pero ya no era una opción.

Kelly bajó finalmente las escaleras seguida por Ava. Llevaban la misma ropa arrugada de la noche anterior, aunque los vaqueros y el suéter de Ava habían aguantado mejor que la blusa de su madre. Kelly miró por encima de Tess y se pasó una mano por el pelo despeinado. Ava se deslizaba por el suelo con unos calcetines de color marrón, negro y gris. Ninguna de las dos parecía saber qué decir.

Tess usó a Wren para romper el hielo.

—Una de vosotras tiene que cogerla, ¿vale? Yo prepararé café. ¿Y qué tal una tostada? Me temo que no puedo ofreceros nada más.

—Tienes mucho que ofrecer, Tess. —Kelly, finalmente, la miró a los ojos—. Siento todo lo que te hicimos pasar anoche. Siento cómo te trató Brad. Cómo te traté yo. —Cogió su bolso de la mesa junto al sofá—. Tenemos que irnos. Ya te hemos obligado a aguantarnos demasiado tiempo.

—Si necesitas quedarte unos días, eres bienvenida.

—Tarde o temprano tendré que enfrentarme a él. —Kelly se mordió el labio inferior.

—Mamá... —Ava levantó la mirada, en la que no tenía su habitual chispa—. Mamá, tengo que hablar con Tess. A solas.

—Ah... —Kelly agachó la cabeza. Sus dedos se apretaron alrededor de la correa de su bolso—. ¿Solo con ella?

—Por favor, lo necesito.

—Comprendo... —Fue desgarrador presenciar la lucha interna de Kelly ante el rechazo de su hija, ver cómo hundía los hombros—. Está bien. A lo mejor podría... —Buscaba algo que decir, un lugar al que ir—. Te esperaré en el porche.

—Ava, tu madre siempre estará ahí para ti. Puedes contar con ella a un nivel en el que no puedes contar conmigo. ¿Por qué no hablamos las tres juntas? —Tess no iba a consentir que se separaran más.

Wren hizo un puchero.

—Lo siento, Wren —rectificó—. Las cuatro.

El comentario provocó un amago de sonrisa en Ava, una sonrisa que se desvaneció rápidamente.

—Es malo, mamá. Es muy malo.

—¡Estás embarazada! —Kelly se llevó la mano a la boca.

—¡No! ¡Dios, claro que no!

—Te ha violado. —Kelly corrió a su lado.

—¡No! —Ava se alejó de su madre, se desplomó en el sofá y se echó a llorar—. Ojalá...; o sea, no me gustaría que me hubiera violado.. Es decir, sería horrible. Pero... si lo hubiera hecho, no me sentiría tan culpable. No sería culpa mía.

Tess llevó a Wren hacia la ventana para que Kelly y Ava pudieran tener intimidad.

—Nena, esto no tiene nada que ver con la culpa. Nada que ver. —Kelly se hundió en el cojín que estaba a su lado.

—Pero lo hicimos, mamá. Anoche. Mientras tú y papá estabais en la reunión. Le dije a Connor que no lo haría a menos que usara un condón, y aunque él no quería, se lo puso. Me dolió. No me gustó. Le dije que no quería volver a hacerlo, no en mucho tiempo. Y se rio de mí, mamá. Se rio de mí y me dijo que era una cría. —Ava levantó la cabeza y miró a su madre.

—¡A ese me lo cargo! —Tess apretó los dientes, incapaz de quedarse quieta.

—Decidiste por ti misma, nena. Estoy orgullosa de ti. —Kelly solo prestaba atención a su hija. Le acarició el pelo enredado y la mejilla.

—Pero decidí demasiado tarde —sollozó Ava—. Yo quería hacerlo. Pero ahora... ¡Odio a Connor! Todo el mundo cree que es bueno, pero no lo es. Y ahora tú y papá os vais a divorciar, y todo es por mi culpa.

—¡No! —Kelly agarró las manos de Ava y las estrechó entre las suyas—. Que ni se te pase por la cabeza. Si tu padre y yo nos divorciamos, será por mi culpa. Porque no tengo tu coraje. Porque siempre callo. Porque permito que tu padre tome todas las decisiones que nos corresponde tomar a nosotras. Las tuyas y las mías. Porque permito que me dé órdenes. Pero lo peor de todo es que he permitido que me diga quién soy, en vez de averiguarlo por mí misma.

—¿Tú...? ¿Lo sigues queriendo?

—Te quiero a ti. Los dos te queremos.

—Pero... ¿todavía lo quieres a él?

—Me gustaría decir que sí para no asustarte. Pero así es como me he comportado toda mi vida. Diciendo lo que los demás quieren oír en lugar de lo que siento. Y ahora mismo... Ahora mismo, no... No creo que lo quiera. — Kelly apartó la mirada y luego la miró a los ojos.

Ava empezó a llorar de nuevo. Kelly le acarició el pelo, pero no se retractó por lo que había dicho. Tess observó la escena y se prometió a sí misma que haría todo lo posible para que entre Wren y ella nunca hubiera mentiras.

Hizo café y le puso a Ava una taza de té de menta con miel para que cogiera aire antes de volver a su casa. Al parecer, revelar sus secretos las había acercado. Las dos abrazaban a Wren, y, al final, Tess se sorprendió a sí misma contándoles lo de Trav. Era agradable poder compartir esa parte de su pasado con ellas, pero lo mejor fue hablar de Trav como de un amigo de la infancia al que había amado y que se había ido lejos.

Cuando se tranquilizaron, les ofreció su coche para volver a casa, pero decidieron ir caminando. Tess llevó a Wren arriba. La cama le parecía tan apetecible que se acurrucó con ella y las dos se quedaron dormidas.

Se despertó con el sonido de unos pasos en las escaleras. Abrió los ojos cuando entró Ian.

—Eres todo un espectáculo, Tess Hartson. —Él la miró y le excitó desde los dedos de los pies hasta el último cabello enredado.

—Buenos días. —Bostezó. Pasó las piernas por el borde de la cama mientras Wren realizaba su mejor estiramiento de bebé, e Ian se acercó a cogerla.

—Eché a Winchester, pero ha vuelto. Dice que tiene que hablar contigo.

—¿Te parece que estoy lo bastante despierta para soportar a otro chalado? —se quejó.

—No. —Él se acomodó a Wren en el hueco del codo—. Pero dice que no se irá hasta que hable contigo. Me apetece mucho echarlo, pero no quiero que venga aquí mientras estás sola.

—Qué detalle...

—Conociéndote, también sospecho que existe la posibilidad de que quieras hablar con ese hijo de puta, algo que te recomiendo encarecidamente que no hagas.

—¡Mira! ¡Wren te está sonriendo!

—Sí, lo hace de vez en cuando.

—Es como si estuviera coqueteando.

—Las niñas y sus... —Se detuvo y pasó el pulgar por el extremo de la manta de Wren. Cuando levantó la vista, miró a Tess con desagrado—. Vas a hacerlo, ¿verdad? Vas a hablar con él.

—Es una manía que tengo. —Cogió un peine del tocador y trató de acomodarse el pelo.

—Si esperas que te deje a solas con él, estás muy equivocada.

—Para ser un hombre que odia las emociones turbulentas, se te ve incapaz de salir del estanque lleno de barro. —Se dio un tirón de uno de los nudos del cabello.

—Casi siento lástima por ese cabrón. Deberías verlo. Está tan acostumbrado a que todo sea como él dice que no sabe cómo aceptarlo cuando no es así.

Supo a qué se refería Ian cuando vio a Brad Wincherter. Tenía la piel cenicienta y el pelo gris lo suficientemente despeinado como para mostrar una incipiente calvicie en la coronilla. Un lado de la camisa le colgaba por fuera de los pantalones arrugados, y sus tobillos desnudos daban a entender que se había olvidado de ponerse los calcetines antes de meter los pies en aquellos formales

zapatos negros.

—Como parece que lo sabes todo, a ver si me explicas el extraño comportamiento de mi esposa. —Brad se levantó del sofá y la miró con su habitual hostilidad.

—No está loca —puntualizó Tess.

—Todo iba bien hasta que llegaste aquí.

—Piensa un poco, Winchester. Si dejaras de culpar a Tess por tus problemas y miraras en tu interior, quizá podrías resolverlos. —Cuando Ian le entregó a Wren, un músculo se tensó en la esquina de la mandíbula.

—Kelly no empezó a escabullirse a la cabaña hasta que ella llegó aquí.

—Probablemente porque Tess se encargó de que la cabaña fuera habitable de nuevo —respondió Ian—. Tienes una familia rota, Winchester. Esa familia de la que estás tan orgulloso. Tu mujer se está asfixiando y tu hija te tiene miedo..., y lo único que haces es culpar a Tess.

—¿En qué momento me he convertido en el malo? Amo a mi esposa. ¿Y desde cuándo es un pecado querer mantener a tu hija a salvo y preservar su inocencia? Protegerla. —La hostilidad de Brad se derrumbó como un paracaídas al aterrizar en el suelo. Se dejó caer en el sofá y hundió la cabeza entre las manos.

—Quieres a tu hija —convino Ian—. Me lo creo. Pero ¿también a tu esposa? ¿La amas o solo deseas su obediencia? —Se apoyó en la pared junto al piano—. Creo que por eso odias a Tess. Porque no puedes controlarla. A ella no le importa que seas el hombre más influyente de por aquí, y no se ha leído el memorándum que explica que todo el mundo tiene que hacerte la pelota.

—Eso no es verdad. —Sonaba más como una pregunta que como una afirmación—. Ella... Tenemos nuestros valores. Nosotros... —Hizo un gesto de desamparo y de desánimo—. He tenido muchas oportunidades, pero nunca le he dado la espalda a Kelly. Durante todos estos años, le he dado todo lo que quería.

—Quizá te parezca una locura, pero ¿has pensado alguna vez en preguntarle lo que quería o solo le decías lo que debía querer? Eres un bravucón, Winchester. Te has creído que de verdad eres importante. Eres un tipo con dinero y contactos. Pero ahora alguien que significa mucho para ti te ha rechazado, y no consigues

asimilarlo. —No se iba a echar atrás. Winchester estaba acobardado, pero Ian no había terminado—. Compórtate como un hombre, joder. Asume tu responsabilidad.

—Lo único que quiero es recuperar a mi esposa. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo? —El ciudadano más prominente del pueblo se derrumbó ante sus ojos.

—Y yo qué coño sé —soltó Ian—. Tendrás que preguntarle a Kelly.

Winchester se levantó tambaleándose del sofá. Salió a trompicones sin mirar hacia atrás.

Y Tess apenas había dicho ni mu.

—Ha sido increíble —le dijo a Ian.

—Y todavía verás cosas más increíbles. —Sonrió.

—¿A qué te refieres?

—Wren, ¿quieres ver mi casa del árbol? —Miró a la pequeña, que estaba entre los brazos de Tess. Se inclinó cerca de su cara, como si estuviera escuchándola—. Dice que sí.

Y juntos subieron a la casa del árbol; los tres, Wren en brazos de Ian. Tess se sentó en el borde, con las piernas colgando. Ian se acomodó a su lado. Wren era todo ojos, parecía fascinada por el juego de la luz del sol a través de las frágiles hojas de primavera que empezaban a abrirse sobre ella.

—Dime lo que has averiguado. —Tess hizo la pregunta que la atormentaba desde que Ian se había ido.

—Ningún amigo o examigo de Bianca sabía más que nosotros, así que me fui a Queens. Ya sabes que hice que enviaran sus cosas a un almacén hasta que averiguase qué hacer con ellas, y decidí echar otro vistazo.

—Encontraste algo.

—Dentro de un viejo estuche de maquillaje de sus años de modelo. Casi me pasa desapercibido. —Asintió con la cabeza.

—¿Qué era?

—El Santo Grial. —Wren estornudó—. Encontré los papeles —explicó— de un banco de esperma.

—¿Quieres decir...? —Tardó unos segundos en comprenderlo.

—Wren es hija de un donante de esperma.

Tess se llevó la mano a la boca.

—Me fui a ver a mi abogado directamente con los documentos. Todo es legal. Por una vez, Bianca hizo las cosas bien.

—Ay, Ian... —Su corazón se le ensanchó de tal manera que oprimió todo lo demás. Bianca no tenía familia, y el nombre de Ian estaba en el certificado de nacimiento de Wren. Los ojos de su hija se abrieron de golpe cuando una lágrima cayó en su mejilla. Tess sorbió por la nariz y se pasó el dorso de la mano por los ojos—. ¿De verdad se ha terminado? ¿Ya es mía?

—Tienes todo lo que querías. No solo a Wren. Después de lo de anoche, creo que también has recuperado tu carrera. —Ian hizo un gesto con la cabeza.

Era cierto. Tess había ayudado a dar a luz a un bebé sano en circunstancias complicadas sin perder a la madre, pero ¿sería suficiente para superar el miedo que la paralizaba o iba a seguir huyendo?

No, ya no huiría más. La muerte de Bianca siempre la acompañaría. No se imaginaba desempeñando su trabajo sin experimentar el impulso del miedo, pero lo haría. Lo había superado la noche pasada y lo superaría siempre. Era comadrona. Era parte de su identidad.

Un pájaro revoloteaba en las ramas sobre sus cabezas. Lo tendría todo. Su carrera. Su hija. La montaña que se había convertido en su hogar y el pueblo que la abrazaba y la desafiaba. Lo tendría todo, salvo a Ian North.

—Ahora ya no tenemos que seguir casados. —Miró a las copas de los árboles.

—No hay prisa, pero... —Ian se movió a su lado y se frotó la mandíbula—. Me han hecho una oferta por la escuela.

—¿Vas a venderla? —Ella tragó saliva y miró al frente.

—No lo sé.

—Tampoco se puede decir que la vida aquí te haya ido genial. —Se obligó a decir lo obvio.

—No, no me ha ido genial.

—Ay, tengo que recoger a Savannah en el hospital. —Se levantó del borde de la plataforma.

—La escalera es muy empinada. Dame a Wren.

—Puedo ocuparme de ella.

—Sé que puedes, pero...

Ya estaba bajando por los escalones. En el fondo, vacilaba. Él se quedó arriba, en la parte superior de la escalera. Tess necesitaba decir algo y necesitaba decirlo en ese momento, con la ropa puesta y el juicio intacto.

—Creo que deberías aceptar la oferta.

—¿Por qué? —Ian bajó la mitad de la escalera antes de saltar al suelo.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie. No has sido capaz de crear nada que te guste desde que llegaste aquí, y te sientes ligado a un matrimonio que no deseas, además de responsabilizarte de una niña que no es tuya.

—Nadie me ha obligado a hacer nada —dijo él, terco.

—Ian, tienes que liberarte. Por ti y por Wren. —Tess sabía que debía ser clara, aunque le rompiera el corazón—. Si te quedas en la escuela, Wren creerá que vas a estar siempre a su lado y querrá más de lo que se puede esperar que le des. No quiero que se apegue a la fantasía de tener un padre. No es justo para ninguno de los dos.

—Por Dios, Tess, solo tiene siete semanas. Hay tiempo de sobra.

—Y te echa los brazos a ti igual que a mí.

—¡Es una recién nacida! No hay prisa.

—Hazlo, Ian. No hay razón para esperar. —Tess se dirigió hacia la escuela, dejándolo atrás.

A Ian no le gustó nada de aquella conversación, especialmente eso de que él representaba alguna especie de peligro para Wren. Tess estaba loca.

Sin embargo, aunque sabía que la había estado tratando con nerviosismo desde la noche que la pintó, y que los remordimientos le estaban fastidiando el sueño, las palabras de ella le resultaron hirientes; no solo le había dado instrucciones sobre cómo debía recuperar su vida, sino que prácticamente le había ordenado que lo hiciera.

Tess estaba en el hospital esperando a que le dieran el alta a Savannah cuando Kelly la llamó.

—Brad ha vuelto a casa esta mañana, pero no estoy lista para hablar con él. Sé que ahora vives en la cabaña, pero ¿sería mucha molestia para ti si me quedo en la otra habitación? Solo durante un tiempo. No debería preguntarte, pero...

—Claro que sí. —Kelly no preguntó por qué vivía allí en ese momento, aunque seguro que sentía curiosidad.

Llovió en el viaje de vuelta a Tempest. Savannah iba en el asiento trasero con Zoro y Wren. Pasó los primeros kilómetros regodeándose porque le habían dado el alta en menos de veinticuatro horas, mientras que su madre no saldría hasta más tarde, aunque fuera el mismo día. Por una vez, Tess agradecía la charla de Savannah, ya que casi le impedía pensar en Ian.

—¿Me estás escuchando? —dijo Savannah desde atrás.

—Claro.

—Prométeme que me reñirás si hago algo mal. No voy a echar a perder a Zoro como mi madre hizo conmigo.

—Savannah, ¿desde cuándo haces caso a mis consejos?

—He cambiado. Ahora soy madre. —Savannah hizo una pompa con el chicle y la explotó.

—¿Que has cambiado? No hace ni veinte minutos que me has dicho que mis vaqueros eran demasiado holgados y que debería teñirme el pelo porque así es muy soso.

—¡Eso no tiene nada que ver con el bebé! Es por tu bien.

—Santo Dios, no permitas que la abandone en la carretera por muy tentador que me resulte. —Tess levantó la mirada al techo del coche.

—Ayer lo hice muy bien, ¿no? —Savannah sonrió.

—Lo hiciste muy bien —reconoció Tess.

—Mucho mejor que mamá.

—Me acojo a mi derecho a no declarar.

—No sé lo que significa eso, pero lo que quiero decir es que no me comporté como una cobardica como ella. —Otro chasquido del chicle—. Gracias a ti.

—Me alegro de que fuera una buena experiencia —Estaba mucho más contenta de lo que Savannah se imaginaba.

—Estuviste calmada todo el tiempo. Sabías exactamente qué hacer.

—Si me sigues piropeando, te llevaré a que te revisen por si te has dado un golpe en la cabeza.

—Voy a decirle a Phish que despeje el cuarto de atrás para que mamá y yo pongamos una guardería para Zoro y John. ¿Qué clase de nombre estúpido es John? Todos los niños se burlarán de él.

—Será bonito que crezcan juntos. —Tess podría haberle dado miles de respuestas, pero optó por el camino más fácil.

—Wren también crecerá con ellos.

—Eso espero.

—Tienes que abrir una consulta médica, Tess. De verdad que sí. —A través del espejo retrovisor, Tess vio a Savannah poner el brazo sobre la sillita del coche de su hijo.

—No soy médica.

—Ya sabes a qué me refiero. Eres comadrona. A muchas mujeres de aquí no les gustan los médicos, pero acudirían a ti. ¿Sabes ese edificio vacío que Phish tiene pasada La Chimenea Rota? Podrías alquilárselo. Poner allí un consultorio.

—Vas demasiado rápido para mí.

—Alguien tiene que empujarte. Tardas la vida en decidirte a hacer cualquier cosa.

—Olvidas la cantidad de gente que piensa que asesiné a la madre de Wren.

—Nadie piensa eso de verdad, Tess. Es solo que mucha gente, muchas mujeres se sienten amenazadas por ti.

—¿Amenazadas? —Los limpiaparabrisas chirriaron contra el vidrio—. ¿Por qué iba alguien a sentirse amenazado por mí?

—¡Venga ya! Como si no lo supieras...

—¡No lo sé! —exclamó Tess.

—No dejes de mirar la carretera. Llevas a dos bebés aquí atrás.

—Dice la peor conductora del mundo.

—Vale, a lo mejor eres tan despistada que no te has dado cuenta... —Savanah retomó el tema anterior—. Es por cómo te miran los tíos —añadió con una paciencia exagerada—. No todos, pero sí muchos. Incluso hombres que no se andan con rodeos, como mi padre. Eso vuelve loca a mi madre. A las esposas

y a las novias no les gusta.

—Estás exagerando.

—Para ser sanitaria, deberías ser más observadora.

—Es ridículo. —Tess recordó una tontería que le había dicho Ian: «Una viuda deliciosa». Pisó el acelerador a fondo.

Después de dejar a Savannah y a Zoro en casa, Tess se detuvo en la cabaña para ver cómo estaba Kelly, y la recibió el olor a pan recién horneado.

—Sé que prácticamente te lo estoy imponiendo —dijo Kelly desde el sofá, donde Ava y ella se estaban comiendo una galleta de azúcar cada una mientras contemplaban cómo la lluvia golpeaba las ventanas—. Lo siento. Ahora mismo no se me ocurre otro lugar adonde ir.

—Mamá, has dicho que ibas a dejar de disculparte por todo.

—Sí, pero... Hemos asaltado la casa de Tess.

—Sois bienvenidas siempre y cuando yo también me pueda comer una galleta. ¿De veras que han salido de mi horno? —Tess colgó la chaqueta y puso a Wren en el canguro.

—Espero que no te importe.

—Me alegra saber que funciona.

Tess se sentó en el sillón frente al sofá con Wren acurrucada contra ella y aceptó la galleta que le ofrecía Kelly.

—Esto es solo temporal —terció Kelly—. Lo de quedarnos aquí, digo.

—Si sigues cocinando así, no me importa el tiempo que te quedes. —No había nada como una galleta caliente para ayudar a reprimir la tristeza, y Tess le dio otro mordisco.

—Estoy pensando en ir a la universidad. —Kelly se instaló junto a su hija y miró por la ventana.

—¿En serio, mamá?

—Hace años que quiero. —Miró a Tess—. Cada vez que se lo mencionaba a Brad, me decía que ya tenía todo lo que quería y que no necesitaba un título.

—Es raro —dijo Ava—. A mí siempre me dice lo importante que es ir a la universidad. Quiere que sea abogada.

—¿Qué es lo que quieres ser? —dijo Tess.

—Pues... —Ava parecía avergonzada—. Yo... quiero ser abogada. —Kelly se rio, lo que hizo que Ava se pusiera a la defensiva—. Así estaré mejor preparada para entrar en política. Creo que necesitamos a más mujeres en el gobierno, ¿no?

—Desde luego —dijo Tess.

—Mamá, recuerdo las cosas que papá te decía cuando comentabas que querías ir a la universidad. —Ava sacó las piernas de debajo de ella.

—No importa.

—Decía que era una estupidez. Que no eras tan buena estudiante en el instituto como para ir a la universidad.

—Nunca fui buena estudiante. Por eso soy tan estricta e insisto en que hagas los deberes.

—Las mates se te dan mucho mejor que a mí. —Ava miró a Tess—. Mi padre le dijo a mamá que no necesitaba un título porque está casada. ¿Eso no lo decía la gente mayor en los sesenta o algo así?

—A mí no me mires —dijo Tess—. Yo no había nacido.

—Hoy papá me ha sacado de clase de álgebra, a última hora. —Ava apartó lo que quedaba de la tercera galleta y se contempló los calcetines.

—No debería haber hecho eso. —Kelly frunció el ceño.

—No pasa nada. Nos hemos sentado en su coche para hablar. O, mejor dicho, para que hablara él. Ha dicho que lo sentía y que quería que las cosas fueran diferentes entre nosotros. —Frotó la punta de sus calcetines contra la alfombra—. Que puedo contarle cualquier cosa, y que no se enfadará conmigo. Hablaba como si de verdad fuera a hacerlo. —Se retorció un mechón de pelo—. Creo que piensa que no me gustó tener sexo, y eso que no se lo he contado. Pero... No parecía estar bien, mamá. Estoy muy enfadada con él, pero también me da pena.

—Tu padre es un hombre adulto. No eres responsable de él.

—Lo sé, pero... Le he dicho que sentía haberle decepcionado. He intentado no llorar, pero he llorado un poco, ¿y sabes lo que me ha dicho? Que nunca podría decepcionarlo ni en un millón de años; que yo era perfecta.

—No eres perfecta, cielo. Aunque me encanta que él lo crea. —Kelly sonrió.

—Me ha pedido que volviera a casa esta noche.

—¿Qué le has dicho?

—Que reflexionaría largamente.

—¿De verdad le has discho eso? ¿Que reflexionarías largamente?

—También ha intentado convencerme para que te dijera algunas cosas, pero le he dicho que no lo haría. Que tiene que hablar contigo él. —Ava asintió.

—Así me gusta.

—Y lo que estoy pensando es... Mientras decides qué vas a hacer, unos días me quedaré aquí contigo y otros con papá, en casa. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que sí. Tu padre te quiere, y tú a él. Eso nunca cambiará.

Ava se fue poco después, tras besar a su madre y rechazar llevarse unas cuantas galletas a casa de su padre.

Tess necesitaba decirle a Kelly que se iba a quedar en la cabaña en lugar de en la escuela. Podría mentir, decir que no quería distraer a Ian de su trabajo, pero Kelly había sido sincera con ella, y, a cambio, merecía que ella también lo fuera. Abrazó a Wren y le dijo la verdad. O casi toda. No le contó lo enamorada que estaba de Ian, y tampoco su fascinante vida sexual.

—¡Vaya par! —Cuando terminó, Kelly la miró con empatía.

—Y así estamos...

Con Michelle y Savannah de baja, Tess le había prometido a Phish que esa noche trabajaría. Mientras subía a arreglarse, Kelly le preguntó qué iba a hacer con Wren.

—La llevaré a casa de Heather.

—¿Por qué no la dejas conmigo? Me encantaría cuidarla.

—¿No te importa?

—No, para nada. —Kelly sonrió cariñosamente contemplando a la niña dormida—. Será como en los viejos tiempos.

En La Chimenea Rota recibieron a Tess como a una auténtica celebridad. Como si nunca hubiera sido la paria del pueblo. Todo el mundo quería escuchar la historia de lo que había ocurrido la noche anterior. Tess no daba abasto

hablando y atendiendo las comandas a la vez. Pasaron dos horas antes de que se diera cuenta de que se había dejado el móvil en el coche. Si Kelly tenía una emergencia, no podría localizarla.

Dejó a medias la preparación de un chocolate caliente con caramelo salado y salió corriendo por la puerta trasera.

Había dejado de llover, y la luz de emergencia arrojaba una fosforescencia amarilla rancia en el callejón. Una sombra se movió detrás de su coche. Una sombra que no debería haber estado allí.

Tess se apartó rápidamente hacia un lado y vio a Courtney Hoover. A la muchacha se le quedó la mano congelada en el aire, una mano en la que sostenía un lápiz de labios. En la ventana trasera del todoterreno de Tess había seis letras y parte de la séptima: «ASESIN/».

—¡Eres tú la que ha estado amenazándome! —exclamó Tess corriendo hacia ella.

—¡Ahí dentro todos te lamen ese culo gordo! —La hostilidad que irradiaba Courtney desprendía toxicidad.

—Yo no diría que es gordo, sino amplio. —Tess le arrebató el pintalabios.

—Hago ejercicio todos los días. No es justo... —Courtney lloraba como una niña caprichosa en la guardería.

—¿Mi culo?

—¡Artie! ¡Es culpa tuya que hayamos roto!

—¿Artie?

—Estábamos bien hasta que apareciste tú.

Las piezas por fin encajaron. Tess recordó que, casi siempre que Artie acudía a La Chimenea Rota, Courtney aparecía inmediatamente después.

—Íbamos a volver. Íbamos a estar juntos para siempre. Entonces empezaste a acercarte a él.

—Claro... —respondió Tess—. Estoy casada con el hombre más sexy de Tempest, Tennessee, pero en realidad a quien deseo es a Artie Thompson.

—¡Siempre estás hablando con él!

—Hablo con todo el mundo. Si tú y Artie habéis roto, no tiene nada que ver conmigo, y lo sabes.

—Siempre estábamos juntos. Hasta que tú y tu culo gordo...

—Ya me he cansado de lo de «culo gordo». —Tess empujó a Courtney y su immaculada chaqueta blanca contra la ventana trasera, embadurnada de lápiz labial.

Las numerosas horas de gimnasio de Courtney no fueron rivales para la ira de Tess. Metió la mano en el bolsillo de Courtney, sacó su teléfono y lo sostuvo frente a su cara supermaquillada para desbloquearlo.

—Sonríe.

—¡Dame eso! —Courtney se abalanzó sobre ella, pero no antes de que Tess hiciera una foto.

—¡Todavía no! —De un codazo, envió a Courtney de vuelta contra el coche. Tess examinó la foto. Era inmejorable. Las sombras de la luz de emergencia habían convertido las cuencas de los ojos de la reina de Instagram en agujeros sulfurosos y le formaban arrugas donde no las había—. No es tu mejor foto. —Y luego se la envió a sí misma. Con un grito, Courtney recuperó su móvil. Más bien, Tess se lo dio—. Para que lo sepas, eso ha ido directo a la nube, y no saldrá de allí. A menos que... —Courtney gimoteó—. A menos que vuelvas a cabrearme.

Tess cogió su teléfono del coche. Mientras cerraba la puerta, apuntó a la ventana trasera.

—Limpia ese desastre. Y no se te ocurra volver a La Chimenea Rota hasta que te comportes como una persona educada.

Los lienzos de hacía cuatro noches ya estaban secos. Ian contempló las imágenes multicolor que había transferido del cuerpo de Tess. Tal vez esperaba que, de alguna manera, desentrañaran el secreto de lo que necesitaba hacer a continuación. Algo espectacular. Algo importante. Pero no se le ocurría nada. Las ideas, que solían pasar por su cabeza tan rápido que apenas lograba captarlas, no aparecían por ninguna parte. Había perdido su identidad, así que no hizo nada.

Llevó un cuaderno de dibujo a la ventana y lo hojeó. Página tras página de finos dibujos, tan detallados como un grabado de Durero: los ojos de Wren, la

boca de Tess, las manos onduladas de Wren, el pie desnudo de Tess, la mata de pelo rizado de Tess, la sedosa pelusilla de Wren, una zapatilla de deporte, una bota. Lanzó el cuaderno de bocetos a un lado. Debería pegar una plantilla contra el edificio más grande que encontrara y crear algo que tuviera sentido para él. Un gato monstruoso con todos los habitantes del planeta cayendo como ratones de la boca abierta. Un árbol lleno de animales retorcidos buscando a tientas los últimos recursos alimenticios del mundo.

Pero esas imágenes no eran más que basura regurgitada.

—¡Ian! Ian, ¿estás aquí? —La puerta principal se abrió de golpe y entró una mujer gritando.

Él se apresuró a salir del estudio.

Kelly Winchester estaba al final de las escaleras, histérica.

22

Ian irrumpió en la cabaña con el corazón golpeando contra sus costillas. La cuna de Wren estaba vacía, excepto por la manta rosa. Le entraron sudores fríos.

—¡Solo he ido arriba unos minutos! ¡Wren estaba dormida! —Kelly entró corriendo por la puerta tras él.

—¿Te has llevado esto al subir las escaleras? ¿Has oído algo? —Agarró el monitor del bebé.

—¡No! —gritó—. No, ni siquiera se me ha ocurrido. ¿Por qué no se me ha ocurrido?

—¿Quizá un coche? ¿Has oído un coche fuera?

—No. Nada.

Revisó la puerta principal.

—Está cerrada con llave. ¿Y la puerta trasera? ¿Estaba cerrada con llave?

—No lo sé. No me acuerdo. Yo... —Se apretó en las sienes con las palmas de las manos—. Yo... No. Cuando he salido corriendo a buscarte, no estaba cerrada. No la cerré después de que Tess se fuera. ¡Debería haberlo hecho!

—¿Cuánto tiempo has estado arriba?

—No sé... ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¡No debería haberla dejado sola!

—¿Has oído algo raro? ¿Has visto algo?

—No, nada. Ava y Tess han estado aquí, pero nadie más. Tess me preparó un biberón antes de irse. Se lo di a Wren y se quedó dormida. La acuné un rato. —Kelly empezó a llorar—. Es tan buena. Acurrucada en mis brazos. Esos deditos... La he dejado en la cuna para deshacer la maleta.

Pensó en todas las heridas que había soportado desde niño. Bajo los puños de su padre. Huyendo de la policía. Incluso la muerte de Bianca. Nada de eso le había provocado un miedo comparable al que sentía en esos momentos, capaz de adormecerle el cerebro.

—Llama a Freddy Davis y al *sheriff* del condado. Quédate aquí. —Apretó los dientes—. Voy a buscar a tu marido.

—¡No! —Kelly le agarró el brazo—. No, Ian. Brad nunca haría algo así. ¡Nunca!

—Y una mierda. Ha tenido a Tess en el punto de mira desde el principio.

—Es así de egocéntrico. —Se limpió la nariz goteante con la manga—. Confía en mí. Brad quizá sea un imbécil, pero no secuestraría a un bebé. Si pierdes el tiempo con él, solo conseguirás que quienquiera que haya hecho esto se aleje más. —Le lanzó las llaves—. Coge mi coche. Llamaré a Freddy y al *sheriff*. Ve.

La persona que había secuestrado a Wren podría estar ya a kilómetros de allí, aunque le parecía imposible limitarse a esperar. Salió corriendo, pero se detuvo antes de llegar al coche de Kelly. Tenía que pensar. Tratar de apartar de su mente las imágenes de Wren en el suelo de un coche extraño, sin manta, sus diminutos brazos y piernas agitándose en el aire, como una pesadilla. No confiaba demasiado en el criterio de Kelly sobre la inocencia de Brad, pero ¿y si tenía razón?

La lluvia había dejado grandes charcos en el triste camino, por llamarlo de algún modo, de la cabaña. Kelly le había dicho que no había oído ningún coche, pero que tal vez se le hubiera pasado por alto. Si el secuestrador había accedido hasta la cabaña en coche, entonces habría huellas de neumático. Encendió la linterna del móvil y barrió el suelo con la luz. Quizá no tuviera ni idea sobre técnicas de rastreo, pero era un experto en patrones.

Fue fácil hacer coincidir la banda de rodadura de los neumáticos de Kelly con una serie de huellas. Giró la luz hasta que encontró una rodadura diferente. ¿Sería del coche de Tess o el de los secuestradores? Miró más de cerca. Vio muchas huellas, pero ninguna otra marca. Solo dos coches habían pasado por allí: el de Kelly y el de Tess. También existía la posibilidad de que los secuestradores hubieran dejado el coche en la carretera.

Cuanto más tiempo perdiera jugando a los detectives, más lejos llegaría el secuestrador. Las escalofriantes imágenes de Wren gritando, abandonada en el frío, le colapsaron el cerebro. Volvió a centrarse en las huellas de barro: las de Tess, las suyas, las de Kelly. Esta le había dicho que Ava había estado allí, así que sus huellas probablemente también estaban perdidas en aquel maremágnum.

El sudor le empapó la camiseta y las manos le empezaron a temblar. Su vida había cambiado a cámara lenta. «¡Concéntrate!». Una huella no era más que un modelo, y los modelos eran la esencia de su vida. «Mira más de cerca».

Había huellas que apuntaban hacia la puerta trasera de la cabaña. Otras hacia el lado opuesto. Imposible clasificarlas todas. Pero tenía que hacerlo. Eran solo formas y figuras. Algo cotidiano en su mundo.

Las ordenó en su cabeza. Las catalogó. La huella de su zapato era la más fácil de encontrar. Junto al coche de Kelly, vio una huella diamante y una huella plana, las dos lo suficientemente pequeñas como para pertenecer a un zapato de mujer. Kelly y Ava. Se puso en cuclillas para examinar un cuarto par. Era más largo que los otros dos y más estrecho, con forma cuadriculada en el talón, pero sin empeine visible. Había dibujado el pie de Tess tantas veces que sabía que tenía el empeine alto, pero ¿significaba eso que sus zapatillas también?

Se pasó la mano por el pelo. Parpadeó para aclarar la visión. Y entonces la vio.

Una quinta huella. La examinó. Vio su pareja.

Allí.

Y ahí.

Barrió con la linterna un arco más amplio hasta el perímetro de la zona embarrada. Por allí. Y por ahí.

Siguió su instinto y se adentró en el bosque.

El espino se le clavó en los pantalones y las ramas mojadas le golpearon los brazos desnudos. No se le había ocurrido coger una chaqueta, y hacía frío. Demasiado frío para un bebé vulnerable. Encontró más huellas. Había luna, pero no ofrecía suficiente luz para iluminar a través de las copas de los árboles. ¿Cuánta batería le quedaba en el teléfono? Si se agotaba, no vería nada.

El aliento le resonaba en los oídos. Dejó de buscar huellas y empezó a correr. Si se equivocaba...

En lo alto de la cresta, los perros oyeron que se aproximaba y profirieron un feroz ladrido.

—¿Quién anda ahí? —La puerta delantera se abrió y la silueta de Paul Eldridge se dibujó a contraluz, apuntándolo con el rifle.

—Soy Ian North. —La verja estaba cerrada con candado. Ian saltó sobre ella, cortándose la mano por el camino.

—¡Buck! ¡Deke! —Paul llamó a los perros. Gruñeron en los tobillos de Ian, pero no lo atacaron.

Ian superó el terreno irregular con pasos largos y rápidos, las imágenes de esas pequeñas huellas de zapatillas estaban grabadas en su cerebro.

—¿Dónde está Eli?

—¿Eli? Está en su habitación. ¿Qué pasa?

—Necesito verlo. —Si Ian se equivocaba, perdería un tiempo valiosísimo, pero si tenía razón...

Paul, visiblemente confundido, se apartó de la puerta para dejarlo entrar.

Rebecca estaba acurrucada en el sofá con el camisón sucio y el pelo grasiento alrededor de la cara. Miró a Ian con los ojos vacíos mientras su marido desaparecía por la puerta, cubierta con cortinas, llamando a su hijo.

—¡Eli! —En cuestión de segundos, Paul volvió a atravesar la cortina—. ¡No está aquí! ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está mi hijo?

—Eli tiene a mi hija. —Ian apoyó la mano ensangrentada en el marco de la puerta.

—¿Al bebé? ¿De qué demonios estás hablando? ¿Por qué iba a tener a tu hija?

—Eso luego. Ahora tenemos que encontrarlo. —Ian cogió una de las linternas que guardaban al lado de la puerta y salió corriendo.

Los perros gruñeron, pero no atacaron. Ian corrió hacia las cuadras. Se detuvo al pasar al lado de la camioneta de Paul para abrir la puerta del conductor. No había nadie dentro.

—Iré al granero —gritó Paul por detrás.

Registraron la propiedad juntos llamando a Eli. Los segundos se hacían eternos. Paul no hizo preguntas, ya fuera porque no quería retrasar la búsqueda o porque había entendido lo que ocurría sin necesidad de explicaciones.

—Voy a la colina —dijo.

—Yo iré en el otro sentido. Paul..., solo tiene siete semanas.

Paul asintió con la cabeza y se fue. Ian se dirigió hacia el lado contrario,

sobreponiéndose al miedo. Solo había una razón para que Eli se llevara a Wren. Su cerebro de ocho años debía de haber decidido regalársela a su madre para que mejorara. Pero ¿por qué no había vuelto a casa? ¿Y dónde estaba?

Cada posibilidad era peor que la anterior. Todos los percances posibles que podía sufrir un niño en el bosque de noche con un recién nacido le asaltaban el cerebro. ¿Adónde iría él si fuera un niño con el peor problema de su vida?

Al trastero. Ahí era donde él se había escondido de su padre, pero Eli no tenía esa opción.

Ian se desvió del camino principal hacia uno más pequeño y apenas accesible. No notaba ni los rasguños en los brazos ni el escozor de la mano; imaginó a Eli cruzando el arroyo con Wren. Había sido testigo de la fuerza de la lluvia. Corrió más rápido.

La destilería abandonada se recortaba en la distancia, fragmentos de luz de luna salpicaban las ruinas oxidadas. Escuchó la corriente de agua del arroyo, que había crecido..., y el ruido primitivo de los gritos inconsolables de un bebé.

El corazón le explotó en el pecho. Estaba viva.

Ian corrió a través del claro. Dejó caer la linterna y se quitó la camiseta mientras corría. Eli estaba agachado contra el bidón de aceite oxidado. Wren gritaba y se retorció precariamente sobre sus flacas rodillas. La manta había desaparecido, solo llevaba un pijama fino de algodón.

Ian la cogió y la envolvió como pudo, apretando su tembloroso cuerpecito contra él.

Un llanto capaz de taladrarle los oídos invadía el claro. La calentó con su cuerpo, le murmuró palabras cariñosas, palabras de consuelo. Presionó los labios contra su frente.

—Ya pasó. Estás conmigo... Estás conmigo. Ya pasó. Shh...

—¡Iba a devolverla! ¡De verdad! ¡Es que pesaba mucho! ¡Lo siento! —Eli se levantó entre sollozos.

—¡Vete a casa! —Ian cogió la linterna. No confiaba en sí mismo y no quiso mirarlo.

Acunando su preciosa carga, se dirigió hacia el sendero, ignorando el palpar de su mano ensangrentada, concentrándose solo en calentar a la pequeña. Eli

seguía llorando detrás de él. Dejaría que Paul se ocupara de él.

Pero, como si hubiera sido ayer, notó el puño de su padre...

«¡Montón de mierda sin valor!».

Paul Eldridge era un hombre duro. ¿Y si...? Ian se detuvo e hizo lo que menos quería: se obligó a sí mismo a dar la vuelta.

Eli estaba agachado en el suelo, con las manos sobre la cabeza, exactamente como Ian solía ponerse para evitar los golpes de su padre.

—Tú te vienes conmigo. —Ian apretó la mandíbula.

—Pero... —Miró a Eli a la cara.

—Ya me has oído. En marcha.

—¡Lo siento!

—Cállate y empieza a caminar.

Eli lo miró con temor, pero hizo lo que le ordenó.

Wren, finalmente, se había calmado, ya fuera por el calor de su cuerpo o por el ritmo de sus pasos. Bajaron por la cresta acompañados solo por el ruido de sus pisadas y los resoplidos de Eli.

Las luces rojas del coche patrulla de la policía parpadeaban sobre la cabaña. El coche de Tess estaba aparcado junto al de Kelly. Ian sabía exactamente cómo debía de sentirse Tess en ese momento y aceleró el paso, incluso dejó a Eli atrás.

Freddy Davis estaba de pie junto a la chimenea, garabateando algo en un cuaderno de notas. Kelly estaba sentada en el sofá con la cabeza entre las manos. Tess permanecía de pie en medio de la habitación, como si no supiera qué hacer. Fue la primera en verlo entrar por la puerta trasera. Profirió un aullido gutural que lo dejó atónito. Solo cuando miró hacia abajo vio lo que ella había visto.

A Wren, envuelta en una camiseta salpicada de sangre.

Tess tenía los labios separados, congelados por el terror.

—¡La sangre es mía! —exclamó él—. Me he cortado la mano. La sangre es mía.

Tess se hundió en el suelo. Su mujer guerrera había caído de rodillas.

—Mírala. No está herida, solo está dormida. —Se apresuró y se arrodilló a su lado.

No sabía si Wren estaba enferma. Sabía que no sangraba, pero también que había estado expuesta al frío, la habían apretujado y, tal vez, se había caído. A lo mejor tenía una neumonía o una lesión en la cabeza o...

Tess se la arrebató con un sollozo.

Kelly se había levantado del sofá y Freddy Davis daba indicaciones por la radio que llevaba en el hombro. Ian, por fin, se acordó de Eli. Le echó último vistazo a Wren y volvió a salir.

—Entra, Eli. —Pensó que el chico habría huido, pero estaba acurrucado contra un lateral de la cabaña.

—Mi madre... Siempre está llorando y no quiere comer, y creo que se va a morir. Pensé que si tuviera un bebé... Al menos un rato... —Eli levantó la sucia cara llena de lágrimas y comenzó a hipar—. Iba a hablar con Tess sobre eso, pero no estaba, y he visto a Wren y he tenido mucho cuidado. Pero luego ha empezado a llorar muy fuerte, y yo me he tropezado y por poco me caigo. Y supe que había hecho algo muy malo, que tenía que devolver a Wren aunque mi madre se muriera.

—Dime la verdad. Prometo que no me enfadaré. ¿Dejaste caer a Wren? ¿Se ha caído? —Ian habló con toda la calma que pudo.

—¡No! Por eso he tenido que parar. Me dolían los brazos, y ella gritaba y se movía, y tenía miedo de que se me cayera. Iba a traerla de vuelta. ¡Lo prometo!

—Quédate aquí.

Ian volvió a entrar, vio que Tess tenía a Wren envuelta en una manta, pero él todavía estaba con el pecho desnudo y tenía el culo congelado. La camisa de franela negra y roja que le había regalado semanas atrás estaba colgada en un perchero junto a la puerta. Mientras se la ponía, le resumió a Freddy lo que había pasado.

—Los Eldridge no tienen teléfono y tengo que llevar a Eli a casa. Ya hablarás con él mañana si lo crees necesario.

—Será mejor que te ocupes antes de la mano —dijo Freddy.

—Luego. —Cogió las llaves del coche de Tess.

Freddy lo siguió afuera y se cernió sobre el asustado niño de ocho años.

—Si fueras mi hijo, no ibas a poder sentarte durante un mes.

Eso era exactamente lo que Ian temía.

Paul se acercó corriendo campo a través cuando vio los faros del coche de Ian.

—¡Eli! —Abrió la puerta del coche y se acercó para coger a su hijo—. ¡Eli! ¿Dónde has estado? ¿Qué demonios has hecho? —Miró a Ian—. ¿Está bien el bebé?

Ian asintió.

—Sí. Tenemos que hablar.

—Por supuesto que vamos a hablar. —Sacó a su hijo del coche y lo llevó hacia la puerta principal. Ian lo siguió.

—¡Eli! —Rebecca se levantó y puso una mano en el respaldo del sofá para apoyarse.

Eli corrió hacia ella, llorando y pidiendo perdón. Sus palabras se apagaron cuando enterró la cara en el cuerpo de su madre.

Paul los observaba. Su ropa estaba gastada, las manos sucias. Las profundas arrugas de la cara, grabadas por el sol, le hacían parecer mayor de lo que era.

—Vamos fuera. Tenemos que hablar. —Ian le dio un golpecito en el hombro.

Paul no protestó. Era un hombre que se sentía cómodo con el trabajo duro, pero no con los alardes emocionales, algo que Ian entendía muy bien.

Cuando accedieron al patio, los perros les olfatearon los pies. Paul sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa.

—Te compensaré —dijo con rigidez.

—Solo quiero una cosa.

—¿Qué?

—Crecí con un padre que me daba palizas. Quiero tu palabra de que no le pasará eso a Eli. —Ian miró hacia el destartado granero.

—Recibirá un castigo, eso seguro. —Paul apretó la mandíbula.

—Piensa mucho sobre cuál va a ser el castigo. —Ian apoyó la mano sana en uno de los postes del granero—. Te lo voy a decir sin rodeos. Lo que Eli ha hecho es culpa tuya.

—¿De qué hablas?

—Tess te dijo hace una semana que tu esposa necesita ayuda. Por Dios, si es que es evidente. Pero no has hecho nada al respecto, ¿verdad?

—Nos cuidamos entre nosotros —dijo Paul con terquedad.

—¿Y qué resultado os está dando? —Ian lo miró fijamente.

—Lo superará. —Paul desvió la vista hacia otro lado.

—¿Cuándo? Eli cree que su madre se está muriendo y, por lo que parece, no puedo culparlo. Lo que ha hecho es horrible, pero era la única manera que se le ha ocurrido para ayudar a su madre. ¿Qué te parece eso, Eldridge? Un niño que intenta hacer lo que tú no haces.

—¿Crees que no quiero a mi hijo? ¿Que no quiero a mi esposa? Por eso estoy aquí. ¡Para mantenerlos a salvo de toda la mierda que hay ahí fuera!

—Pero ¿qué los mantiene a salvo de ti? —dijo Ian en voz baja. Paul lo miró con intensidad—. Eres testarudo y obstinado. Tu esposa necesita terapia, medicación, no sé... Lo único que sé es que decirle que lo supere no funciona y, por eso, has puesto a mi familia en peligro. Esto es culpa tuya, no de tu hijo.

Ian valoró la posibilidad de que Paul le diera un puñetazo, pero no lo hizo. En vez de eso, apagó el cigarrillo y volvió a casa.

Tess lo miró cuando entró. Estaba acurrucada en una silla junto a la ventana de la cabaña, con la cara pálida y Wren dormida en los brazos. Esbozó una semisonrisa que, rápidamente, se convirtió en preocupación.

—Tu mano.

—No es grave.

—No tiene buena pinta. —Arrugó la frente—. El botiquín de primeros auxilios está en la escuela.

Ian detestaba todas esas idas y venidas de la cabaña a la escuela. Necesitaba que Tess se quedara en su sitio. Con él. Donde debía estar.

—Volvamos a la escuela. —Fingió no notar las dudas de ella y agarró la bolsa de pañales y la hamaca de Wren—. Nos vamos.

Puede que Tess quisiera alejarse de la cabaña tanto como él, porque no discutió.

Cuando llegaron a la escuela, Tess lo obligó a revisar todas las puertas y

ventanas, algo que él sospechaba que haría durante mucho tiempo. Fue a por el botiquín de primeros auxilios y lo puso sobre la mesa, luego se lavó las manos en el lavabo. Escocía como el demonio. La herida no era grande, pero sí profunda, y empezó a sangrar de nuevo.

No podía curarlo y sostener al bebé a la vez, pero parecía no dispuesta a dejar a Wren en la hamaca. Él lo entendió y sostuvo a la pequeña. El bebé se movió, abrió los ojos, lo vio y los cerró de nuevo.

Se sentó ante la mesa con Wren acurrucada en su brazo libre y, mientras Tess lo vendaba, le contó todo lo que había pasado.

—Quiero matar a Eli, pero... —Cuando hubo terminado, Tess inspeccionó el vendaje.

—Lo sé.

—¿Crees que Paul le hará daño?

—No. Quiere a su hijo y a su esposa. Solo es un tipo terco y paranoico. — Ian pensó que su vecino preparacionista era muy diferente a él, pero que también tenían cosas en común.

—Mañana iré a verlos.

—Cómo no. También estoy seguro de que cuidarás a Savannah y a su bebé. Y luego están Kelly y Ava. No me sorprendería que fueras a ver a Winchester también, solo para echarle una bronca.

—La entrometida de Tempest, Tennessee.

—Tienes un gran corazón, Tess Hartsong. —Al decírselo, la inquietud que lo invadía hizo que diera media vuelta.

Tess e Ian durmieron juntos esa noche, con Wren al lado de la cama. Ninguno de los dos estaba dispuesto a perderla de vista.

El bebé no se despertó hasta poco después de las cinco. Tess abrió los ojos lo suficiente para ver que Ian se había escabullido, como de costumbre. Cogió a la pequeña con su pañal sucio y la apoyó sobre su pecho. Wren parecía no haber sufrido por el episodio del día anterior, pero ella no podía decir lo mismo.

—Me alegro de que estés contenta —le dijo—, porque yo estoy destrozada.

Esa mañana Wren estaba inusualmente despierta. Después de comer miró a

Tess como si quisiera preguntarle qué había planeando para entretenerla ese día. Tess se vistió y vistió a su hija, la puso en el canguro y se adentró en la hermosa mañana de montaña.

Encontró a Ian en la iglesia abandonada. Ignorando la herida de la mano, usaba el dintel de la puerta para hacer una serie de dominadas de castigo. Había lanzado la camiseta al suelo, a su lado. Ese hombre parecía incapaz de estar vestido durante demasiado tiempo.

Tess observó cómo se contraían los músculos de sus hombros, la larga extensión de su columna vertebral. Sus piernas se mantenían rectas y fuertes mientras subía y bajaba. A juzgar por su espalda sudorosa, llevaba un buen rato haciendo ejercicio. Quería recordarlo así. En tensión y sudoroso, fuerte y bueno, en la naturaleza, el lugar al que pertenecía.

Wren estaba empezando a experimentar con su voz y gritó.

—Señoras. —Bajó al suelo.

Tess observó cómo cogía la camiseta y la frotaba contra su pecho húmedo.

—Gracias —dijo.

—¿Por?

—Ayer podría haberla perdido.

—Podríamos haberla perdido los dos.

—Ya, sí, pero...

—También es mía, Tess. No lo olvides.

—No, yo...

—Olvidas muchas cosas. —Se puso la camiseta por la cabeza tan bruscamente que a punto estuvo de desgarrarla.

—¿Qué te ha puesto de tan mal humor?

—Todos los planes que tienes. Los planes para ti y para Wren.

—Tengo que organizarme. No veo qué...

—¿Me has consultado sobre alguno de esos planes? ¿Me has preguntado qué pienso sobre ellos? ¿Si tengo mis propios planes? ¿O solo piensas contarme los tuyos?

—¿De dónde sale toda esta rabia? Sea lo que sea lo que intentas decir, dilo, porque no sé de qué estás hablando.

—Nunca oigo la palabra «nosotros» en tus planes. Solo oigo «yo».

—No hay un «nosotros».

—Estamos casados, Tess. —La forma en que lo dijo... Con un mohín de infelicidad en la boca—. Puede que sea desagradable para ti, pero no para mí.

—No estamos casados de verdad. Lo sabes tan bien como yo.

—El estado de Tennessee no está de acuerdo. —El viento le golpeó el cabello retirándolo hacia atrás, dejando al descubierto su esculpida cara—. ¿Te haces una idea de cómo lo pasé anoche? ¿Vagando por el bosque sin tener ni idea de dónde estaba o de quién la tenía? No es solo tuya, Tess. He estado con ella desde el segundo en que nació. No es solo tuya.

—Ten cuidado. Son demasiadas emociones juntas. —Ian nunca había hablado así de Wren, pero la forma en que lo dijo, su hostilidad, no le sentó bien.

—¿Y qué?

—Me dijiste que ibas a vender la escuela.

—Solo te dije que tenía una oferta.

—¿Te importa que lo hablemos cuando te hayas tomado un café? Esto no tiene sentido. —No pensaba mantener esa conversación en aquel momento.

—Hablares ahora porque el café no va a cambiar nada. Te quiero, Tess. Te quiero, y quiero a Wren. —Le bloqueó el paso.

Ella lo miró fijamente. Eran las palabras que tanto había anhelado oír. Palabras que nunca imaginó que diría un hombre tan reacio a las emociones fuertes. Debería haberse alegrado, pero no fue así. Ian parecía un hombre que lo había perdido todo.

—Ya se te pasará. —Tess acercó a Wren a su corazón.

—¿De verdad acabas de decir eso?

—Se supone que estar enamorado te provoca felicidad, pero nunca te he visto más triste. —Ella parpadeó con fuerza.

—¡No estoy triste!

—No eres feliz.

—¡Soy feliz! Estoy... —Se pasó la mano por el pelo—. Todo esto me ha sorprendido. No lo de quererte. Hace mucho que te quiero. Pero le puse otros nombres.

—¿Cuáles...?

—Inspiración. Admiración. Lujuria. Pero anoche... Anoche todo se me vino encima. Las crisis te ayudan a ver lo que es importante de verdad.

—¿Cómo ves nuestro futuro juntos exactamente? —Su labio inferior comenzó a temblar. Se lo mordió, sabía que tenía que hacer lo correcto para ambos. Para los tres. Habló con cuidado.

—¿A qué te refieres? Nos veo juntos.

—¿Qué pasa con tu trabajo?

—¿Qué pasa con mi trabajo? —La forma brusca en que había escupido las palabras le dijo todo lo que quería saber.

—Eres un hombre de honor, Ian, pero no eres un hombre de familia. —Al fin encontró las palabras que necesitaba decir—. Tú eres tu trabajo, y yo me he interpuesto en tu camino.

—No es verdad. —Se inclinó y cogió del suelo una piedra de borde áspero.

—Desde el día que nos conocimos, no te he traído más que problemas. Viniste aquí para encontrar un nuevo rumbo, pero lo que has encontrado es un auténtico caos. No he sido tu inspiración, Ian. He sido tu bloqueo.

—No digas eso. —Apretó la piedra.

—Dime algo que hayas pintado desde que estamos juntos y que te satisfaga. Una pieza que te haya hecho feliz.

—Tengo un cuaderno de bocetos lleno de dibujos.

—Son hermosos. Pero los detestas.

—No los detesto. —Hizo rodar la piedra en la mano.

—Ni siquiera consigues mirarlos sin apretar la boca.

—¡Yo no hago eso!

—No va a funcionar, Ian. Eres un artista que intenta encontrarse a sí mismo. Wren y yo estamos buscando nuestro camino. —Parpadeó para evitar las lágrimas.

—No sabes lo que dices. —Agarró la piedra en el puño.

—Tienes desordenadas las emociones... Hablas del maltrato al que te sometió tu padre, pero creo que es tu madre la que ha dejado las cicatrices más profundas. Una mujer que supuestamente te quería pero que nunca fue lo

bastante fuerte para protegerte como debía. Entiendo por qué todo eso supone un trauma que nos separa a ti y a mí, a Wren. Todo lo que significamos.

—No estoy traumatizado. —Nunca lo había oído hablar con menos convicción.

—Mira en tu interior. La idea de estar enamorado, de tener una familia... Te enfada, no te hace feliz. —Alzó la voz—. Sabes que no es bueno para ti. ¿Cómo íbamos a tener una buena vida juntos si tú intentas ignorar el rencor que sientes por todas las complicaciones, por todos los trastornos que Wren y yo suponemos para ti?

—No me hagas parecer tan frío.

—Eres justo lo contrario. —Wren comenzó a llorar. Tess la apoyó en el hombro—. Lo sientes todo. Por eso no vas a ser el marido que quiero o el padre que ella necesita.

—Como si pudiera reinventar mi carrera de la noche a la mañana. No es así. Estas cosas llevan tiempo.

—No estamos hablando solo de reinventar tu carrera. Se trata de reinventar tu vida. Vuelve a Manhattan, Ian, y deja de huir de ti mismo. Estar aquí no te hace ningún bien. Y querer algo que tú no puedes dar no me hace bien a mí.

—Vale, pues lo que tú digas. —Ian dejó caer los hombros. Miró hacia el horizonte. Se había quedado sin argumentos y ni siquiera intentó inventarse uno. En su lugar, echó el brazo hacia atrás y lanzó la piedra lo más lejos posible.

Tess dejó el claro, rogándole en silencio que se alejara hasta que dejase de amarlo.

23

Tess divisó la casa del árbol por la ventana e imaginó que iría pudriéndose, siempre inacabada. Ian se había ido, se había llevado toda su ropa, y ella se había mudado con sus cosas a la escuela, pero solo temporalmente. Tan pronto como estuviera a la venta de forma oficial, se marcharía, pero, por el momento, le prestaría la cabaña a Kelly.

Dejar ir a Ian había sido lo correcto, sin importar lo mal que se sintiera por dentro. Una mirada a su rostro infeliz había sido suficiente. Lo quería con desesperación, pero lo quería entero y feliz, libre para amar con un corazón entregado. Y eso era algo que él no le podía ofrecer.

Se alejó de la ventana antes de adentrarse en un pozo de autocompasión. Necesitaba mantenerse ocupada, y aquel momento era tan bueno como cualquier otro.

El wifi de la escuela funcionaba, para variar. Se instaló en el sofá con Wren dormida en el canguro y abrió FaceTime para hacer la llamada que había estado posponiendo durante días.

—¿Tess? —Diane estaba horrible. No llevaba maquillaje, y tenía la rubia melena tipo *bob* totalmente apelmazada contra la cabeza. Parecía que había pasado toda una vida desde que Simon apareció en la escuela, pero solo habían sido cuatro días.

Diane estornudó y presionó un pañuelo de papel contra la nariz.

—Lo siento. Simon se ha ido esta mañana y estoy resfriada.

—Si no es un buen momento...

—No, tranquila. No tengo nada más que hacer excepto sentir lástima de mí misma.

Tess sabía exactamente cómo se sentía.

—Tendría que haber llamado antes, pero no sabía qué decirte.

—Ha sido un *shock*. —A Diane le tembló la voz—. Cuando pienso en Wren... En todo lo que te hicimos pasar... ¿Y para qué? Para nada.

—Diane, esto es muy incómodo.

—Yo lo definiría de otra manera. —Se frotó los ojos—. Fue maravilloso tener una nieta, aunque solo fueran unas semanas.

—De eso es de lo que quiero hablarte.

—¿Wren? ¿Cómo está? ¿Está bien?

—Sí. Está bien. Está dormida aquí mismo. Pero me preguntaba... Sé que es mucho pedir y no quiero ponerte en un aprieto, así que prométeme que dirás que no si crees que es una idea estúpida. Me preguntaba si... —Las palabras salieron apresuradamente—. ¿Jeff y tú querriáis ser los abuelos de Wren?

—¿Sus... ?

—Sé que es mucho pedir, pero...

—¡Sí!

—¿En serio?

—¡Pues claro! Ni en mis mejores sueños pensaba que querriás que lo fuéramos.

—No hay nada que quiera más para ella. —Le dijo a Diane lo que habían descubierto sobre la concepción de Wren y luego le recordó lo que iba a ser un problema—. Simon es todavía joven. Da igual lo que diga ahora, a lo mejor llegáis a tener nietos de verdad.

—¡No digas eso! Wren es nuestra nieta de verdad. La llevamos en nuestros corazones. Por eso estamos tan enfadados.

—Pero si Simon tiene hijos...

—¿Acaso parecemos la clase de gente que iba a querer más a un nieto que a otro?

El corazón de Tess se alegró por primera vez en toda la mañana.

—No, claro que no.

—¡Ay, Tess...! Déjame verla. ¡Jeff! ¡Jeff! Tess está al teléfono con Wren. ¡Nuestra nieta!

Paul y Rebecca llevaron a Eli a la escuela esa tarde. El chico estalló en lágrimas cuando vio a Tess. Ella también quería llorar, aunque no por la misma razón.

Eli estaba tan angustiado que ella no tuvo valor para echarle un sermón. Además, ¿qué iba a decirle que él no supiera ya? Lo abrazó.

—Creo que Wren lo entiende y te perdona.

—Yo no quería que pasara algo así. Tengo que ponerme bien. Sé que tengo que recuperarme. —Los labios de Rebecca estaban secos y agrietados.

—Lo has hecho lo mejor que has podido —dijo Paul con una gran amabilidad. Y, luego, se dirigió a Tess—. Hemos encontrado un médico. Una mujer.

—Eso es maravilloso.

—Se supone que está especializada en este tipo de cosas. —Colocó el brazo alrededor de los hombros de su esposa—. Mañana iremos a verla.

Antes de que se fueran, Eli se disculpó personalmente con Wren.

—Siento mucho mucho mucho mucho mucho mucho mucho haberte asustado anoche.

Wren tenía poca memoria y le regaló un bostezo que él interpretó como una sonrisa.

—Creo que ya no me odia.

—Estoy segura —dijo Tess.

Cuando los Eldridge se fueron, Tess decidió reflexionar sobre una idea que le rondaba la cabeza. Tal vez ayudar a Rebecca le haría olvidar la ayuda que necesitaba para sí misma.

Ian estaba furioso. No lograba sacarse la imagen de la cabeza... Tess se alejaba de él, el viento azotaba el pelo de su maldita bailarina nocturna. Y se llevaba a su hija con ella. ¿Acaso era consciente de cuánto valor había necesitado reunir para decirle que la amaba? Se había abierto en canal. Había sangrado por todas partes. ¿Y qué había hecho ella? Se lo había echado en cara.

Tomó un largo trago y miró hacia el río Hudson desde el ático del edificio de cinco pisos que poseía en Tribeca. Él mismo había elegido el mobiliario, incluyendo el incómodo sofá de cuero italiano en el que estaba sentado. Incluso diseñó algunas de las piezas: las sillas de acero tubular y malla negra, la mesa de café en forma de riñón colocada sobre una pesada bola de vidrio pulido con

chorro de arena, los apliques de pared termoplásticos... Su estudio estaba al otro lado de la pared, un desván tres veces más grande que el estudio de la escuela y el lugar donde en el pasado había creado algunos de sus mejores trabajos.

Hacía años, había dividido el resto del edificio en estudios de alquiler gratuito para artistas emergentes, en un intento de hacer por ellos lo que Bianca había hecho por él. No se arrepentía de darles espacio para trabajar, pero estar rodeado de tantos jóvenes creativos llenos de ideas fue lo que lo llevó de Manhattan a Runaway Mountain. Todos querían su consejo, sus ánimos, su bendición. Estar cerca de ellos le hacía sentirse un farsante.

Así que había huido. Y para lo que le había servido...

El rechazo de Tess no debería dolerle tanto. Por Dios, era justo así como había crecido. Estaba acostumbrado a que las personas más cercanas a él le dieran de hostias, literales y figuradas. La cuestión era que nunca había esperado eso de ella.

Y nunca imaginó que estar solo le hiciera sentirse tan asfixiado.

Tess debería haber estado, si no feliz, al menos razonablemente contenta. Las semanas se habían sucedido. A principios de mayo, a Wren ya no le servía la ropa de bebé, Diane y Jeff habían programado una visita para después del crucero y las pesadillas habían desaparecido. Los habitantes de Tempest ya no la trataban como si fuera una amenaza. Artie le enseñó a cambiar el faro del coche cuando se le fundió y Kelly la instruyó para que aprendiera a hornear pan. La habían invitado a unirse a la Alianza Local de Mujeres y descubrió que su presidenta, la señora Watkins, era una excelente herbolaria que ansiaba compartir sus conocimientos. Fiona Lester se había ofrecido como voluntaria para mostrarle cómo preparar sus propios productos naturales para el cuidado de la piel y Michelle parecía decidida a ayudarla a tener un montón de abono. Incluso el señor Felder había dado un paso al frente regalándole una lista de lecturas sobre la historia de Tennessee.

—Si vas a quedarte, tienes que dejar de ser tan ignorante, coño.

La comunidad tenía mucho que enseñarle y Tess estaba deseando aprender. Aun así, el dolor en su corazón no se aliviaba. Fue ella la que expulsó a Ian de su

propia casa; y ahora en su vida había un enorme agujero que había cavado ella solita. ¿Quién era ella para decirle a Ian Hamilton North IV lo que necesitaba?

Era la mujer que lo amaba y lo comprendía mejor de lo que él se comprendía a sí mismo.

Anhelaba llamarlo para ver cómo progresaba su trabajo. Si era feliz. Pero no lo hizo. No quería oír el alivio que a Ian le resultaría imposible ocultar en su voz después de haber escapado del caos que ella provocaba a su alrededor y de haber obtenido, por fin, el espacio que necesitaba para trabajar. Tocó la alianza de cobre que no había conseguido quitarse y programó la segunda reunión con el director del Departamento de Salud del condado.

Su carrera estaba empezando a consolidarse, así como los demás aspectos de su vida.

El director de Salud había invitado a dos médicos de Knoxville a la reunión, a quienes les preocupaba la falta de atención médica de las mujeres rurales. Estaban impresionados por el currículum de Tess y deseosos de acordar un plan para dar nuevos pasos. Cuando terminó la reunión, la cabeza le daba vueltas. Todo estaba sucediendo muy rápido.

Kelly tenía talento para las finanzas, como ya había descubierto Tess. Gracias a la cuidadosa inversión de la pequeña herencia de sus padres, tenía dinero propio y podía permitirse un alojamiento mejor sin problemas. Pero, a diferencia de Tess, adoraba la cabaña y, por el momento, a ella no le importaba alojarla, en especial porque Kelly había pintado las paredes y colocado jarrones de cerámica con flores frescas.

Ava se quedaba unos días con su madre y otros con su padre. De todos modos, Brad era una visita frecuente, tanto de la cabaña como de la escuela. Tess nunca le había ofrecido café, pero eso no le impidió servírselo él mismo.

—Es una persona totalmente nueva —se quejó él mientras se movía por la cocina como si estuviera en su propia casa.

—Es la misma persona de siempre, pero no le prestabas atención. —Verlo de pie junto a la encimera, en el lugar exacto que antes ocupaba Ian, hizo que ella conversara con él más de lo habitual—. El problema es que has sido un imbécil

durante tanto tiempo que te cuesta cambiar de rumbo.

—No sé por qué sigo viniendo aquí, si lo único que haces es insultarme. —Brad se puso tenso.

—Porque he visto lo peor de ti y no estoy casada contigo, así que este es el único lugar en el que no tienes que poner tu mejor cara. —Había mirado el historial político de Brad y se había sorprendido al descubrir que no era tan reaccionario como ella había imaginado, en especial cuando se trataba de cuestiones ambientales. Lo apuntó con la cuchara cargada de cereales—. También vienes aquí porque crees que puedo arreglar tu matrimonio. Aunque no puedo.

—Kelly te escucha. Respeta tu opinión.

—Sigues pensando que vas a camelarme para que convenza a Kelly de que se arrodille ante ti y te pida perdón.

—No soy tan poco realista.

—Pero eso es exactamente lo que quieres de mí. Admítelo.

Brad se encogió de hombros, sin admitirlo ni negarlo.

Era un alma perdida, y ella tenía que contenerse para no descargar toda su frustración y toda su tristeza sobre él. ¿Por qué había tantas personas complicadas en su vida? Ian, Brad, Savannah..., aunque Savannah la había nombrado su mejor amiga del mundo mundial. Y Tess no sabía si eso era bueno o malo.

«Las mejores amigas se lo cuentan todo», le había dicho Savannah el día anterior mientras se sentaba en el porche para cuidar a Zoro. «Así que cuéntamelo todo sobre ti e Ian North. Te ha dejado, ¿verdad? Lo odio».

«No me ha dejado —mintió—. Está en Manhattan, trabajando».

Ian, la persona más complicada de todas. Su silencio demostraba que alejarlo había sido lo más adecuado, y algún día haría las paces con su decisión. Pero ese día aún no había llegado.

Volvió a concentrarse en Brad Winchester. A pesar de todo lo que la sacaba de quicio de él, sentía una pizca de simpatía por el senador del estado. Él amaba a la antigua Kelly, pero no aceptaba bien los cambios, y la nueva versión de su esposa lo desconcertaba.

—Ahora quiere ir a la universidad. ¡Y estudiar finanzas!

—Según tengo entendido, se ha encargado de vuestras finanzas desde que os casasteis. Y lo ha hecho superbién. —También estaba ayudándola a ella a gestionar mejor su economía.

Se enfurruñó.

—Porque yo no tenía tiempo.

Tess levantó las manos.

—¡Largo! Ya he tenido bastante Brad Winchester por hoy.

Se fue furioso, pero ella sabía que volvería. Se había convertido en su psicóloga, le gustara o no.

«¡Reinventarse, los cojones!», se dijo Ian a sí mismo.

Se lo demostraría. Tess creía que era un paralítico emocional. Un hombre en el que no se podía confiar. ¡Un padre no apto! ¡Y una mierda! Llevaría su trabajo hacia una nueva y brillante etapa y le lanzaría los resultados en toda la cara.

Ian arrastró tres lienzos de su estudio al callejón y usó una antorcha de propano para quemarlos. Les arrojó pintura, los cortó con navajas X-Acto, volvió a cortarlos. Los maltrató con ácido clorhídrico y los atropelló con el coche. Cuando terminó, los apiló contra la pared de su estudio, se apartó y evaluó su nuevo trabajo.

Era una basura. Un hombre de treinta y seis años que se hacía pasar por un rebelde recién graduado en la escuela de arte. Era un puto farsante que fingía joder al sistema que lo había hecho rico.

Los destruyó todos y aún profundizó en su dolor al colocar con cuidado los pequeños lienzos con las huellas del cuerpo de Tess. El recuerdo de aquella noche, de su belleza, casi imposible de digerir. Cerró la puerta del estudio y tardó varios días en volver a entrar.

Odiaba los ultimátums. A pesar del tráfico y las sirenas de policía, aquel lugar era demasiado tranquilo. Debería irse a Tempest en ese preciso instante para acunar a su hija, terminar la casa del árbol y decirle a Tess que iban a hacer las cosas a su manera.

Entonces, ¿por qué no lo hacía?

Porque no podía.

Estaba perdido, asediado por la soledad y la incertidumbre, por el olor a gasolina y el hedor a basura podrida de las bolsas apiladas en la acera. ¿Se acordaría Wren de él cuando volviera a verlo? Habían pasado solo unas semanas, pero él sabía lo rápido que cambiaba y se lo estaba perdiendo todo.

Su cabreo con Tess chocaba directamente con su anhelo de estar con ella. La vida sin ella era tan inútil como un refresco sin burbujas. Ella lo había abierto a nuevas experiencias, a nuevas emociones, a formar parte de una comunidad que existía más allá de los límites de los estudios y las galerías. Le había mostrado lo que era hacer el amor con una mujer que no se guardaba nada. La vida con ella se había desplegado adquiriendo todos y cada uno de los tonos del arcoíris.

Y ella lo había estropeado todo al rechazarlo. ¿Cómo podía pensar que era una amenaza para Wren cuando ese bebé le pertenecía tanto como a ella? Por no hablar de toda esa mierda de que él no era un tipo familiar. Si eso fuera cierto, ¿por qué solo pensaba en la escuela y en su vida en la montaña? Tess había tenido el descaro de acusarlo de parecer triste cuando le dijo que la amaba. ¿Cómo cojones le había respondido eso?

Le dolía la cabeza; tal vez tenía fiebre. Debería ir a la farmacia y comprar medicamentos, pero si abría la puerta, estarían esperándolo.

«Ian, no quiero molestarte, pero podrías echar un vistazo a...».

«Ian, no estoy seguro de tener un mensaje que expresar...».

Eran buenos chicos, con talento, y se merecían el espacio que estaba feliz de proporcionarles. Se trataba solo de que en ese momento no quería hablar con ellos. No quería hablar con nadie. Sin embargo, desde que puso un pie en Manhattan, su teléfono no había dejado de sonar. Lo apagó y luego volvió a encenderlo. ¿Y si había una emergencia con Wren? ¿Y si Tess se daba cuenta finalmente de lo poco razonable que estaba siendo y llamaba para disculparse?

Reprodujo la última conversación mil veces en su cabeza, pero por mucho que lo intentara, no la recordaba ni una sola vez diciendo que lo amaba.

Se levantó al amanecer. Debería ir a entrenar, pero su *dōjō* no olía a pino y hojas en descomposición. La hierba no le rozaba las pantorrillas. Los cantos de

los pájaros no se mezclaban con el sonido de su respiración.

Se obligó a sí mismo a volver al estudio. Era más funcional que el estudio de la escuela, pero el suelo de cemento, el techo alto y abierto, y las frías paredes industriales no resultaban tan acogedoras. ¿Y por qué, con todo el ruido a su alrededor, parecía tan tranquilo?

Ojeó los pequeños lienzos. Lo que realmente quería hacer era dibujar una ardilla escabulléndose entre los arbustos, las primeras flores silvestres de la pradera. A Tess. A Wren. Los bocetos lo calmaban, pero que sirvieran como terapia no significaba que fueran arte.

En un ataque de frustración, agarró un lienzo que había abandonado meses atrás, una gran composición de colores sosísimos. Lo puso del revés en el caballete con una fuerza suficiente como para hacer temblar el marco. Cogió el tubo de pintura que tenía más a mano y lo apretó hasta vaciarlo. Amarillo primario, no estaba mal. Frotó la espesa pintura entre las palmas y la untó sobre el lienzo sin importarle adónde llegaría o cómo se vería. Luego agarró otro tubo al azar, lo exprimió e hizo lo mismo. Encontró otro y luego más; los bordes eran bruscos y sangrantes, sin importar las líneas o las siluetas, la forma o el valor.

Pegó los lienzos con las huellas del cuerpo de Tess en la parte superior y sacó al azar una lata de Krylon de la estantería. La sacudió y la salpicó en cortas y agitadas ráfagas sin buscar un patrón. Encontró otra lata e hizo lo mismo. Y luego otra. Respiraba con dificultad mientras finalmente plasmaba el IHN4.

Se echó hacia atrás totalmente exhausto.

El lienzo era una locura, lleno de bultos, desarticulado y sin sentido. Lo podría haber hecho cualquiera y podría ser cualquier cosa. Uno de esos elefantes a los que se les daba un pincel y un cubo de pintura. Se apoyó las manos manchadas de pigmento en las rodillas para intentar recuperar el aliento. Miró de nuevo. El caos que se alzaba delante de él no tenía ningún propósito, ninguna razón de ser.

Como él.

Necesitaba orden, algún tipo de estructura y cordura. Se frotó las palmas en las perneras de los vaqueros y buscó lo único en el estudio que conservaba el orden que anhelaba: su cuaderno de bocetos. Lo abrió sin mirar y arrancó una

página al azar.

El perfil de Tess.

Pegó el dibujo en la esquina superior del caótico lienzo y se alejó. Se frotó la nuca, primero examinó el pequeño boceto y luego el lienzo. Giró el caballete para capturar mejor la luz del mediodía y cogió un rotulador negro de dibujo con punta extrafina. Se puso a trabajar, redibujando la miniatura del perfil de Tess en una mancha seca del lienzo.

Cuando finalmente quedó satisfecho, dejó de lado el dibujo, pegó otro y comenzó de nuevo. Trabajó durante el resto del día, y durante toda la noche, hasta la mañana siguiente, pasando del segundo boceto al tercero.

Amaneció antes de que por fin se fuera a la cama, pero durmió solo unas horas antes de levantarse, prepararse una taza de café y volver al estudio.

Perdió toda referencia temporal. Las sombras fueron cambiando en el suelo del estudio; desaparecían, reaparecían. Cambió el ángulo de una pestaña aquí, el largo de una uña allí. Durmió unas horas, hizo más café y comenzó de nuevo, ocultando cada uno de los minúsculos y detallados dibujos en el caos de rayas de colores aleatorios. No se duchó. No comió. Su estómago ardía por la interminable retahíla de cafés que bebía de una taza salpicada de pintura.

En algún momento de la tercera noche, salió del estudio y cerró la puerta. Apestando a sudor y pintura, se dejó caer en la cama.

Cuando se despertó, se dio una larga ducha, se afeitó y se preparó un desayuno decente. Solo después de haber hecho todo eso se permitió volver al estudio para ver lo que había creado.

Desde la distancia, no se veía más que caos. Pero de cerca... De cerca, visibles solamente para aquellos que no pasaban demasiado rápido, para los que tenían la paciencia de detenerse y ver, estaban los diminutos dibujos ocultos: el perfil de Tess, su columna vertebral, su nariz, todo ello ejecutado con detalle, exacto y preciso. Estaba el pie de Wren, atrapado en una cinta púrpura, el hoyuelo capturado con una pincelada dorada. En aquel lienzo, lo vio todo: el niño violento y rebelde al que solo le importaba la destrucción y el hombre adulto que había perdido el corazón por una viuda solitaria y una niña huérfana.

Era él.

La obra era él.

El *punk* y el artista. El insurgente y el pacificador.

El hombre que había intentado encajar con tanto ahínco en una sola identidad que había huido de sí mismo.

Le encantaba lo que había creado. Le gustaba tanto, que lo único que quería hacer era correr al exterior con las latas de Krylon, las rodillos y su anarquía. Buscar una pared, subir una escalera y convertir su alegría en una visión de algo nuevo y hermoso.

Al mes de marcharse Ian, mayo se había desplegado con todo su llamativo poder y su perfume a tierra. Al acercarse junio, la hepática y el trilio dieron paso al geranio silvestre y al corazón sangrante, mientras que el rododendro, la azalea y el laurel de montaña esparcían su alegría por doquier. Runaway Mountain nunca había estado más hermosa, pero Ian no estaba allí para que Tess la compartiera con él.

Su bebé, de casi tres meses, agitó las manos y pateó con los piecitos. Tess sentía un nudo de la garganta al mirarla.

—Solo somos tú y yo, cariño —susurró.

Wren, insensible a la tristeza de Tess, estiró el cuello para mirar la cocina de la escuela. Había hecho esto tantas veces últimamente que Tess juraría que estaba buscando a Ian. Una cosa era que la abandonara a ella, pero ¿cómo podía dejar a Wren?

Porque Tess le había ordenado que se fuera.

En el patio trasero resonó el ruido del martilleo. No necesitaba mirar por la ventana para saber que Paul Eldridge estaba allí fuera. Había levantado la última fachada de la casa del árbol.

Paul había seguido apareciendo, aunque Tess le había dicho que no era necesario, pero era un hombre orgulloso. Eli solía venir con él y los dos trabajaban codo con codo. Paul se detenía de vez en cuando para revolver el pelo de Eli o para ayudarlo con algún clavo que se le resistía.

Tess acarició la mejilla de Wren. El día anterior por la tarde, había llevado a cabo algo a lo que llevaba semanas dándole vueltas. Había organizado en la

escuela la primera reunión de un grupo de apoyo para las mujeres que hubieran sufrido un aborto. Michelle se había ofrecido como voluntaria para reunir al grupo de ocho personas. Algunas de aquellas mujeres, como Michelle, habían abortado hacía una década; otras tenían heridas más recientes. Rebecca no era la única que había llorado, pero gracias a una combinación de terapia y medicación, sus lágrimas eran más saludables. Las mujeres habían hecho planes para reunirse de nuevo y, de entre todas, Rebecca se había ofrecido como anfitriona.

Aquel sería el último día de Tess en La Chimenea Rota. El papeleo estaba casi listo y al día siguiente abriría su propia consulta. Gracias a Brad Winchester, trabajaría en una sala del centro recreativo y no tendría que pagar alquiler. Con el apoyo de los médicos de Knoxville, ofrecería cuidados prenatales y posnatales, revisiones de bebés sanos, vacunas y asesoramiento en reproducción. También atendería partos.

Tess recogió la bolsa de pañales de Wren. Tenía gente a la que cuidar, una niña a la que criar y no pensaba dejar que aquella tristeza desgarradora se llevara lo mejor de ella.

En La Chimenea Rota se había corrido la voz sobre su nuevo consultorio y los lugareños ya se habían adelantado.

—Dame unas pastillas para mi bursitis —exigió el señor Felder mientras ella terminaba su último día detrás del mostrador—. Ese dichoso doctor me dijo que tenía que hacer fisioterapia, y lo único que necesito son unas pastillas.

Tess le acercó un trozo de tarta.

—Solo voy a cuidar la salud reproductiva de las mujeres. —Habló en alto para asegurarse de que todos la oyeran, aunque ya conocía lo suficiente a la comunidad como para sospechar que restringir su práctica a ese colectivo no le iba a resultar sencillo—. Haga lo que le indique su médico.

—¿La salud reproductiva de las mujeres? ¿Qué chorrada es esa? —se quejó el señor Felder—. ¡Te demandaré por discriminación!

—Uy, no me gustaría que lo hiciera... —respondió con falsa preocupación—. Hagamos un trato. Cuando haya ido a ver al fisioterapeuta, estaré encantada

de recetarle medicación adicional. O arsénico, en función de mi estado de ánimo.

—¿Habéis oído lo que ha dicho? —gritó el señor Felder—. ¡Eso es mala praxis! ¡Ha amenazado con envenenarme!

—¿Quieres cerrar la mal..., la puta boca, Orland? —La nueva empleada de La Chimenea Rota le sirvió una bola de helado. A Kelly Winchester no le resultaba fácil decir tacos, pero había estado entrenando. Como le había explicado a Tess: «Necesito averiguar quién soy, y la única manera de hacerlo es probando cosas diferentes, aunque me hagan sentirme incómoda». Esa nueva y experimental Kelly se estaba convirtiendo en una fuerza a tener en cuenta. Por ejemplo, el exnovio de Ava, Connor Bowman, había desaparecido de la escena. Kelly se había negado a contarle a Tess qué le había hecho. Lo único que sabía era que el chico se había largado del pueblo de repente y terminaría el último curso en Nashville, donde sería problema de su abuela.

Ya que Tess abandonaba su puesto, y ni Michelle ni Savannah podían volver al trabajo a jornada completa, Phish le había dado la bienvenida a bordo a Kelly, encantado. Brad, sin embargo, era de la opinión contraria. La semana anterior, cuando se enteró de la noticia, había irrumpido en la cabaña a la hora del almuerzo. Kelly estaba a la mesa con Tess y Wren.

—¡Es inconcebible! —había rugido—. ¡Eres la esposa de un senador del estado! ¡No puedes hacer eso!

—Estoy explorando mis límites —había dicho Kelly con calma.

—Explícame cómo te ayuda a explorar tus límites trabajar en una cafetería de medio pelo.

—Esa boca. —Tess se sintió obligada a protestar en nombre de La Chimenea Rota.

Brad no dejó de dar vueltas por la cabaña mientras soltaba uno de sus discursos sobre la importancia de la imagen, pero Kelly no se amilanó.

—Quiero saber lo que es tener un trabajo de verdad. Y el horario me deja mucho tiempo para estudiar.

—¿Estudiar qué?

—Voy a hacer algunos cursos en verano para ponerme al día, y así en otoño estaré lista para ir a la universidad a tiempo completo. —Kelly era tan paciente

con él como inflexible.

Como Kelly tenía su propio dinero, Brad era lo suficientemente inteligente para no discutir la decisión de ir a la universidad, pero no tanto como para retroceder por completo.

—Entiendo que esto de la universidad es importante para ti, pero tienes que volver a casa, donde debes estar, en vez de vivir aquí en este... —Agitó una mano alrededor de la cabaña.

—¿Cuchitril? —apuntó Tess.

Brad había intentado disimular la metedura de pata con su típica torpeza.

—Solo digo que, sin ti, ¿quién va a cuidar la casa?

—Esto se pone cada vez mejor. —Tess puso los ojos en blanco.

—No me preocupa la casa, Brad —dijo Kelly con firmeza—. Soy consciente de que para ti es difícil entenderlo, pero estoy evolucionando. No sé quién voy a ser. Eres libre de seguir tu propio camino o esperar y ver qué sale de esto.

Pero Brad no tenía intención de seguir su propio camino y había buscado un nuevo ángulo para el ataque.

—Me... me gusta tu peinado. —Era obvio que estaba mintiendo, pero Tess lo aplaudió mentalmente por intentarlo.

Kelly se tocó uno de los mechones azules que Ava le había teñido alrededor de la cara.

—No estoy segura de ser así, pero tampoco estoy segura de no serlo.

Además de los mechones azules, Kelly llevaba unos vaqueros rotos, una camiseta de Ava y un par de zapatillas Chuck Taylor de color rojo cereza. Cada nuevo cambio inquietaba más a Brad que el anterior.

—En casa estarás cómoda. Dormiré en la habitación de invitados. Díselo, Tess.

—No pienso decirle nada —respondió Tess—. Me da miedo.

A Wren le pareció gracioso, pero a Brad no.

—¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a casa, Kelly? Yo también puedo cambiar. Dime qué quieres.

—¿Ahora mismo? Quiero que presiones a tus amigos para que la educación sexual de nuestras escuelas sea mejor. Tess tenía razón desde el principio, y lo

sabes.

Brad se miró fijamente los pies.

—No es tan fácil. Son un montón de capullos testarudos.

—Tú también —señaló Tess—, así que sabes muy bien cómo dirigirte a ellos.

—No es justo, Tess. Brad tiene mucho con lo que lidiar —Kelly la reprendió con suavidad.

—Tienes razón. Mis disculpas, senador. No eres tan capullo como antes. — Tess mantuvo la cabeza alta.

—¡Tess! —exclamó Kelly.

Tess hizo como si se cerrara la boca con una cremallera. Se estaba enamorando de Kelly Winchester y, gracias al gesto que había tenido al no cobrarle el alquiler para su consultorio, también se había encariñado del fanfarrón de su marido.

A la mañana siguiente, un golpe en la puerta de la escuela despertó a Tess. Bajó las escaleras. Llevaba puesta la camisa de franela roja y negra de Ian. Por fortuna, los golpes no habían despertado a Wren.

Tess esperaba ver al otro lado a alguien que necesitara asistencia médica, pero en su lugar se encontró con Freddy Davis.

—No te funciona el teléfono —dijo él, acusándola.

Ella se apartó el pelo de los ojos.

—Menuda sorpresa...

—Tienes que venir a la comisaría de policía.

—¿Qué he hecho ahora?

—Tú, nada. Es tu marido.

—¿Mi marido?

—Está en la cárcel.

24

Tess casi chocó con un Jeep Wrangler cuando vio lo que Ian había hecho. Había pintado el pueblo.

Allá donde mirara estaba lleno de color: la fachada de La Chimenea Rota, el cartel de El Gallo, la pared lateral de la iglesia apostólica de los Ángeles de Fuego y la mitad occidental del Centro Recreativo Brad Winchester. También había pintado los postes de las farolas, las cajas de luz y los semáforos.

Aparcó el coche, sujetó a Wren contra el pecho y se bajó. No sabía adónde mirar primero. Si hacia los animales del centro de recreo: un luminoso pájaro cuyas alas se iban disolviendo, un ratón de dibujos animados o una mosca doméstica... ¿Y qué decir del zepelín en El Gallo o toda la simbología incrustada en diferentes franjas de color en la iglesia?

Belleza, diversión, extravagancia y provocación. Todo eso y mucho más. Para la mayor parte del trabajo había utilizado plantillas; aun así, un solo hombre no podía haberse encargado de todo en una noche. Había tenido ayuda.

Se dio la vuelta y observó de nuevo a su alrededor. Y, a medida que absorbía lo que tenía delante, se sentía más y más desconcertada. Había visto docenas de fotografías del arte callejero de Ian. Los conceptos eran suyos, pero algo en la ejecución le resultaba ajeno.

Salvo La Chimenea Rota.

Reconocería su trabajo de entre el de mil artistas. El uso del color, la precisión, la escala.

Envolviendo la fachada de La Chimenea Rota había el dibujo de una mujer. Una mujer que definitivamente no era ella. Era una amazona azotada por el viento con algunos mechones de pelo rubio y los músculos de una guerrera. Era fuerte. Hermosa. Decidida. La personificación de una tempestad. Cerca de su pie, en letras pequeñas, estaba su firma: IHN4.

Hipnotizada, Tess se impregnó de todo aquel trabajo en general, y luego por partes. Los ojos y la nariz. La fuerza de la mandíbula. Los mechones de pelo

retorcidos. El...

Su mirada se dirigió luego a una pantorrilla musculosa. A una rodilla. A un codo. Al lóbulo de la oreja.

Seguramente se equivocaba.

Sus ojos volaron de una parte de la figura a otra.

Allí. Allí. Y... ¡ALLÍ!

«Madre de Dios...».

¡Las partes de su cuerpo habían sido cuidadosamente dibujadas sobre la amazona! Sus dedos en el codo, su nariz en el lóbulo de la oreja y su pecho... Su pecho en una rodilla. ¡Estaba por todas partes!

Se agarró a Wren y dio un paso atrás cuando vio... delante de ella... justo debajo del omóplato de la amazona...

«¡No!». Ni siquiera él se atrevería...

Pero sí, se había atrevido. En la sombra de la cintura de la amazona estaba su sexo.

«¡Será capullo!».

No pagaría la fianza para sacarlo de la cárcel. ¡Pagaría para que lo mataran!

Freddy se levantó de la silla cuando ella irrumpió en la comisaría.

—¡Déjame a solas con él! —exclamó.

—Tengo que registrarte antes de que entres ahí.

—¡Y una mierda!

Al parecer, Freddy decidió que una mujer con un bebé atado al pecho no iba a causar mucho estropicio, por muy furiosa que estuviera. Por tanto, abrió el cajón del escritorio, sacó las llaves y la acompañó a la puerta.

La única celda del calabozo tenía un inodoro de acero inoxidable y una cama con un colchón de poliuretano azul, en el que Ian yacía profundamente dormido. Freddy abrió la puerta de barrotes.

—Llámame si se te va de las manos.

—Vale —dijo Ian con voz adormilada.

—No te lo digo a ti —dijo Freddy—. Se lo digo a ella.

—Cómo se nota que no la conoces bien.

Cuando Freddy se fue, un par de botas de cuero manchadas de pintura crujieron sobre el suelo de la celda al ponerse Ian de pie. Tess nunca lo había visto tan desaliñado. No se había cortado el pelo desde la última vez que lo había visto y su barba era de, por lo menos, una semana. Pero en lugar de mirarla a ella, solo tenía ojos para Wren.

—Hola, cariño, ¿te acuerdas de mí?

Wren pataleó ante el sonido de su voz. Él se acercó a Tess y sacó a Wren del canguro.

—Mírate... Has crecido unos cuantos centímetros.

Wren lo miró con sus brillantes ojos azul marino, absorbiendo cada detalle. La niña sonrió. Una gran sonrisa, sin dientes y babeante. Ian la puso contra su cuello, le dio la espalda a Tess, ¡le dio la espalda!, y llevó a Wren al otro extremo de la celda, dedicándole a ella toda la atención.

—... Te he echado mucho de menos... Mi niña se ha hecho mayor... Mi corazoncito... —Tess esperó—. Disneylandia... y el circo. Montaremos una carpa y leeremos libros... —Tess cruzó los brazos—. Lanzar canastas y pintar. —Tess comenzó a golpear el suelo con el pie—. Montar en bicicleta. — Finalmente él se giró para mirar a Tess—. Bailaremos juntos.

Su corazón dio un triple salto, pero ella apretó los dientes.

—¿Has puesto mi vagina en la pared de La Chimenea Rota!

Él sonrió.

—Eso lo sabemos tú y yo. ¿Vas a contárselo a alguien más?

Tess empezó a pensar en darle la paliza de su vida y luego se detuvo. Todas las partes de su cuerpo estaban allí, representadas en miniatura sobre la amazona. Sin embargo... Si no hubiera sabido lo que los dos habían hecho aquella noche en el estudio, ¿habría reconocido esos pequeños detalles por lo que eran? Seguramente alguien identificaría un pecho o un ombligo, pero tampoco es que hubiera etiquetado las partes con su nombre.

Lo miró con curiosidad.

Wren lo observó con sus ojos saltones, pero Ian estaba concentrado en Tess.

—Me has hecho pasar por un infierno. Estaba furioso contigo, pero resulta que tenías razón. —Tess inclinó la cabeza a un lado, necesitaba oír más, aunque

tenía miedo de lo que le fuera a decir. Wren no dejaba de mirarlo a la cara mientras hablaba—. Tenía que encontrar un nuevo rumbo, pero no podía. Estaba atascado.

—¿Y ahora lo has encontrado? —Las piernas le empezaron a temblar y se dejó caer en el borde de la cama.

—Lo he pintado por toda La Chimenea Rota —dijo Ian con el amago de una sonrisa.

—¿Las partes de mi cuerpo?

—Lo que me he estado perdiendo. —Se movió hacia los barrotes de la celda—. El año pasado, culpé de mis problemas a las distracciones de Manhattan. Luego, cuando llegué a Tempest y seguía sin poder trabajar, culpé a Bianca. Al final, te eché la culpa a ti. Pero esa responsabilidad estaba sobre mis hombros. No necesitaba paz o tranquilidad. Lo que necesitaba era recordar el precepto más básico del arte callejero: la libertad.

—El arte es para el pueblo, no solo para la élite, ¿verdad?

—Exacto. El trabajo de un gran artista callejero no debería caber en una sola caja. No puede ser. Pero yo me había encasillado y eso me paralizaba. Entonces apareciste tú.

—¿Yo?

—Te metiste en mi cabeza con todos tus líos y tus complicaciones. —Rodeó un barrote de la puerta con los dedos de una mano—. Intenté apartarme, pero lo único que quería era dibujarte. Era una obsesión. Dibujarte a ti y luego a Wren, luego una roca que me llamara la atención o la curva de una brizna de hierba.

—Detestabas todos esos bocetos.

—Todos y cada uno, sí. Ya me hallaba en terreno inestable desde el punto de vista creativo. Eran trillados, ordinarios.

—Preciosos.

—Pero no tenían nada que decir que no hubieran dicho ya mil veces otros mil artistas. Me acojonaban, pero no podía parar de dibujarlos. —Se alejó de la puerta de la celda—. Y entonces me echaste.

—Lo dices como si yo no tuviera corazón. —Entrelazó las manos en el regazo.

—Estaba furioso contigo —dijo él con suavidad—. ¿Quién eras tú para decirme lo que necesitaba? —Los párpados de Wren se estaban volviendo cada vez más pesados y él la arrulló más cerca de su pecho—. Me revolqué en la autocompasión y pensé en esos bocetos, en que no me pertenecían, en cuánto los odiaba. Y luego, una noche, dejé de hacerlo.

—¿Ya no los rechazabas?

—Por fin entendí por qué estaba obsesionado con ellos. Lo fundamentales que eran para lo que quiero crear ahora.

—¿La amazona guerrera?

—Ella es el pasado. Su tamaño, su audacia. Es lo que yo era antes como artista, y estoy orgulloso de serlo. Pero los detalles ocultos, las imágenes de los bocetos que están ahí para ser vistos o no, eso es lo nuevo, lo que me había estado perdiendo. Esas pequeñas imágenes ocultas muestran las sutilezas de la vida, las partes que hay que buscar para verlas. Esconder esas sutilezas, esos detalles dentro de los grandes conceptos, hace que mi corazón se ponga a cantar.

—Me alegro. —Tess sonrió.

—Tengo tantas ideas. Lo que has visto hoy... es solo el principio.

—Todo un comienzo. Y no lo has hecho solo.

—Algunos jóvenes artistas me debían un favor.

—Parece que se han escapado a tiempo, pero tú estás en la cárcel. —Hizo un gesto hacia la celda.

—No me preocupa demasiado. —Apoyó un pie en el borde del inodoro—. La gente no tardará en darse cuenta de que acabo de regalarle al pueblo un montón de dinero. —Ella todavía estaba dándole vueltas a la idea, cuando él prosiguió—: Tempest, Tennessee, tiene la mayor exposición de arte de Ian North de todo el mundo. —Bajó el pie—. Todavía falta mucho trabajo y va a ser un legado caro de mantener, pero valdrá la pena.

—Has convertido el pueblo en una gran atracción turística. —Acababa de entenderlo.

—Estoy empezando. Será una meca para los amantes del arte, y un buen impulso para la economía local. Pero Tess... —Wren se sobresaltó en pleno sueño y él le colocó la mano suavemente sobre el pecho—. También es la única

manera que se me ha ocurrido de enviarte un mensaje lo bastante claro. —Ella ladeó la cabeza—. Tú comprendiste lo que yo no veía. Viste el viejo equipaje que todavía llevaba encima, la mierda que me decía a mí mismo que había dejado atrás hace años. Pero no había sido así, y tú lo sabías.

—Las cicatrices de la infancia son profundas.

—Mucho más profundas de lo que quería admitir. Al estar lejos de ti y de Wren, al volver a mi vida normal..., se me hizo evidente que ni siquiera yo podía huir del miedo que llevaba conmigo.

—El miedo es una gran emoción.

—Grande y fea. —Él se acercó más—. Tenías razón. No era feliz cuando te dije que te amaba. Tenía miedo. Tú percibiste mi cobardía.

—No eres un cobarde. Eres un niño que vivía con un padre maltratador, pero lo peor es que querías a tu madre y ella miraba hacia otro lado mientras te maltrataban. ¿Cómo ibas a confiar en alguien después de eso, incluyéndote a ti mismo?

Ian le dedicó una débil sonrisa.

—Ahora lo entiendo..., quizá por verte con Wren. No lo sé... De todos modos, se ha acabado. —Miró a su hija dormida—. Necesito decirte que no la abandonaré. Eres su madre; nunca dejaría que nadie cuestionara eso. Pero también es mía, y como tienes un sentido innato de la justicia, sé que podemos resolver la logística, no importa lo complicada que sea.

Una vez más, la había confundido.

—¿Te refieres a...?

—Será un desastre. Lo entiendo. Pero averiguaremos qué es lo mejor para ella. Para los tres.

—Odias el caos.

Él se rio a carcajadas.

—Eso es lo que resulta tan irónico. Intentar esconderme del caos acabó paralizándome, como artista y como hombre. La vida nunca encajará en una composición geométrica perfecta. Y yo, más que nadie, debería haberlo aceptado hace años. La vida siempre se escabulle por los bordes del marco. Salpica el suelo y se derrama por las calles. Se siente y te duele. Eso es lo que significa

estar vivo, ser creativo, amar a alguien...

—Así que lo que me dijiste antes de marcharte... Lo de continuar casados...

—Soy un capullo y un egoísta, pero no tanto como para atraparte de esa manera —dijo, sombrío—. Sé que no soy una persona fácil de llevar, y no pienso hacerte eso. Pero no voy a renunciar también a Wren, y eso significa custodia compartida.

Ella se levantó de la cama.

—¿De verdad estás intentando huir del matrimonio? ¿Forma parte de tu gran epifanía artística?

—Te equivocas. Estoy intentando hacer lo correcto.

—¿Abandonándome?

—¿Abandonarte? ¡Te quiero! Te amo más de lo que nunca he amado a nadie. Eres inteligente, divertida y buena, y Dios sabe que eres persistente. Me comprendes como nadie me ha comprendido nunca. Y no me hagas hablar del sexo... Has puesto mi vida patas arriba. Pusiste mi corazón en el rumbo que he estado buscando desde que tengo memoria. Tess, eres una fuerza inquebrantable.

—Entonces, ¿por qué quieres deshacerte de mí?

—¡No quiero deshacerme de ti! —exclamó—. Tú eres la que no me quiere.

Se sintió aturdida.

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué ibas a quererme? Te gusta el sexo, lo entiendo. Te caigo bien, te lo agradezco. Pero no estás enamorada de mí.

—¿Que no estoy qué?

—No pienso decirlo dos veces. —Se alejó de ella.

—Has inhalado demasiados vapores de pintura. —Tess se abalanzó hacia él.

—¿Tú crees? —Su habitual hostilidad había vuelto, pero esta vez contenía una pizca de dolor—. En ninguna de nuestras discusiones, en ninguna de nuestras conversaciones, en ningún momento de sexo excesivo, nunca has dicho que me quieres.

—Claro que sí.

—Ni siquiera una vez.

—Tú deliras.

—Ni una sola vez.

—Pero...

—Nunca.

—¿Estás seguro?

—Créeme. Estoy absolutamente seguro.

—Ah... —Ella tragó saliva. Tenía razón. Por supuesto, tenía razón. Esperó. Se desplomó en la cama y se frotó las sienes.

—¿Quién es ahora la cobarde? —dijo él—. Estoy seguro de que tienes tus razones. —Un ligero tirón en la comisura de su boca ocultó una sonrisa.

Tess se levantó de un salto y entrelazó las manos detrás de la nuca de él.

—Ian Hamilton North IV, te quiero. Te amo con todo mi corazón. Nunca dejaré de amarte, ni siquiera cuando esté enfadada contigo, tú estés enfadado conmigo o Wren esté enfadada con los dos y la gente llame a la puerta. Eres amable y fascinante y tan intimidante como inteligente. Eres ambicioso, y sé que es raro que lo diga, pero después de estar con Trav, significa mucho para mí que seas así. Y ya que hablamos de Trav... —bajó la voz—, a él le encantaría que te amara. —Sonrió al ver un brillo de lágrimas en los ojos de Ian—. Eres mío. ¿Es suficiente?

—Es suficiente, sí. —La besó durante mucho tiempo de forma salvaje, hasta que Wren, que estaba apretada entre ellos, gimió como protesta.

Ian acarició el sedoso cabello del bebé, deslizó su brazo libre alrededor de Tess y le lanzó una sonrisa de medio lado.

—De todos los lugares en los que podría haber encontrado a una musa, nunca esperé dar con la mía bailando en ropa interior en la cima de Runaway Mountain.

—¿De verdad soy tu musa?

—¿Quién lo es si no? —Wren gruñó e Ian le sonrió—. Tú eres la número dos, cariño.

En ese momento, una imagen de los tres pasó por su cabeza: Ian, Wren y ella... Todos... Los tres... Frente a la casa del árbol. Bailando juntos.

Pero resultó que había calculado mal el número.

Epílogo

—¡Hola, abuela Dee! ¡Hola, abuelo Jeff! ¡Soy yo, Wren! Pero supongo que ya lo veis. Sé que todavía estáis de safari y que no tendréis wifi hasta dentro de unos días, pero estoy grabando este vídeo con el teléfono de papá, así que os estará esperando cuando tengáis cobertura. Como siempre nos echáis de menos cuando estáis de viaje, mamá y papá han estado de acuerdo en que así la separación será más fácil.

»Como veis, estoy en la casa del árbol. Me tenía que alejar de casa, la verdad. Los gemelos no hacen otra cosa que correr por todas partes, jugando a los *ninjas*. Algo que vuelve loco a Naricitas, que no para de ladrar hasta que te estalla la cabeza, y papá se pone a gritar para que deje de ladrar; y mamá está vomitando otra vez como durante el primer trimestre de embarazo de los gemelos. ¡Más vale que esta vez sea una niña! Papá dice que no tenemos una familia, que tenemos un zoo.

»Ah, y los carpinteros están aquí, trabajando en la nueva ampliación. Papá dice que, si la escuela sigue creciendo, se convertirá en una universidad.

»Sé que os preocupa que mamá trabaje tanto, pero las nuevas comadronas de la clínica la están ayudando mucho. Y la madre de Eli se ha hecho cargo de las charlas con los adolescentes, así que mamá tiene mucho más tiempo libre.

»¿Y recordáis que os dije que Savannah dijo que podía estar en la habitación cuando tuviera al bebé? Sucedió hace dos días. Zoro no quería entrar, pero yo sí, y tuve que ayudar a mamá. ¡Fue tan asqueroso y emocionante! Creo que cuando sea mayor quiero ser matrona. O a lo mejor doctora. O guardabosques. No quiero ser artista como papá, pintar no hace que mi corazón cante como dice él que le pasa cuando termina un nuevo lienzo o mural o una de sus grandes instalaciones de luz.

»A él no puedo decírselo porque se preocuparía, pero me gustaría que no fuera tan famoso. Cuando vamos a Nueva York, a veces la gente me pregunta qué se siente al ser su hija, y eso me da muchísima vergüenza. Solo es mi padre.

»Otra cosa que empieza a ser molesta... Ya sabéis que a mamá y a papá les gusta hablarme de Bianca, mi madre biológica, para que no la olvide. Siempre me dicen cuánto me quería y lo artística que era, y todo ese tipo de cosas, bla, bla, bla... Pero no soy tonta, y sé que era una especie de bohemia alocada. Quizá podríais contarme más sobre ella la próxima vez que vengáis a visitarnos. Aun así, ¡espero parecerme a ella algún día!

»¿Qué más puedo deciros? Zoro, John y yo vamos a ir hoy a casa de Eli. Dijo que nos enseñaría a buscar salamandras, pero he tenido que prometerle que dejaría de hacer tantas preguntas sobre aquella vez que me secuestró. Aunque ya es un adolescente, le molesta. Pero me gusta oír los detalles. Es genial lo valiente que fue.

»Heather me ha invitado a mí sola a una fiesta de pijamas mañana por la noche. Siempre hacemos manualidades divertidas y cosas de yoga juntas, pero me toca tener cuidado cuando ceno allí porque nunca sé lo que me va a dar de comer.

»Phish está saliendo con esa mujer que le presentó la señora Kelly, pero a ella no le gustan tanto como a él los Grateful Dead, así que nadie cree que vayan a durar.

»La señora Kelly abrió un despacho más grande en Knoxville, pero sigue viniendo a Tempest casi todos los fines de semana para quedarse con el señor Brad. La gente de La Chimenea Rota siempre dice que están casados, pero no del todo casados, así que se lo pregunté a Ava la última vez que vino de Atlanta, y ella me contó que su padre está locamente enamorado de su madre, pero que a su madre le gusta la independencia. Eso me dejó preocupada, así que lo hablé con mi madre ayer por la noche, y le pregunté por qué ella no quiere independencia como la señora Kelly, y me contó que es porque papá hace que su corazón se ponga a cantar. Papá la oyó decir eso, la levantó del suelo y empezó a besarla, y los gemelos se pusieron a correr alrededor de ellos, y Snuffles a ladrar, y luego mamá puso música, y bueno, ya habéis estado aquí cuando eso pasa, así que sabéis perfectamente lo que hicimos a continuación. ¡Aunque estaba lloviendo! Todos tuvimos que salir corriendo y empezar a bailar.

»Adiós. Estoy deseando que volváis.

»¡Ah, y una cosa más! Espero que nadie nos vea nunca bailar así, porque me daría muchísima vergüenza.

Carta a las lectoras

Queridas lectoras:

Os agradezco más de lo que imagináis vuestra disposición a acompañarme en mis viajes creativos, ya sea a Texas para los libros de Wynette, a Chicago — donde nuestros Chicago Stars saltan al campo de fútbol americano— o, como en *Baila conmigo* y en el resto de mis libros independientes, al último lugar y con los personajes que más recientemente se hayan adueñado de mi imaginación. Os he podido conocer personalmente a muchas de vosotras a través de Facebook e Instagram, y valoro muy mucho las relaciones que hemos desarrollado.

No podría haber escrito *Baila conmigo* sin la valiosa aportación de mi equipo personal de asesores médicos. Ningún bebé de una unidad de cuidados intensivos neonatales va a tener enfermeras más dedicadas y capaces que mi sobrina, Lisa Barrera Phillips, y su encantadora compañera de trabajo, Rachel Russell. Gracias a ambas. Gracias también a la doctora Claire Smith y al doctor Neil Smith, ninguno de los cuales ha leído el manuscrito final, así que, por favor, no les digáis nada si encontráis algún error que haya cometido yo.

Mi extraordinaria editora, Carrie Feron, y mi superagente, Steven Axelrod, han estado conmigo desde siempre, y es imposible contar con dos personas más honestas tanto a nivel personal como profesional. Tengo el equipo editorial más increíble del mundo en William Morrow y Avon Books: la superheroína Liate Stehlik y mi querida amiga Pamela Spengler-Jaffee, junto con Jennifer Hart, Tavia Kowalchuk, Kaitlin Harri y la santa Asanté Simons. Gracias a los sabios y entusiastas equipos de impresión digital, de audio, de ventas, así como de marketing y producción: Angela Craft, Caitlin Garing, Kathy Gordon, Brian Grogan, Andy LeCount, Rachel Levenberg, Andrea Molitor, Jessica Rozler, Carla Parker, Dale Schmidt y Donna Waitkus. Todo el departamento de arte está repleto de talento y de creatividad, y desde aquí os mando muchos ánimos. Me encantan los abrazos de Virginia Stanley; Shelly Perron, te prometo que mejoraré con todas esas palabras compuestas y «no compuestas». En cuanto a mi

superasistente Sharon Mitchell...: sencillamente, mis libros no se escribirían sin ti.

Mi equipo internacional de editores, redactores y agentes me ha hecho un gran regalo: la sensación de pertenencia a sus países. Me he hecho especialmente amiga de mis compañeros de Blanvalet en Múnich: Nicola Bartels, Berit Bohm, Anna-Lisa Hollerbach y mi querida «voz», Angela Spizig. *Herzlichen Dank*. Hace muchísimo tiempo que debería haberles dado las gracias a Lori Antonson y a Camilla Ferrier por hacer posible estas relaciones.

Todo escritor necesita una tribu. La mía incluye a algunas de las mujeres más inteligentes, amables y perspicaces del mundo: Nicki Anderson, Robyn Carr, Christina Dodd, Kristin Hannah, Kristan Higgins, Vicky Joseph, Jayne Ann Krentz, Margaret Watson, Dawn Struxness y Suzette Vandewiele. También está Lindsay Longford, que me lanza una cuerda salvavidas cuando más la necesito.

La familia lo es todo para mí: gracias a mi amado Bill, mi hermana Lil, mis tres hijos, mis tres nueras, mis cuatro increíbles nietos. ¡Y a mis vecinos favoritos!

Y, por último, a todas las mujeres embarazadas que lean este libro: una embolia de líquido amniótico es extremadamente rara, así que no os obsesionéis con eso. Espero que podáis dar a luz de la manera que os resulte más cómoda y que todos vuestros hermosos bebés se conviertan en lectores apasionados.

Con todo mi cariño,

Susan Elizabeth Phillips

www.susanelizabethphillips.com